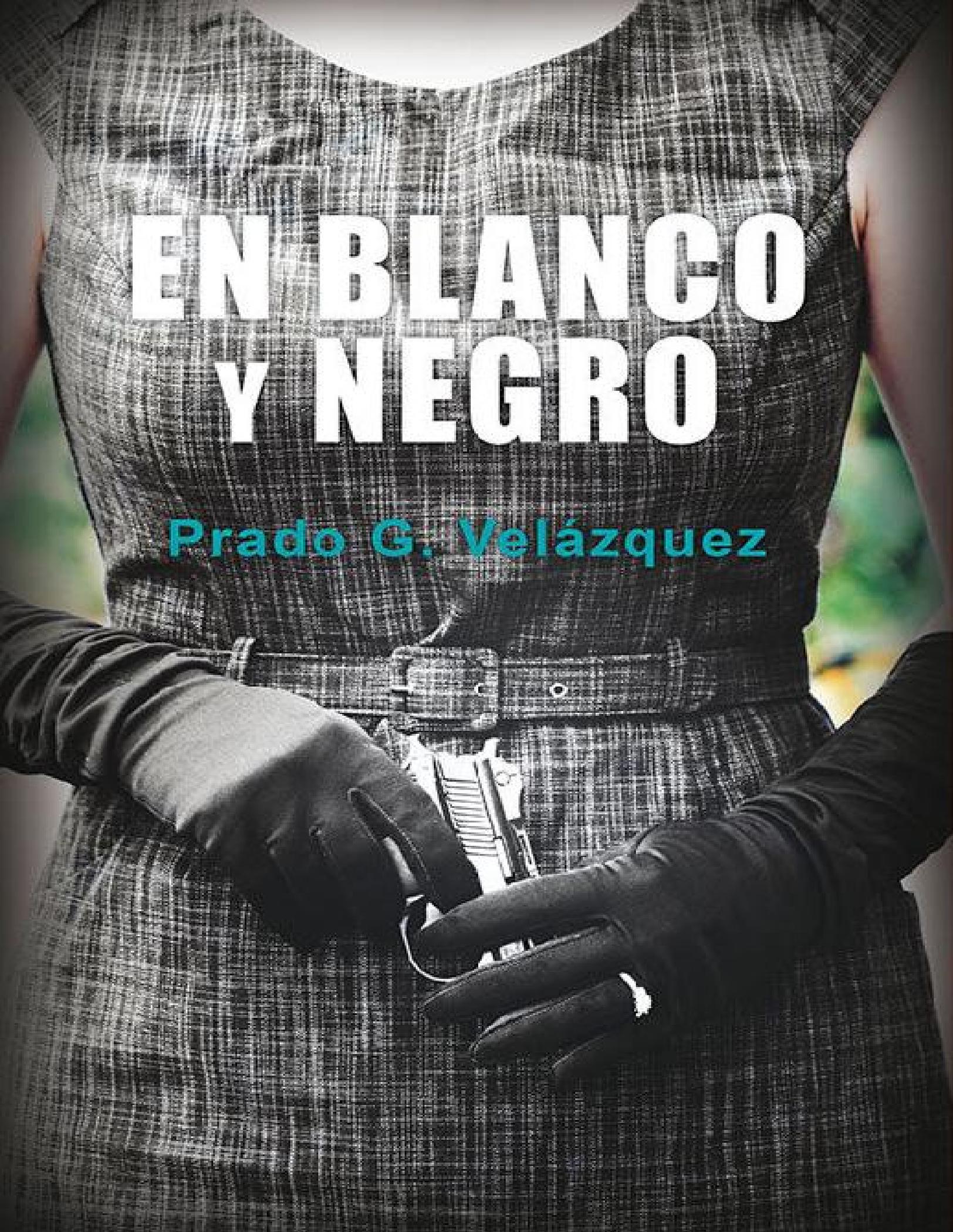


EN BLANCO Y NEGRO

Prado G. Velázquez



A Leire. Porque me caigo y me levantas, me paralizas y me empujas, me pierdo y me traes... Y así he llegado a esta meta, por tu fuerza, por tu ánimo, por tu fe en mí.

A mi madre: aunque no hayas llegado a tiempo de verlo publicado, es para ti.

Agradecimientos

Gracias a mis lectoras beta: Mariona, Dori, Carol y Mapi por el otro prisma, el ojo crítico y la paciencia infinita.

A Susana Hernández y Fernando Muñiz por los buenos consejos, los acertados apuntes y sobre todo por convencerme de seguir intentándolo. Va por ustedes.

La vida es muy peligrosa, no por las personas que hacen el mal, sino por las que se sientan a ver lo que pasa.

Albert Einstein

Prólogo

Los Ángeles 1950 es la época en la que James Ellroy ambientó su novela más famosa, *L.A. Confidential*, en la que retrata magistralmente una época convulsa, un tiempo de corrupción y violencia, la edad de oro de Hollywood, de la que quedó cumplida constancia en la gran pantalla con grandes producciones como *El crepúsculo de los dioses*.

Elegir como telón de fondo una época que a estas alturas tiene mucho de mítico y que, de un modo u otro, está firmemente arraigada en el imaginario colectivo, tiene un punto de riesgo del cual intuyo que Prado G. Velázquez es plenamente consciente. Sin embargo, la escritura es justamente eso, es riesgo, es buscar un nuevo atajo en los lugares comunes. *En blanco y negro* parte de un escenario conocido y asume con valentía la dificultad de darle la vuelta a la colección de tópicos: mujeres fatales, detectives desharrapados, vasos de whisky y persecuciones en oscuros callejones. Por supuesto en la novela de Prado hay de todo eso, en mayor o menor medida, sin perder la voluntad de mostrar una realidad distinta, un prisma transgresor, una protagonista, la indescrptible y aventurera investigadora privada R. J. Bladovich, que se mueve como pez en el agua en los ambientes turbios y cuya innata capacidad para meterse en problemas la acompañará a lo largo de toda la historia. Bladovich es una mujer que ejerce una profesión «masculina» en unos años de máximo esplendor del conservadurismo más reaccionario en EE.UU., y por si eso no bastara, siente una necesidad irrefrenable de enredarse con mujeres bellas, misteriosas y a menudo peligrosas, algo que evidentemente no contribuye a facilitarle demasiado la vida.

Ahí precisamente, en Bladovich, reside uno de los mayores aciertos de *En blanco y negro*. La ingeniosa detective no solamente nos llevará de la mano por clubes, muelles y avenidas de una ciudad glamurosa y viciada, sino que nos mostrará con humor, y también con crudeza cuando convenga, las enormes dificultades de ser una mujer que vive alejada de los patrones convencionales.

Con una escritura fresca, dinámica y eficaz, y sirviéndose de un agudo sentido del humor, Prado cuenta con soltura y buenos mimbres una historia que encaja perfectamente en los cánones del género desde una perspectiva muy nueva y que apenas ha sido explotada, lo que dota a la novela de una

tremenda originalidad.

En las páginas de *En blanco y negro* no falta ninguno de los ingredientes de la novela detectivesca clásica: amantes, traiciones, relaciones peligrosas, una buena dosis de acción, humor y romance. Una mezcla perfecta que la autora combina de forma eficaz y tan vívida que a ratos nos parece estar dentro de las películas hollywoodienses a las que rinde un hermoso tributo.

Cabe destacar la exhaustiva labor de documentación que la autora ha llevado a cabo y que confiere a la novela de un verismo muy notable, recreando con gran fidelidad la ciudad de Los Ángeles en 1950.

Estoy convencida de que vais a disfrutar de esta historia apasionante, de los giros y sorpresas que os reserva el camino y los amoríos y las aventuras de R. J. Bladovich.

Un, dos, tres, cámara. ¡Acción!

Susana Hernández
susanahernandez.wordpress.com

¡No-no-no-no-no y mil veces no!

No puede pasarme esto a mí. En la cama, desnuda y... ¡maniatada! Cualquiera lo encontraría excitante, y hasta podría ser divertido, muy divertido, pero esta vez intuyo que algo anda mal. Será porque no puedo abrir un ojo, o porque me duele todo el cuerpo, o porque huelo a sangre, no sé. Así que añadiré un matiz nuevo a mi nada envidiable situación: estoy desnuda, maniatada al dosel de una cama y apaleada. ¿Por qué tengo la impresión de que ya he pasado por esto?

Si echo un vistazo alrededor, todo me da vueltas. Me han dado un buen mamporro. ¿Cómo ha sido? Ay, Dios mío, que no recuerdo nada; ni cómo he llegado aquí —dondequiera que esté—, ni quién me ha atado. ¿De quién es la cama?

Estoy empezando a agobiarme. Desnuda, maniatada, apaleada y desmemoriada. ¡Estoy jodida!

Lo de acabar en camas ajenas es un hábito inofensivo, y que me hayan atizado a base de bien no me hace puñetera gracia; aumenta mi índice de riesgo de forma drástica. Si salgo de esta, me subirán la cuota del seguro de investigadora privada. Eso si no me lo deniegan el mes próximo, que todo podría ser. No soy rentable.

Si salgo de esta.

Y para salir, tengo que empezar por recordar dónde estoy, qué hago exactamente aquí y, lo más importante: ¿por qué estoy desnuda? No creo que sea obra de algún marido que haya descubierto que a su media naranja le gusta experimentar con otras hembras sin contar con él. Eso nunca ha pasado de exabruptos inofensivos como «no vuelvas a ponerle encima tus sucias manos de pervertida. ¿Qué le has hecho? ¡Ella no era así!», o el típico comentario de «lo que tú necesitas es un hombre que te enseñe, ¡machorra!», mientras se soba con orgullo los genitales. No, lo dudo mucho, aunque tampoco pondría la mano en el fuego. Al fin y al cabo estoy desnuda en una cama de matrimonio con dosel. ¿Quién tiene cama con dosel en 1950?

Si pudiera recordar. Reflexiona, Rach, tú puedes. A ver, ¿cómo empezó todo esto? Oh, mi memoria. Nunca ha sido especialmente buena, pero creo que la he perdido definitivamente. Me duele tanto la cabeza... Es como una

mala resaca. ¿Será que estoy borracha? Tengo un sabor raro en la boca. ¿Me habrán drogado? ¿Envenenado? ¿Voy a morir? ¿Tan joven?

Debo relajarme, en serio. Que se noten los meses de clase de yoga. ¿Cómo era aquel mantra? «Sa Re Sa Sa, Sa Re Sa Sa, Sa Re Sa Sa.» Respirar hondo. «Har Re Har Har, Har Re Har Har, Har Re Har Har.» Concentrarme en un punto de la habitación... cuando pare de moverse tanto. «Sa Re Sa Sa...» ¿Por qué es tan difícil concentrarse en el maldito punto? Quizás si no hubiera dejado las clases... Si no hubiera abandonado el cuerpo de policía... Si hubiera seguido los consejos de mamá y me hubiera casado con el primo Jerry para ser una buena esposa, una buena madre y una buena ama de casa... Si no hubiera nacido... ¡Dios! Pero ¿quién puede casarse con un tío con cara de ratón y que se llama Jerry? Solo le falta un gato que se llame Tom.

Dejarse llevar por el desánimo no ayuda, Rachel. A ver, lo primero y más importante: abre los ojos. Al menos el bueno. Ahora, enfoca un puntito fijo que deje de parpadear como las estrellas en medio de la maldita penumbra. Bien.

Chis. ¡No te muevas! Hay alguien más por aquí. Mi intuición me dice que ni respire. Calla y escucha. Murmullos. Si no temiera por mi vida diría algo, pero este asqueroso olor a sangre no presagia nada bueno.

¡Un momento! Esa voz... Esa sombra recortada por el amanecer..

Creo que, por fin, empiezo a recordar. Después de todo parece que es un tema de faldas. Decidido: si salgo de esta, nunca más aceptaré asuntos maritales. En el momento en que Paul Grant atravesó el umbral de mi oficina olí el tufillo inconfundible de los problemas. También el del dinero fresquito. Por eso no hice caso de mi finísimo olfato, porque pudo más la necesidad que el sentido común.

Me explico. Aquel día llevaba setenta y dos horas sin pegar ojo. Yo necesito dormir diez horas tanto como respirar; si no, no rindo. Sé que diez horas suena exagerado, pero cada cual consume una cantidad de energía que luego el sueño reconstituye; metabolismo lo llaman. Yo quemo mucha energía, demasiada, dice mi madre —sí, la misma que me quería casar con el primo Jerry. Gracias a Dios, solo tengo una madre.

Mi vida es excitante y dinámica. Mis nervios están siempre listos para saltar como un resorte. Por eso decidí empezar con el yoga, para relajarme. Y por eso mismo decidí dejarlo, porque no aguantaba tanto sosiego. Así que prefiero dormir mis diez horas e inyectarme cafeína en vena para

mantener mi cuchitril. La vida de detective privado es muy dura en esta ciudad. Sobre todo si el detective en cuestión es una mujer. En teoría, no debería ejercer esta profesión, al menos en solitario. Desde que acabó la guerra, está mal visto que una chica desempeñe oficios varoniles. Por eso utilizo la primera letra de mi nombre de pila: *R. J. Bladovich*. La *J* no significa nada, pero queda muy bien en la placa de entrada al edificio: «R. J. Bladovich - Investigador Privado». Y por eso llevo una alianza de casada. Soy la ayudante de un supuesto y ocupado marido que nunca está en la oficina.

Pues bien, llevaba setenta y dos horas sin pegar ojo, despanzurrada en mi destartalado sofá —el último grito en moda detectivesca—, hojeando los clasificados del *Herald Express* en busca de una misión sencilla de resolver. ¿A quién quiero engañar? En busca de cualquier misión.

Si una sabe buscar entre las columnas que se elevan cual torre de Babel y los anuncios por palabras, encuentra sumergidos verdaderos casos de desesperación humana. En ellos, una experta como yo puede captar clientes a quienes ofrecer efectivos, discretos y económicos servicios como, por ejemplo, encontrar al chihuahua perdido de una ricachona o indagar el paradero de aquel familiar que ha heredado la modesta fortuna de un tío lejano. También las esquelas son una formidable fuente de conocimiento y, por lo general, los herederos suelen ser generosos.

Como decía, me encontraba sumida en toda esa palabrería, empezando a perder el sentido de la semántica editorial, luchando contra la predisposición a cerrar mis adormilados párpados. ¿He comentado que llevaba setenta y dos horas sin pegar ojo? Y no porque me sobrara el trabajo, como cualquiera pensaría a estas alturas. Lo que me había mantenido despierta era la manía persecutoria de Ripper, mi casero. Manía, sí. Está obcecado en que le pague religiosamente cada primero de mes. ¡Como si yo cobrara con puntualidad los encargos resueltos! Si no le pago, me convierto en objeto de su manía persecutoria: me incordia con ruidos espantosos, apalea las cañerías que atraviesan los tabiques de mi oficina y les arranca chirridos que se asemejan al éxodo de una colonia de ratas en busca de la tierra prometida. Son terribles sus métodos de tortura acústica, aunque llamándose Ripper no podía ser de otra forma.

Me voy por las ramas, tengo cierta tendencia a ello. Ya lo decía mi madre: «Hija mía, abrevia o nunca encontrarás a un hombre que te quiera. A ellos no les gustan las mujeres habladoras». El día que le dije que no

quería casarme con ningún hombre, que prefería una mujer, sinteticé tanto que no me entendió. Acabó de freír un par de huevos y me preguntó: «¿Cuándo le vas a dar una respuesta a Jerry?». Ese día me fui de casa.

En fin, que leía la sección de personas desaparecidas. Para variar, junto al retrato de una bonita chica se esbozaban cuatro líneas solicitando la colaboración ciudadana. Esta clase de publicaciones son habituales, a veces incluso ofrecen recompensa. Cada semana se fugan de casa decenas de jovencitas que, probablemente, aspiran a ser *starlets* o a copar portadas de revistas o calendarios publicitarios como *pin-ups*. El Departamento de Personas Desaparecidas no da abasto.

También examiné los clasificados y subrayé un par de anuncios de gatitos perdidos con gratificación. Eso me interesó. Hay tantos gatos callejeros que es fácil dar el cambiazo, siempre que se parezca. Al fin y al cabo, no son más que gatos.

Por último, eché un vistazo a unas cuantas audiciones. La industria del cine da mucho dinero y en época de vacas flacas me beneficio de su generosidad. Si algo bueno tiene Hollywood es que siempre hay una película por rodar y un sueño que ofrecer —además del tentempié y la retribución por *casting*—. Por descontado, si te seleccionan cobras más. He llegado a hacer hasta cinco pruebas en un día; eso son diez pavos. Nada mal por ir guapa, sonreír frente a la cámara y fingir que todo va bien. Quieren chicas monas y saludables que simbolicen el espíritu joven de nuestra gloriosa nación y que ayuden a olvidar los años de posguerra. Pues si quieren eso y pagan, ¿por qué no explotar mi sonrisa encantadora?

Así pues, además de investigadora privada, también me dedico al cine. Nunca he conseguido ningún papelito. Las aspirantes a actrices me han dicho que es porque no tengo un agente que mueva el culo por mí pero, en realidad, creo que se debe a mi apariencia. Por más que me ponga vestido —cosa que odio—, parezco un chaval imberbe. Demasiado andrógina. Con una Joan Crawford, Hollywood tiene suficiente.

Ese día llevaba setenta y dos horas sin dormir y sin ingerir más que el poso de la cafetera. El bullicio de mis tripas había formado un trágico coro junto al estruendo del casero y, entre la docena de convocatorias publicadas, solo podía acudir a una. Eso echándole cara y previo paso por casa de Chelsey. Tendría que dejarme una de sus pelucas a lo Rita Hayworth y calzarme el par de taconazos que tanto le gustan, y que a mí tanto vértigo me dan.

Eso era lo peor, el suplicio del tacón. Pero valía la pena, pagaban bien. Extraordinariamente bien de hecho, deduzco que por la peculiaridad de los requisitos: una actriz con la explosiva combinación de la dulce Maureen O'Hara y la enigmática Gene Tierney. Lo dicho: le echaría cara de la dura porque, salvo en la estatura, no me parecía en nada a esas actrices.

Me imaginé a Chelsey retorcida de la risa cuando me viera disfrazada de *femme* sofisticada, peleándome con los tacones mientras me esforzaba en parecer enigmática. «Quizá si cierras el pico lo consigas», me diría. Es que hablo demasiado en las pruebas. Me piden: «Sonríe, gírate a la derecha, ahora a la izquierda, procura parecer esto o aquello, cuéntanos algo interesante que te haya pasado...». Y claro, me pasan tantas cosas interesantes que me embalo. Mi mente va demasiado deprisa, dice mi madre.

Mi madre, ella sí que daría el *casting* con treinta años menos y si conservara su magnífica melena taheña, la primera de sus herencias que perdí cuando mi pelo mudó de color. Qué disgusto se llevó la pobre. «Ahora que, por fin, están de moda las pelirrojas», solía decirme. Pero el mayor disgusto se lo llevó cuando me corté la melena al estilo paje, apenas por encima de los hombros. Según ella, una señorita nunca llevaría un peinado así. «Eleanor Paul lo lleva más corto que yo», le dije para que se callara, sin éxito. No sé cómo convencer a mamá de que nunca he sido una señorita como ella pretende, pero supongo que esa es la ilusión de toda madre.

Pensé que podría hablar de mi madre en el *casting*. Eso sí, sin liar me demasiado. Ah, y hablar en un susurro.

Eso les gusta mucho. Susurrar proyecta una halo de *sex appeal*, muy en uso en la meca del cine, a la vez que se disimula lo mala actriz que es una. Todas susurran en lugar de hablar alto y claro, da igual lo que digan delante de la cámara. Lo importante es hablar a media voz para resultar *sexy* y enigmática. Tendría que esmerarme mucho, porque el único lugar donde se me da bien susurrar es entre las sábanas y, ¡qué diablos!, lo que digo entonces no tiene ningún misterio. Pero estaba dispuesta a intentarlo por un puñado de dólares.

Recorté la página del diario y anoté la dirección y el día de la convocatoria en mi libreta: «viernes 23 de junio de 1950, 6:00 p.m., en 215 South Santa Fe Ave., puerta F, planta 1».

El Downtown de Los Ángeles, en concreto el distrito entre Alameda Street y South Santa Fe Avenue, está lleno de naves industriales, muchas de

ellas abandonadas, donde se establecen las empresas modestas que producen filmes independientes lejos de los grandes estudios. Era inusual que pagaran tan bien, aunque los requisitos del anuncio eran tan específicos que no creí que acudieran muchas aspirantes.

Sin darle más vueltas, cogí una botella de *whisky* pensando que esa misma tarde visitaría a Chelsey para recoger parte de mi disfraz. Vertía el poco licor que quedaba en el único vaso superviviente a mi torpeza cuando llamaron a la puerta. A través del cristal opaco se perfilaba una sombra cuya corpulencia no se correspondía con la del chalado de Ripper. Volvió a llamar, insistente. Me acerqué con el máximo de los sigilos, por si era un matón enviado por alguno de mis acreedores. Sí, en plural: el casero no es el único de la ciudad al que le debo pasta, pero es el único que me hace la vida imposible.

Puse la mano en el picaporte, dispuesta a afrontar mi destino. Al fin y al cabo, todo el mundo creía que R. J. Bladovich era mi marido, así que no podía ser tan terrible. Antes de abrir me vestí de amabilidad, me maquillé de encanto y busqué mi mejor cara de buena chica, que se me da muy bien.

Ni siquiera me dio tiempo a desplegar mis dotes. Un ciclón encarnado en un hombre alto y fornido entró como una avalancha buscando a mi jefe, el señor Bladovich, R. J. Bladovich. «Otro que ha caído en la trampa», pensé, animada.

Sonriendo abiertamente —tanto que debí de parecer estúpida—, me apoyé en la jamba de la puerta, con un pie fuera y otro dentro, por si sacaba un arma o una citación y tenía que correr. Con los tipos trajeados nunca se sabe, lo mismo podía ser un matón que un picapleitos.

Lo que sacó, con gesto decidido, fue una tarjeta de visita. Exigió que le atendiera mi jefe y enfatizó lo interesadísimo que estaba en contratar sus servicios. Ni siquiera reparó en mí ni en mi deslumbrante sonrisa, probablemente impresionado por el desorden reinante de la oficina.

Leí la tarjeta: «*Paul Grant, gerente de El Mundo del Automóvil*». Me pareció atípico que un hombre de negocios quisiera contratar a un profesional que apenas se anunciaba en los periódicos un par de veces al año. Era obvio que podía permitirse una agencia de detectives a la altura de su bolsillo. No sería por falta de competencia: después de la profesión de actor, la segunda más demandada es la de investigador.

Con ojo entrenado, repasé de arriba abajo al petimetre. El traje, exquisitamente planchado, le sentaba como a un galán del cine; el elegante

sombrero *Homburg*, encasquetado hasta las cejas, ensombrecía su mirada, ya de por sí oscura, al tiempo que cubría las canas emergentes. Debía de rondar los cincuenta y pocos, la edad a la que ellos se hacen interesantes y nosotras nos convertimos en uvas pochas. Su presencia refinada contrastaba con el rostro curtido, que revelaba sus orígenes proletarios. También cierto aire de peligrosidad, el de los chicos malos de barrio que consiguen hacerse un hueco. Tenía toda la pinta de haber amasado su fortuna a base de esfuerzo y a costa de escrúpulos. Paul Grant no era quien aparentaba.

Mosqueada, aunque sin perder la sonrisa, indagué tan sutilmente como supe:

—¿Quién le envía?

—¿Qué quiere decir? —inquirió a su vez, sin advertir la perspicacia de mi pregunta.

—Pues eso. —Me encogí de hombros—. Que quién le envía.

—Mi esposa estaba leyendo el *Herald* y, por casualidad, reparé en su anuncio.

Mi sexto sentido me puso de nuevo en guardia: hacía más de seis meses que no me anunciaba. Me alejé un paso. Él lo notó. Qué sagaz.

—Tiene buena memoria. Hace meses que no nos anunciamos.

—Guardé la dirección y el teléfono por si un día necesitaba de sus servicios. Hasta ahora no me había decidido.

—También tiene buena vista. Nuestros anuncios son discretos.

—Es lo que necesito: discreción.

—Entonces, ¿lo envía su esposa?

—Nadie me envía, señorita. ¿Es que tiene que enviarme alguien para que me atiendan?

—No, no, es para una estadística —mentí, medio convencida por sus respuestas.

Cerré la puerta sin perderlo de vista. Siempre hay que estar preparada y no confiarse al cien por cien. Es una de las cosas que aprendí el primer año de servicio policial.

Esta era la situación: un dandi de piel bronceada y cierta posición quería contratar a mi supuesto jefe. No es que fuera adivina, pero parecía tratarse de algo urgente. Y por todo el mundo es sabido que la urgencia implica exclusividad, y que eso se traduce en dinero. Me dispuse a camelármelo, feliz porque mi ángel guardián me brindara la oportunidad de volver a

comer caliente.

—Señor... Grant —leí la tarjeta con un ensayado tono de secretaria eficiente—. Me temo que mi jefe, el señor Bladovich, no puede atenderlo.

—¿Y eso por qué? —exclamó visiblemente contrariado.

—Está trabajando en algo complejo. Como comprenderá, no se queda en la oficina esperando que aparezcan los clientes. Para eso estoy yo. —Sonreí sugerente.

—Ya veo. —Pareció verme por primera vez. Las pupilas le brillaron de ese modo especial, como cuando uno contempla algo apreciativamente. De pronto, se volvió más receptivo—. Pero con usted no puedo hablar, se trata de una cuestión delicada.

Por «cuestión delicada» se refería a que mis neuronas de secretaria no entenderían los contratiempos de un hombre de negocios.

—Lo entiendo, señor Grant, pero mi jefe no está. Debería haber telefonado antes de venir. Aunque el señor Bladovich es un hombre muy ocupado, estoy convencida de que le habría hecho un huequecito.

—Lo hice, pero el teléfono no daba tono.

¡Mierda! Teléfono cortado por impago. Otra vez.

—Cierto, han estado con el mantenimiento del edificio, estuvimos varios días incomunicados. Probablemente tuvo usted la mala fortuna de telefonar entonces.

—Probablemente —admitió con tono de derrota—. Mire, señorita...

—Bladovich —aclaré demasiado deprisa. Entrecerró sus ojos de zorro viejo—. Señora Bladovich. También soy la esposa —añadí presta, mostrándole la alianza de oro que llevaba para estos casos. Fingir estar casada le facilita la vida a una chica.

—¿Esposa?

—Le aseguro que no soy tan joven como aparento. Es que tengo buen cutis, la única herencia que mi padre me dejó.

—No es su apariencia juvenil lo que me confunde. Las niñas maduran mucho antes que los chicos. Es que usted no tiene pinta de ser de las que se casan.

—Sí, eso también me lo dicen —concluí con un suspiro de resignación.

—¿Y trabajan juntos? ¿Como Nick y Nora Charles?

—A decir verdad, yo solo le echo una mano cuando está saturado. R. J. prefiere la ayuda de nuestro fox terrier —bromeé, refiriéndome al perro de la pareja de investigadores más célebre del cine que él había mencionado.

—Bien, no es un trabajo para mujeres —contestó, sin entender la broma.

—¿Lo cree así?

—No se ofenda, pero son ustedes demasiado sensibles. Y chismosas.

«Sa Re Sa Sa, Sa Re Sa Sa, Sa Re Sa Sa», repetí el mantra para calmarme y no lanzarme a su cuello. En la policía me había encontrado con los mismos prejuicios. Pertenecer a lo que Simone de Beauvoir llama el segundo sexo nos resta credibilidad, quizá por la injusta fama de que somos incapaces de mantener un secreto o por esa tontería de la sensiblería. Sin embargo, la historia está plagada de féminas que han destacado por su astucia, discreción, crueldad y capacidad de manipulación. De esa clase he conocido algunas, pero eso también es otra historia.

—Ya sabe que la guerra trajo aires de cambio a nuestro país, señor Grant —repliqué, tragándome la inquina.

Si no hubiera sido por mi don para el disimulo y mi estudiada cara de ingenua, se habría largado. A los fulanos como él no les gustan las respondonas de vocación feminista. Conseguí suavizar su mohín con una simpática sonrisa, aderezada con mi particular caída de ojos, propio de lo que, con total seguridad, le gustaba en una chica. Luego, lo invité a sentarse.

Indeciso, se quitó el sombrero y echó una ojeada a su alrededor. Para ser sincera, no me habría extrañado que se lo hubiera pensado antes de acomodar su elegante trasero. El despacho, algo destartado, ni siquiera tenía la excusa de haber vivido tiempos mejores.

—Señora Bladovich, sé que todos deben decir que su caso es vital. —Asentí con complicidad, procurando que se sintiera especial. Los clientes suelen ser más agradecidos cuando creen gozar de un trato exclusivo—. Pero, créame, el mío lo es.

—No lo dudo.

—Es de extrema importancia que su jefe anteponga mi caso a cualquier otro.

—Señor Grant, verá...

—No, usted no lo entiende. Es imprescindible o será demasiado tarde.

Algo que aprendí de novata es que los clientes siempre exageran. Creen que si dicen que su vida pende de un hilo, justifican el contratar a un detective y les vas a tomar más en serio. En el 99% de los casos, el engaño y el dinero son la raíz de sus problemas. Así que, con cierto escepticismo, me preparé para escuchar una de esas historias simplonas infladas de

trascendencia.

—¿Tarde para qué? ¿Tiene problemas con el negocio? ¿Algún socio estafador? ¿Algún empleado que le sisa? —Él titubeó—. Señor Grant, debería darme un voto de confianza. Así podremos juzgar la urgencia de su problema. El señor Bladovich no puede aparcar una investigación en curso así como así. Tal vez, incluso, sería necesario que otro se encargara de su caso.

—¿Quién?

—Yo misma, por ejemplo.

Sus labios se estiraron en una línea delgada. Me miró de arriba abajo, no de la misma forma apreciativa de antes, e hizo ademán de levantarse de la silla.

—Si él lo considerase pertinente, por supuesto —añadí deprisa. No podía permitir que se marchara cuando casi estaba acariciando el cheque—. A veces, el mejor hombre para hacer el trabajo es una mujer. Tiene sus ventajas, ser chismosa ayuda mucho. —Le guiñé un ojo—. Por supuesto, R. J. supervisaría cada paso. Le confieso que yo nunca podría hacerlo sola.

Imaginar la expresión desvalida de mi inocente semblante me provocó unas insolentes ganas de reír. Si el pobre supiera lo que pensaba en realidad...

Al parecer, mi actuación debió de convencerlo porque se removió en la vieja silla, que crujió bajo su peso.

—Supongo que tiene razón. Ustedes son los entendidos. Y si no se lo explico, difícilmente aceptarán el encargo, ¿verdad? —Afirmé, solícita—. Quizás no sea tan mala idea que lo llevara usted. Su sensibilidad femenina podría ser útil. —Volví a asentir—. Bien, vamos allá.

Tomó una gran bocanada de oxígeno, como si fuera a sumergirse en las profundidades de un océano oscuro, y lo exhaló lentamente. Pude ver cómo aquel hombre, poderoso y apuesto, buscaba el modo de empezar. Con un gesto rápido, que significaba «ahora o nunca», Paul Grant se llevó la mano al bolsillo interior de su impecable americana y sacó una cartera de piel de cocodrilo. La abrió sin dar importancia al puñado de billetes que sobresalían. Típico de nuevo rico, un buen fajo que complementaba a las mil maravillas con la piel de cocodrilo. Tomé nota mental: a mi cliente le importaban las apariencias.

Sacó una fotografía y me la tendió con pulso firme. La analicé con aire competente. Se trataba del retrato, en satinado blanco y negro, de una bella

mujer de suaves y delicadas facciones. Su boca carnosa era una incitación al pecado. Los pómulos bordeaban un rostro afilado e incitaban a tocarlo, a perfilar la línea con la punta de los dedos. La mirada altiva, de color indefinido, helaba la sangre incluso a través del papel baritado. Era como un ser supremo e inalcanzable, como una de esas fogosas divas que posan en las revistas de cine como si fueran maniqués en un escaparate, luciendo su belleza espectacular y despertando la envidia, el deseo y la lujuria de quienes las admiran.

—¿Su hija?

—Mi mujer —afirmó con arrogancia.

Sentí que me atragantaba al contemplar la foto que, en ese instante, era como una reliquia sagrada, como una postal con la efigie de una diosa de carne y hueso, tan real como el hombre que tenía delante exudando poder. Sí, poder. Porque él la había poseído. Y eso lo henchía del poder que da el sentirse dueño de alguien.

—Es bellísima.

—Lo es.

—¿Se dedica al negocio del cine?

—No, pero podría, ¿verdad? —Asentí, admirada. Fue curioso: no podía acertar el color exacto del cabello, pero casi podía entrever su textura sedosa—. Creo... estoy seguro de que me engaña.

He aquí el asunto de vida o muerte. La típica trama de madurito, casado con joven bellezón, que sufre un maldito ataque de cuernos. Lo dicho: unos exagerados. Aun así, lejos de pormenorizar el asunto, eché mano de lo que había aprendido en mi centenar de audiciones, en las que me pedían «cara de sorpresa, cara de tristeza, cara de comprensión». Clases dramáticas gratuitas.

—Lo siento —susurré, y sonó convincente. En la Metro tenían razón: susurrar era una gran muletilla.

—Eso no es todo. No es tan simple.

Aún había más. Estupendo. No me gustan los trabajos fáciles.

—¿Un trago? —ofrecí por ser amable, en realidad esperando que se negara.

—Sí, un trago me vendrá bien. El retrato puede quedárselo, su marido lo necesitará.

Maldije por lo bajini. Antes de que Grant llegara me había servido el último trago, en el único vaso decente que me quedaba. Lo recogí

disimuladamente del suelo, junto al sofá.

—Con un poco de agua —exigió. «Por favor» era un modismo ausente en su vocabulario.

Quedaba un buen lingotazo, así que podríamos compartirlo. Busqué el cubilete de los lápices para usarlo como vaso. La estampa del animal más bello del mundo me saludó. Vertí el licor y añadí agua a ambas bebidas. Le cedí el vaso de cristal a mi cliente, yo me quedé el cubilete, donde Ava me incitaba a beber de ella como en mis sueños más húmedos.

Él tomó un sorbo y se aferró al vaso como un náufrago a la tabla de salvación.

—Tómese el tiempo que necesite.

—Estoy bien. Es que busco las palabras adecuadas para que pueda entenderme. —Me cayó mal aquel tío—. No me malinterprete. Una mujer no comprende lo que siente un hombre cuando su esposa lo engaña.

—Ya, apuesto que no es lo mismo que cuando sucede al revés.

—Exactamente, no lo es. —¿He dicho que me caía mal?

—Bien, dice que es un asunto complicado. ¿Por qué?

—Me extorsionan.

—¿Su esposa lo engaña y a quien chantajea es a usted? ¿No debería ser al contrario?

—El chantajista es el que se tira a mi mujer.

Se ponía emocionante: belleza, amor, celos, dinero, extorsión... ¡Era un trabajo para mí!

—¿Por qué no lo ha denunciado?

Me miró con sorna. Así que mi cliente tenía secretillos y prefería pagar que acudir a la policía. Interesante. Lo apunté en mi cuaderno de notas.

—¿Puedo saber por qué lo extorsiona?

—Eso es cosa mía.

—¿Tiene pruebas de que su esposa lo engaña?

Su semblante moreno y atractivo se contrajo. Intentó sonreír, pero fue una triste mueca tras la que se agazapaba la necesidad de hacer daño. Crueldad. Eso vi en su mirada.

—Hay cosas que un hombre sabe, señora Bladovich —alegó, apretando con fuerza mi único vaso de cristal. Creo que fue su autocontrol lo que evitó que se rompiera—. Ella lo niega, por supuesto, ¿qué va a hacer? Siempre lo niega todo. Me llama paranoico. Pero cuando vuelve de allí... tiene una luz diferente en la mirada.

—¿«Allí»? ¿Dónde es «allí»?

—De su club, de entregar el dinero.

—¿Es ella quien se encarga de la entrega?

—Lo exigió así. Supongo que para mantenerme a raya mientras ella está en su terreno.

—Pero usted no se mantiene a raya, por lo que veo. ¿Esta conversación pone en peligro a su esposa?

—Yo cuido de mis intereses, señora Bladovich. No permitiré que ese ladrón se salga con la suya y se quede con mi dinero y con mi mujer.

—¿Sabe quién está detrás del chantaje?

—Lo único que conozco es su nombre.

—¿Y quiere que yo...? Es decir, mi jefe... ¡Mi marido...!

—Quiero que le pongan cara.

—¿Por qué? ¿Qué hará cuando sepa cómo es?

—Nada —declaró. No lo creí—. Pero ya no podrá esconderse en el anonimato.

—¿Cree que su esposa es su cómplice?

—¡No! Ya le he dicho que no era tan simple —gruñó al borde de un acceso de cólera.

Lo tranquilicé posando una mano sobre sus anchos hombros. Él respingó al notar el contacto. Me taladró con la mirada pero, por suerte, mi sonrisa franca tiene algo de sedante y su genio desapareció como por arte de magia. Siempre he tenido el don de calmar a las fieras.

A grandes rasgos, tracé dos líneas de interés. Por un lado, la extorsión de la que era víctima mi futuro cliente. Por otro, la infidelidad de la esposa. ¿Eran paranoias tuyas? ¿Se la estaba pegando con el chantajista? ¿Estaba implicada? ¿Y si era un plan de los amantes para desvalijar al marido?

—Vamos a hacer una cosa. ¿Por qué no me cuenta todo desde el principio?

Tengo asumido que soy un imán para los problemas. Por algo me llamaban en la escuela Rachel Calamidad. Yo no los buscaba, es que me metía en líos sin saber cómo. Tal vez estuviera relacionado con mi temprana incapacidad de saber cerrar el pico cuando toca. Lo curioso era que solía salir indemne, por lo que empecé a creer que un ángel guardián cuidaba de mí. Como era una niña solitaria y un poco rarita, mi ángel se convirtió en mi amigo invisible. Lo bauticé Orlando, como el ambiguo personaje de Virginia Woolf. Y es que de niña ya apuntaba maneras.

Desde entonces, Orlando me ha salvado en innumerables ocasiones. De hecho, este sería un buen momento para que me echara un cable. Me ha dado un calambre en la pierna y me duelen los brazos de tenerlos atados al dosel de la cama.

¡Maldito Paul Grant! ¿Por qué aceptaría el puñetero trabajo? La culpa la tiene el maníaco de mi casero. Aunque, para ser sincera, la fotografía en blanco y negro de aquella chica de belleza distante también tuvo que ver. Durante la reunión, me divertí pensando que engañaba a su marido conmigo. Soy débil, nunca he podido resistirme a una cara bonita.

Aunque los quinientos pavos que Grant me puso en la mano fueron definitivos. ¿Quién dice que no a tanta pasta? Yo no soy una filántropa como Miss Marple, que disfruta metiéndose en la vida de sus vecinos. Soy una profesional y me juego el pellejo. Como ahora: atada, desnuda y golpeada. Con mi suerte, o me liquidan o me cargan el muerto.

Porque hay un muerto, lo presiento, y me lo cargarán a mí. Menudos son los polis. Cuando tienen una cabeza de turco olvidan la presunción de inocencia. Parten de la premisa de que todos somos culpables de algo, y si no saben de qué, ya encontrarán el modo de averiguarlo.

Sé muy bien de lo que hablo: estuve cinco años con la bofia.

Por lo tanto, Rach, relájate, y vamos por partes. El rey del automóvil quería contratar a R. J. Bladovich. Le garanticé que mi jefe lo estudiaría, pero puso en mi mano quinientos pavos y prometió dos de los grandes si solventaba el tema con discreción, gastos aparte. Cogió su sombrero *Homburg* y se largó.

Salió de la oficina vivito y coleando. Entonces ¿por qué tengo la impresión de que hay un fiambre? Rach, piensa, debes centrarte de nuevo.

Lo estabas haciendo muy bien. Recordar, debes recordar. Si no me doliera tanto la cabeza...

Voces. Esa voz... la conozco. Se ríe. Y susurra. De nuevo, los susurros de las malas actrices que aparentan ser buenas, que dicen cosas vacías y sin sentido. Esa foto en satinado blanco y negro. La clave está en la foto. ¿O no? La foto es la culpable de que me duela tanto la cabeza. Dios, me encuentro fatal. «Sa Re Sa Sa, Sa Re Sa Sa.» Concéntrate, Rach, desvarías. Concéntrate en Paul Grant; en Violet...

Violet Grant.

Ese era el nombre de la mujer de la fotografía, es decir, la esposa. Violet. El nombre de una flor para alguien cuya belleza, altiva y enigmática, era superior a la de cualquier otra flor.

El señor Grant la conoció como en una de esas películas románticas a todo color que tanto les gusta filmar por aquí. La vio en los grandes almacenes de Woolworth, donde trabajaba de dependienta en la sección de perfumería. Llamándose Violet no podía ser de otro modo.

La joven empleada atendía a un fulano obstinado en oler un perfume en su cuello. Debió de confundirla con el muestrario. El muy grosero casi saltó por encima del mostrador para olisquearla. Entonces, me explicó mi cliente, apareció él como un príncipe de cuento de hadas. Pude entrever la escena: Grant, el *hombre*, atlético, atractivo, maduro y bien vestido, flotó en su caballo invisible y rescató a la damisela de las garras del ogro.

Examiné el retrato de Violet. La línea firme de sus labios, su mirada intensa y su frente recta indicaban que tenía carácter. No obstante, había algo inexplicable en ella que empujaba a protegerla. Por eso entendí que Paul se la llevara de aquel jardín donde no era más que otra flor vulgar y fútil.

El cuento feliz tomó tintes dudosos cuando mi cliente se jactó de haberla salvado de la mediocridad, de haberla hecho suya, «su mujer», de adornarla, vestirla y exhibirla. La joven y bella amante del rey del automóvil. La convirtió en el trofeo que lo erigía como macho alfa entre los de su calaña. Me repatea ese sentimiento animal que, aunque el hombre ha refinado, subsiste como sustrato elemental del comportamiento social y que, en esferas burguesas, se adorna con Swarovski. En esencia, es tan bochornoso como una pelea callejera en la que se compite por demostrar quién es el más fuerte.

Según hablaba, concluí que Paul Grant no estaba enamorado. En su

mirada de zorro solo vi gula y deseo insatisfecho. A la gente como él nada la sacia. Se afana en abarcar más, lo mejor, lo que nadie puede tener; se convierte en coleccionista, desprecia el valor de las cosas y de las personas; su ego crece a la par que sus posesiones.

Y mi cliente poseía mucho: además de riqueza y automóviles, coleccionaba mujeres. Le dio la patada a su primera esposa y le propuso a Violet ser su amante. A nadie le amarga un dulce, así que ella aceptó. Tonta no era. Aun pasados los cincuenta, Grant era un bombón al que la mitad de las féminas del estado hincaría el diente. La otra mitad se lo hincaría a Violet, yo incluida.

Años después, se casaron, previo contrato prematrimonial: ella no vería ni un centavo si se divorciaba. Que otro pusiera las manos sobre su mujer era como una patada en su ego. Y el ego es el órgano más sensible en los machos de cualquier especie (hay estudiosos que lo han localizado en los genitales). Por esa razón, yo no estaba capacitada para entender su problemática conyugal, porque no tenía huevos.

No soy nadie para cuestionar a mis clientes —al fin y al cabo, me lucro de su basura—, pero me fastidiaba el desprecio clandestino que exudaba hacia las de mi sexo. ¡Ni que fuéramos de otro planeta!

Interferencias feministas aparte, Paul Grant se retrató al exponer su drama doméstico con desapego aparente. Bajo la máscara civilizada, la rabia campó a sus anchas por su cuerpo, tensando músculos y aflojando intenciones.

—¿Qué hará cuando descubra la identidad del supuesto amante? —pregunté con tiento.

Antes de contestar, apretó tanto la mandíbula que temí que se partiera los dientes.

—Soy un hombre que se ha hecho a sí mismo, señora Bladovich —explicó—. Me he sacrificado por conseguir lo que tengo y no voy de perderlo todo por culpa de un negocio fallido.

—¿Con negocio fallido se refiere a...?

—Al matrimonio, por supuesto —me confirmó.

Muy romántico.

No soy una ilusa, tampoco creía que ella se hubiera casado por amor. Del retrato de Violet Grant deduje varias cosas y ninguna apuntaba a que fuera estúpida. La primera interesada en seguir casada, disfrutando del confort, era ella. Existen varios tipos de prostitución, y la que ejercía la esposa de

mi cliente era políticamente correcta. Por eso no me cuadraba que arriesgara su negocio/matrimonio por un polvo.

Por otro lado, Paul Grant se mostró extremadamente receloso a desvelar nada ni de su vida personal ni empresarial. Me olía mal. ¿Quién se hace rico vendiendo coches, aunque fueran de lujo? Lo que me llevó a la pregunta del millón: ¿por qué lo coaccionaban?

Un investigador debe saberlo todo, como Dios, así que tendría que husmear en sus trapos sucios para dar con alguna pista del hombre sin rostro. Podría tratarse de alguien de su pasado.

Según mi cliente, se llamaba Lou Besson. El nombre me resultó vagamente familiar, tal vez de mi época de poli. Sería una buena excusa para contactar de nuevo con Bud, el único amigo que me quedaba en el departamento. Desde que renuncié a la placa, un par de años antes, no habíamos vuelto a hablar. Seguramente estaría molesto conmigo, pero nada que no pudiera arreglar una botella de *bourbon*.

Besson era un buscavidas polifacético, que picoteaba en variadas actividades delictivas, entre las que se encontraba la coacción de honrados ciudadanos. Pero digo yo que, si un ciudadano honrado cede a un chantaje, será porque no lo es tanto. Por supuesto, es solo una opinión. También organizaba peleas clandestinas a muerte, muy de moda en la alta esfera hollywoodense. ¿Serían los espectadores los mismos ciudadanos honrados a los que luego extorsionaba?

—De alguna manera —sostuvo—, sabe algo de mi pasado que no me conviene que se sepa.

—¿Algo sobre qué? —insistí, animada.

—¿Qué parte de «no me conviene que se sepa» no entiende, señora Bladovich? —Tomó un sorbo del vaso que aún sostenía—. Como ya le he dicho, exigió que mi mujer fuera el enlace. —Apretó los puños—. La primera entrega no tuvo mayor consecuencia que la de perder unos cientos de dólares. —Me sorprendí de que demandaran tan poco dinero. Grant adivinó mi pensamiento—. Una cantidad aceptable no levanta las sospechas del banco. Después del pago, esperé los documentos prometidos. En su lugar llegó otra nota pidiendo más.

—¿A cuánto asciende lo pagado hasta ahora?

Cuanto más hubiera en juego, más sucios serían sus trapos. Una vez más, mi cliente se negó a dar detalles. Era obvio que su pasado era tan punible como el del chantajista.

—Mi mujer debía acudir con el dinero a un club de Lincoln Heights, el Breathless.¹ Amenazó con que si me veía a mí o a la policía rondando por allí, los periódicos publicarían lo mío.

—¿La envió sola a ese barrio de mala muerte? —pregunté alarmada por su inconsciencia.

—No es mi mujer la que corre peligro. Es mi honor y mi dinero. —Apuró el resto del *whisky*—. Ni se me había pasado por la cabeza que quisiera algo más. Y menos aún que mi mujer se prestase a ello.

Sus pupilas, oscuras de por sí, adquirieron una tonalidad más profunda con tintes de cólera. Si yo fuera su esposa, me hubiera cagado en las bragas al ver su mirada de odio puro.

—¿Conoce el club?

—No frecuento clubes, señora Bladovich. Pero me han hablado de uno muy exclusivo donde las prostitutas tienen bastante parecido con actrices famosas.

—Algo he oído, sí. ¿Insinúa que el Breathless es ese club?

—¿Por qué no? ¿Por qué otra razón quería que mi mujer fuera el enlace?

—Un momento, no acabo de entenderlo. ¿Qué está diciendo?

—Que primero enamorará a mi mujer y, cuando la tenga a sus pies, la convertirá en puta. ¿No se ha dado cuenta del parecido de mi mujer con Gene Tierney?

—En caso de que eso fuera cierto, su esposa no es tonta como para...

—Mi mujer es tan guapa como tonta —me interrumpió—. Y es muy guapa, como ha visto usted. Ella vive en un mundo paralelo. Le prometes la luna y espera que se la entregues envuelta en papel celofán y con un lazo rosa.

No objeté nada, pero Violet Grant tenía cara de todo menos de tonta.

Hizo una pausa cargada de significado.

—No entiendo qué la empuja a sus brazos. Conmigo lo tiene todo.

Todo no, cavilé, le faltaba lo principal: su respeto.

—¿Cuánto hace que lo extorsiona?

—El primer anónimo es de hace poco más de siete meses. Semanas después, fue el primer pago. Al poco tiempo, mi mujer cambió. —Tragó saliva antes de añadir—: Los pagos han sido mensuales. En unos días será el próximo.

—¿Cómo sabe tantas cosas de Besson?

—Tengo mis métodos.

Otra vez se mostró esquivo, pero insistí. Tuve la intuición de que mi cliente era proclive a expresarse con las manos y quise probarlo.

—Si yo fuera un hombre, ¿me lo diría? —Asintió a regañadientes—. Pues imagine que soy el señor Bladovich. Al fin y al cabo, él leerá mis notas.

—Mi mujer me lo ha explicado. —Dejó el vaso sobre la mesa—. Ayer tuve una charla con ella, ya sabe.

Cerró el puño izquierdo e hizo girar su alianza. Vi unos rasguños superficiales en los nudillos y la marca encarnada provocada por la ausencia de otro anillo. La verdad, no me gustaría charlar con él, tenía pinta de acabar llevando siempre la razón.

Por enésima vez, miré la imagen de Violet Grant. La compadecí. Su belleza la había convertido en un objeto decorativo, en una posesión. La razón que la había empujado a aceptar esa vida quedaba fuera del alcance de mi lógica. Una chica que podía tenerlo todo con chasquear los dedos... Clavé los ojos en sus ojos grises y ya no me pareció tan altiva ni tan ardiente, al menos no la clase de ardor que había interpretado momentos antes. En aquella mirada de papel satinado había tristeza, vacío, angustia. Y una necesidad vital de afirmar con rotundidad que no pertenecía a nadie más que a sí misma.

—Dice que tiene una amiga en el club. Tonterías. ¿Quién le va a contar todas esas cosas, si no es su amante?

Después de todo, quizá las malas lenguas tenían razón: las mujeres no somos capaces de guardar secretos... bajo amenaza de la fuerza bruta. Lo que me llevó a suponer que Violet tenía más miedo de su marido que del chantajista, y que tal vez sí que era su amante.

Repasando las notas de la entrevista, me sobrevino una cuestión que hacía rato que me estaba molestando. De entre todos los anuncios de investigadores privados que se publican en el *Herald*, ¿por qué Paul Grant había contactado con R. J. Bladovich? Lo que había dicho sobre la discreción no se lo tragaba ni él. En esta profesión, si no eres discreta, estás apañada.

Hasta cierto punto, podía entender que no quisiera contratar a alguna de esas agencias de alto *standing*, por si el dueño pertenecía al mismo club

social. Pero ¿por qué yo? ¿Había acudido a otros despachos antes que al mío? ¿Se habrían negado a trabajar para un tío tan opaco? Cuando entró, ya sabía que quería contratarme. Y que yo aceptaría. ¿Qué sabía de mí?

Soné paranoica. La explicación era bien simple: por fin la suerte me sonreía. Esas cosas pasan. No muy a menudo, pero pasan.

Tiré el recorte del *casting* al que había barajado asistir. Ya tenía un trabajo serio. Y muy bien pagado, por cierto. Me sacaría de la ruina hasta el próximo invierno.

Mi preocupación más inmediata era el hombre sin rostro. Tenía que poner mi bonito culo en movimiento, hablar con Bud y con algunos antiguos soplones. Si Lou Besson movía tantos hilos, el encargo estaría chupado. Pero primero tendría que averiguar cuánto había de mito en su currículum y cuánto de verdad en lo que Grant me había explicado.

Colgué el auricular de la cabina telefónica una vez más y miré las monedas que me quedaban. Tenía que pagar los recibos atrasados para que reconectaran mi línea; mientras tanto, utilicé el teléfono público.

Dicen que lo importante no es saber sobre un tema, sino tener el número de quien lo sabe. Y yo tenía una agenda llena de números que no servían para nada. Era el noveno de mis confidentes que consultaba y la respuesta coincidía. Nadie conocía a Besson. A algunos les sonaba de las peleas clandestinas; otros decían que era imposible que un desconocido tocara tantas teclas del panorama criminal sin el permiso de los herederos de Bugsy; en general, negaban su existencia. Resumiendo: un mojón.

Cuando les pedí que corrieran la voz por la calle, me dieron largas. Habían pasado dos años sin noticias mías y, en la calle, dos años es mucho tiempo. Además, ya no estaba en la bofia ni tenía el respaldo de la placa, que me convertía en intocable. Ahora era una simple mujer detective, sin autoridad ni fuerza para hacerme respetar. Para ser honesta, nunca me respetaron a mí, sino al bruto de mi compañero Bud, y al hecho de pertenecer a la famosa división 13 del Departamento de Policía de Los Ángeles.

El D13, como se la conocía, era una de las divisiones más importantes por su elevada tasa de resoluciones. Por allí pululaban los mejores especialistas en el hampa y en delitos de sangre. Tengo entendido que el FBI cuestionaba los métodos de la D13 e investigaba su anormal productividad. Algo se cocía en las tripas del departamento como, efectivamente, se demostró más tarde. Pero eso es otra historia.

Se decía que éramos los más duros e intransigentes de la ciudad, a pesar de que el asesinato de Elizabeth Short, alias la Dalia Negra, nos convirtió en el hazmerreír. El asunto fue una chapuza desde el principio. Yo rondaba por la comisaría y reconozco que fue lo más esperpéntico que he visto en mi vida. Los periodistas prácticamente acampaban en nuestras mesas y contestaban al teléfono como si estuvieran en la redacción de sus diarios. Había tanta presión para resolver el crimen que nos lanzamos todos a la calle en busca de pistas, por insensatas que fueran.

Mientras esclarecíamos quién del entorno de la víctima la había visto con vida por última vez y cómo habían transcurrido los hechos, la prensa se

divirtió aireando sin tapujos la vida de la aspirante a actriz y tergiversando datos. Lo escabroso del suceso propició el interés de la opinión pública que, impactada por el atroz asesinato, devoró cuanto se divulgó. Como no pudimos evitar que esos buitres danzaran a sus anchas por la comisaría, a la postre nos enterábamos de los detalles por la prensa.

Un puto desastre. Se nos fue de las manos y lo pagamos caro cuando llegó el otro escándalo. Es lo malo de la popularidad. Hoy estás arriba y mañana abajo.

Recuerdo cuando me destinaron a la División, recién salida del horno. Estaba orgullosa, era la novata más joven en entrar. Había sido la primera de mi promoción, pero existían dos razones por las que sentirme privilegiada. La primera: para ser detective, un oficial debía patrullar las calles de Los Ángeles, pisarlas a fondo durante un tiempo, conocer sus recovecos. Las calles estropean a cualquiera. Muchos se queman antes de optar a ir de paisano. Lo he visto infinidad de veces, buenos oficiales que acaban convirtiéndose en maníacos hijos de puta. Viven y mueren con el uniforme azul, sin más aspiración que la de patrullar para ver a quién pueden llevarse por delante, asqueados de tanta mierda. Hay que estar hecho para ese trabajo.

La segunda razón de orgullo se debía a que las mujeres, por fin, podíamos acceder a puestos de agente e inspector. Hasta entonces, pasabas un año aprendiendo a ser buena oficial y al salir nos limitaban a labores administrativas o sociales. Gracias al empeño de la Asociación de Mujeres Policía, las cosas empezaban a cambiar. Aunque estuviéramos supeditadas a nuestros compañeros, por entonces no me importaba. Era una ilusa.

Como nunca he sido supersticiosa, lo del número trece no me supuso ningún trauma, más bien al contrario. El trece solo era de mal agüero para los malhechores que se cruzaban en mi camino. En cuanto sacaba la placa y veían la insignia de la D13, ningún soplón se resistía a cantar sin música. Si alguno se ponía chulo, con acariciar la culata de la pistola, insinuando que la sacaría, tenía suficiente. Me gustan las sutilezas.

Lo cierto es que pocas veces tuve que desenfundar, no hacía falta con Bud a mi lado. Con los mendas difíciles, Bud sacaba pecho y hacía crujir los nudillos. Fin del problema. El ser humano es fácilmente impresionable cuando está acojonado, y mi compañero tenía fama de bestia. Si era merecida o no, nunca se lo pregunté. Había sido boxeador. Se decía que trabajaba de matón limpiando los trapos sucios de los jefazos, pero nadie

tenía pruebas. También lo acusaban de perder el control en los interrogatorios. En su defensa diré que delante de mí nunca se propasó con nadie. Él sabía que aborrezco la violencia y lo respetaba. En el fondo era un niño atrapado en un cuerpo hercúleo.

Pero eso era parte de un pasado que quería olvidar. Sin placa, muchos de mis antiguos confidentes no abrían el pico. ¿Cómo se suponía que resolvería el caso? ¿Con una bola de cristal?

Mi primer día de trabajo, y nadie sabía decirme nada de Besson. Era como si hubieran hecho un pacto de silencio. Nadie vive de las peleas clandestinas sin llamar la atención.

Un toque en la puerta de la cabina me sobresaltó. Varias personas mosqueadas hacían cola esperando a que dejara libre la improvisada oficina, así que se me ocurrió la primera idea brillante del día: acercarme a la compañía de teléfonos para pagar las facturas. Según el manual del buen investigador, siempre se debe tener a mano un arma por lo que pueda pasar, la licencia de investigador por si aparece la pasma, una botella de *whisky* por si hay algo que celebrar y un teléfono. El revólver del 38 Special y la licencia las llevaba encima; el alcohol lo compré en cuanto cobré el adelanto. Faltaba el cuarto vértice de la esencia de un investigador y ya podría darme por satisfecha.

Ojalá ahora tuviera a mano un teléfono. Y mi 38. Y unas bragas puestas. La verdad, me siento impotente, con el cuerpo entumecido y este maldito raptó de amnesia. Alguien se está divirtiendo a mi costa, pintando un futuro incierto con final infeliz. Claro que la infelicidad de unos es la felicidad de otros.

Dios, soy muy joven todavía. No quiero morir. No quiero morir. «Sa Re Sa Sa, Sa Re Sa Sa, Sa Re Sa Sa.» No al menos sin saber qué me ha traído hasta aquí. «Sa Re Sa Sa.» ¡Mierda! Ahora que estaba enamorándome otra vez.

Porque me estaba enamorando, ¿verdad? Al menos tengo la impresión de estar irremediabilmente enamorada. Por poco tiempo, me temo, a juzgar por mi delicada situación.

A ver, Rachel, piensa. Pagué varias facturas y en unas horas volvería a tener línea. Con la fabulosa sensación de sentirme una profesional completa, tuve mi segunda gran idea del día: ir a comisaría y reencontrarme cara a cara con un pasado que no se olvidaba de mí.

En un tiempo récord, la comisaría se transformó en una jaula llena de

animales feroces que daban vueltas a mi alrededor olisqueando el pavor, acechando para averiguar cuál era mi punto débil antes de atacar. Por sus caras intuí que no les hizo puñetera gracia que me presentara sin invitación. Si hubieran podido, me habrían metido en el calabozo con los delincuentes habituales. Para un sabueso no hay nada más degradante que verse entre rejas con los tíos que encierra a diario. Por la misma regla, tampoco hay nada más divertido para los polis que se quedan mirando desde el otro lado.

—Bladovich, ¡puta rusa de mierda! ¿Aún no te han agujereado el cráneo?

—Yo también me alegro de verte, Oso. Veo que conservas tu enorme barrigón —exclamé mientras me acercaba como para besarlo. Cuando estuve tan cerca que solo él podía oírme, susurré—: ¿Qué tal tu esposa? La última vez que vino a verme se olvidó un sostén. Dile que pase a recogerlo cuando quiera.

Pestañeeé con cara de inocente. Un intenso color cárdeno amenazó con hacerlo explotar de cólera. Fisher, alias el Oso, era un gordinflón de escaso metro setenta y cinco kilos que podía aplastarte contra la pared si se tiraba un pedo en tu cara.

—Algún día me reiré oyendo tus súplicas para que te saquemos de la trena, Bladovich. Me encantará ver cómo los presos gozan de una zorrita como tú.

—¿Estás seguro de que no me confundes con tu madre? —Lo intenté, juro que intenté portarme bien, pero Fisher me lo ponía en bandeja.

—Te crees muy graciosa, ¿verdad? —escupió, apartándose de su lado con un barrigazo.

—Oso, no tienes que guardarme rencor porque no quisiera acostarme con una masa amorfa como tú. Sabes que soy monógama. —Acabé lanzándole un beso juguetón que no le hizo gracia. No sé por qué, con lo salada que me pongo.

Por suerte para mí, Thompson, un oficial joven y fuerte, estaba cerca y contuvo a su compañero, que ya venía a por mí.

—¿Qué buscas aquí, Bladovich? Sabes que no eres bien recibida —me soltó el apocado de Smith.

—Y nunca lo entenderé. Es jodido, Smith, porque una cumple con su deber, y los que deberían guardarle el culo solo piensan en reventárselo.

Algunos de los que estaban pendientes de la trifulca volvieron a sus quehaceres, avergonzados. Sin embargo, otros me escrutaban como si fuera

una criminal. Se trataba de una táctica de acojone, claro. Yo misma la había utilizado con tanto éxito como ahora ellos.

—¿Qué quieres? —replicó Smith, más empático. Después de todo, seguía siendo humano. Débil y chaquetero, pero humano.

—Vengo a ver a un amigo.

—Aquí no tienes amigos, Bladovich.

Era su voz. Dios, cuánto tiempo. Dos años y aún se me retorció el estómago como si tuviera serpientes dentro. No me hizo falta girarme. Sabía que la tenía justo detrás. Sentía su presencia perturbadora.

De inmediato, cerré los puños con rabia. Después de lo que había pasado, me negué a sentir por ella nada que no fuera indiferencia. Sin embargo, debía de estar en uno de esos días en los que las hormonas dictan el comportamiento.

—Nadine. —Mi voz sonó más débil de lo que me hubiera gustado. Lo dicho, las hormonas. Carraspeé—. Ha pasado tiempo.

—No el suficiente.

¿Por qué todos me odiaban tanto? ¡La que tenía que estar cabreada era yo!

Me volví hacia ella. No supe si arrearle o abrazarla. Me limité a sofocar el poderoso influjo que, para mi sorpresa, ejercía sobre mí después de tanto tiempo. La miré a los ojos, que dicen que son la puerta del alma, para saber si a ella le pasaba lo mismo que a mí. En su mirada añil solo hallé rencor.

¡Qué ojos tenía! Según la luz, eran azul cobalto o proyectaban destellos gris metálico. En cualquier caso, siempre eran irreales.

El rencor de Nadine Benton me ayudó a sobreponerme del absurdo magnetismo que se había apoderado de mí. No esperaba volver a verla, no allí. Después de lo ocurrido, creí que habría solicitado el traslado. El escándalo de las Navidades Sangrientas desembocó en una investigación interna que destapó otras irregularidades que el anterior jefe del departamento había soterrado: alianzas con la mafia, tráfico de influencias, dinero manchado de sangre, traiciones dentro del propio cuerpo... Rodaron cabezas en la D13. Albergué la esperanza de que, como yo, ella se hubiera alejado de tanta mierda. Por lo visto, prefirió quedarse.

—¿Dónde está Bud? Vengo a hablar con él.

—No está aquí —contestó Nadine, sorprendida.

—Pues dime dónde lo encuentro y me esfumo. —Se me habían pasado las ganas de estar allí.

Todos se miraron, la indecisión perfilando los rostros endurecidos. Fue Fisher quien habló.

—Ve al cementerio. Si los muertos siguen sin levantarse, lo encontrarás allí.

El Oso nunca había tenido el don del sarcasmo, y, por mucho que se esforzara, su expresión era una mueca más estreñida que sardónica. A pesar de ello, consiguió que me sintiera como si un vampiro me hubiera chupado la energía. Disimulé la flojera: no podía mostrarme débil ante aquellos bastardos engreídos que, desde el primer día, me habían hecho la vida imposible. Nunca aceptaron el cambio de funciones de las mujeres policía. Que nos encargáramos de cuestiones sociales era tolerable, pero que lleváramos pistola y trabajáramos codo a codo con ellos era una ofensa a su hombría.

Bud fue el único que me ayudó en aquella época. Y Bud estaba muerto. Era rudo, necio, un tipo duro que no hablaba más de tres palabras seguidas, pero fue el único decente y noble en aquella burda historia. Lo apreciaba de veras.

—¿Bud? ¿Pero cuándo? ¿Cómo?

Busqué a Nadine con el interrogante colgando del labio.

—El caso que le pasaste a Bud aún se cobró muchas víctimas después de aquella noche. ¿Tanto desconectaste de esto que no te enteraste?

Sí, tanto desconecté. Cuando me fui, me encerré durante un mes en mi dormitorio de adolescente, en casa de mi madre. Me metí debajo de la colcha con mi inseparable Colt Detective Special en una mano, por si alguien entraba buscándome. En la otra mano, la botella. El teléfono descolgado y, ondeando como una bandera pirata, el miedo a la vida. Cuando mamá se hartó de verme borracha y desaliñada, me amenazó con llamar al primo Jerry para que me metiera en vereda e hiciera de mí una mujer de provecho. Así dejé de compadecerme, me duché y busqué un despacho donde renacer como R. J. Bladovich. Mi madre me conoce bien.

De eso hacía dos años.

—Pero él sobrevivió a la emboscada —murmuré dubitativa.

—¿Y qué? La prensa nos siguió dando por culo. Limpiamos la basura y nos lo agradecieron machacándonos —intervino O'Connor cargado de acritud. Aunque no trabajé con él, lo recordaba como un tío legal. La mayoría lo son cuando llegan al departamento.

—Los únicos que salieron bien parados fueron los sargentos Burns y

Wooters —añadió el Oso.

—Y los que huyeron antes de que la mierda los salpicara —concluyó Nadine mirándome fijamente.

El comentario me hizo sentir como una traidora. Sin embargo, los traidores eran ellos. Se comportaban como si estuvieran limpios. En la D13, tener la conciencia tranquila era signo de mala memoria.

—El resto, expedientado. Yo mismo perdí las medallas honoríficas. Y aún tengo que dar gracias porque no me encerrasen en San Quentin.

De súbito, una ráfaga de cólera me inundó. A pesar del tiempo y de lo ocurrido, no me había acostumbrado a que los buenos muriesen mientras los canallas seguían ocupando una silla que no les pertenecía. Era injusto.

—¿Qué medallas, Oso? ¿Las que te dieron por comer un kilo de donuts en cinco minutos?

No me dio tiempo ni a pestañear. El cabrón estaba como una bola pero, diablos, jamás he visto a nadie tan rápido repartiendo guantazos. Me tiró al suelo y saltó sobre mí con la agilidad de una ballena en el agua, aunque con menos delicadeza. El oxígeno abandonó mis pulmones bruscamente. Me encogí como un perro apaleado cuando se preparó para darme su famoso abrazo. Por suerte, O'Connor y Thompson lo detuvieron. Era más de lo que podía esperar de nadie de la D13.

Les costó contenerlo. Fisher estaba fuera de sí, lo que no era difícil. Había roto las costillas de muchos detenidos con su abrazo. Por algo lo llamaban Oso. Estaba completamente desquiciado.

En el forcejeo recibí un par de bofetadas que me abrieron el labio. Eso era, como poco, una bendición. Dadas las circunstancias, creí que aprovecharían para desquitarse. No obstante, supongo que ya tenían suficiente con una paliza en su expediente. Se salvaron una vez; una segunda hubiera sido tentar a la suerte.

—¡Jódete, Bladovich! ¡Jódete, marimacho! ¡No te cruces en mi camino o te acordarás de mí! ¡Te voy a empapelar! —esputó mientras braceaba por zafarse de sus colegas.

Como pude, levanté del suelo a mi ego y a mí. Ya no tenía nada que hacer allí. El único contacto que podía echarme un cable estaba a dos metros bajo tierra, donde estaría yo si no hubiera entregado mi placa a tiempo.

Nadine Benton me observaba en silencio. Incluso creí ver algo cercano a la compasión.

—¿Oyes, Bladovich? Te puedo trincar por donde quiera, ¡puta rusa

invertida! ¡Voy a por ti!

—Aprende respeto, so mierda. Así no se le habla a una señora —contesté fingiendo un coraje ajeno. No quise darle el gusto de verme intimidada.

—¿Señora? ¡Ja! ¿Dónde escondes a tu marido? Maldita tarada. ¡Me encantará ver cómo te hacen un agujero en el cerebro!

No oí el resto de lindezas que siguió vociferando. Salí arrastrando los pies y el ánimo, dejando a mis excompañeros con el pedazo de conciencia que tanto les amargaba la existencia.

A un paso de alcanzar la esquina, una mano me detuvo con brusquedad.

—¿Estás sorda o qué, Rachel?

El sobresalto fue tal que choqué contra un chiquillo que corría hacia mí como si lo persiguiera el mismísimo diablo. El niño se cayó, a su vez, sobre el puesto de frutas que había en medio de la calle. El frutero no reaccionó a tiempo y, antes de que pudiera evitarlo, el carro volcó y se desparramó la mercancía. Una gran variedad frutal rodó por la acera e invadió la calzada. Un taxi perdió el control y chocó contra la boca de incendios que explotó, a modo de volcán, escupiendo un chorro de agua enfurecido. En pocos segundos, se improvisó un espectáculo digno de los Hermanos Marx. La gente evitaba la inesperada lluvia, a la vez que sorteaba con torpeza las vísceras resbaladizas de la fruta pisoteada que enfangaba la acera. Todo esfuerzo fue en vano. Un escuadrón de peatones se vio implicado en la composición de divertidas figuras circenses para evitar una caída bochornosa o para levantarse del suelo con la mayor dignidad posible.

Dos guardias entraron en escena, porra en mano, como en las mejores películas de Chaplin. No tenía escapatoria. Me detendrían por alteración del orden público. El Oso se lo pasaría en grande viéndome entre rejas. De nada serviría alegar que había sido un accidente.

Los guardias se precipitaron contra mí. Me encogí y apreté los párpados.

—¡Te hemos pillado, ladronzuelo! —dijeron.

Abrí un ojo. Habían apresado al chaval con quien había chocado. Raudo como una bicha, tiró lejos una billetera, la prueba del delito.

—Demasiado tarde. De esta no te libra nadie.

El niño, que no tendría más de doce años, se me encaró cabreado y me dio un puntapié en la espinilla.

—Imbécil. ¡Otra vez mira por dónde vas!

Con los ojos como platos miré al caco y después a Nadine, que me observaba divertida.

—Menuda has montado ahí dentro —dijo, refiriéndose a la comisaría.

—Y la que he liado aquí afuera, ¿qué?

—¿Qué puedo decir? Te has superado a ti misma. —Rio con ganas ante la escena kafkiana que aún se desarrollaba a unos metros.

Hacía dos años que no escuchaba esa risa que tan feliz me había hecho. Obnubilada, con el labio roto y la espinilla dolorida, no supe si soñaba o si el Oso me había matado minutos antes y me encontraba en una especie de limbo. Nadine me pellizcó el brazo con más fuerza de la necesaria.

—¿Quieres un café? Tienes pinta de necesitarlo.

Me mordí la lengua para no decirle lo que en realidad necesitaba. Dudo que le hubiera hecho gracia.

Nos decidimos por una cafetería alejada de la comisaría, donde sabíamos que no encontraríamos oficiales de mirada entrometida ni desafiante. Ya había llenado el cupo de un día. La deformación profesional nos condujo a sentarnos en la mesa más apartada, de espaldas a la pared y de frente a la entrada, con una buena perspectiva del resto de la cafetería para controlar el tránsito de la clientela. Lo que haría una pareja normal, vaya.

Sin mediar palabra, se sacó un pañuelo rosa de la manga de la camisa. Le gustaba el color rosa. Siempre me hizo gracia, porque no era un color para una poli de mirada helada. El gris, el negro o el azul hubieran sido más acordes, ¿pero el rosa? Nadine Benton tampoco encajaba en el estereotipo de lo que se esperaba de un representante de la ley, empezando por su delicado nombre —que nada tenía que ver con su carácter—, y acabando por su aspecto saludable, de típica belleza americana.

Fiel a su talante, me limpió el labio con brusquedad. Tal vez la había idealizado con los años pero hubiera jurado que, cuando había sangre de por medio, era más diligente. Ese día su bondad debía de estar de vacaciones, porque no dejó escapar la oportunidad para hacerme daño.

—¡Ay! —me quejé, apartándola—. ¡Qué bruta eres!

Ella sonrió satisfecha, la muy zorra. Tras el gesto malicioso, redujo la presión. La suavidad del tacto reavivó mi añoranza. Detuve su mano y, con los párpados entornados, aspiré el pañuelo. Olía a ella. Ese aroma intenso que llegó a intoxicar mis sentidos y que tanto busqué en otras mujeres después de ella.

Al volver a abrirlos, la cacé observándome con una mezcla de melancolía y dolor en sus ojos, que ahora lucían grises. Qué bonita era todavía.

Después de que la camarera nos sirviera un par de cafés humeantes, preguntó:

—¿Por qué has vuelto?

—Ya te lo he dicho antes. Buscaba a Bud.

—Podrías haber telefoneado. Hace tiempo que inventaron esos cacharros. Marcas un número y contactas con quien quieras. El de la comisaría es bien fácil.

—Por desgracia, también hace tiempo que inventaron las facturas.

—Es el precio de la independencia económica. No esperarías que se pagaran solas, ¿verdad?

—De todos modos, ¿qué importa? —pregunté, pasando por alto la observación—. ¿Tenéis línea directa con ultratumba para hablar con el espíritu de Bud?

—Estamos trabajando en ello —bromeó—. Lo digo porque habría sido menos doloroso para ti. —Señaló el labio partido.

—No es esto lo que me duele —sentencié con un deje de resquemor.

Tras una corta pero densa pausa, apartó la mano que había olvidado entre las mías. Fue cuando me di cuenta de que la estaba sujetando.

—El pañuelo está hecho una porquería. Parece un merengue salpicado de grosella.

—Quédatelo. Seguro que volverás a necesitarlo.

—Qué confianza tienes en mí, rubia. —Entorné los ojos y ladeé la boca con media sonrisa—. ¿O es una amenaza?

—¡Por favor! Eres una calamidad. En menos de cinco minutos, casi logras que te maten. Y como no tenías suficiente, la lías gorda en plena calle.

—Tiene más gracia con público.

—Lo sorprendente es que no sangres por más sitios.

—He practicado mucho para salir ilesa de los tinglados que organizo —bromeé.

—Aún llevas la alianza —comentó señalando mi mano.

—Ya sabes, las apariencias dictan la sexualidad de una persona.

—¿No eran los cromosomas?

—Pues mis cromosomas llevan anillo de casada.

Sonreí al recordar el día que compré el anillo para que nadie sospechara que éramos amantes. A ella le aterraba que lo descubrieran. Las

consecuencias hubieran sido desproporcionadas: el despido inmediato como poco. Yo, que siempre he sido una insensata, no le daba importancia pero lo cierto era que, con los tiempos que corrían, llevar una alianza en el anular calmaba a las malas lenguas.

—Con esas bromitas de mal gusto que le haces a Fisher, no te sirve de nada.

—Mal gusto es romperme el labio y mancharme la camisa —me defendí.

—No disimules conmigo. Algo le habrás dicho para que se ponga así.

—Solo me he interesado por su mujer.

—Tú echa leña... No es tan tonto como parece, te tiene calada.

—Anda ya, ¿no lo quiso ni el ejército! Si está en el departamento es por su viejo.

—Pero está y tiene la ley de su parte. Sabes lo peligroso que puede ser.

—Si me hiciera daño, lo destituirían. El cuerpo ya no tolera los excesos, o eso dice la radio.

—Su padre es de la vieja guardia, por eso no lo expedientaron entonces, ni lo harían ahora si se llevara por delante a una... —Bajó el tono hasta lo confidencial—. Si confirmara lo tuyo, podría detenerte. Puede ser un grano enorme en tu culo, Bladovich.

—Me provoca incontinencia verbal. No es culpa mía —me excusé con el vello de punta.

—Nunca es tu culpa. —Me encogí de hombros, sonriendo de medio lado—. Eres afortunada, Sopletes, pero no juegues con tu suerte.

—¡Benton, no me quites mérito!

—Lo eres, Sopletes —insistió.

—Deja de llamarme así, ¿quieres? —Aunque era un mote cariñoso, sabía que me fastidiaba que se metiera con mis orejas. Siempre disfruté haciéndome de rabiar.

—Lo eres. No te puedes quejar —manifestó con repentina seriedad.

—Y no lo hago —concedí, aturdida por su cambio de humor. Otro detalle que tampoco recordaba. Sus giros repentinos me habían llegado a desquiciar, porque tan pronto me odiaba como me quería. El humor de Nadine era uno de esos misterios que tiene la vida, al que me había rendido hacía tiempo.

—¿Qué querías de Bud? —Directa al grano, la cualidad que mamá extrañaba en mí.

—Ayuda.

—¿De qué clase?

—Información.

—Deja de hacerte la interesante y desembucha. ¿En qué andas metida?

—No me hago la interesante, soy así.

Parpadeé varias veces, luciendo una sonrisa encantadora. Como respuesta, ella suspiró exageradamente, demasiado para mi gusto.

—¿Y bien?

—¿Por qué quieres saberlo?

—Tal vez pueda ayudarte —insinuó apartando la vista. Su flequillo se interpuso entre nosotras, de modo que apenas podía ver sus bonitos ojos.

—No hace ni diez minutos has dicho que no tengo amigos. ¿A qué se debe el cambio?

—Que te ayude no implica que sea tu amiga —declaró con rudeza.

—Qué borde eres, rubia.

Se merecía que me largara y la dejara ahogándose en su veneno. No obstante, aun a riesgo de que me matara como al gato, la curiosidad me pudo.

—Yo también apreciaba a Bud. Me apenó su muerte —confesó.

—Para ti y tus colegas era un bicho raro como yo. ¿Por qué tendría que apenarte? —pregunté, dolida.

—La noche de la emboscada... —vaciló buscando palabras precisas que no delataran su emoción. Así era Nadine—, encontré una nota en mi escritorio. Sugería que me fuera a casa. Estuve a punto de enseñársela al teniente, pero tuve un presentimiento. Fingí un desmayo y me fui a casa. Ya sabes cómo acaba el resto.

—La nota pudo ser de cualquiera, alguien que no quería que te vieras implicada.

—No. Era la letra torpe de un niño grande: la suya. —Sonrió al recordarlo—. Bud sabía que era una encerrona, le debo la vida.

—Me alegro de que al menos le hicieras caso a él —dije con amargura.

—Estarás contenta, al final tuviste razón. —En su tono se perfiló el desprecio.

—Estoy contenta de haberme librado, de nada más.

—Entre Asuntos Internos y tú hicisteis una buena escabechina.

—No te entiendo.

—Asuntos Internos trincó a parte del equipo de Villes. El resto cayó después en el tribunal gracias a tus declaraciones por lo del escándalo de

Navidad.

—Tú no caíste, por lo visto.

—Yo caigo cada día desde entonces. —Sus labios se curvaron en una mueca abúlica.

—Si crees eso, ¿qué puñetas haces en la D13?

—No soy como tú, Sopletes, no sé vivir cada día con incertidumbre —me recriminó—. Durante la guerra trabajé de remachadora en la fábrica de aviones. Era temporal: todas sabíamos que nos echarían a la calle cuando ellos volvieran del frente, pero era feliz. Por primera vez tenía una profesión, un sueldo, una vida propia. La paz me la arrebató. Suena horrible, lo sé, pero volver a empezar fue duro. —Cogió aire antes de seguir—. Ahora tengo un futuro prometedor, estoy pendiente del ascenso a inspectora. ¿Sabes lo difícil que ha sido llegar hasta aquí? Soy una de las pocas mujeres policía de homicidios del país. ¿Te acuerdas? Éramos felices porque estábamos haciendo historia. ¿Por qué iba a dejarlo ahora? ¿Me meto a camarera y aguanto que los borrachos me soben el culo? ¿Le echo el anzuelo a un hombre y que me mantenga?

—Nadie te lo recriminaría. Es lo normal, lo hacen todas.

—Todas menos tú.

—Soy un bicho raro, una adelantada a mi época.

—Sí, trabajando a las órdenes de un jefe ficticio y con anillo de casada —replicó con sarcasmo—. Estás tan atada de manos como yo, aunque no lo reconozcas.

—No he dicho que sea fácil, rubia. Aún busco mi sitio.

—Pues yo ya lo he encontrado.

—¡Anda ya! Si están deseando que dimitas. No te respetan. Para ellos no eres más que una chica jugando a ser poli. Estás de invitada en un mundo de hombres y te toleran porque un jefe ha decidido cambiar la imagen del LAPD.

—¿Qué sabrás tú?

—Estuve ahí.

—Y te largaste. No sabes lo que es la lealtad.

—Eso no es lealtad, es ser imbécil. No les debes nada.

—¿Eso es lo que te dijiste a ti misma cuando escurriste el bulto?

Había tardado en sacar el tema. Fue un golpe bajo que no esperaba.

—Eres injusta. Sabes que necesitaban una cabeza de turco. Yo era la idónea: molesta, inconformista... Siempre he tenido enemigos dentro.

—Enemigos que tú te has buscado —añadió.

—Si lo dices por mi declaración en el juicio, ¿qué podía hacer?

—Callar, como hice yo —afirmó, terminante.

—Me hice policía para proteger a la gente del abuso de los malos. Aquel 25 de diciembre, los malos fueron los polis.

Sé que yo tenía razón, pero una parte de mí no dejaba de sentirse mal. En un recóndito lugar de mi ser actual se escondía la joven ilusionada que entró en la D13 para salvar al mundo. Ahora, esa joven se sentía como una renegada.

—No encajaba, Benton. Los dinosaurios del cuerpo sospechaban que era lesbiana y me la jugaron.

—Si eso fuera cierto, era tan fácil como echarte.

—¿Y reconocer que el LAPD tiene oficiales homosexuales? Era mejor jugármela. ¿O acaso crees que fue casualidad que el teniente Villes me emparejara con Prizzi? —no respondió—. Prizzi boicoteó la pesquisa desde el minuto cero y manipuló pruebas a mis espaldas. Era un asunto feo, con el alcalde metido hasta las cejas. Pero les salió mal. Prizzi era un idiota, lo pillé en varias mentiras y até cabos.

—Y les pasaste el tema a Bud y compañía —añadió con retintín.

—Eran los mejores y estaban limpios. Si hubiera seguido, ahora sería un fiambre.

—Eso no lo sabes —sentenció.

—¡Sí que lo sé! La pesquisa era una pantomima, me habrían liquidado. La ciudad tendría a otra heroína a la que llorar mientras ellos tapaban sus escándalos de corrupción y violencia policial. La memoria de los votantes es muy frágil.

—Pero les chafaste el plan. Fuiste más lista que ellos —replicó, despectiva.

—¿Pero qué coño te pica, rubia? Te digo que iban a por mí.

—Me dejaste sola —escupió cabreada. Nadine Benton, experta en ocultar emociones, no tuvo reparo en mostrar su rencor.

—Si no recuerdo mal, te lo expliqué y me llamaste paranoica. —Inspiré profundamente, dolida por su desconcertante actitud—. Me amenazaste con acudir al teniente. Tú y tu idea sobre la lealtad... Me echaste de tu vida.

—De acuerdo, reconozco que me equivoqué. Pero tú desapareciste.

—«Salvar el pellejo» se ciñe más a la realidad —añadí molesta.

—Bud se suicidó —soltó a bocajarro, a sabiendas del efecto que tendría

en mí.

Conmocionada, bebí un sorbo de café, tomándome tiempo para dar sentido al verbo suicidar y conjugarlo en la misma frase en la que Bud fuera el sujeto.

—¿No dices nada?

—Intento imaginar a Bud tomando esa decisión —razoné en voz alta—. Era un tipo duro. Nunca he conocido a alguien con tanta entereza.

—Después de aquel día, no fue el mismo. Se suicidó pocos meses después.

Nadine Benton tenía el cuestionable don de hacerme sentir como una mierda. Y no eran las palabras en sí, sino la intención sumergida. Después de machacarme por mis decisiones pasadas, va y me suelta el bombazo de Bud. Eso era tanto como responsabilizarme de su muerte.

—Su vida era la D13.

—Se cansó, Sopletes. Se hartó del olor a pólvora, del dolor de sus cicatrices y de la soledad. Dejó una nota: «Que os den».

A mi pesar, sonreí.

—Típico de él, no más de tres palabras seguidas. —Tras un lacónico silencio, añadí—: ¿Por qué me lo explicas ahora y de este modo? ¿Solo porque desaparecí del mapa?

Bajó la mirada hacia la mesa para contar las motas de azúcar esparcidas, que se entretuvo en juntar en un montoncito.

—No sé. —Se encogió de hombros sin afición—. Porque soy mala persona. Una frígida emocional, como me llamaste cuando te fuiste.

—Cuando me echaste, hermana —la corregí—. ¿Te dije eso? Perdona...

—Olvídalo. Lo pasado, pasado está. La vida sigue, ¿no?

Sus labios recitaron frases hechas que se amoldaban a cualquier oído. No obstante, su mirada impermeable transmitía sensaciones incómodas difíciles de afrontar. En esos dos años se había endurecido.

Empecé a agobiarme. Por segunda vez esa tarde, quise alejarme de ella y de la energía viscosa que emanaba y que intentaba socavar mi ánimo. Al fin comprendí que el origen de su rabia no era mi falta de lealtad, sino haberme librado de una trampa peor que la de Villes. La trampa de los sueños corrompidos por la realidad, la perversión de las promesas y la falacia de los deseos insatisfechos. En realidad, sus palabras grandilocuentes no la convencían: «Una de las pocas mujeres policía; de las primeras detectives del país; hacer historia; futuro prometedor...». ¿A qué precio? La realidad era que estaba sola, sin cómplices, y ni una amiga que la

apoyara frente a las zancadillas de los compañeros varones; frente al trabajo sin reconocimiento; frente a la resignación de un futuro en manos de otros. Esa era la trampa de la que escapé. Y el cuchitril de mi oficina era la libertad que Nadine envidiaba.

Disimulé la pena que sentía por ella. Me hubiera odiado más.

—Que te quede claro: si te ayudo, lo hago por Bud. Él te apreciaba.

—Me queda claro, tranquila —contesté con más ganas de un trago que de un café.

—Dispara.

—Besson. Nadie sabe nada de él.

En un tris nos habíamos transformado en dos profesionales metódicas.

—¿Qué necesitas? ¿Y por qué?

—Acceder a su expediente. Supuestamente está liado con la esposa de mi cliente —resumí.

—¿Qué más? —inquirió, a sabiendas de que no podía explicar más.

—La esposa en cuestión está buenísima. —Nadine sonrió, a su pesar—. Se parece a Gene Tierney. —Se encogió de hombros; no era aficionada al cine como yo—. La actriz —aclaré enseñándole la foto.

—Se parece a la O'Hara —repuso sin mirarla apenas.

—Tonterías. Es igual que la Tierney.

—Como tú digas, Sopletes —concluyó poniéndose en pie. La conversación había acabado.

La estridencia de las patas de la silla arañando el suelo despertó la curiosidad del resto de los clientes.

—Te llamaré en un par de días, si te parece bien.

—No —se apresuró a decir—. Ya me pondré en contacto contigo cuando sepa algo.

Cuando salimos, anocheecía. Nos quedamos una frente a la otra, sin saber qué decir. Yo fui la primera en hablar.

—Gracias por... —Le mostré el pañuelo rosa—. Te lo devolveré limpio.

—No hace falta. Tú y yo no hemos tomado café juntas.

—El café era una porquería, pero tanto como para olvidarlo...

—No te estoy ayudando —recalcó cada una de las sílabas, por si no lo había entendido.

—No tengo ningún interés en delatarte a tu jefe. Relájate, te va a salir una úlcera.

—Bien.

—Bien.

—Adiós.

—¡Benton!

—¿Qué más quieres?

No podía irme sin decírselo:

—Estás guapísima.

Percibí su tímido rubor. Sin decir nada, me dio la espalda y se marchó. La vi alejarse por las calles atestadas. Tenía un físico envidiable y lo sabía. Se notaba en su manera coqueta de caminar. No era como las otras polis.

Allá iba una de mis mayores cagadas. Nunca debí meter el trabajo en la cama, aunque el trabajo fuera tan atractivo. Jamás sale bien. En eso mi madre tiene razón pero, para variar, no recordé a tiempo sus consejos. Un día, si llego a viejecita, escribiré un libro sobre los consejos de mamá. Así quedará para la posteridad la sabiduría de una madre ignorada.

Me levanté de un brinco, el sudor bañando mi cuerpo. Los disparos y la estrepitosa risa burlona de Nadine resonaban en mis tímpanos. Intranquila, busqué alrededor, para encontrarme tumbada en el incómodo sofá de la oficina. Eran los restos de una pesadilla.

Intenté conciliar el sueño de nuevo, pero al cerrar los párpados apareció ante mí la diabólica caricatura de Nadine, que reía mientras una lluvia de proyectiles astillaba el suelo, silbando bajo mis pies y obligándome a bailar sobre las chispas como un pelele desmañado. «El baile de los condenados», pensé.

Agobiada, volví a incorporarme. Eran las cinco de la madrugada. Mi cuerpo no me engañaba nunca en eso, sé bien cuando no he dormido lo suficiente.

Miré la botella de Jack Daniel's medio vacía. Demasiada bebida la noche anterior. Sin duda, la conversación con Nadine, el reencuentro con los antiguos compañeros y la bebida habían suscitado esas pesadillas extravagantes, donde me veía a mí misma vestida como Ginger Rogers, con su impoluta sonrisa, bailando sobre las balas. Ginger Rogers, la perfecta novia de América. Yo embutida en uno de esos vaporosos vestidos blancos de gasa y satén, con los odiosos tacones estrujándome los juanetes. ¿Hay algo peor? Nadine diría que sí, que mi vida.

Un cuarto de hora más tarde aún daba vueltas, sin poder olvidar la visión de *Rachel Rogers*, así que me levanté. Con suerte, Dios me ayudaría por madrugadora.

Me asomé a la ventana para comprobar si ya habían puesto las calles. De pequeña pensaba que allí, donde yo no estaba, la vida se detenía y que se ponía en marcha cuando volvía. Una reflexión egocéntrica, pero los niños lo son por naturaleza. Si bien algún resquicio me había quedado de aquella duda existencial y, por ende, del egocentrismo.

Como era de esperar, la calle seguía allí, perenne, imperturbable, testigo mudo de la vida que transita en ella, testigo sordo de la muerte que se oculta detrás de cualquier esquina. El alumbrado proyectaba extrañas sombras sobre el asfalto. El lejano rumor de los coches sustituía al canto de los pájaros y anunciaba la resurrección de la urbe. El maullido desconsolado de un gato rompió el silencio. Quizá buscaba comida o

hembra, quién sabe; en definitiva, estaba hambriento de necesidades básicas. Los chillidos de una ramera captaron mi atención. Un caco le había birlado las ganancias de una larga noche de ronda. Nadie salió en su auxilio, a nadie le importó su drama. Cada cual tiene el suyo propio. Las horas de sueño son el bálsamo para olvidar. Nadie se inmutó, salvo el gato, que huyó espantado por los bramidos. Siempre hay alguien más grande y desesperado que nos puede dañar. La ciudad es una cueva llena de lobos. Es fácil distinguir a unos, sus colmillos los delatan, pero otros llevan piel de oveja. Esos son los peligrosos.

Incómoda, me aparté de la ventana, no me gusta desvariar tan temprano. Me preparé café espeso con la esperanza de despejar mis adormiladas neuronas y alejar el resto de los vapores etílicos que aún flotaba en mis venas y que me evidenciaba como una filósofa de pacotilla.

Gracias al jugoso adelanto había podido saldar mis deudas en los ultramarinos y abastecer de alimentos y licor el mueble que hacía las veces de despensa, por no hablar de la paz que había comprado al pagar al casero.

Era día de entrega, según Grant lo había definido. Con una inesperada llamada nocturna me notificó que se ausentaría de la ciudad y subrayó que confiaba en mi discreción para seguir a su esposa, ya que el señor Bladovich no podría. Estaba previsto que, a las 18:00 horas, Violet Grant saliera de la casa, en Hollywood Hills; tomaría la carretera Mulholland Drive hacia Lincoln Heights; según el tráfico, se plantaría en unos cuarenta minutos en el Breathless, donde ejecutaría la transacción.

Como aún faltaban horas, saboreé el café recién hecho sentada al escritorio. El intenso sabor de la cafeína me ayudaba a pensar. La llamada de mi cliente precipitaba las cosas. Para empezar, no disponía de vehículo con el que hacer seguimientos, por lo que el primer paso era agenciarme uno. Con el adelanto de dinero habría sido sencillo si en Los Ángeles existiera alguna compañía de alquiler sin chófer. Que mamá me lo prestara estaba descartado, teniendo en cuenta el estado en el que se lo devolví la última vez, y Chelsey no tenía. Así que elucubré un plan para conseguir uno. Al fin y al cabo, mi cliente vendía coches usados.

Me arreglé como mejor supe con uno de los vestidos que uso en las audiciones. No soy muy amiga ni de vestidos ni de faldas, la verdad, a no ser que sea para desnudar a otra mujer. Son un engorro y me hacen sentir insegura. Tengo un sueño recurrente: un golpe de viento me levanta la falda en medio de la calle, delante del mismísimo presidente de los Estados

Unidos; al correr para esconderme, se me enreda entre las piernas y acabo despatarrada en el suelo. Al final, la CIA me detiene por bolchevique.

Para ahorrarme esos embolados, prefiero el pragmatismo de una camisa sencilla y unos pantalones *slacks*,² al estilo que la Hepburn o la Dietrich exhiben en la prensa. La sociedad aún no se ha acostumbrado a ver a una chica vestida así, a pesar de que durante la guerra las mujeres atracaron en masa el armario de los familiares masculinos para ponerse sus pantalones y trabajar con comodidad en las fábricas mientras ellos iban al frente. Ahora que todo ha vuelto a la normalidad, que sigamos usándolos no cuaja.

Como yo no tenía ni un padre ni un novio al que robarle los pantalones, fui a la tienda y los compré, lo que le valió un disgusto terrible a mamá. Pero ya se sabe cómo son las madres: al final me los arregló para que no pareciese un espantapájaros y ya no me los he quitado. ¿Qué le voy a hacer si tengo alma de rebelde? Aunque estoy convencida de que un día las chicas podremos llevarlos sin que nos acusen de comunistas o marimachos.

Cuando acabé de arreglarme, parecía una jovencita con cara de no haber roto un plato. Soy afortunada al tener este tinte angelical: una caída de ojos en el momento oportuno consigue abrir muchas puertas, algunas más estimulantes que otras. En este caso, con ayuda de mis encantos, esperaba conseguir un coche de compra a precio de alquiler en la tienda de mi cliente.

Como había madrugado, decidí ir caminando. Me llevó un par de horas llegar al otro extremo de la ciudad. El local, ubicado en el distrito de San Pedro, se hallaba en el área de naves industriales. Un sitio idóneo, ya que lindaba con el puerto. El señor Grant estaba especializado en marcas extranjeras importadas desde Europa, por lo que era básico el ahorro de portes.

Desde lejos vi la marquesina acotada por cientos de bombillas que anunciaba con espectacularidad: «VEHÍCULOS GRANT, EL MUNDO DEL AUTOMÓVIL», como si se tratara de un vulgar anuncio de feria en lugar de una tienda de coches glamurosos. El panel competía en aparatosidad con el gigantesco símbolo de «HOLLYWOOD» del Monte Lee que, para alegría de muchos, el año anterior había perdido la coletilla comercial «LAND».

El local era una exposición colosal de todos los modelos, colores y precios imaginables. Era casi imposible no encontrar el que se ajustara a las necesidades de cada uno. Las carrocerías relucían lustrosas y bien cuidadas. Alguien había pasado muchas horas brillantando. Sin embargo, a

pesar de la gran oferta que ofrecía El Mundo del Automóvil, no había demanda. Volví a mis sospechas iniciales sobre los oscuros negocios de Grant. Vivir en el privilegiado Hollywood Hills, al norte de Los Ángeles, era caro. ¿Cómo se lo podía permitir si el negocio era un fracaso? Tal vez me estaba precipitando en las conclusiones, me dije, concediendo un margen de duda razonable.

Nada más cruzar la puerta acristalada, un cincuentón, con traje beis desaliñado, salió de la nada para abalanzarse sobre mí exhibiendo una refulgente dentadura que, probablemente, brillantaba con la misma cera de la carrocería. No pude evitar compararlo con Grant. Probablemente tenían la misma edad y, sin embargo, menuda diferencia. La vida era injusta y cruel. Donde uno era alto y atlético, el otro era bajito y rechoncho; donde uno presumía de un bronceado envidiable con arrugas apenas visibles, el otro lucía una piel flácida y biliosa que daba grima; el cabello de Grant era espeso y salpicado de canas que lo hacían interesante y este pobre tenía cuatro pelos que cruzaban la coronilla.

A pesar de ello, no le afectaba lo más mínimo. Con entusiasmo pomposo se detuvo ante mí blandiendo su descuidada imagen. La mueca de sus labios se estiró en una sonrisa tan amplia como la chapa rectangular que destacaba en la solapa de su chaqueta y que indicaba su nombre completo, si bien había espacio para un resumen de su vida.

—¡Buenos días! Bienvenida al Mundo del Automóvil —exclamó sin dejar de sonreír. No pude evitar fijarme en una mota verde entre los dientes. Sin necesidad de bombillas, era más llamativa que la marquesina hortera de la entrada—. Es usted la primera cliente del día y por ello se merece un trato especial.

Aquel tío entendía por especial estrechar mi mano con la delicadeza de un orangután. Ni siquiera tuve tiempo de apartar la mano, que sacudió repetidas veces, por si una no hubiera sido suficiente. No me gustan los saludos efusivos. La amabilidad me resulta tan sospechosa como empalagosa. Normalmente, quien saluda así es porque quiere algo, y aquel tipo de sonrisa forzada y doblez en la mirada quería venderme un coche, por lo menos.

—Me llamo Norman Bloch. ¿En qué puedo ayudarla?

Era indudable que se esforzaba en resultar agradable pero su rara forma de mirar, con la barbilla enganchada al pecho y levantando los ojos, como viendo a través de unas gafas invisibles, me provocó desconfianza.

Ajeno a lo que pensaba de él, se arregló la corbata. El nudo estaba hecho con prisas, igual que el planchado de su camisa. Probablemente era un solitario a quien nadie esperaba en casa.

—Quiero un coche —dije al fin, imitando a Judy Holliday en el papel de tonta que le valió un Óscar.

—Pues, como puede ver, está en el lugar adecuado. Lo único que tenemos son coches. —Se rio de la gracia, ajeno a lo cómico que resultaba. Mejor para él. El mundo es de los necios—. ¿Algún modelo en especial?

—Busco algo práctico y ligero, que sea...

—Claro —me interrumpió—. Que sea fácil de manejar para una dama.

—Que sea potente, con nervio —añadí, ignorando su comentario condescendiente.

—¿Como para una persecución? ¿Es usted oficial de policía? —Rio animado. Se había creído mi papel de tontita y se burlaba de mí desde su trono de vendedor rancio.

—No, soy una fugitiva, me dedico a robar bancos, como Bonnie Parker.³ —El comerciante tragó saliva sin saber qué pensar. Le di un golpe en el brazo y, siguiendo en mi papel, exclamé—: ¡Es una broma, hombre!

—Claro, claro. Disculpe —me interrumpió con seriedad. Se le habían pasado las ganas de cachondeo al viejo Bloch—. ¿Tiene edad para conducir?

A mí también se me pasaron las ganas. Me agotaba que la gente no supiera apreciar el tinte de la experiencia tiñendo mi mirada. Era la cruz de mi porte juvenil.

—¡No se enoje! Le he devuelto la broma, mujer. ¡Sonría! Tiene usted una cara bonita y tan... jovial. Seguro que no es la primera vez que se lo dicen. —Rio mostrando la descarada manchita de los dientes.

—Busco algo manejable, algo más discretito que estos que tiene por aquí.

—Claro. —Volvió a reír. Esta vez lo acompañé—. Y, a riesgo de ser impertinente, señorita... —Se fijó en mi dedo anular antes de corregirse—. Perdón, señora. Parece tan joven...

—Ya, ya...

—¿De qué presupuesto estamos hablando?

—No sé, no me lo había planteado. ¿Diez? —pregunté, pestañeando varias veces, como había ensayado frente al espejo.

—Por diez mil puede llevarse varios de los que tengo por aquí, señora —bromeó, pegando más la barbilla al pecho.

—Diez pavos, amigo. —La cara de Norman fue un poema.

—¿Quiere... alquilar un coche?

—Sí, claro, a eso vengo —contesté con cara de buena persona.

Por alguna razón, experimentó un brusco e injustificado cambio de actitud, lo que me hizo sospechar que algo no andaba bien. Su cuerpo envarado lanzó señales de alerta.

—Verá, señora —adoptó un tono confidencial, como si alguien pudiera escucharnos en aquel hangar vacío de vida humana—. Nos dedicamos a la compraventa, no al alquiler.

—Pero eso no es lo que me han dicho, señor Bloch —improvisé, forzando el tono de tonta. Si hubiera sido rubia, no habría sido más creíble—. Este es El Mundo del Automóvil, ¿cierto?

—Afirmativo. Pero nuestra licencia es de compraventa —titubeó.

—¿Y qué tiene que hacer una chica para alquilar un coche en esta ciudad?

Pueden suceder dos cosas cuando sueltas lo primero que te pasa por la cabeza: que te salga rana y te den puerta, o que te salga bien y saques los trapos sucios. Esta vez salió bien. Si al principio Norman Bloch se había mostrado tajante, entonces se esforzó en conducirme hacia la respuesta correcta.

—Bien, cuando alguien se lleva un vehículo, sus datos deberían figurar en un contrato. Pura burocracia, ¿entiende lo que quiero decir? —explicó mientras peinaba las cuatro hebras que cruzaban su cogote. Nunca he entendido por qué los calvos se cubren con un mechón de pelo. Pasan de tener un simple problema de alopecia a un grave problema de ridículo.

Con esa explicación me dio la clave que necesitaba. Probé una frase mágica aderezada con un billete de cinco, que le metí en el bolsillo de la americana.

—Ah, yo no necesito factura ni papeleo. Esto queda entre usted y yo, amigo.

Visiblemente relajado, dio un saltito antes de volver a peinarse el mechón de pelo.

—Podría haber empezado por ahí, me tenía confundido. No es frecuente que una chica como usted quiera *alquilar* uno de nuestros vehículos —aseguró con esa rara forma de mirar desde abajo, que resultaba tan inquietante como la mota verde que adornaba sus dientes—. Quiere uno discreto, de ágil conducción, supongo.

—Supone bien —confirmé, anotando mentalmente que aquel tipo de operación era habitual para el vendedor.

—¿Para cuánto tiempo?

—Un par de semanas.

Los ojos le brillaron de un modo siniestro.

—Tengo lo que necesita, señora... —dijo, invitándome a decirle mi nombre.

—Dejémoslo en señora. Me gusta cómo suena —respondí juguetona.

—Bien, señora. Sígame, por favor.

Me condujo al taller, un área en la trastienda que albergaba media docena de bólidos, más pequeños y menos rutilantes, cubiertos de una capa de polvo. Un coche listo para usar sin llamar la atención, en definitiva.

El escándalo de un motor distrajo al comerciante. Un Cisitalia Gran Sport de color plateado, digno del *star system*, aparcó delante de la nave. Cuando Bloch lo vio empezó a sudar, el terror tintineando en los hundidos ojos de besugo.

—¿Le parece bien este Chevy⁴ Fleetline de tres cilindros? —increpó con impaciencia.

—Un coche americano...

—Afirmativo. Los de *alquiler* son nacionales, para pasar desapercibidos. Hay que ser patriótico, señora. Podemos cerrar el trato —me apremió mientras focalizaba su interés en el recién llegado. Como por arte de magia, el humor se había esfumado de su rostro fofo.

—Si no le importa, quisiera mirar un poco —contesté intentando ver de quién se trataba. Quien fuera, desapareció por una puerta.

—Eh, sí, sí, claro. Pero dese prisa.

Así que el viejo vendedor se pluriempleaba alquilando los coches de su jefe a personas anónimas que no querían ni papeleo ni preguntas. El prototipo de delincuente, vaya.

—Por cierto, señora —barboteó con ansiedad—, ¿quién la envía?

Esa no me la esperaba, pero soy una mujer de recursos y reaccioné con rapidez.

—¿Le dice algo el nombre de Besson?

Él se encogió de hombros, sin dejar de vigilar la puerta por donde había desaparecido el conductor.

—No, ¿quién es? ¿Y cómo sabe de este... *affaire*? —inquirió con reserva —. No es algo que publique en los tablones de anuncios.

En las extorsiones suele participar alguien cercano a la víctima, que la espía, pero su expresión indicaba que no conocía a Besson, suficiente para descartarlo como compinche.

—Me quedo el Chevy —anuncié cambiando de tema—. Confío en su criterio.

—Buena elección, señora. ¿Debería sonarme el nombre de Besson?

—Mire, tengo prisa y me gustaría pasar antes por el váter, si no le importa —manifesté exagerando la inflexión de tontita—. Tengo problemillas de contención.

Volvió a sonreír, esta vez sin humor. Incómodo y con prisas, señaló la puerta por la que había desaparecido el dueño del Sport, un deportivo carísimo al alcance de pocos bolsillos. Debía de ser alguien importante para que a Norman le entrara el canguelo. ¿Y si era Grant? Me había dicho que se iba de la ciudad, pero no especificó la hora. Genial. Lo que menos me interesaba era encontrarme con él, pues no le haría gracia que la ayudante del ficticio señor Bladovich husmeara en sus asuntos.

Camino del servicio, Bloch me llamó.

—¡Señora!, confío en su discreción. —Enarcó las cejas e hizo un gesto hacia la puerta.

—Claro que sí. Tenga el coche preparado para cuando salga.

—¿Me dirá luego quién es Besson?

Me hice la sorda y casi corrí como si fuera una delincuente. Sin embargo, el delincuente era él. De lo único que se me podría acusar era de tomarle el pelo. Además, estaba trabajando para Grant, motivo más que suficiente para estar allí. En realidad tenía la sartén por el mango, ¿por qué porras corría? Debía de ser la fuerza de la costumbre.

Tras el vano de la puerta se extendía un corredor estrecho con tres puertas más con sendos rótulos, almacén, *toilette* y privado la del fondo. Del aseo provenía un rumor de agua. Respiré hondo antes de entrar:

—Buenos días —saludé esperando encontrar a Grant.

De espaldas, una silueta un poco más alta que yo, vestida con un traje sastre oscuro que delineaba su esbeltez, me saludó.

—Buenos días.

La mujer ni se giró a mirarme. Una no mira a todo el que entra a un lavabo, es de mala educación. Pero yo soy una descarada y la repasé de arriba abajo. Del sombrero, tipo casquete, asomaba un moño que recogía la promesa de una cabellera caoba con destellos de rubí. Las líneas rectas del

traje acentuaban su porte distinguido. Unos guantes de piel y croché, típicos para conducir, descansaban sobre la barra de la toalla. En conjunto, era una mujer elegante. Si Chelsey hubiera estado allí, le hubiera faltado tiempo para preguntarle por su sastre.

Aprecié su reflejo en el reducido espejo de la pared. Sentí un golpe en la boca del estómago: era como la fotografía, la que Grant me dio, la que me ardía en el bolsillo como una brasa. La reconocí enseguida. ¿Cómo no hacerlo si la había estudiado? Y ahora estaba frente a ella. Ya no era en satinado blanco y negro, sino en deliciosos matices de luz y color, tan divinamente humana, tan de carne y piel y hueso. La misma mirada etérea, el mismo gesto altivo, los mismos labios serenos. Igual.

Comprendí por qué Grant se empeñaba en utilizar el posesivo cuando se refería a ella, como si fuera un cuadro o una escultura: porque era una obra de arte.

Apenas giró el perfil hacia mí cuando me dijo:

—Si quiere usar el retrete, puede pasar. Yo he acabado. —Su voz sonó tan sosegada como había supuesto, aunque frágil, al borde de la risa y el llanto a un tiempo. Una voz peculiar.

Entré fingiendo normalidad. Antes de cerrar la puerta, advertí una intensa contusión en el pómulo, que procuraba disimular con una generosa capa de maquillaje. «Un recuerdo de la charla con su marido», pensé. Cabrón. ¿En qué otros sitios velados le habría golpeado? ¿En qué grado de perversión enfermiza se encontraba mi cliente? ¿Hasta qué punto le haría más daño? Existe cierta lucidez retorcida y perversa en el hombre violento. Sabe perfectamente cómo, cuándo y dónde atizar para que la víctima no sea un llamativo cuadro que denuncie al sádico artista.

Me apoyé en la pared sintiendo un ahogo abrumador. Me asqueaban los maltratadores, tan valientes que necesitaban hostiar a una mujer para someterla. Trabajar con el estómago revuelto por la náusea no es bueno para mi úlcera, así que hice un esfuerzo para distanciarme de las emociones. Al fin y al cabo, no me incumbía la relación de mi cliente con su esposa. Mi deber era desenmascarar a Lou Besson. Nada más.

Respiré hondo para ahuyentar la energía negativa, otra cosa que aprendí de Indra, mi maestra de yoga. Al poco rato, escuché el sonido acompasado de los finísimos tacones de Violet alejándose por el pasillo. Entonces salí.

Me asomé al espejo en el que se había mirado minutos antes para percibir algo de su esencia, quizá la desesperación bajo la máscara de

aplomo que llevaba puesta. Olisqueé. Sin duda olía a váter, pero pude distinguir su perfume persistiendo como una huella caduca destinada a evaporarse en segundos. Inspiré tratando de retenerlo, pretendiendo, ilusa, perpetuar esa huella en mi fosa nasal. Chanel n.º 5, reconocí con una sonrisa. El sello de las diosas afligidas.

Al abrir el grifo sentí la frialdad del plomo bajo mis dedos. Hacía unos instantes, ella había sentido la misma frialdad, me dije como una boba. La tubería rugió antes de que un chorro de agua saliese con tanta presión que me salpicó el vestido. El agua helada sirvió para que retornase a la realidad de la que tan poquito me costaba evadirme.

—Bien. Esto es lo que hay: Violet está ahí afuera. No se ha fijado en mí. En otras circunstancias me hubiera jodido bastante, pero ahora es bueno —le expliqué a mi reflejo—. Tampoco puedo quedarme aquí todo el día. Tengo que salir o el viejo llamará a los bomberos. Muñeca, reza por que Violet siga sin fijarse en ti.

Con el vestido empapado, salí del cuartucho, dejando atrás las bobadas de adolescente que interferían en mi labor.

A medida que me acercaba a la salida de la nave, pude ver a una Violet crispada que abría la portezuela de un elegante Opel Kapitän cuyo color conjuntaba con su cabello. La observé de lejos. A juzgar por sus gestos, estaba muy cabreada con el empleado que, a su lado, parecía un niño sumiso recibiendo un buen rapapolvo. Cuando acabó, se metió en el llamativo descapotable. Esa era una de las ventajas de estar casada con el rey del automóvil: cambiaba de coche como de zapatos.

Justo antes de echar la capota, la pelirroja señaló los dientes de Norman. Él se tapó la boca, avergonzado. Incluso en la distancia pude ver cómo el púrpura coronaba su calva. Ella se burló y aceleró con brusquedad, como si el diablo la persiguiera.

Cuando llegué junto a Bloch, su barbilla se hundía tanto en el pecho que sus ojos hundidos habían desaparecido debajo de sus cejas pobladas. Aun así, inhalé el odio desmedido que lanzaba hacia el lejano punto rojo en el que ella se había convertido. Carraspeé con discreción. Él se me encaró raudo, como un gato erizado dispuesto a atacar. Ahora yo era el objetivo de su rencor.

—¿Algún problema, señor Bloch?

—Todo perfecto. Tiene preparado el cupé. Le gustará conducirlo. Si yo tuviera coche, sería este —respondió formal.

—Seguro que le dice eso a todo el mundo —contesté, recuperando mi entonación de ingenua—. ¿Las llaves?

—En el contacto. —Me incliné para comprobarlo.

—Perfecto. Muchas gracias, señor Bloch.

Iba a entrar en el auto cuando su mano regordeta me agarró del brazo con fuerza inusitada.

—¿Me recuerda ahora quién es Besson, por favor? —interpeló con el peligro soterrado a un centímetro de su extremada amabilidad. Más que una pregunta, era un maullido de aviso.

—¿Acaso importa?

—Afirmativo. Soy un maniático del control. Me preocupa que personas que no conozco sepan de este humilde negocio.

—Hace un momento no era tan importante.

—Un error imperdonable por mi parte. ¿Me contesta?

Lejos de apocarme, decidí poner las cartas sobre la mesa y decirle la verdad, que trabajaba para Grant, aunque con una ligera variante.

—Norman, no quería llegar a esto, pero no me deja alternativa —sostuve, abandonando por completo mi pose de boba.

—Explíquese —ordenó interponiéndose entre el vehículo y yo. El labio superior le brillaba con gotas de sudor. Ya no era el hombre simpático del principio.

—Apuesto a que el nombre de Paul Grant sí que te sonará, ¿verdad? —asintió, poniéndose blanco—. Voy a contarte un secretito, Norman, porque me has caído bien. Hace tiempo que el señor Grant recela de tus tejemanejes. No has sido tan discreto como creías, amigo.

—No me lo creo —refunfuñó con esa mirada doblada que me daba tan mala espina. La rabia le corría por las venas como un río subterráneo.

—¿Y cómo crees que he llegado aquí, por casualidad? Me ha contratado para desenmascararte. —Tragó saliva—. Sé que eres un tipo listo, Norman, un perro viejo, ¿verdad? —Asintió aflojándose el nudo de la corbata—. Me recuerdas al bastardo de mi padre. Por eso no quiero joderte, Norman, porque creo que todos merecemos una oportunidad. ¿Tú no lo crees? —Lo tenía en suspenso, esperando el golpe de gracia—. Necesito el coche por unos días. Podríamos llegar a un acuerdo. ¿Qué te parece?

Sin decir una palabra, me dejó vía libre. Me chocó la facilidad para convencerlo. De hecho, parecía aliviado, lo que significaba que se estaba deshaciendo de mí. Ese tío de actitud modosa me quería lejos de sus

asuntos. ¿Qué otros secretos tenía el viejo Norman?

—Sabía que nos entenderíamos. ¿El coche está limpio? —dije sentándome en el cómodo sillón del conductor.

—Como recién salido de fábrica.

Antes de arrancar, me volví al vendedor, que había recuperado la compostura.

—Confío en tu discreción, ¿verdad?

—Y yo en la suya, señora —sentenció.

Ya no me parecía un simple hombrecillo irritante y grandilocuente. Recordé mis filosofadas matutinas, los lobos con piel de oveja... con motas verdes en los dientes, manchas oscuras de la sangre de las chicas que se creen demasiado listas.

Resoplé riéndome por dentro. La adrenalina me hacía pensar idioteces.

Sin decir una palabra más, encendí el motor. Sonó como el cantar de las sirenas, dulce y acogedor, un ronroneo sensual que prometía las más deliciosas experiencias a bordo de aquella embarcación urbana típicamente americana.

En el retrovisor, la efigie de Norman menguó más y más a medida que me alejaba. No sentí pena por él: esta ciudad es una pecera donde el pez grande se come al pequeño. Ese día me tocó a mí ser el más grande. Desconocía el papel que me tocaría jugar mañana.

Giré el volante rumbo a la oficina. Si bien Nadine había dicho que no la telefoneara, tenía que pedirle que también investigara a mi nuevo amigo. Me daba mala espina.

Aún quedaban bastantes horas para que la esposa de mi cliente acudiera a su cita con el chantajista, lo que me daba margen para cambiarme de ropa y comerme una buena *pizza* en el Miceli's. Cuando tengo pasta, me queman los bolsillos.

Más tarde, iría a la residencia de los Grant. Ya había visto a Violet, conocía su coche, sabía adónde iría a las 18:00 horas. Quedaba lo más importante: descubrir quién era Lou Besson. Y mi vida daría un giro.

Cuando subí a la oficina, me crucé con el sádico de mi casero. Me saludó con una alegría postiza. Estaba segura de que, en realidad, prefería que fuera una morosa para poder torturarme con las estridentes técnicas que volverían loco a cualquiera.

Debajo de la puerta se desperdigaba el correo. Más facturas. ¿Es que no tenían otra cosa que hacer que enviarme facturas? ¿Acaso era yo la única en Los Ángeles que mantenía a las compañías de servicios?

Entre los avisos, una postal de Chelsey deseándome feliz Navidad desde Canadá. Para Navidad faltaban unos cuantos meses, aunque conociendo a mi amiga y sus estrambóticas ocurrencias, muy bien podría haberse adelantado para no olvidarse cuando tocaba. Miré el matasellos. Esta vez no era culpa suya, sino del USPS, que la había entregado siete meses tarde. Bravo por el Servicio Postal, cada día funcionaba mejor.

Tras una ducha rápida —nunca se valora lo suficiente lo que es tener agua corriente fluyendo de las tuberías, en lugar de crujidos insufribles—, me dispuse a ponerme cómoda con mi ropa preferida. Escogí un traje de chaqueta verde oscuro para pasar desapercibida cuando anocheciera.

Iba a descolgar el auricular del teléfono, cuando retumbó. Por poco no me da un síncope. Había olvidado por completo cómo sonaba después de tantas semanas sin escuchar su timbre ronco.

Al otro lado de la línea, la voz de Nadine Benton me saludó sin demasiado afecto.

—Eh, tú.

—Iba a telefonarte ahora mismo.

—Te dije que no lo hicieras —me advirtió.

—Si tuviera que tener en cuenta todos los «no» que me han dicho.

—¿Qué querías?

—Que fisgonearas en el historial de Norman Bloch.

—¿Tiene que ver con tu encargo?

—Premio para la rubia.

—¿De qué es sospechoso?

—Aún no lo sé, es que me da mala espina —confesé.

—Una de tus corazonadas. Bien, buscaré si está fichado.

—Y sobre Besson ¿qué hay? —pregunté ansiosa.

—Poco, aunque menos tenías tú.

—Desembucha, Benton. No te hagas de rogar.

—La impaciencia mató al gato.

—Fue la curiosidad, hermana —la corregí.

—En los ficheros no hay nada, pero tengo un confidente que sabe algo.

—¿De dónde lo has sacado? Mis fuentes están secas.

—Bladovich, no subestimes el poder de una placa.

—No lo hago, créeme. ¿Cuánto va a costarme?

—Me debe un favor, así que menos de lo que cobraría habitualmente.

Cien pavos.

—Maldito rastrero. ¡Cobra más que yo!

—¿Lo tomas o lo dejas?

—¿Tengo otra opción?

—Jimmy Bigmouth te espera en Temple Street. Sube al Pacific Electric de las 13:30 horas. Y lleva la pasta.

—¿Bigmouth? Bonito alias para un chivato. Espero que no sea un charlatán.

—Es una rata de ciudad, lo sabe todo de todos.

—¿Cómo lo reconoceré?

—Él te conocerá a ti.

Y colgó. A Nadine no le gustaban las despedidas. El día que me dejó, hizo lo mismo: tiró mis enseres a la calle y cerró la puerta. Es agradable saber que hay cosas que no cambian. Una sabe a qué atenerse.

La *pizza* en el Miceli's tuvo que esperar. Por si las moscas, cogí el kit que todo investigador privado debe llevar encima para seguir a alguien: el revólver, los prismáticos y un tentempié de mi recién atiborrada despensa. Me marché. Tenía un trayecto en coche de casi una hora hasta Temple Street y luego me esperaba otro tanto hasta el domicilio de mi cliente.

Crucé los dedos para que Jimmy Bigmouth hiciera honor a su alias. Hasta la fecha, era la única persona que podía ponerme sobre la pista del escurridizo Besson.

Jimmy Bigmouth resultó ser un tío apocado y gris como una rata de cloaca, muy útil para moverse en los bajos fondos. La extensión de su boca dividía en dos su pequeña cara; debía de ser lo único indiscreto en él. Quizás por

eso lo habían rebautizado como *bocazas*.

Se sentó junto a mí con timidez, casi pidiéndome disculpas por hablarme. Sin embargo, en su mirada fija flotaba una nube turbia que no se correspondía con su talante acoquinado, y que disimulaba evitando mirarme de frente.

—¿Traes mi dinero, muñeca? —preguntó, al tiempo que se llevaba un dedo a la boca para morderse la uña. Tenía unos dientes prominentes, similares a los de un roedor.

Con disimulo, deslicé un sobre con los cien pavos, que cogió con una velocidad inesperada.

—Espero que lo que sabes valga estos billetes. No me gusta que me tomen el pelo —manifesté con aspereza.

—Me han dicho que no tienes absolutamente nada, que cualquier cosa te servirá —contestó mirando por la ventana del tranvía.

—Soy toda oídos.

—Lo que buscas es peligroso, ¿lo sabías?

No, no lo sabía. Mi cliente había omitido ese detalle, pero no se lo iba a decir a un soplón.

—Me gusta lo complicado.

—Esta complicación puede salirte muy cara si te acercas demasiado a él —añadió. Un escalofrío me recorrió la espina dorsal—. Besson es un fantasma y quiere seguir así.

—Gracias por el consejo, pero ya tengo madre. Y nunca le hago caso.

—Tú misma. —Escupió la cutícula que se había mordido.

—¿De qué me suena el apellido Besson?

—No soy adivino, muñeca. Hace poco que ronda por el mercado, así que tú misma. Nadie sabe nada del Fantasma, ni su identidad, ni su pasado, ni dónde se esconde... Nada. —Hizo una pausa dramática para que valorase lo que implicaba la palabra «nada». Mientras, aprovechó para mordisquear otra uña. A ese ritmo, acabaría con los diez dedos antes de finalizar nuestra charla.

—¿El Fantasma?

—Así llaman a tu hombre.

—¿Como la película?

—¿Qué película?

—*Phantom Killer*. Tiene guasa.

—Tiene sentido, es como si no existiera —concretó atisbando el paisaje

urbano—. Probablemente, Lou Besson es un sobrenombre, menos teatral que Fantasma. Se está haciendo muy fuerte en Los Ángeles. Sus negocios clandestinos no tienen rival.

Hasta el momento, la información se contradecía con la de mi cliente. Me desconcertó tanto la diferencia entre ambas versiones como el hecho de que un trepa tuviera éxito en una ciudad donde el Sindicato del crimen era tan fuerte.

—¿Y Mickey Cohen no hace nada? —pregunté.

—Está demasiado ocupado peleándose con Dragna. ¿No te has enterado de la guerra que mantienen? Es portada en todos los periódicos.

La guerra abierta entre Cohen y Dragna tras la muerte de Bugsy tal vez contribuía al éxito fortuito de Besson. La cuestión era quién sería el nuevo capo de la Costa Oeste. Si el Fantasma jugaba bien sus cartas, podría ser él. Era inteligente dejar que sus rivales se liquidaran entre ellos.

—Tu hombre es el líder invisible de una banda organizada. —Escupió otra uña—. Sus negocios abarcan las peleas, las timbas clandestinas, la extorsión a gente importante...

Gente importante como mi cliente, consideré.

—Menudo elemento, no se priva de nada.

—Y lo mejor es que, como nadie sabe quién es...

—Podría ser cualquiera —lo interrumpí, fascinada por la idea que no había tomado forma hasta ese instante. Soy lista, pero un poco lenta.

—Él es invisible, sus métodos no. Tiene un sello inconfundible, no se anda por las ramas. Si lo traicionas o te inmiscuyes en sus asuntos, acabas flotando en el muelle con la cara reventada.

—La ausencia de identidad a través de un borrado facial. Qué poético.

—Gilipolleces —sentenció Bigmouth curvando su gran boca hacia abajo.

¿Qué ganaba el mafioso machacando los huesos faciales de sus enemigos? ¿A qué venía semejante bestialidad? ¿Era un mensaje? Recordé algunos crímenes sin resolver de mi etapa de sabueso, cuerpos tiesos con la cara triturada y la billetera intacta, reconocibles únicamente por el carné. ¿Cuánto tiempo llevaba Besson en circulación? ¿Cuántos de esos asesinatos eran obra suya? ¿Cómo se habría convertido en un fantasma? Era muy astuto. Su anonimato le permitía estar dondequiera, enterarse de transacciones y maquinaciones en su contra. Y si lo traicionaban, adiós.

Terror. Ese era su poder. Si consigues convencer a alguien de que todo lo que ama —su familia, su estilo de vida, incluso su vida— está en peligro,

será un pelele en tus manos. Si, además, la amenaza proviene de lo desconocido, será tu esclavo. El Fantasma sabía cómo jugar con el terror para manipular a las personas. Debía de haberlo aprendido de nuestro amado presidente y su acólito Hoover, el hombre más temido del FBI.

Así que Grant no exageraba: su vida corría peligro, igual que la mía desde el instante en que acepté el encargo. Tendría que andarme con ojo si no quería que mis amantes llorasen la pérdida de mi cara bonita. Aunque más de una se ofrecería voluntaria para sujetarme mientras me apañaban una nueva imagen. Gajes de la vida amorosa.

—Besson opera desde el Breathless, un club nocturno.

—Se rumorea que se puede pasar un buen rato con el calco de algunas celebridades del celuloide.

—Te confundes con el T&M Studio. Que yo sepa, la prostitución no es del gusto del Fantasma.

Otra contradicción. Según mi cliente, el Breathless era poco menos que su harén.

—¿Un mafioso con escrúpulos?

—Debe de ser que, como tú, también tiene madre y la respeta. —Jimmy el bocazas tenía sentido del humor—. Se dice que es uno de los mejores clubes de la ciudad, con fama de preservar la intimidad de sus clientes ante todo.

—Apuesto a que personas importantes.

—Personas con mucho que perder —aseguró mi confidente, atacando con sus dientes prominentes la cutícula del pulgar.

—¿Los mismos a los que luego extorsiona?

Jimmy Bigmouth volvió a encogerse de hombros.

—Lo regenta una fulana, su mano derecha.

—¿Una mujer?

—Eso dicen por ahí. Yo no he ido nunca al garito, los de mi clase no entran —admitió, masticando las uñas. Me estaba poniendo de los nervios.

Contra todo pronóstico en el mundo del hampa, la privilegiada que conocía la verdad sobre el mafioso era una mujer. Como poco, llamativo. Debía de ser alguien de extrema confianza para poner el negocio en sus manos. ¿Una amante? ¿Una familiar, quizás?

—¿Y nadie ha intentado desenmascararlo a través de esa zorra?

—Muñeca, Smiles está bien protegida. Es una bruja de los pantanos del sur.

—¿Smiles? Bonito alias para un mal bicho.

—Sí, Isse Smiles, su enlace con la banda. Ella teje la red de contactos mientras él orquesta los golpes desde la sombra.

Era un plan redondo, a la altura de los mejores estrategias. Con el aura de un personaje abominable, contra el que nadie podía rebelarse porque no daba la cara, Besson era la siniestra mano negra de una banda cuya única cabeza visible era Smiles. He de reconocer que, en mi fuero interno, surgió una chispa de respeto hacia él. Le vaticiné una próspera carrera, si es que alguien no acababa por identificarlo y lo eliminaba.

—¿Y cómo sabes todo esto?

Jimmy se encogió de hombros en lo que parecía un gesto característico y escupió otra uña que voló directa hacia mí. La esquivé con habilidad justo antes de arrearle un manotazo para evitar que se lanzara sobre otro dedo. ¿Le quedaban uñas todavía?

—Si te desvelara mis fuentes, no me necesitarías, muñeca. —Su exagerada boca se estiró en una sonrisa astuta que rodeó su reducido rostro. Y parecía tonto cuando se sentó a mi lado.

Todo cuanto explicó Jimmy Bigmouth parecía sacado de la delirante mente de Ed,⁵ un amigo que escribe ciencia ficción. El pobre no tiene suerte para financiar sus películas, y es que ninguno de sus guiones tiene pies ni cabeza. De hecho, como el relato de mi confidente. La única diferencia entre su historia y un guion de Ed residía en que el Fantasma era un personaje que mataba con armas de verdad, no de cartón piedra.

—¿Qué sabes de Paul Grant?

—Que está forrado. Es el dueño de El Mundo del Automóvil, coches caros, de importación.

—¿Algo que no sepa?

—Su vida pública es ejemplar. Buenos contactos.

—¿Qué clase de informante eres, tío? Dame algo bueno.

—Has venido para... Tu amiga me dijo que te hablara de Besson — contestó, por primera vez dudando de lo que debía decir.

—Oye, que soy yo la que te paga.

Se encogió de hombros y prosiguió como si nada hubiera pasado.

—He oído por ahí que está podrido. Tiene gustos... singulares.

—¿A qué te refieres?

—Le gustan jovencitas y se le va la mano en el sexo, ya sabes.

—No, no sé.

—No voy a ser yo quien te lo explique, muñeca —dijo, escupiendo un pellejo del tamaño de un grano de arroz. Se estaba devorando a sí mismo—. De su pasado y de cómo ha amasado su fortuna se sabe tanto como del Fantasma.

—Qué manía de ponérmelo difícil. ¿Qué me dices de esa tal Smiles?

—Que está para comérsela. —Se acercó los dedos a la boca.

—¿Puedes parar de morderte las uñas, por favor?

—No —respondió con otro encogimiento de hombros.

—Vale. —Suspiré—. ¿Qué más?

—Nada más. Por otros cien pavos, puedo indagar. Pero no se lo digas a tu amiga, la agente Benton.

—¿Por qué no?

—Porque me meterías en un lío, muñeca. Y no quieres eso. —Clavó sus ojillos brillantes en los míos. Por alguna razón, me fie del soplón y acepté—. Dame unos días.

—¿Dónde te encuentro?

—Eres detective, muñeca. Búscame por aquí cerca.

Sin decir adiós, tiró de la cuerda para detener el tranvía. En menos de un minuto había perdido de vista a Jimmy Bigmouth entre el gentío que abarrotaba Alameda Street. Yo me quedé con cien dólares menos en el bolsillo y la cabeza repleta de datos contradictorios. Me di cuenta de que había aceptado un encargo espinoso que, probablemente, me venía grande. Lo que *a priori* parecía un rastreo rutinario, podía ser el último encargo de mi vida, según la advertencia del bocazas.

Además de verificar si a mi cliente le ponía los cuernos su esposa, tenía que identificar a alguien que ni siquiera tenía un carné de conducir o una cuenta bancaria a la que vincularlo. Según la ley americana, esa persona no existía. Según Bigmouth y mi cliente, era un criminal implacable que delinquía impunemente gracias al anonimato. Era tan escalofriante que tuve ganas de coger el dinero y echar a correr, como hice en su día cuando me fui del departamento.

«Sa Re Sa Sa, Sa Re Sa Sa, Sa Re Sa Sa.»

Tras recitar mi mantra favorito e inspirar hondo varias veces, superé el ataque inicial de pánico. ¿Qué podía pasar? ¿Que fracasara como investigadora? Siempre podría dedicarme al cine y ayudar a Ed con su próximo guion. ¿Por qué no? En Hollywood todo es posible. Pude entrever la marquesina luminosa del estreno de la película, en uno de los mejores

cines de Sunset Boulevard: «Ed Wood y R. J. Bladovich presentan *El Hombre Sin Rostro*». O algo por el estilo.

Eran cerca de las tres de la tarde. Tenía que regresar a por el coche que había aparcado cerca de Temple Street y dirigirme a Hollywood Hills. Violet saldría con un montón de pasta hacia Lincoln Heights, el suburbio donde se ubicaba el club nocturno. Era probable que el Fantasma visitara el club esa misma noche.

Una mansión, eso era el hogar de los Grant. Una mansión rodeada de jardín y con más habitaciones de las que necesitaban, en la selecta y privativa zona de Hollywood Hills, con el enorme letrero de cuarenta metros de altura de Hollywood despuntando en el Monte Lee al nordeste. Y yo viviendo en un jodido cuartucho que hacía las veces de oficina. Sin embargo, no me quejaba: al menos tenía cuatro paredes y un sofá descompuesto que me acunaba cuando tenía que lamerme las heridas. Otros no podían decir eso. Después de todo, como Nadine había dicho, era una chica afortunada. No tanto como Paul Grant, pero lo era.

Puntual como un reloj, Violet salió de la vivienda. Había sustituido el traje sastre oscuro por un vestido de tubo color burdeos, cuya discreta abertura lateral dejaba entrever sus bien contorneadas piernas. Demasiado elegante solo para ir a pagar.

Cargada con una maleta de viaje, caminó hasta el Opel Kapitän que había aparcado fuera del garaje. Con ayuda de los anteojos pude apreciar que llevaba encadenada la maleta a la muñeca. En el portaequipajes, una lona tapaba un bulto irregular. Me divertí elucubrando que eran los pedacitos del marido metidos en un saco, pero con lo delgada que era Violet, no hubiera podido hacerle ni un rasguño a un hombre de su envergadura.

Se quitó las esposas y también cubrió la maleta con la lona. Muchas molestias, me dije. Si, aparte de los involucrados, nadie más conocía lo del chantaje, ¿por qué tanto cuidado? El cambio de vehículo por la mañana, las esposas, la lona... Por otro lado, habría sido más cómodo guardar el coche dentro del garaje y así evitar posibles miradas indiscretas. ¡Aficionados!

Una vez más, arrancó el coche con un feroz rugido que hizo chillar las ruedas, aterrorizadas por el cruel desgaste de caucho al que las sometía. Dicen que en el volante y en la cama, una persona se transforma en lo que realmente es. La pelirroja resultó ser una conductora agresiva. Borré esa observación de mi mente. Evocarla en la cama tal cual era frente al volante no era lo más apropiado.

Menos mal que la esperaba con el motor encendido; si no, me hubiera dado esquinazo nada más empezar. Eso me pasó en mi primer trabajo, en el que tuve que vigilar al marido de una clienta que la engañaba con otra. El tío era un paranoico con delirios de persecución; apretó el maldito

acelerador a todo gas y me dejó atrás antes de que pudiera meter la llave en el contacto. Lo perdí, como era de esperar, y solo la casualidad hizo que diera con él de nuevo. Como también fue casualidad el modo de descubrir que el amante del susodicho no era *otra* sino *otro*. A la clienta le dio un ataque de risa cuando le entregué las fotos. Lo perdonó. Mientras no fuera una rival femenina, no había objeción. Él nunca la abandonaría por un hombre ante la amenaza de acabar en el loquero por sarasa o en chirona por comunista. Olvidó el desliz y siguió viviendo a todo tren. Es lo que se llama un acuerdo tácito.

La pelirroja se escurrió con pericia dos coches por delante de mí. A esas horas, la espantosa circulación del día se relajaba, aunque tuve que esmerarme, ya que a mi temeraria amiga le gustaban los giros repentinos y los acelerones inesperados. Ni que supiera que la estaba siguiendo.

En realidad, conocía la dirección exacta del club, pero prefería ir tras ella por si hacía alguna parada imprevista. Con tanta pasta encima, mejor no dejarla sola, por si acaso. Además, una parte de mí sentía que la estaba salvaguardando del mal. Su foto, apoyada en el salpicadero de mi coche, me invitó a recordar la turbadora visión de esa misma mañana: el pómulo magullado que, con mano firme, cubrió de disimulo y entereza.

A pesar del aplomo, la supuse necesitada, una persona en busca de amparo. No sé si fue la tristeza que sugería su mirada, o la altivez impúdica de sus gestos, o la soledad que se adivinaba lo que me invitó a sentir así. O tal vez fue mi propia soledad.

Me ruboricé al pensar en ello. Sabía que era absurdo; únicamente la había visto de refilón en un par de ocasiones, pero me estimulaba pensar que podía ayudarla y ser un soporte para ella.

Mientras me enredaba en esas sensaciones inopinadas, Violet aparcó detrás de un buga de alta gama. Enfrente, el neón azulado sobre una entrada sombría anunciaba que era el final del trayecto. Breathless, sugerente apelativo para un club nocturno, cavilé incómoda. Conociendo la sanguinaria fama de Besson, no supe cómo tomarme eso de estar sin aliento.

Estacioné en la acera de enfrente, a una distancia prudencial. Los prismáticos me permitirían vigilar cualquier movimiento entre el descapotable y la entrada al club. Era una calle apenas transitada, con dos o tres edificios que aparentaban estar abandonados. No me extrañó que el Fantasma asentara su base de operaciones en una calle así, lo raro era que

los respetables de la sociedad optaran por ese club cuando había otros mejor situados. Esa parte de Los Ángeles era una amalgama de etnias en riesgo de exclusión social, donde la gente como los Grant no se prodigaba. Mi propia familia se había afincado en el noroeste del centro cuando llegó a los Estados Unidos, hace unas cuantas décadas, como tantos otros inmigrantes que, al mezclarse con la clase media, tuvieron la oportunidad para prosperar.

Una de las reglas del manual del buen detective es tener en cuenta cualquier detalle, por tonto que sea. Que el club se ubicara allí podía ser un indicio. Quizá Besson era un inmigrante que inició sus andanzas en el barrio que lo había acogido. Era una pista a tener en cuenta.

Siempre alerta, Violet apartó la lona del maletero. El bulto que mi febril inventiva había convertido en el manojito de miembros descuartizados de Grant se desveló como otra valija, idéntica a la primera. ¿Por qué dos iguales? ¿Para despistar? Si era así, ¿a quién? ¿Quién más estaba al tanto?

Con el equipaje esposado a la muñeca, echó una ojeada a uno y otro lado de la calle, mientras esperaba delante de la entrada del club. A través del ventanillo, alguien intercambió unas palabras y le abrió. Ella entró con decisión.

El siguiente paso fue esperar.

Como no había ingerido nada y esperar me da hambre, me zampé el tentempié. Hubiera preferido un plato del sabroso estofado «especial peso-pluma» de mi madre. Otra de sus manías —además de casarme con el primo Jerry— es mi peso, por lo que no pierde ocasión de cebarme con sabrosos guisos. Dice que la delgadez es síntoma de enfermedad y que, a la larga, se trunca la salud mental. Como físicamente me encuentro bien, según esa teoría acabaré loca de atar.

Lo mismo diría de Violet, tan flaca como yo. Me fijé en su fotografía, apoyada en el salpicadero. Sus ojos altaneros me miraban desde la indiferencia. Me dejé arrastrar por el remolino de ideas que surgieron de la simple contemplación. ¿Qué ocultaba con tanto celo que ni la lente de la cámara había podido desentrañar con su habitual percepción?

El ojo crítico de mi madre, superior a cualquier lente, lo hubiera tenido claro, aunque dudo que hubiera dicho nada bueno; no le gustan las chicas de su aspecto. A decir verdad, ¿a quién le gustan? Los hombres fantasean con tener una aventura con hembras así, pero se comprometen con las modositas. La culpa la tiene el cine, que las ha retratado como vampiresas

arruinavidas. En las películas, siempre hay una *vamp* sofisticada, un viejo forrado y un chulazo; el viejo es imbécil y cae en las perversas garras de ella, que lo engatusa con sus encantos para desplumarlo y el chulazo vive de ella sin dar palo. En los últimos minutos de cinta, los guionistas la castigan a ella por ser guapa y amar al tío equivocado. Suele morir a manos del ultrajado memo o del vividor sin escrúpulos. Fin de la película.

En la vida real, el triángulo Paul-Violet-Besson superaba al cliché de la ficción. El viejo ricachón era lo contrario de un ciego atormentado por el amor: se había quedado con la *vamp* y le gustaba usarla de *sparring*. Hasta donde yo sabía, la única víctima era ella. Y aún estaba por ver si el tercero en la discordia era su amante.

De todas formas, como la vida es una paradoja, debía plantearme otras posibilidades. ¿Y si Besson y Violet se conocían de cuando era soltera? Podrían haber urdido un plan para secar las cuentas de Grant. ¿Era ella tan inocente? Y mi cliente ¿qué haría cuando descubriera el pastel? ¿Los liquidaría? ¿Qué sería de Violet? ¿La encerraría en su mansión de lujo? ¿Qué pasaría si me dedicara a escribir guiones? ¿Me ganaría mejor la vida? La idea era disparatada hasta para mí, así que descarté esa novelería propia del *pulp*.⁶ Nadie planea desplumar a un millonario a largo plazo, ¿por qué iban a esperar hasta ahora? No tenía sentido.

Acaricié la foto, disculpándome por haber dudado de Violet. Inventé su piel tersa en el tacto rugoso del papel fotográfico y me convencí de que era un pájaro en una jaula de oro, custodiado por un guardián celoso cuya única virtud era valorar la belleza. Si Besson era su amante, no debía de ser tan malo; después de todo, le regalaba una porción de libertad una vez al mes.

Ya habían pasado dos horas. Y Violet sin aparecer. Se tomaba muy en serio eso de la libertad mensual. El conserje del club desapareció por el callejón de atrás para fumar un cigarrillo, por lo que me acerqué al *cabriolet* para averiguar el contenido de la segunda maleta. El maletero estaba cerrado con llave. Por suerte, siempre llevo un par de horquillas del pelo, aparentemente inofensivas. Quien las inventó nunca sabrá lo útiles que resultan. La mayoría de las mujeres las usan para el moño. A falta de melena que sujetar, le doy otras utilidades, como abrir puertas.

Cuando me preparaba para asaltar la cerradura, una voz marcial irrumpió en mi campo auditivo.

—¡Señora Grant! Se olvida el bolso.

—¡Mierda! —exclamé por las dos horas desaprovechadas.

La llamada me alertó a tiempo, así que me tiré en plancha para ocultarme en medio de los otros coches. En ese instante, la puerta del club se abrió y la brisa de la calle pareció condensarse ante la presencia de Violet. Me agaché de inmediato. Por debajo del coche divisé sus elegantes zapatos de tacón esperando al hombre.

—Gracias —dijo con esa voz rota tan característica.

—Hasta pronto, señora Grant —se despidió él con formalidad neutra.

Ella no respondió. Oí que abría el maletero y repetía los mismos pasos: guardar la maleta, cubrirla con la lona y arrancar sacando humo de los neumáticos.

El hombre de la voz marcial permaneció quieto hasta que el descapotable escarlata desapareció. Cuando por fin se animó a volver adentro, cambió de idea; tal vez vio mi sombra entre los coches. A medida que se acercaba, me encogí más; si hubiera podido hacer un agujero en el asfalto, habría enterrado la cabeza.

Los pasos se detuvieron. El corazón me latía tan fuerte que apenas escuché el carraspeo. Frente a mis narices aguardaban unos zapatones de charol que, por su tamaño, pertenecían a un gigante. Poco a poco alcé la vista hacia un hombretón más corpulento que el Oso, ataviado con un exquisito traje de chaqueta *blazer* que Fisher no vestiría ni en sueños. Era indudable que detrás de la elección del atuendo había una mano con buen gusto.

Acompañé una sonrisa inocente con mi grácil pestañeo de chica encantadora. En otras circunstancias, habría hecho estragos, pero el gigante resultó inmune a mi simpatía natural. Desde la azotea de su obtusa mirada, su rostro impávido me observó con extrema seriedad. Por un instante, creí que llevaba una máscara de cartón piedra, tal era su parálisis facial. Me temí lo peor. A veces el silencio es más aterrador que las amenazas porque una no sabe a qué atenerse.

—Hola, eh... las llaves... las llaves de mi coche. Se me han caído. Las he oído rodar hasta aquí. Pero no veo nada... Eh... ¿tiene... una linterna? O un mechero, algo que alumbre. ¿Le importaría ayudarme?

Juro que lo escuché gruñir a pesar de que no movió los labios. Dio media vuelta y se largó, el muy maleducado. Lo mío con los tipos grandes es cuestión de *feeling*.

Sin pérdida de tiempo, subí al Chevy y pisé el gas a fondo para alcanzar a la furtiva. Como sabía que regresaría a la mansión, no resultó difícil dar

con ella. Esta vez metió el vehículo en el garaje mientras que yo aguardé frente a la casa un buen rato, por si sucedía algo inusual o por si Grant había regresado de improviso y le daba una bienvenida violenta. En algún momento de ese dilatado día decidí que no permitiría que volviera a golpearla. Aunque a la bofia le trajeran sin cuidado las disputas maritales, existían trucos para atraer a una patrulla al lugar del incidente. Si volvía a agredirla, le echaría encima a los perros.

Encendió la luz de la habitación contigua al garaje, que poco después volvió a apagar. Luego otra luz, su sombra atravesó el cuarto, y de nuevo la oscuridad. Repitió el proceso tantas veces como habitaciones había hasta llegar a lo que, supuse, era la *suite* conyugal, en la planta superior. Una vez allí, no tardó ni un minuto en apagar la lámpara. «O se ha metido vestida en la cama o se desnuda a la velocidad del rayo», especulé, divertida. Si Gilda se hubiera quitado el guante tan rápido, la escena no habría causado tanto revuelo.

Guardé los prismáticos en la guantera del coche. Aún era temprano para retirarme. Era la noche que Besson había escogido para salir de su escondite y encontrarse con Violet. Un detective se aventuraría a volver al *Breathless*. Una *buena* detective lo haría con un plan. Y yo tenía uno muy convincente: tomar una copa de Jack Daniel's.

Había conocido a uno de los presuntos matones del Fantasma, el gigante gruñón. Tenía ganas de conocer al resto del equipo. Apenas tardé en llegar, pues había poco tráfico. La gente decente se retiraba buscando el calor de sus hogares. Los desposeídos, los insaciables y los descontentos vagaban por la calle en busca de algo más. Yo era una de ellos. Esa noche, mi meta era simple: Lou Besson. O, en su defecto, información que desvelara su inquietante identidad.

He de admitir que me encantaba aquello. La adrenalina corría por mi sistema y me hacía sentir puñeteramente bien. Reconozco cierta debilidad por las situaciones excitantes: es uno de los motores de mi vida. También es uno de mis lastres.

Antes de salir del auto, me miré en el espejo retrovisor. Un poco de colorete me hubiera ido bien; a falta de maquillaje, me pellizqué los mofletes y me atusé el pelo.

En la entrada, un grupo de caballeros y damas sofisticadas esperaban su turno para entrar. Yo iba vestida con una chaqueta *Eisenhower*, abrochada justo por encima de la cadera, y unos pantalones anchos de talle alto, plagio

descarado del diseño que la Hepburn lucía en *Historias de Filadelfia*. El estilo de la actriz era una fuente inagotable de inspiración para mi armario. Mi atuendo no era el apropiado para un local nocturno y me arriesgaba a que no me dejaran entrar, por lo que me mezclé con el grupo. El portero ni se fijó en mí. Primer obstáculo superado.

Crucé una segunda puerta, acolchada para amortiguar el ruido, con un óculo grande a través del cual se vislumbraba una espesa niebla de tabaco. Una vez dentro, la sensual melodía de *La vie en rose*, interpretada por un saxo solitario, amenizaba la charla de los asiduos.

El establecimiento no me pareció nada del otro mundo. Tratándose del club nocturno de Lou Besson, alias el Fantasma, esperaba una ambientación más macabra, como las paredes decoradas con las cabezas de los traidores o una alfombra de piel humana. En lugar de eso, perpetuaba el estilo de otros locales de su categoría: mesitas circulares iluminadas por la tenue luz de una lámpara, distribuidas alrededor de un escenario reducido donde tocaba una banda de tres componentes, y cómodas sillas de piel en las que disfrutar de una agradable velada aderezada con los cócteles de moda. Lo más destacable era la barra del bar, que ocupaba gran parte de la pared frente a la entrada. Su original geometría —una línea serpenteante— favorecía la privacidad o la charla, según en qué parte del meandro se sentara uno. Los neones escondidos debajo del friso trazaban la sugerente ondulación de la barra y proporcionaban una difusa iluminación. Detrás de la barra, un gran espejo mural, típico del *art déco*, culminaba el diseño y, además de dar profundidad al espacio, multiplicaba las botellas de licor dispuestas en hilera otorgando un efecto artificioso. Me figuré que su función no era meramente decorativa. Sentada frente al espejo, una mujer solitaria dominaba la entrada que quedaba a sus espaldas.

Era un local de dimensiones moderadas, con pinta de haber conocido tiempos mejores, tal vez los de la Ley Seca. Se insinuaba cierta decadencia camuflada en la penumbra. Recordé lo que Jimmy Bigmouth había señalado sobre garantizar la intimidad de los asistentes. No me extrañó: con el humo y la sombra-luz era complicado distinguir a nadie.

Un camarero juntó varias mesas para acomodar a la cuadrilla con la que entré. Salvo él, nadie mostró el más mínimo interés por el grupo. El público conversaba, escuchaba música y bebía ajeno al resto. Daba la impresión de que todos eran habituales.

La mujer de la barra me analizaba a través del espejo. Las sombras me

impedían ver bien su rostro, aunque adiviné la larga cabellera negra que caía salvaje por sus hombros desnudos, fuertes y bien contorneados. Y eso era solo el principio; el resto me pareció tan imponente como los hombros prometían.

No fue la única en ficharme: el barman tampoco me quitaba ojo. Es infrecuente ver a una mujer sola en un club, a no ser que sea una buscona cazafortunas. Como no tenía pinta de eso, supuse que me observaban por ser una cara nueva.

Avancé hacia la barra para hacer lo que se hace en un club nocturno: beber. Apenas había dado cuatro pasos cuando un gorila de nariz aplastada y bíceps hercúleos me interceptó, poniéndome la mano en la espalda de un modo, diría yo, poco amistoso. Haciendo gala de un refinamiento falaz, vestía un esmoquin a medida. Fue inevitable la comparación con el mono parlanchín de O'Neill⁷ aunque, si sabía hablar, seguro que su discurso no gozaría de tanta profundidad. Mi amiga Chelsey se habría derretido ante el insólito espécimen. Todos tenemos un defecto que nos caracteriza; el de ella, al margen del amor suicida a los tacones altos, es esa insana obsesión de liarse con tíos corpulentos y algo bobalicones. No sé dónde los busca, pero sus acompañantes suelen pecar de exceso de testosterona y falta de carácter; cuanto más animales, mejor. Chelsey es coqueta y le pirra lucirse en las fiestas como una dominatriz, escoltada por su tarugo de turno. Tiene complejo de Bella y busca a su Bestia. A mí me da grima, porque veo algo turbio en esos gustos que, según cómo, se acercan a la zoofilia. El gorila que tenía delante, por ejemplo, tenía más de animal que de humano.

—¿Adónde crees que vas, jovencito? ¿Te crees muy listo? —Al parecer, la penumbra afecta a algunas bestias. ¿Jovencito?

Me volví hacia él con desidia. Que en el mismo día hubiera sido objeto de varios comentarios sobre mi aire juvenil me aburría, aunque la nota original de este último la ponía el género masculino. Íbamos prosperando.

Cabeceé varias veces para que el pelo ondulse libremente. Aunque lo tuviera muy largo, un chico no se lo cortaba a lo paje, a menos que se disfrazara de Robin Hood. Por si no tenía suficiente, le tendí el carné de conducir. Si de mí dependiera, subrayaría en rojo la fecha de nacimiento.

El menda leyó con detenimiento, luego sopesó una idea. Al fin reaccionó dibujando una mueca simiesca que creería que le hacía interesante, porque la extremó al máximo de la capacidad de sus músculos faciales. Una chispa sutil iluminó su vista zafia y, como si hubiera descubierto que el mundo era

tan plano como su cerebro, declaró:

—A mí no me la das, chaval. He hecho cientos como este. No me extrañaría que esta falsificación llevara mi sello.

—Si fuera de la bofia, estarías arrestado, colega. Nunca he oído una confesión más rápida.

La réplica no le hizo ni pizca de gracia, porque maldijo palabrotas de las que desconocía el significado. La perfecta imitación de Billie Holliday y su insuperable *Don't Explain* que sonaba en ese momento acapararon mi interés y ni lo escuché.

—Eh, tú, ¿me oyes? —insistió al verme distraída.

Harta de tanto disparate, cogí una de sus manzanas y la aplasté contra mis abreviados pechos, al tiempo que dibujaba con mis labios una «O» de fingida sorpresa imitando su expresión.

—¿Te convences ahora?

El eslabón perdido de Darwin me devolvió el carné con un brillo malsano en la mirada. Esa clase de chusma es feliz incordiando a los demás. Como les falta sesera, abusan de los débiles, a los que se imponen con su planta. Regresó a la entrada con aire de perdonavidas, mientras susurraba un apagado «Lo siento, señorita», que sonó más obsceno que afectado.

Sentí un cosquilleo en la nuca, señal inequívoca de que me observaban. Al volverme, pillé *in fraganti* a la mujer solitaria, que seguía estudiándome con total impunidad desde el otro lado del espejo, amparada en la penumbra y en su peinado *peekaboo*.⁸ Me lo tomé como una invitación a sociabilizar y fui hacia ella con la intención de convidarla a una copa. Nunca he podido resistirme a las líneas precisas del género femenino, y ella gozaba de una anatomía formidable.

Sentada en el taburete que hacía las veces de trono, el brazo apoyado en la barra con estudiada dejadez, la mitad de su anguloso rostro cubierto por la melena e iluminada desde abajo por los neones recordaba a una diosa imponente, siniestra y distante que había descendido del monte Olimpo. Entre las contrastadas sombras distinguí con nitidez el fulgor de su pupila. Su grandeza emergía de la oscuridad que la ungía de la presencia de un ser omnipotente, una matriarca consciente de la supremacía de su especie, única y en extinción. Impasible como la naturaleza misma, apenas haciendo esfuerzo por respirar, la energía fluía por la esbeltez de su físico sin tapujos. Era un imán para quienes estaban allí. Los vi admirarla con disimulo, reflejados en el espejo, eternizándose en mi retina como un

tenebroso cuadro barroco.

Cada gesto, cada poro de su piel, cada punta de su pelo segregaban poder. Y su nariz recta, su ceja elevada de modo impertinente... Era malo que una sola persona tuviera tanto poder: al final acababa revolviéndose contra uno.

¿Quién era? ¿Quién podía gobernar allí, aparte de Besson? ¿Esa era Isse Smiles?

Cuando apenas estaba a dos metros de ella, me ignoró con el mismo desplante con el que antes me había examinado. Mi tendencia natural al juego vio en aquel acto un desafío y lo acepté sin dudar. Si era Smiles, y algo me decía que sí, sería una forma de acercarme a ella.

Así pues, recorrí los dos metros que me separaban de ella con abulia mesurada, regodeándome en el picor que me provocaba la ansiedad por llegar a su lado, sintiendo cada paso bajo mis pies. Me senté a una distancia prudente. Ella ni se alteró. ¿Por qué no me facilitaba las cosas? Después de todo, ella me había provocado. Eso se nota, se sabe cuándo se interesan por una. Aunque no voy desencadenando incendios de amor espontáneo, soy muy mona. ¿O acaso la había malinterpretado? Desde el instante en que llegué, no me había quitado la vista de encima, pero quizá solo se cuestionaba quién diablos era la chica nueva. Mientras, yo me hacía preguntas básicas, como su nombre, su peso, su altura...

Pasaba de mí a propósito, así que la imité. Apoyada en la barra, radiografié el local para hallar otros accesos. En el otro extremo, vi a un dandi plantado delante de un par de puertas tapizadas que supervisaba a quien se acercara. Interceptó a alguien y, tras un fugaz intercambio de palabras, abrió la puerta de su derecha y lo dejó entrar. En pocos minutos, regresó. Con mi habitual sagacidad, deduje que se trataba del aseo. ¿Por qué vigilaban el acceso al váter? ¿Adónde conducía la otra entrada? ¿A Lou Besson?

Miré de reojo a la Venus solitaria. Impávida, examinaba al resto de la clientela mientras degustaba un margarita. Aquella muñeca era como un aperitivo salado que te reseca la boca y te incita a beber. Necesitaba un trago. Con independencia de mi inquietud por estar en la guarida del Fantasma, una cosa era cierta: esa chica dejaba sin aliento. Un curioso paralelismo con el nombre del club.

Hice una seña al camarero, y el muy canalla me ninguneó. Nada me revienta más que la indiferencia, y eso estaba a la orden del día en aquel lugar. ¿Era un boicot o me estaba volviendo paranoica? Carraspeé para

llamar su atención con el mismo resultado. Volví la vista hacia la misteriosa dama, que encontraba divertido el boicot del que era víctima. Si querían ponerme nerviosa, lo estaban consiguiendo.

Empezó a apoderarse de mí la impotencia y eso no era bueno, porque podía llegar a ser muy burra si me cabreaba de verdad. Con tanto cachondeo a mi costa, se me hizo necesario advertir que era una chica armada y peligrosa, por lo que recurrí al viejo truco que usaba cuando era poli. Miré fijamente al barman y me aseguré de que me viera palmear la cadera donde llevaba sujeto el Colt Detective Special, un 38 milímetros de cañón corto que me agencié en el departamento como segunda arma. Pequeño pero solvente, era idóneo para llevarlo debajo de la chaqueta o en la pernera sin levantar sospechas. A falta de placa y del malcarado de Bud, el farol tendría que valer. No se trata de si sacas o no el arma, se trata de que el otro crea que puedes sacarla.

El ademán me hizo sentir un cosquilleo en los riñones donde la 38 rozaba. Estaba segura de que hasta mi expresión angelical había transmutado a demoníaca. Por lo visto, fui la única en pensarlo, porque el barman me ignoró. Frustrada, pregunté a nadie en concreto:

—¿Alguien podría servirme un *whisky*? —Señalé al camarero—. Usted mismo, por ejemplo, si no es mucha molestia. —Me miró igual que se mira a una mosca molesta—. Cuando pueda, y sin prisas, ¿eh? Por mí no se preocupe, tengo toda la noche —añadí en tono más alto.

O no entendió la sutileza de mi sarcasmo o estaba sordo. Siguió con la rutina de secar unos vasos que seguro hacía años que no veían ni una gota de agua.

Tamborileé los dedos sobre la barra pulida. El corazón también tamborileaba en mi pecho. La presencia del Colt me disparó la fantasía y, por un lapso indeterminado de tiempo, tuve una imagen de mí misma saltando la barra y exigiéndole el trago a punta de cañón. Ya no se trataba de si tenía sed o no, se trataba de respeto.

¿A quién quiero engañar? Se trataba de acaparar por completo el interés de la Venus. Porque a esas alturas lo único que me preocupaba era poca cosa: su nombre, su peso, su altura...

Estaba a punto de armarme del valor suficiente para plantar la punta de mi índice en la cara del barman, cuando un bufido divertido me hizo desviar la vista hacia ella. La onda de pelo largo que tapaba la mitad de su rostro no me dejaba ver el resto de su sonrisa, lo que acrecentó mi desazón.

Veronica Lake sabía lo que hacía cuando puso de moda ese peinado, que medio país imitaba, y que esta oscura mujer lucía con estilo propio.

«Oscura y sin corazón, como el ángel caído», reflexioné con un escalofrío. El cabello y la sombra luz proyectada por los neones no ayudaban a que pareciese un ángel. Fijándome en mi propio reflejo, tampoco yo lo parecía. Aquella atmósfera lóbrega surgía de las entrañas del averno y nos dotaba a ambas de un aspecto feroz. El Fantasma Besson, arquitecto y rey, se burlaba de todos al haber inventado un lugar donde nuestra apariencia se distorsionara y adquiriera dimensiones torvas e insospechadas que, tal vez, componían una parte del secreto de nuestras almas.

Tuve un mal presagio. Debería haber escuchado a mi intuición, haber movido el culo fuera de allí, contarle a Grant cualquier trola y renunciar al encargo. Pero...

Pero la miré sin rodeos. Ella también lo hizo con un mohín impertinente. Su magnetismo me atrapó sin remedio y me robó cualquier otro deseo que no fuera averiguar el sabor de su aliento. El espejo era como un mural que devolvía la escena de un cuadro expresionista, con gruesas y enérgicas pinceladas, de colores sofocados y espectros tenebrosos. Ella y yo éramos esos espectros. Tuve la urgencia de verla a la luz del sol para verificar que no se esfumaría como un puñado de polvo.

Imagino que sonreía, aunque las sombras poco amables de sus facciones me impedían saborearlo. Lo que sí vi con claridad fue la seña que le hizo al camarero.

De mala gana, el barman se plantó frente a mí con los brazos en jarras, con actitud desafiante. Intenté reprimir la risita malévola del vencedor, pero mi mala leche me traicionó y le mostré lo espléndida que era mi sonrisa satisfecha.

—Un Jack Daniel's —pedí, con la boca llena de orgullo.

—Demasiado para una nena. ¿No prefiere una soda? —espetó con sorna.

—Sí, eso también, para hacer gárgaras —admití con recochineo. Tras una pausa dramática, me sirvió la bebida—. Sin agua —exigí cuando vi su intención—. Y sin hielo. Añadir algo al *whisky* es un pecado —concluí con pedantería.

Antes de darme el vaso, el barman me pidió el carné. Ante mi pasmo, preguntó burlón:

—¿Algún problema con la edad y las bebidas alcohólicas?

De nuevo saqué el documento y se lo planté en las narices como si fuera el pequeño cañón del Colt.

—¿Satisfecho?

El camarero se rio por lo bajini. Ni siquiera lo comprobó, lo hizo por fastidiarme. Tenía un sentido del humor oscuro, como casi todo en el Breathless.

La misteriosa dama seguía reclinada sobre la barra, delante de la copa casi vacía. Levanté la bebida e hice un brindis a su salud, agradecida por su influyente colaboración. Ella asintió con un gesto de cabeza tan liviano que me pareció una ilusión óptica. Pero su mirada, centelleante como la de un gato en la oscuridad, siguió quemándome con complicidad. «Es mi oportunidad», pensé; o me acercaba ya, o me iba.

En la distancia, el barman siguió mis pasos como un dóberman; casi podía oler el hedor de la orina que marcaba el terreno.

—El *whisky* es la bebida de los que quieren olvidar —recitó. En toda mi vida había oído una voz tan sugerente sin necesidad de susurrar. Fue capaz de estremecerme hasta la médula sin esfuerzo—. ¿Qué intenta olvidar?

—Se lo diré cuando lo haya olvidado —contesté con media sonrisa. Ella me correspondió.

—Y le gusta solo —prosiguió.

—Sí, pero siempre entra mejor con buena compañía —me aventuré a responder.

—Depende de la definición que le dé a «buena» —añadió en un ronroneo.

—No soy una experta, pero me atrevería a asegurar que usted es la acepción exacta.

—Es muy atrevida —afirmó fingiendo indignación.

—¿Por decir eso?

—Por venir aquí, sola, y encararse con estos chavalotes.

—¿Es una sutileza para llamarme imprudente?

—Depende de lo que busque una chica como usted en un sitio... como este.

Sonreí. Hasta el momento, la originalidad no era su cualidad principal.

—Ya sabe lo que dice Mae West de las chicas buenas. Yo voy adonde me da la gana —respondí, sugerente.

—Ya veo. Pero no ha contestado —murmuró con el mismo tono altanero, si bien percibí una amenaza sumergida. Parecía el lobo del cuento de la

Caperucita en su versión femenina. No podía dejarme comer por ella, al menos todavía.

—Visito a mi amigo Jack —declaré levantando la bebida—, disfruto de buena música... Además, podría decir lo mismo. No veo a nadie con usted.

—No se fíe de las apariencias. —Entornó los párpados con sospecha—. ¿Espera a alguien? ¿Un marido, quizá?

Obviamente se había fijado en mi alianza. Uno a cero a favor de la Venus.

—¿Y si fuera así? —Se limitó a mantenerme la mirada. No supe leer el sentido de su silencio, así que respondí con sinceridad—. No, no espero a nadie.

—No ha venido exactamente sola —añadió paseando una mirada indolente por mi cuerpo hasta detenerse en mi cintura. Una sonrisa inquietante se dibujó en su ensombrecido semblante—. ¿Pensaba utilizarla?

Se refería a la 38. Dos a cero. Me di un cachete mental. Se lo había puesto muy fácil. Sabía que yo no era una chica cualquiera porque las chicas cualquiera no van armadas como si fueran pistoleras, ni les chulean a los barman como si fueran polis. Fui una idiota al dejarme llevar por el ego. Desplegué mis dotes interpretativas para que doña observadora olvidara ese detalle.

—No. Vacilaba. Lo he visto hacer en las películas y creí que daría resultado —titubeé.

—¿Quiere decir que si ahora la cojo por la cintura... no encontraré nada sospechoso?

—Nada, salvo las ganas de que no se quede en la cintura —me arriesgué.

—Lo dicho, es muy atrevida.

Bebió el último trago del vaso. Cuando acabó, paseó la lengua lentamente por el borde del vidrio tibio, lamiendo la sal decorativa del cóctel, degustándola con intencionado placer. Me quedé absorta con el movimiento sensual del músculo húmedo: se me estaba haciendo la boca agua. Disfrutaba con lo que parecía ser un impúdico ritual. El ritual de la mantis seduciendo a su amante antes de devorarlo. Tragué con dificultad cuando se relamió como una cría glotona que da por finalizada la golosina.

Seguidamente, hizo una seña al barman para que le pusiera otra bebida idéntica. Cuando se la hubo servido, reanudó la charla:

—¿Y qué más?

—¿Qué más? ¿«Qué más» de qué? —El corazón me dio un bote. Después

de la contemplación de aquella turbadora visión, no sabía exactamente a qué se refería.

Ella se mostró complacida por mi atormentada pasmosidad.

—Tranquila, es una pregunta inocente. ¿Qué más hace aquí, si no espera a nadie? Hay otros locales. El Lakeshore o el Party Pad quizás sean más de su agrado.

Casi me atraganté, sorprendida de que conociera los bares para mujeres.

—Me ha gustado el neón de la entrada. Breathless es un nombre sugerente para un club.

—¿Qué esperaba encontrar?

—Algo que me quitara el aliento —respondí juguetona—. Y no me ha defraudado.

La desconocida sonrió con picardía y elevó el vaso hacia mí antes de volver a dar un trago. Aproveché la pausa para recapacitar. Estaba disfrutando mucho de la charla, pero era hora de retomar las riendas —si las había tenido en algún momento— y llevarla a mi terreno.

—Parece que tiene cierta influencia aquí —expuse deleitándome en ella a través del espejo.

—Y usted parece que pasa algunos apuros por su pinta —repuso con astucia. Había advertido el sutil cambio de tema—. ¿Le pasa a menudo?

—Más de lo que me gustaría. Pero esta noche... ¡Parecen obsesionados por mi edad! Se toman muy en serio la ley.

—Se toman muy en serio muchas cosas.

—¿Como qué?

—No les gustan los extraños. Lo pasaron mal en la guerra. Aún no han asumido que terminó —explicó a modo de disculpa.

—No hace tanto, es comprensible.

—Quizá. —Su voz sonó ausente, concentrada en el eco distorsionado de un posible recuerdo. La mención de la guerra la había afectado—. Los clientes son muy celosos de su intimidad y aquí encuentran lo que buscan. No es habitual ver caras nuevas.

—Con esa actitud es raro que aparezcan muchas. —Rio de nuevo y su voz gutural excitó mis sentidos—. La cuestión estética la tienen superada, el traje de los muchachos denota un gusto excelente. —Juraría que se ruborizó, aunque resultaba difícil de creer que fuera sensible a los halagos—. Pero el trato al cliente deja mucho que desear. Les vendría bien tomar unas cuantas clases de psicología del consumidor.

Rio abiertamente. Al fin había logrado atravesar su barrera.

—¿Es usted vendedora?

—¡Oh, no! Demonios, lo que me faltaba —exclamé, imaginándome como una de esas dependientas que te endosan toda clase de químicas para la limpieza del hogar. Estoy convencida de que a mi madre le hubiera encantado que fuera vendedora, porque eso me habría familiarizado con lo que una chica debe hacer: ocuparse del hogar.

—No preguntaré qué ha querido decir con la exclamación. Me da que me asustaría —comentó fingiendo un escalofrío.

—Mejor, porque tendría que hablarle de mi madre, y eso me da canguelo hasta a mí —respondí, acompañándola en una carcajada espontánea. La risa brotó de su garganta con sorprendente facilidad, como una fuente natural y fresca de la que estaba deseando beber. Fue entonces cuando supe que nunca me cansaría de escucharla. Es más, que mi vida no sería la misma si no volvía a oírla reír. Aun así, quise retomar un tema olvidado—. Y usted, ¿a qué se dedica?

—Si se lo dijera, tendría que matarla.

El *whisky* casi se me atragantó. Si era Smiles, presumía de un humor muy negro.

—No me lo creo. No puede ser tan mala.

—No se mata solo por maldad —declaró, volviendo a hacer gala de una actitud sugerente que me inquietaba.

—El barman no le quita el ojo de encima —insistí—. Tal vez espera otra seña suya.

—Se preocupa por mí. Ya le he dicho que no le gustan los extraños.

—¿Y a usted?

—¿Qué? —inquirió contrariada.

—¿Le gustan los extraños? No ha dejado de observarme desde que he llegado.

—Depende.

—¿Por qué me temía esa respuesta?

—¿Porque es una chica lista? —Me guiñó el ojo.

—¿Y bien? ¿De qué depende?

—Es una chica lista, adivínelo.

Arrugué la nariz, disconforme con la propuesta. Tenía ganas de avanzar en nuestra conversación pero resultaba evasiva, un hueso duro de roer.

—¿Qué pasa? —Volvió a dibujar media sonrisa desafiante—. Hubiera

jurado que le gustan los retos.

—Y no se equivoca. —Me aventuré tanteando el terreno con más seguridad que al principio. Me moría por apartarle el pelo de la cara y verla en todo su esplendor—. Pero no la conozco, ¿cómo sabré que no miente?

Hizo una pausa y bebió un trago generoso del cóctel olvidado. El único ojo que su cabello me dejaba entrever destelló como si la luna llena se reflejara, pero eso era imposible: ni había luna llena ni estábamos al aire libre. Me sentí flotar entre las mil punzadas de mi estómago —¿o eran mariposas?—. Las feromonas estaban ocasionando estragos en mi sistema nervioso.

—Lo sabrá —afirmó tajante.

Y la creí. Sin saber por qué, confié en su palabra. Hablaba con tanta confianza que cuanto la rodeaba, objetos y seres, parecía estar bajo su influencia para acatar su voluntad. No iba a ser yo la excepción.

Abandoné el taburete que había estado sosteniendo mis temblorosas piernas para acercarme a ella aún más. Nuestros brazos se rozaron. Noté el vello erizarse bajo mi camisa y me preocupé. El delicado contacto de su codo me había reducido a una adolescente susceptible, dispuesta a cualquier cosa por un roce más intenso.

Permanecimos de frente al espejo, en un duelo de miradas silenciosas que se prolongó hasta la exasperación. Como en un sueño improbable, admiré su voluptuosa belleza sureña, obcecada en desvelar lo que las sombras desfiguraban tan groseramente, ansiando profundizar en el abismo de sus ideas, cribando de lo esencial las frivolidades que decíamos para averiguar lo que su mente aguda tapaba con el disfraz de la superficialidad. Y su nombre, su altura, su peso...

A su vez, ella se divirtió jugando a ser analizada, admirada, descubierta por la novedad que yo representaba. El aguijón necio de los celos me empujó a valorar con cuántas otras practicaba ese rito y quién salía victoriosa de ello. Dispuesta a ser yo, me lancé al vacío sin red. Tenía mucho que ganar si conseguía su confianza.

—¿Por dónde íbamos? —dije por fin.

—Quería saber si me gustaban los forasteros. ¿Qué opina usted?

Me acerqué más. Ella no se inmutó. Inspiré profundamente antes de contestar. El aire era caliente cerca de su cuello.

—Intuyo que no. —Se le escapó un gemido de decepción, por eso continué—: Pero las forasteras sí. Siempre está bien la variedad, ¿no?

—¿En qué se basa? —inquirió complacida.

—Te estoy devorando con la mirada desde que te he visto. Lo sabes y aún no me has pedido el carné.

—No sé si eres audaz o una insensata —expuso mirándome de frente por primera vez.

—¿Por decirte lo que pienso?

—Por mostrarte cómo eres. Son tiempos difíciles, no es bueno para la salud. —Un matiz de tristeza tiñó su voz.

—¿Y si te dijera...? —Callé. Lo que deseaba decirle era demasiado hasta para mí.

—¿Qué? —me animó. En su timbre vibraba la ansiedad.

—Que me muero por saber cómo suena tu nombre en mis labios, cuánto pesas sobre mi cuerpo, cuánto mides estirada junto a mí. ¿Dirías que soy osada o una insensata?

—Diría que estás loca de atar —respondió susurrando cerca, muy cerca del oído. ¿Cómo había llegado a esa distancia? ¿Cuándo?

Inspiré de nuevo llenándome de ella. Mi cerebro necesitaba oxígeno para razonar. No era la primera vez que ligaba en un bar, pero aquello era distinto. Tal vez me había afectado la misión, el proteccionismo hacia Violet, el misterio del Fantasma. Me sentí excitada hasta un punto sin retorno. Aquella mujer despertó lo más primitivo de mí. Una vorágine de emociones desdibujaba la realidad, nublaba mi limitada lucidez, me doblegaba ante el deseo y, como única salida al frenesí, surgía ella tendiéndome la mano con promesas silenciadas y sonrisas a medias.

Necesidad, eso era lo que me bullía entre las piernas. De ella. La deseaba. Más de lo que había deseado nunca a nadie. ¿Qué me estaba pasando?

En aquella cercanía, con *The Object of My Affection* de Ella Fitzgerald envolviéndonos como un lazo mágico, dejé que me arrollara. Intuí sus ojos afilados como dagas que me escocían con el calor del fuego. O del hielo. Fui incapaz de distinguir la materia de la que provenía su ardor. Dejé que me diseccionara, que midiera el grado de ansiedad que reducía mi cuerpo a un manojo de nervios. Éramos dos animales tanteándose antes de atacar. Y ambas queríamos dominar la situación.

Su mirada, que hasta entonces había vagado de la mía a los labios, se cerró con un suspiro contenido. La dulce brisa de su boca, impregnada de margarita y de sal, alimentó mi necesidad. Noté en la nuca el frío de una puerta abierta, temblé. No creía lo que estaba a punto de pasar. Había ido

hasta allí para indagar sobre Besson, pero las cosas nunca salen como planeo; se tuercen y me arrojan a nuevas dimensiones por explorar. Allí estaba yo, aventurera desprevenida, prendada de los labios entreabiertos de una Venus impúdica.

Cuando me rendí a su encanto perturbador y me entregué al olvido, una voz varonil se interpuso entre nosotras y rompió el hechizo. Ella pestañeó varias veces, se esforzó por retornar de un mundo delirante al que, dio la impresión, estaba acostumbrada a evadirse.

Con la mirada todavía alienada por el deseo, atendió a lo que le decían.

—Smiles, ella ha vuelto. Me huelo un buen follón —murmuró.

Cuando enfoqué la visión reconocí al gigante que me había gruñido pocas horas antes. Él también me reconoció, la imperceptible elevación de cejas lo delató.

«Smiles», susurré interiormente por si escuchaba mi mente. Algo en ella me hacía pensar que tenía esa habilidad, entre otras que deseaba descubrir poco a poco. Era Isse Smiles. Isse, Isse... Ansié pronunciar su nombre en voz alta, repetirlo una y otra vez, sentir la caricia de mi lengua contra el paladar, deleitarme con la sensualidad de los fonemas. Isse...

Se me ocurrieron mil formas de pronunciar su nombre, que ahuyenté para centrarme en las novedades. Era hora de comportarme como una profesional y no como una gata en celo.

La noticia la pilló desprevenida. Por mucho que intentara disimular, estaba noqueada. Apretó varias veces la mandíbula, masticando la preocupación. El gigante esperó una respuesta mientras me acechaba de reojo. Con un movimiento de cabeza, Smiles despidió al matón, que tardó algo más de la cuenta en obedecer la orden. Se marchó con tanto sigilo como había irrumpido en nuestro primer plano para entrar en el plano general de la sala.

Junto al dandi que vigilaba las puertas del fondo, esperaba cabizbaja una mujer que no reconocí hasta que levantó la vista hacia nosotras. Durante un segundo contuve la respiración. El follón al que se refería el gorila era Violet.

Había vuelto. ¿Qué demonios hacía allí? ¿Tan fuerte era el lazo que la unía a Besson? ¿Saldría de su escondrijo por fin? ¿Qué coño hacía en el Breathless a esas horas?

La vida se comporta como el clima de California, donde siempre luce el sol, pero a veces aparece de la nada un huracán imprevisible que alborota y

destruye lo establecido. Como ese fenómeno, la inexplicable aparición de Violet Grant desmontó mis planes. Aunque lejos de entenderlo como un obstáculo, lo tomé como una oportunidad para avanzar en la pesquisa de un modo más ortodoxo, aunque menos placentero, que como lo había hecho hasta el momento.

Por fin conseguí recuperar el aliento y el sentido. Salvo detalles que permanecían ocultos a la vista y que, categóricamente, me exigirían pasar por la ducha, mi cuerpo también recuperó la compostura. La tensión sexual quedó sustituida por la alerta de la depredadora que habitaba en mí. Abrí bien los ojos para no perder ningún detalle.

Cuando el sicario llegó junto a Violet, el otro abrió la puerta de la izquierda. Seguro que no llevaba al tocador de señoras. Ella cruzó el umbral seguida por el gigante. Acto seguido, el otro volvió a cerrar y se cruzó de brazos. Vibré de emoción. Estaba muy cerca del Fantasma.

Al devolver la atención a mi acompañante, di un respingo sobre el taburete. Turbio y sombrío, el único ojo que su peinado dejaba a la vista me estudiaba con fijeza, concentrado en leer mi mente. Si tenía telepatía, estaba perdida.

—¿Algún problema? —pregunté con ingenuidad.

—¿La conoces de algo? —Su voz era más fría que el hielo. Nadie diría que un minuto antes esa misma voz habría derretido el Polo Norte si se lo hubiera propuesto.

—No. ¿Por qué? ¿Debería? ¿Es famosa? Parecía... ¡Oh, Dios mío! Se parecía a... a esa actriz, ¿cómo se llama? ¡La de *Laura*! —dije lo primero que se me ocurrió, lo que en arte dramático llaman improvisar.

Para que mi papel resultara convincente, estiré el cuello con un interés desproporcionado, como si quisiera volver a ver a la popular actriz. Lo había visto en los estrenos de algunas películas: los fanáticos se agolpaban en la puerta del cine, desesperados por ver desfilan a sus ídolos. Algún que otro galán incluso provocaba desmayos a su paso.

Mi exagerada reacción la convenció de que algo no funcionaba en mi cabeza. Debí de hacerlo muy bien, porque contestó con hastío:

—No, no es ella.

Aunque me irritaba que me catalogara como una de esas estúpidas fans, insistí en el papel. Lo importante era despistarla de mis verdaderas intenciones.

—Pero ¿es famosa?

—No, olvida que la has visto —indicó con nerviosismo.

—¿Estás segura de que no es ella?

—Mira, ahora tengo que ocuparme de un tema. Quizá, si estás por aquí más tarde, podamos seguir jugando —expuso sin convencimiento.

No es que sea una estrecha: a estas alturas me conozco bien. Sabía perfectamente que lo nuestro no había sido más que un tonto, pero me molestó que lo dijera con esa futilidad casi despectiva, francamente. Por supuesto, disimulé, ensanché más la sonrisa y pestañeeé como sabía hacer. Si algo aprendí en la D13 fue a no mostrar nunca cuándo algo me jodía de verdad.

—Quizá esté por aquí. O no...

—Bien, pues lo dejamos para otro día.

Con un movimiento de cabeza, le indicó algo al barman y, sin decir nada más, se marchó. Luego desapareció por donde lo había hecho Violet.

El barman me echó un vistazo apático antes de servirme otra copa.

—Invita la casa.

Asentí sin tocar el vaso. No es que sea desconfiada, pero no entraba en mis planes morir envenenada. Era probable que Smiles me creyera un ligue casual, pero ¿y si no se había tragado mi personaje? Matar con veneno era tan femenino que me abstuve de beber.

Permanecí en la barra con los ojos como un búho, registrando cualquier movimiento sospechoso y preparada para desenfundar el arma si era necesario. Recé por no tener que hacerlo. En los años que llevaba en el oficio, había disparado un par de veces y nunca me había cargado a nadie. No tenía intención de que eso cambiara. Pero las cosas podían ponerse feas. Lo había dicho el sicario, que se olía un follón. Tras aquella puerta estaba Violet en una reunión inesperada con Besson. Y también la mujer que iba a traerme complicaciones, serias complicaciones.

La cabeza... me palpita como si fuera a estallar. Recordar los hechos me hace bien, porque me ayuda a olvidar las terribles punzadas. Es peor que una mala resaca, aunque nunca he conocido una resaca que fuera buena, la verdad. Las mañanas del día siguiente siempre son jodidas, pero esto lo supera. Debo de tener una buena conmoción. Otra vez.

Siempre se repite el «otra vez». Otra vez eso, otra vez aquello... Pese a que los humanos insistamos en creer lo contrario, no tenemos las riendas de nuestra vida. Alguien nos observa desde ahí fuera y se recrea manejándonos como a frágiles marionetas, cuyos hilos puede cortar cuando se le antoje. Está claro que el sentido del humor divino y el humano difieren en puntos de vista.

Como calamidad experimentada que soy, ratifico la teoría de que las fatalidades nunca llegan solas. Suelen venir a pares, o tríos, según lo generosa que se sienta la Providencia. Aquella noche Dios despilfarró generosidad y, de rebote, me tocó a mí. Todo dio un giro imprevisto hacia el maldito infierno.

La pelirroja tardó en reaparecer pero, al menos, lo hizo sana y salva, cosa que no podía decirse de su aplomo. Se marchó exacerbada, sin dar opción al guardaespaldas de escoltarla. De camino a la salida, pasó tan cerca de mí que distinguí el rastro del delicioso aroma de Chanel mezclado con otro indeterminado. Dicen que el miedo huele y que solo los animales pueden percibirlo. Esa noche yo estaba muy cerca de mi bestia interior. Era pánico lo que destilaba su piel.

Advertí la turbación que temblaba en su labio inferior, la máscara de pestañas bosquejando manchas disonantes alrededor de los ojos, la brasa en su mirada. Había llorado. Parecía recién salida de un torbellino emocional.

La noche entera transcurría como un torbellino.

Vacilé entre quedarme, y ver cómo progresaban las cosas en el Breathless, o correr tras ella. El Fantasma saldría de su escondrijo en algún momento y, después de todo, me había arriesgado a ir hasta allí para verle la cara. Al final, opté por seguirla, por precaución. Algo grave había sucedido, no podía dejarla sola.

Antes de salir al exterior, escuché el rugido del descapotable. La marca de los neumáticos sobre el asfalto era tan oscura que se apreciaba en plena

noche. Abrí la ventanilla de mi Chevy y me guie por el olor a caucho quemado para encontrarla. La divisé al doblar por una avenida, dirección al sur. En contra de lo que había previsto, se encaminaba a la bahía.

Con la cabellera rojiza al viento, alborotada por la velocidad, era un demonio de la desesperación, y su frenético recorrido por las adormiladas calles de Los Ángeles, una carrera hacia la locura. El temerario modo de conducir se tornó un suicidio automovilístico. Parecía una bala errática que había perdido su objetivo y amenazaba con arrasar a quien se interpusiera en su trayecto.

Poco a poco fui dejando distancia entre nosotras. No soy la más apropiada para decir cómo se debe conducir; yo misma me considero un peligro público. Inventaron las señales de tráfico para hacerme la vida imposible. Pero aquello era disparatado. Iba a matarse. Y yo detrás, así que le di ventaja. A fin de cuentas, sabía adónde se dirigía.

Treinta kilómetros más tarde hallé el Opel Kapitän aparcado en la entrada de El Mundo del Automóvil. En el interior, un exiguo haz de luz delataba su presencia. La calle estaba desierta, a esas horas de la noche no quedaba un alma en el puerto, por lo que tuve la previsión de dejar el coche en el cruce más cercano a la tienda. Acto seguido, me acerqué hasta su vehículo con el máximo sigilo. Había dejado las llaves en el contacto.

Esperé unos segundos antes de aventurarme a entrar. Por suerte, la puerta estaba entornada y no tuve que recurrir a ningún truco de superinvestigador. Me limité a empujarla y a adentrarme en el mundo de Grant, un mundo repleto de máquinas uniformes de ostentosas corazas metálicas, alineadas en hileras perfectas, como si se tratara de un ejército listo para marchar. El silencio revestía la nave. El silencio que habla de la falta de vida. Las máquinas, sin una persona que las conduzca, carecen de alma.

Al fondo del hangar, el gran ventanal de la oficina tenía bajada la persiana. A través de las lamas se filtraban líneas finas de claridad. Avancé agachada hasta allí, por si se le ocurría izar la persiana. Llegué al pasillo de las tres puertas con rótulo. El de «privado» era la oficina. Contuve la respiración cuando vi el batiente abierto de par en par. Imposible acercarme sin ser descubierta. Un murmullo ininteligible me sobresaltó: la inconfundible voz de la mujer que parecía a punto de echarse a reír o a llorar.

Con la cautela de un felino, me escondí en el retrete. Desde allí escuché

la conversación con cierta nitidez.

—Sabes que ya no hay marcha atrás, nos hemos expuesto demasiado. Ya está todo a punto. —Como nadie contestó, supuse que hablaba por teléfono. Lo que hubiera dado por saber quién estaba al otro lado de la línea. Alguien de confianza, a juzgar por su tono—. No, aquí no. Afuera. —Un nuevo silencio—. Porque corremos menos riesgo. No quiero fastidiarlo cuando estamos tan cerca, amor. Lo planeamos así. —¿Quién diablos era «amor»? —. En el muelle 32. El vigilante tarda más de una hora en hacer la ronda. No hay peligro. —Conocía la rutina del vigilante, lo que implicaba que no era la primera vez que se citaba en el muelle—. Estaré esperándote, amor. Muelle 32. Hasta ahora.

Oí el clic del teléfono y salí pitando antes de que me pillara. Esa era la vida de un investigador privado: esconderse y correr, igual que las ratas.

Aguardé detrás de una esquina próxima a la nave. A los pocos minutos, ella salió presurosa, sacó un manojito de llaves del bolso y cerró. Antes de subir al descapotable, oteó hacia uno y otro lado, como si sospechara que la vigilaban.

Tuve la impresión de que sabía que yo estaba allí, una idea estúpida que me producía la mala conciencia. Había incurrido en el más grave de los errores: establecer un vínculo de empatía con uno de los actores implicados en la investigación. Era intolerable, porque la integridad de la operación podía verse afectada por la compasión hacia ella.

Escuché el motor. Esta vez no hubo rugido estrepitoso ni neumáticos quemados; condujo despacio, con los faros apagados. No quería llamar la atención del vigilante. En ese punto fue donde yo misma me planteé continuar a pie. Utilizar el coche me delataría, sin duda, por lo que puse a prueba mis piernas de atleta y corrí en busca del muelle 32.

El puerto no era de los más grandes del país, aunque sí el más laberíntico. Después de serpentear por calles inhóspitas perfumadas de brea y repletas de contenedores inmensos, llegué empapada en sudor al recóndito muelle donde el Kapitän rojo aguardaba desde hacía un buen rato al borde del fondeadero, como si fuera una barca amarrada.

Ella permanecía en el coche, acomodada sobre el reposacabezas, observando la inmensidad de un cielo sin estrellas. No era una noche para una cita romántica, más bien era ideal para las brujas y los espíritus. La luna estaba cubierta por nubes que, inusualmente para la época del año, amenazaban lluvia desde hacía varios días. La densa negrura del empíreo

era una mancha opaca que parecía que iba a aplastarnos. Las luces lejanas se reflejaban en el agua y ondulaban al ritmo de sus permanentes rizos, regalando una nota de color. A intervalos cortos de tiempo y durante unos segundos, el faro Angel's Gate rompía la monotonía de la noche desde su emplazamiento marítimo.

La periodicidad del foco me permitió echar un vistazo alrededor y ver qué sitio era el adecuado para seguir sin dificultad el encuentro con el desconocido amante de Violet Grant. Distinguí en la oscuridad una columna de cajas apiladas, de un par de metros de altura, bastante cerca del automóvil. Aproveché que ella estaba distraída para guarecerme detrás. A pesar de que estarían de espaldas amí, la corta distancia permitiría que viera y escuchara la escena.

Lo que peor llevo de las vigilancias es la espera. Las esperas son una temeridad para una mente hiperactiva como la mía. Soy una chica de acción: la quietud me genera ansiedad y se me dispara el cerebro. He tomado unas cuantas decisiones inapropiadas en tiempos de espera prolongados. Y aquella espera se eternizó.

Me pasaron mil ideas por la cabeza. Para empezar, no supe si alegrarme por que Grant fuera un cornudo. Las palabras cariñosas que Violet dedicó a su interlocutor no dejaban lugar a dudas. Pero ¿de quién se trataba? Algo muy grave había sucedido para que se citara en plena noche con su amante después de haber acudido al Breathless. ¿Qué tramaba? ¿Cuánto tiempo hacía que tenía un plan? ¿Era casualidad que su esposo estuviera de viaje ese día? A ver si al final iba a ser verdad que el marido iba en la maleta convertido en jugosos filetes...

Se la veía tan relajada que me pareció inconcebible que fuera la misma persona de hacía una hora. ¿Sería la paz del que está a punto de cerrar una etapa? ¿Y si planeaba escapar de Grant? A su amante le había dicho que no había marcha atrás, que se había expuesto mucho, ¿a qué se refería? Grant no era de la clase de hombre que acepta que lo abandonen. ¿La lastimaría si lo intentaba? ¿Y ella? Quizá la respuesta a todo era Besson. Si él era su cita nocturna, el Fantasma se haría corpóreo en esa noche de espectros y resolvería el encargo en un tiempo récord.

Tuve un atípico sentimiento de ambivalencia. Por un lado, estaba encantada de zanjar el tema y cobrar un pastón. Por otro, me agobiaba un inoportuno sentido de culpabilidad. Mi cliente no me caía bien, pues era un cabrón maltratador, aunque le debía lealtad y ética. Pero a ella yo le debía la

complicidad de ser de su mismo género, el femenino. Sabía la verdad sobre su infierno particular. Violet sufría y el único que la hacía feliz estaba a punto de aparecer para que yo lo desenmascarase a cambio de un puñado de dólares. De miles de dólares. ¿Valía la pena?

Tenía un dilema complicado. ¿Sería capaz de hacerlo? ¿Podría vivir siendo cómplice de su tragedia?

La voz de la conciencia era aguda e irritante, casi tanto como los ruidos en las tuberías de mi casa. Mi estómago rugió como un león, recordándome que era mi trabajo y que no le debía nada a nadie. El estómago tiene su propia verdad y casi nunca coincide con la razón del corazón. Uno sueña con un mundo a salvo de injusticias; el otro se preocupa si la perdiz falta en el plato. Ser feliz y comer perdiz es una utopía de los cuentos infantiles. En la vida, el sustento se enfrenta al idealismo. Dicen los románticos que un alma feliz no necesita más alimento. Mi alma estaba famélica.

Perdida en debates éticos, no escuché el roce sordo de algo metálico arrastrándose contra el suelo hasta que fue demasiado tarde. Lo último que recuerdo fue que una ráfaga de luz proyectó en la pared la siniestra sombra de una pesada barra de hierro. El choque contra mi cráneo fue inmediato, un impacto certero que resonó por dentro como si el mismísimo *Big Bang* improvisara otro universo. Los pulmones se me vaciaron de aire al caer sobre mi cuerpo inerme.

Antes de perder completamente la consciencia, oí unos pasos yendo hacia el coche de Violet. Después, un ciclón de imágenes sin sentido bailó alrededor de mis alucinados ojos, mientras intentaba capturarlas con las manos. Cuando creí tenerlas, se escurrieron entre los dedos como el agua. El agua del mar con reflejos lejanos de luces de colores, amarillas, blancas, verdes... *The Object of My Affection* sonó al ritmo que un faro marcaba girando, girando, girando e iluminando un tubo oxidado de hierro que cayó sobre mí como una broma de mal gusto. Violet. El púrpura fulgurante y húmedo del descapotable de Violet me tiñó las manos. Violet. Un grito. Locura. La locura en unos ojos nublados, la risa desquiciada en unos labios adorables. Isse... Isse besando mis heridas, lamiéndome el rostro manchado de sal y grosella. La risa pastosa de un gordo calvo, una mota de mierda en los dientes. Violet riéndose de él. O con él. Grant también se rio saltando por encima de mí, pateándome el hígado por no haber hecho nada, por no salvarla.

Unas manos me arrastraban hacia el fondo. Las manos de una bella

sirena que me llevaba al fondo del mar. Me giré a ver su faz, excitada por los gemidos. Sangre. ¿O también era grosella? El sello de Besson. Así marcaba a sus víctimas. Sin documentación no hay copa ni existencia. Pero ella existía... Con el pelo suelto, con la hermosa cabellera sobre los hombros desnudos, el rojo desperdigado sobre el pecho, sobre los brazos, sobre el vestido negro. Luto. Y el rostro roto. Roto. Violet.

Un vaso roto que rodó calle abajo acunándome con su agradable runrún. Quise dormir. Runrún. Dormir. Violet. Pero las manos me arrastraban. Las manos me sacudían con furia. Runrún. «Madre, déjame dormir un poco más.» El sonido del vaso era agudo, monótono, angustiante. Runrún. Sirenas. Las manos me agitaron como el barman a la coctelera. Un combinado de Rachel Bladovich. Violet me necesitaba. Lo sé. Lo supe en cuanto vi su foto en blanco y negro. Supe que sería mi perdición. Las mujeres como Isse acarrearán problemas. ¿Isse? No, Violet. Runrún.

Las manos me agitaron, me abofetearon. «Despierta. Despierta.» Pero yo no quería despertar. Chelsey diría que soy muy dormilona. Demasiado. Pero estaba tan cansada... Había sido un día intenso. Una noche interminable. Un huracán de noche. Una noche sin luna y sin estrellas de Hollywood. Únicamente el viejo faro Angels's Gate iluminaba artificialmente la maldita noche del Fantasma. Podía haber acabado tan bien... Un alma feliz no necesita de alimento. Pero el destino se burla de nosotros.

«Las cosas nunca salen como planeo.» Runrún.

Las insistentes manos consiguieron arrebatarme de la inconsciencia. Con un golpe. «Otro más.»

—¡Sopletes, por favor!

Se acabó el runrún. La luz invadió mis retinas como un mar encabritado, ahogándome con su fulgor.

—Que paren, Nadine. Diles que paren —imploré sin reconocer mi voz ronca.

—¿El qué?

—Los martillos en mi cabeza. Es... insoportable —me quejé, sorprendida del dolor de garganta y la sequedad.

—Tómame esto —sugirió con amabilidad, forzada amabilidad.

—¿Qué es?

—Algo que te sentará bien —respondió ayudándome a incorporarme para tomar unas pastillas. El mundo empezó a dar vueltas y vueltas, como

si fuera una noria de feria.

—Nadine —susurré ahogando una arcada. Sonaba raro su nombre en mis labios. Ella no dijo nada. Enfoqué la vista. La veía borrosa—. Nadine —repetí—, si supieras lo que he soñado...

—¿Qué has soñado?

—Eras diferente. Ya no me querías. Y cuando estabas a punto de besarme, nos interrumpían. —No, aquello no era exacto. Los labios que había estado a punto de besar no eran los de Nadine—. ¿Qué narices ha pasado?

—No lo sé. Dímelo tú.

—Sí, tendrás que darnos muchas explicaciones, Bladovich.

Esa voz despectiva y empachada de odio... Me esforcé en enfocar más la vista. Las formas se definieron.

—¿Qué hacías en el escenario de un crimen?

Nunca he naufragado, no en el sentido literal de la palabra. Ni he estado en el desierto muriendo por deshidratación y con la piel llena de ampollas por la insolación, pero debía de parecerse mucho a aquella agonía en la que me encontraba. Y el Oso, con su habitual tacto, me echó por encima un doloroso y helado cubo de agua.

—¿Qué tenías, exactamente, con la víctima? —escupió sin darme tiempo a reaccionar.

No tenía ni idea de lo que hablaba ese maldito cabrón, pero sentí que me daba de lleno con el cubo, que ya no era de agua fría sino de hielo.

—¿Quién...? ¿Qué víctima? ¿En qué... estamos trabajando? —inquirí desorientada.

Se hizo un silencio espeso que apenas duró un minuto.

—Esta maldita zorra finge amnesia —gruñó el Oso. ¿Por qué hablaba con tanto rencor?

Miré alrededor. Un espacio aséptico que desconocía. La habitación del hospital. Una mano suave me abrió más los párpados, mientras que enfocaba hacia mí la intensa luz de una linterna. Tuve la visión de un faro, del puerto, del muelle 32. Y la realidad se evidenció ante mí tan bruscamente como el tubo de hierro me la había robado.

—Ya puedes cascar lo que sabes del asesinato o te detendré por una larga lista de delitos. ¿Por dónde empiezo? ¿Por marimacho, por bolchevique o por obstrucción a la justicia?

¿De qué coño estaba hablando aquel imbécil?

—Fisher, déjala descansar. Aún está en *shock*. Habrá tiempo. —Nadine protegiéndome... Mi estado debía de ser lamentable.

Tras un instante de duda, el Oso tuvo que reconocer que mi estado no era el apropiado para colaborar y, a su pesar, cedió ante la sugerencia de su compañera.

—Está bien, pero no la voy a perder de vista. No me fío ni un pelo de esta puta rusa —concluyó antes de salir de la habitación.

Quise responder algo lúcido que le chinchara lo suficiente como para que perdiera la mueca de asco que le encantaba esgrimir contra mí, pero el cerebro no me funcionaba bien. Nada bien. No podía pensar. No sabía pensar. Durante unos minutos había borrado los últimos años de mi vida y había creído que seguía en el departamento, con Nadine. El golpe me había dejado fuera de juego. Un irritante dolor me consumía, como el fuego a la cerilla, y nada podía calmarlo.

Una vez a solas, mi socia se sentó a mi lado. Me acarició la frente casi con cariño. Una sonrisa débil apareció en sus labios pintados de carmín rosa.

—Me huelo que estás metida en un buen lío, Sopletes.

—Menudo olfato, hermana. Dime algo más original —susurré sin fuerzas.

—Tienes una buena contusión en la cabeza.

—¿Una? ¿Qué ha sido? ¿Una apisonadora? —Nadine sonrió con vehemencia—. ¿Por qué... me duele... tanto?

—Te han dado unos cuantos puntos.

—Vaya. Eso es nuevo. ¿Me quedará cicatriz? —pregunté falsamente animada.

—Pequeña. Y el pelo la cubrirá —contestó al apartarme un mechón ensangrentado de la cara. El olor a sangre y desinfectante me provocó otra arcada.

—¡Qué pena! ¿No crees que... una cicatriz... me haría parecer... más vieja?

—Quizá.

—¿Y más interesante?

—No necesitas cicatrices para ser interesante, Sopletes —afirmó con simpatía. Casi la creí.

—Pero las tengo, rubia.

Agotada, cerré los párpados. Ella no dijo nada. Me gustaba estar junto a Nadine mientras me acariciaba el pelo con suavidad. Echaba de menos

tener a alguien que me mimara.

—Duele. —Lloriqueé. La cabeza me retumbaba, pero quejándome dolía menos.

—Claro. Te han atizado de lo lindo, me temo que con el arma homicida. Hemos encontrado restos de tu cabello.

—¿Un tubo de hierro, por casualidad? —La silueta de la barra abalanzándose sobre mí violenta e inesperadamente me causó escalofríos.

—¿Viste algo? —me instó a recordar—. Haz un esfuerzo. ¿Recuerdas lo que viste, Rach?

—Si lo intento... acabaré vomitando hasta la primera papilla. No me encuentro nada bien —confesé al notar cómo la sangre se evaporaba de mi testa.

—De acuerdo, Sopletes. —Suspiró resignada—. No te esfuerces ahora, tranquila.

—¿Estoy... muy mal? ¿Voy a morirme? —pregunté aterrada.

Cuando una tiene la guardia baja y se encuentra en el deplorable estado en el que me encontraba yo, se tiende a creer lo peor y se dicen muchas tonterías. Sabía perfectamente que no me moriría, pero juro que si me hubieran dicho lo contrario, lo hubiera creído.

—No, mujer —bromeó—. Ya sabes lo que dicen de la mala hierba.

—¿Y por qué eres tan amable, Benton?

Ella volvió a acariciarme la frente. Lo hizo con suavidad, pero hasta la más ínfima y bienintencionada caricia dolía horrores.

—Has hablado en sueños. Me he acordado de cuando estábamos juntas. Me gustaba cuidarte cuando caías enferma.

—No hay nada como estar casi muerta para que tu exnovia deje de odiarte.

—Ni estás casi muerta ni he dejado de odiarte —matizó con humor.

—Al menos no lo demuestras con tanto afán. —Sonreí con gratitud. Mala idea. Descubrí que también me dolían la mandíbula y la barbilla—. ¡Ay!

—Te aporreaste la cara con el suelo al caer inconsciente —me aclaró.

—Vaya, ¡qué capacidad de observación! Los métodos analíticos de la poli han mejorado mucho desde que Parker es el jefe —bromeé. Ella me pellizcó la oreja.

—Eres idiota, Sopletes.

—Deja de llamarme así. No tengo sopletes. —Gemí. Tras una pausa, me

hundí en sus ojos buscando la verdad—. ¿Me lo vas a decir ya o tendré que esperar a que el Oso me ponga al día con su diplomacia?

—¿Qué quieres saber?

—Todo. Quién es la víctima, para empezar. —En realidad lo sabía, pero necesitaba constatarlo. Nadine acababa de decir que había estado hablando en sueños. Si los sueños que recordaba eran reales, todo intento por protegerla había sido estéril, y mi carrera se vería seriamente comprometida.

—Grant. Violet Grant.

Resumiendo: estaba metida en un pozo de mierda.

Al día siguiente me dieron el alta. A pesar de que la cabeza me dolía más que si mil demonios me pellizcaran las entrañas, tenía una simple contusión. Eso dijo el médico. La grave conmoción cerebral inicial se había reducido a un chichón, con algunos puntos de sutura como recuerdo. Hicieron todo cuanto podían hacer: coser la herida, atiborrarme a analgésicos y tenerme en observación unas horas. Después tuve que desalojar la cama del hospital. La sanidad de este país era un bien escaso reservado a quienes pudieran costearla. Si el estado financiero del paciente no estaba en alza, mejor que se recuperarse en el dulce hogar. Así que me fui a la oficina con un cargamento de medicamentos, seis puntos en la mollera y el orgullo más maltrecho que el cráneo.

Nadine se portó como un sol. Me acompañó a mi cubil en su flamante Bugatti T57, ya que el mío seguía aparcado en las cercanías de El Mundo del Automóvil. Al principio me negué, pues necesitaba quedarme sola para compadecerme a gusto y flagelarme con el recuerdo de lo sucedido, pero ella insistió. Dijo que le preocupaba, aunque le inquietaba más el asedio al que me tenía sometida el Oso que las secuelas del porrazo.

Una de esas secuelas fue el silencio. Después de enterarme de que Violet Grant había sido asesinada, enmudecí. Apenas crucé cuatro palabras con Nadine. Ella lo respetó: sabía que era un fuerte revés y que lo peor aún estaba por llegar. Los siguientes días tendría que apechugar con la burocracia legal y la pesadilla continuada de los interrogatorios policiales. También debería afrontar la responsabilidad hacia mi cliente. Y lo más trascendental: enfrentarme a mí misma y a mi vocación.

Por desgracia, no era la primera vez que perdía a alguien en una misión. Ya estuve a punto de renunciar en la academia, cuando un recluta del grupo de trabajo que yo comandaba se suicidó al terminar un ejercicio. Me sentí responsable y tan inepta que hubiera colgado el uniforme azul si no hubiera sido por mi amiga Chelsey. Ella me ayudó a superar el trauma, por eso la quiero como es, a pesar de las pelucas, los tacones y su zoológico de machos alfa.

Años después tuvo lugar la tragedia de las Navidades Sangrientas. Si bien no tuve nada que ver en la paliza que les propinaron a los pobres mexicanos, me copó el mismo sentimiento de desencanto, la misma

impresión de que no había hecho lo suficiente para que mis compañeros no perdieran el control. Me sentí tan responsable como el que más veces golpeó. Limpié mi conciencia testificando en el juicio en contra de mis propios colegas.

A partir de aquel momento, nada volvió a ser igual para mí y, finalmente, tras la encerrona del teniente Villes, devolví la placa y el arma reglamentaria. La no reglada me la quedé por si algún día decidía pegarme un tiro.

No fue fácil reciclar la inmundicia que echan sobre los ideales. Una no se mete a poli por fama o dinero, como los ídolos del cine. Es más una vocación social, una necesidad de colaborar para hacer del mundo un sitio mejor. Mi pecado de entonces fue no tomarme en serio las implicaciones que eso conllevaba: la violencia, la muerte, la frustración.

Tengo un credo. Cuando se ha tocado fondo, uno ya no se puede hundir más y hay que salir a flote. Así obré, aun a riesgo de que dijeran que eso lo hacían los zurullos de mierda.

Me convertí en investigador privado creyendo que dejaba atrás la basura. ¿En qué aprietos podrían meterme los gatitos perdidos, los esposos cornudos, las herencias familiares? Nada que no pudiera controlar. Pero la vida es una espiral. La naturaleza está repleta de ejemplos donde las espirales son el eje del funcionamiento básico de los elementos. En el tiempo, un acto se multiplica por un número n de ciclos vitales, dando como resultado la repetición continua del acto en las diferentes fases de nuestra biografía, con sutiles diferencias. Y no aprendemos... Los estados emocionales retornan, con los matices que otorga la propia evolución. Nada es lo mismo pero, en esencia, todo es igual. Hasta que, un día, nos volvemos insensibles. Entonces, seguimos cagándola por pura inercia de la fuerza centrífuga de la espiral.

En mi caso, hice un pleno. Otro tiempo, otras personas, otras circunstancias, mismo germen. El reencuentro con la soberbia, el fracaso como conclusión.

Calculé mal. Me planteé el asunto como algo sencillo, con cierto peligro añadido que le concedía atractivo. Tenía que averiguar quién era Lou Besson. Como extra, me impuse proteger a Violet de su marido o de quien quisiera hacerle daño. Me creí mejor persona que los demás, me creí buena en el trabajo, pero la jodí el primer día. Un nuevo récord. Ni una novata lo haría tan mal.

¿Qué más me quedaba por descubrir?

—¿Puedo hacer algo por ti, Rach?

La voz de Nadine irrumpió en el estado de victimismo mudo en el que tan cómodamente me encontraba, flagelándome cual mártir atormentada.

—¿Le han hecho la autopsia? —La agente hizo un gesto afirmativo—. ¿Cómo fue?

—La atacaron con el tubo de hierro que hallamos a pocos metros del lugar de los hechos.

—¿Se defendió? ¿Hay signos de lucha?

—En principio, no. La diñó en el acto de un fuerte golpe en la cabeza. La sorprendieron por la espalda.

—Imposible, estaba en el coche, no pudieron golpearla por detrás sin darle antes al reposacabezas.

—Entonces conocía al asesino. ¿Alguien de su entorno?

—Como casi siempre —añadí lacónica—. Lo que me lleva a pensar en Besson y Bloch. ¿Qué has averiguado de ellos?

—De Besson, nada. Simplemente es... invisible. No he encontrado referencia alguna sobre él —contestó extrañada.

—¿No has hablado con tu confidente? —Negó con la cabeza, inquieta—. Besson tiene un garito, el Breathless. Según él, es la tapadera de varios negocios que os interesaría desmantelar.

—Seguiré investigando. —Tras una pausa añadió—: ¿Crees que tiene algo que ver con el homicidio?

—Es posible. Aquella noche ella salió del club muy afectada. Pero también podría haber sido el marido. Aunque me dijo que se ausentaba de la ciudad, pudo mentir. ¿Y si no se fue? ¿Habéis comprobado su coartada?

—Estamos en ello. Sobre el otro, Norman Bloch, tengo algo, pero dudo que tenga relación.

—Nadine Benton, cualquier tontería puede ser importante. ¿Qué sabes?

—Poco, no te emociones —me advirtió—. Se trata de su pasado.

—Siempre tiene que ver con el pasado —razoné en voz alta.

—Es uno de esos solitarios que ha vivido toda la vida con la madre.

—Eso no es delito.

—Lo que hizo, sí —aseguró mientras sacaba un dossier de la guantera del buga—. Al parecer, la madre falleció hace más de treinta años, pero el joven Bloch no lo notificó a las autoridades pertinentes. La embalsamó y la mantuvo durante años en el caserón que compartía con ella. Seguro que

leíste la noticia en la prensa.

—Me resulta familiar, sí, pero también el nombre de Besson. No soy fiable.

—El tema salió a la luz cuando un agente local del condado de Utah, alertado por los vecinos que se quejaban de la extraña actitud del hombre, fue a visitarlo y lo encontró vestido con la ropa de la madre. —Me tendió unas fotos del expediente, en las que apenas pude reconocer a un Norman Bloch más joven aunque igual de rollizo, ataviado con peluca y vestido, y maquillado como una mona, con los ojos tiznados de negro y los labios desbordados de carmín dibujando una excéntrica sonrisa.

—¿Un travestido? —la interrumpí pasmada.

—Hablabla con la momia como si estuviera viva. Le había practicado al cadáver unas incisiones en las comisuras de la boca para que estuviera eternamente sonriente.

—Ah, un majareta.

—No es para menos —añadió enseñándome un apartado del informe que sostenía—. Su madre forzaba al pequeño Bloch a sonreír estoicamente mientras le daba palizas terribles porque, según ella, leo textualmente: «Un hombre de provecho debe ser capaz de ofrecer al mundo su mejor sonrisa, a pesar de las tribulaciones».

—Como si al mundo le importase un bledo el sufrimiento ajeno.

—El informe médico lo describe como una víctima de abuso, tanto físico como emocional, por parte de su madre, quien lo aisló socialmente y lo condenó a una dependencia insana.

—Adoro la América profunda.

—«Bloch desarrolló un carácter variable, que oscila entre la sumisión y la explosión dominante» —leyó—. Según esto, padecía una psicosis maníaco-depresiva. Ha pasado varios años en el psiquiátrico, hace tres que le dieron el alta.

—Es un firme candidato a sospechoso principal, ¿no crees? —pregunté animada.

—No te precipites, Sopletes. Debemos averiguar su coartada —me aconsejó, guardando la carpeta en la guantera.

—Ya. Entre tanto, la que tendrá que aguantar al pelmazo del Oso seré yo.

—Intentaré que te moleste lo imprescindible —añadió al apoyar con delicadeza la mano sobre mi hombro. Nadine era delicada cuando las cosas iban mal de verdad, por lo que, más que calmarme, me intranquilizó.

—Gracias por todo, eres un sol. No sé qué haría sin ti.

Se encogió de hombros al manifestar lo que ambas sabíamos.

—Lo que siempre haces, salir adelante.

—Ya. —Suspiré antes de bajar del buga—. Y gracias por traerme. Se me ha pasado el viaje volando en este cochazo.

—Si te portas bien, te dejaré conducirlo un día —bromeó.

Hablar del coche me hizo recordar el que tenía aparcado cerca del puerto. Un flujo de bilis me quemó el esófago, pero me obligué a tragar la angustia.

—¡Rach! —Me detuvo cuando estaba a punto de salir. Su timbre apurado me llamó la atención—. ¿Hiciste alguna tontería?

—¿Qué quieres decir?

—Con esa chica.

—¿Quieres saber si me la cargué?

—No. Por Dios, Rachel, sé que no lo hiciste. Me refería a... Bueno, se te ve muy afligida para ser la esposa de un cliente que acaba de contratarte.

—Tenía que vigilarla. Era mi responsabilidad. Ya sabes cómo soy.

—Por eso, porque sé cómo eres. ¿Seguro que eso es todo? —insistió incrédula. Resoplé con hastío. Ella me agarró del cuello de la camisa manchado de sangre seca—. Te van a interrogar, Sopletes. Fisher va a putearte. Si tiene oportunidad de humillarte, lo hará.

Sonreí con desidia. Me había labrado un buen porvenir con una ristra de enemigos de la bofia, por si no estaba ya bastante jodida. Se me daba realmente bien eso.

—Gracias. Sabré cuidarme.

—Como siempre, ¿no? —apuntó molesta.

—Sí. Pero tú no te alejes mucho de mí, ¿eh? Necesitaré apoyo en la D13 —afirmé con cara de perro apaleado—. No estoy dispuesta a que nadie se me coma. Y menos ese gordo seboso.

Nadine me correspondió con una sonrisa turbia. Tiró un poco más de la camisa hacia sí, acercándose a su bonito rostro. Y me besó, con dulzura, muy suavemente, en los labios. Un beso con sabor a despedida. Conocía bien ese sabor, lo había probado otras veces. Luego me apartó con cuidado y me hundió en el gris de su iris. Después me sugirió con decisión:

—Mañana descansa. Pero pasado quiero verte en la comisaría.

—¡Señor! ¡Sí, señor! —exclamé imitando a un soldado.

—Esto va en serio. Grant tiene pasta y no va a dejar las cosas así. Cuanto antes declares, antes acabaremos con el asunto. ¿De acuerdo?

Cabeceé afirmativamente.

—Sé que no quieres que sepan que me ayudas, pero tendré que explicar cuanto sé. Eso incluye lo que hemos hablado... Querrán saber cómo lo he averiguado.

—Cuenta lo justo, no entres en detalles, ya me encargaré yo. Diré que me has dado una lista de sospechosos. No será chocante que tenga esos datos. Soy una agente eficaz.

Me guiñó un ojo y me derretí. *Eficaz* era su mirada traviesa, aunque eso también lo sabía. Cerré la portezuela y me largué. Ella no arrancó el motor hasta que entré en el edificio, asegurándose de que llegaba bien. Sonreí complacida. Nadine era así cuando estaba de buenas.

Al cruzar el umbral de la oficina, mi humor cambió radicalmente. Junto a la pata del sofá me esperaba la botella de *whisky*, como un perro fiel. La cogí y acaricié su frío hocico con los labios. La botella me recompensó con un delicioso aroma, el elixir del olvido del que bebí un trago largo, muy largo, como si me fuera la vida en ello. Y mientras bebía con ese desespero, el eco lejano de una madre preocupada imploraba desde algún rincón que dejara la botella, mientras el llanto de un bebé no cesaba. Apreté los párpados y me tragué el recuerdo. Cuando acabé, aspiré profundamente para recuperar el resuello y me tumbé, abatida.

Ociosa, reposé la vista en la silla que Grant había ocupado el día que me contrató. Lo rememoré hablando de su esposa, de «su mujer», como le gustaba llamarla. Otro acceso de bilis se me atragantó en la boca y disipé el gusto amargo con un sorbo de licor.

Cogí la foto de Violet que seguía en el bolsillo de mi camisa, arrugada y manchada de sangre seca. Mi sangre. La sangre es más espesa que el agua, la mía desde luego lo era. Una gota roja y oscura cubría una parte del rostro. Quise limpiarla rascando con la uña, pero estropeé más el retrato y emborróné la cara de Violet. Tuve ganas de llorar.

—Lo siento, pelirroja. Lo siento mucho —bisbiseé notando cómo las lágrimas asomaban a traición.

No me permití dar rienda suelta al llanto. Si empezaba, no podría parar y lloraría las lágrimas contenidas de años. Me sorbí los mocos y, con el porte seductor de las actrices de la Metro, declamé, dirigiéndome a la botella:

—No me he olvidado de ti. Nunca olvido a los viejos amigos.

Dispuesta a besarla con lujuria, me la acerqué a los labios, que empezaban a adormecerse como mi consciencia. Vertí el preciado jugo en

un paladar ávido de embriagarse con el característico sabor del licor, áspero y dulzón a un tiempo. Como el amor.

En pocos minutos, me rellené de amargura destilada. Doce años de barrica regaron mi boca, calentaron el esófago a su paso, en el estómago prendieron fuego sin llama y desembocaron en las tripas, chamuscando la nada. Y mientras me ahogaba en cuarenta grados, notaba en mi interior cómo una tormenta súbita rebosaba mi entendimiento, una vorágine que revolvió las fichas irregulares del rompecabezas que no encajaban, sueños infecundos y emociones deshilachadas. Luego las recolocó a su antojo, como haría una criatura ociosa y excéntrica, poblando de paradojas el mapa de mi sensatez.

Di otro trago generoso, esta vez sin regocijarme en el gusto, desganada. A esas alturas, bebía por beber. Cuando el licor impactó contra las paredes del estómago como un mar alocado, tuve arcadas, pero apreté los labios con fuerza y me las tragué. No quería desperdiciar ni una gota del *whisky* por una estúpida arcada de dolor.

Miré la foto de Violet. Levanté la bebida hacia ella y le brindé el último sorbo.

—Va por ti. —Cerré los párpados y vacié la botella.

Al contemplar el recipiente vacío, sentí una rabia descontrolada. Todo lo bueno se terminaba. El *whisky*, el amor, la vida... No obstante, la ignominia no tenía fecha de caducidad. Hasta en ese vasto campo que son los recuerdos solían crecer los rastrojos del pasado en lugar de las coloridas flores de los tiempos felices.

Despechada contra una vida injusta, cuyas reglas se retorcían desafiándome continuamente, estrellé la botella contra la pared. Mi cerebro descalabrado ya no podía más; apreté los ojos y me hundí en la nada absoluta. El *whisky* cumplió la misión que le había sido encomendada en las destilerías de Missouri y, como un bálsamo milagroso, borró los recuerdos más recientes.

Pero todo tiene un precio. A cambio del olvido temporal, el bonachón de Jack Daniel's me premió con un impío dolor de cabeza que se sumó al de la herida. Demasiado *whisky*. Con la mano en alto y el estómago revuelto, formalicé una promesa al mejor estilo Scarlet O'Hara y juré que jamás volvería a catar el alcohol. Hay promesas que no deben hacerse, especialmente si no se pueden cumplir.

El sonido impío de un escandaloso timbre me devolvió a una realidad a

la que no estaba preparada para volver. Abrí un párpado buscando su procedencia e identifiqué al autor del jaleo: el despertador.

Harta de la insistencia del timbre, descargué sobre el indefenso aparato un golpe seco que lo catapultó al otro extremo de la habitación. Juro que no pretendía cargármelo, pero al aterrizar se hizo añicos, junto a los restos de la botella. Es mi sino: consigo reacciones involuntarias con mis actos. Incidente lo llaman.

Un último gemido afónico anunció que el despertador había expirado. Fallecido. Perecido. Muerto. Impresionada por la palabra y su significado, algo se me encogió entre pulmón y pulmón, pero deseché cualquier síntoma de culpabilidad enterrando la cabeza bajo la almohada. Al fin y al cabo, no era el primer despertador que me cargaba. Este último había durado cuatro meses, más de lo que mis compañeras sentimentales aguantaban a mi lado.

Siempre he supuesto que mantener una relación estable no es lo mío. Al menos eso es lo que me digo cuando una relación termina. Aunque, para ser honesta, hubo un tiempo en el que no opinaba así. Hay un tiempo para cada cosa y un alguien para cada persona. Aquel tiempo fue el mío y lo quemé. Nadine fue mi *alguien* y la perdí. Como tantas cosas, como el despertador. Me prometió amor eterno. La creí. Desde aquel día sé que la eternidad dura quince meses.

Ciertas corrientes filosóficas sostienen que el destino está predeterminado, lo que implica que perdemos lo que no está destinado a nosotros. Ese silogismo entraña que ni Nadine ni el despertador eran para mí, lo que sugiere que el próximo reloj que compre podría ser el definitivo. Una idea consoladora si no fuera porque aquel día me sentía más inclinada al melodrama que al optimismo. Descompuesta en el sofá, con un martillo aporreando mi sesera y un dolor hermético atenazado al alma, el artilugio destripado se me antojó la metáfora inequívoca de lo que soy capaz de hacer con mi vida. Un putito desastre.

Me sentía derrotada, infeliz, rabiosa, y lo único que quería era desaparecer del mundo. Si mamá me hubiera visto, habría dicho que era el vivo retrato de mi padre. Y hubiera tenido razón. Guardo pocas cosas de él en la memoria: su ausencia, los días interminables sentado en el sillón, su mirada perdida y su afición al Jack Daniel's.

Mi madre dice que nunca superó la crisis del 29. Se quedó estancado en el fracaso, se convirtió en un alma en pena, en un señor desconocido que ni

me veía, en una sombra ajena a nosotras. Hasta que esa sombra llamada padre se diluyó en la oscuridad.

No suelo hablar de él. No se habla de las sombras. Pero, en parte, soy como soy porque me empecé en diferenciarme de él a toda costa. Si me caía, me levantaba de nuevo; si me equivocaba, volvía a empezar. Siempre rechacé el sentimiento de frustración, porque desmenuza la esencia de las personas y las convierte en la pesadilla que amenaza los propios sueños juveniles. Contra el pronóstico conservador de lo que se esperaba de mí, escogí un destino alejado del arquetipo y forjé mi camino con las pocas opciones al alcance de una mujer inconformista. Perseguí mi sueño, muy a pesar de mamá y del primo Jerry.

Pero aquel día no tenía ánimo para ser una guerrera, me sentía como una mierda irresponsable. Bud solía decir que los accidentes ocurren a pesar de nuestros esfuerzos, por eso no debía imponerme más responsabilidad de la que me corresponde. Sin embargo, al contrario que en mis relaciones personales, me comprometía demasiado, hasta el extremo de creerme la salvaguarda de la difunta Violet Grant.

Violet... Su imagen reflejada en el espejo del aseo me sobrevino. Tenía el pómulo magullado porque su marido le atizaba. Eso no era mi responsabilidad. Ni lo era que se entendiera con otro. Ni que le gustara organizar citas nocturnas en sitios apartados. Ni que la asesinaran... Mi obligación era descubrir la identidad del Fantasma, no hacer de niñera de una esposa infeliz. Bud diría que no fue culpa mía. Pero Bud no era el mejor referente: acabó suicidándose.

Según Nadine, yo era una chica afortunada. Tanto que seguía viva. Y en lugar de celebrarlo y dar gracias por ello, era más fácil fustigarme y beber hasta reventar. Algo fallaba en mi proyecto vital. ¿Cuándo se me había quedado grande el traje de la vida? Sentí pánico. Con los años me estaba convirtiendo en una copia de mi padre. Tal vez la felicidad se reducía a una cuestión genética.

Asaltada a traición por dudas existenciales que normalmente eludo, me dejé arrollar por el pesimismo y los desvaríos. Si fuera tan fácil parar el tiempo arrojándolo contra el suelo, sería todo muy distinto.

Mi profesora de yoga decía que el sueño era reparador para el alma. Yo tenía mucho que reparar y un arduo camino por delante, en el que necesitaría todas mis facultades. Di media vuelta sobre el destartado sofá en busca del anhelado olvido. Me acomodé lo mejor que pude, ignoré el

muelle que se me hincó en las costillas e inicié la cura.

Cuarenta y ocho horas después ya no recordaba qué diantres tenía que reparar ni cómo el despertador había acabado desperdigado en mitad de la oficina.

Efectos secundarios del *whisky*.

Eso fue lo que intenté explicarle a Fisher cuando se presentó a buscarme, flanqueado por dos agentes de azul. Animado ante la posibilidad de que ofreciera resistencia, desoyó las vanas excusas por no acudir a testificar el día acordado. Me azuzó para que perdiera el control y así tener vía libre para esposarme. A pesar de que todavía me encontraba conmocionada por el golpe —tanto físico como anímico—, lo vi venir, por lo que me mostré colaboradora y amable. Tuvo que tragarse las ganas de usar la fuerza, pero aún tiemblo recordando el brillo maligno de sus ojos de besugo y el rechinar de los dientes al escupir sus amenazas habituales.

—Cualquier palabra o movimiento en falso y voy a por ti, invertida.

El trayecto hasta la jefatura se me hizo interminable, con aquel oso pardo sentado a mi lado en el coche patrulla. Además, no tuvieron la deferencia de conducirme al despacho del capitán, situado al fondo de la sala diáfana donde pululaban los detectives. Como a cualquiera ajeno al departamento, me instalaron en la sala de interrogatorios, donde, bajo la sombría luz de una bombilla pelada que colgaba del techo, me aguardaba una mesa roñosa, tres sillas raquíticas y el espejo de único sentido que dominaba la pared del fondo. En aquella sala había aprendido algunas de las efectivas, aunque poco ortodoxas, técnicas que mis colegas solían aplicar a los criminales.

Al menos, Nadine tuvo el detalle de servirme un café bien cargado; luego desapareció sin mediar palabra. Antes de dar el primer sorbo, olisqueé el brebaje, tan humeante y oscuro como mi juicio. Mil recuerdos revolotearon ante mí con el aroma del café recalentado. Lo degusté con parsimonia, dejando que la cafeína acabara de espabilarme. No sé qué tiene de especial el café de las comisarías, siempre me ha gustado. Compró la misma marca, lo hago en una cafetera similar con idéntica cantidad de agua, pero no sabe igual. Creo que se debe a la falta del ingrediente esencial: la tensión. La rutina de la D13 hacía imposible que una se relajara tomando café, siempre preparada para salir pitando. Resultaba anecdótico que, aun como invitada,

también tuviera ganas de correr. Por algún motivo ignoto, tenía la odiosa sensación de estar en la cuerda floja.

Me miré al espejo. Estaba hecha unos zorros. Quienes me observaban desde el otro lado, seguramente coincidirían conmigo. Con una sonrisa a medio camino entre la resignación y el cansancio, me atusé el pelo en un intento de arreglar mi desmejorada imagen. No se podía decir que estuviera en mi mejor momento.

Tras un reconfortante trago de café, me dispuse a ordenar los hechos mentalmente. Mis datos eran como fichas inconexas de un puzle no resuelto. Me sentí abrumada por el caos en el que, habitualmente, me desenvolvía bien. A los pocos minutos de intentar encajar cada pieza, me di cuenta de que mi conocimiento sobre el caso era sesgado y muy limitado. Palabras. Las palabras de Paul Grant y de Bigmouth. Datos no contrastados que, incluso, se contradecían. Cualquiera novato sabe que los hechos son los que cuentan. El único hecho probado era que Violet estaba muerta. Y hasta eso me lo habían tenido que explicar.

—¿Te has aburrido? —inquirió mi socia con la última sonrisa que me regalaría antes de empezar el interrogatorio.

—¿Lo dices por los veinte minutos de espera? —pregunté sarcástica.

Acto seguido entró un individuo alto, de mediana edad, al que no conocía. Me estrechó la mano enérgicamente.

—Bladovich. He oído hablar mucho de usted.

—Nada bochornoso, espero —bromeé por inercia.

Él sonrió por cortesía. Las arrugas gestuales se le marcaron más, aunque eran pliegues amables, como su mirada traslúcida. Una se sentía segura cerca de aquel hombre, cuyo garbo contrastaba con el aspecto descuidado de la frondosa y plateada cabellera que coronaba su testa. Probablemente estaba divorciado o viudo y le planchaban la ropa en la lavandería; ningún casado llevaría el pelo asilvestrado como un adolescente y la raya del pantalón perfecta. Tenía pinta de ser de la clase de hombre que necesita una mujer al lado para recordarle continuamente dónde deja la pipa, o para que le arreglara el cuello de la camisa antes de salir a la calle. Su aura paternal enseguida me inspiró confianza.

—Tranquila, nada que me saque los colores. Es lo único bueno de hacerse mayor —siguió la broma—. Soy el teniente Demme. Puede llamarme jefe, como todos. Al fin y al cabo, usted fue una de las nuestras.

—De acuerdo, *jefe* —remarqué, tendiéndole la mano con coquetería

estudiada.

—Veo que lleva alianza. ¿Entonces hay un señor Bladovich?

—¿Por qué si no llevaría alianza una chica? —contesté, dando por sentado que habría escuchado los rumores que Fisher difundía sobre mí. Rumores que eran ciertos, por otro lado.

—Bien, podría explicarle algunas razones prácticas, pero no quisiera darle ideas —replicó, dándome a entender que conocía mi verdad y que no le importaba.

Nadine bajó la cabeza amagando una risilla. El buen ambiente que reinaba me relajó visiblemente. El teniente tenía mano izquierda: no duraría mucho en el puesto. Ya se encargaría el alcalde, o cualquier político corrupto, de destituirlo. Eso si antes no le daba un tiro algún compañero arribista que cobrara bajo mano del Sindicato.

—Bien, Bladovich, tome asiento, por favor. ¿Cómo lleva el chichón? ¿Duele?

—Le aseguro que duele más el ego —confesé afligida.

La puerta situada a mi espalda se abrió y originó una corriente que me puso de punta los pelillos de la nuca. A través del espejo vi a Fisher, sudoroso para variar. Me hubiera extrañado que no metiera la nariz en la reunión.

—¿Ya ha conocido a la fulana, jefe?

El teniente Demme lo atravesó con la mirada antes de advertir:

—Espero que sepa comportarse, Fisher. No estoy dispuesto a tolerar ese comportamiento. Bladovich ha venido para ayudarnos.

Muy a su pesar, el Oso se mordió la lengua y observó con abulia cómo sus dos compañeros tomaban asiento frente a mí, mientras que él se quedaba de pie a mi espalda, controlándome por el espejo con cara de pocos amigos. Reconocí enseguida la vieja táctica para poner nerviosos a los presos, imponiendo su cercanía amenazante. Pero yo no estaba allí en calidad de delincuente; no había motivos para sentirme nerviosa.

—Bien, Bladovich. Dejemos de perder el tiempo. —El teniente era un hombre directo. Me gustaba—. Hablemos del caso. ¿Cree que pudo tratarse de un crimen fortuito? Ya sabe, la señora Grant pudo estar en el lugar y el momento equivocado.

—No. Por lo que sé, la atacaron de frente y no hay signos de lucha, eso significa que era alguien del que no desconfiaba —expliqué.

—Bien. Coincidimos, por eso hemos empezado a tantear el círculo de

allegados a la víctima: empleados, conocidos, familia. Era una mujer que se relacionaba poco y su única familia es el marido, por lo que hemos sacado poco en claro. La agente Benton nos ha notificado que usted tiene una lista de sospechosos. ¿Qué más tiene para nosotros?

—Me temo que no demasiado, jefe.

—Ya empezamos con vaguedades —interrumpió el Oso. Lo ignoré y seguí hablando con los otros dos.

—Igualmente, confío en que les sirva.

—Dispara —me invitó Nadine, ansiosa por tomar nota.

Les revelé la misión que Grant me había encomendado. En principio, cualquier confesión compartida por el cliente es confidencial, pero la violenta muerte de Violet había girado el torno. La ética profesional quedaba subyugada a la necesidad de justicia.

Tuve que explicarles lo de la extorsión a mi cliente, sugiriendo que su pasado era digno de investigar. Expuse sus infundadas sospechas sobre el lío de su esposa con el chantajista. También les hablé de los chanchullos laborales de Norman Bloch, así como del altercado con Violet el mismo día de su muerte. No olvidé mencionar el hematoma del pómulo que ella se esmeró en disimular con maquillaje. En caso de asesinato, cualquier detalle insignificante podía ser la clave. Relaté la visita al club, la persecución en coche hasta el puerto, la conversación telefónica... En resumen, el transcurso de aquella trágica noche que llevaba grabada a fuego, como si fuera la secuencia de una película de terror de Roger Corman.

La parte más incongruente de la historia fue la del enigmático Lou Besson. Hasta yo vi que sonaba a cuento, y que solo me avalaban dos personas: mi cliente y el chivato. Cuando el teniente quiso saber de dónde había sacado al único informador de toda la ciudad que conocía al Fantasma, Nadine contuvo la respiración. Desvié el tema alegando que, con un puñado de dólares, en Los Ángeles salían soplones de debajo de las piedras. Si hubiera dicho la verdad, habría metido en un lío a Nadine. Además, la habrían retirado del caso y me interesaba tener a una socia dentro, por lo que pudiera pasar.

Con cada nueva revelación del entramado sobre Besson, la mueca hermética del teniente fue mutando a otra difícil de valorar. El Oso me escuchó con cierto grado de escepticismo hasta que terminé la declaración.

—Es usted consciente de que su historia es poco menos que increíble.

—No es mi historia, teniente. Es la que esos dos me han explicado —me

defendí.

—Tendrá pruebas...

—Mi trabajo no era obtener pruebas. Y tampoco es que haya tenido mucho tiempo. Todo ha ido demasiado deprisa.

—Convenientemente deprisa, dirás —apostilló el Oso.

—A mi juicio, tenéis un buen puñado de sospechosos —expuse haciendo caso omiso de su sarcasmo—. Vale la pena investigar y desenmascarar a Besson. El marido también tiene un pasado turbio y una espinosa inclinación a la violencia doméstica. Y de paso, Norman Bloch y Smiles.

—Eres una lumbrera, Bladovich, lo has resuelto sin esfuerzo. No sé cómo te dejamos escapar. —Ese hombre no se cansaba nunca de meterse conmigo.

—¡Fisher! —exclamó el teniente, acallando sus bravatas. Acto seguido, habló con reserva—. No sé qué pensar, la verdad. Es cierto que el marido es el primer sospechoso en caso de asesinato.

—Teniente, en el 95% de los asesinatos de mujeres, el culpable es el marido. Si hasta tiene nomenclatura propia: crimen pasional... Creo que las estadísticas hablan por sí solas.

—Lo tenemos en cuenta, Bladovich.

—¿Pero?

—Bien, me desconcierta la aparición del resto de los personajes —contestó el teniente—. Las acusaciones que esgrime son muy graves. Faltan pruebas sólidas, un móvil convincente...

—Todos tienen móvil —afirmé con rotundidad.

Curiosamente, debido al desconocimiento de la verdadera naturaleza de su relación con la víctima, el móvil de Besson era el más inconsistente. Aun así, surgían múltiples conjeturas y todas llevaban al mismo desenlace: librarse del cabo suelto que representaba Violet.

Dando por hecho que eran amantes, él podría haberse cansado de ella, o bien había sido ella quien lo dejó por el desconocido de la llamada telefónica. ¿Lo habría amenazado con delatarlo? ¿Cuánto sabía sobre él? La aparición inesperada en el club era la clave.

Sin duda, el ego herido del marido era el móvil más tópico, pero también el más razonable. La mayoría de los crímenes pasionales se debían a los celos y Grant llevaba bastante mal que su esposa se entendiera con otro. Ella era de su propiedad, lo dejaba muy claro cada vez que hablaba. Cabía la probabilidad de que hubiera vuelto esa noche del viaje de negocios o,

incluso, de que nunca se hubiera ido. ¿Se escondió en la tienda y escuchó la llamada de su esposa? El crimen fue en una zona que él conocía a la perfección. A pesar de que me costaba ver a Paul Grant como un asesino pasional, tenía la ocasión y conocía el lugar.

El tercer sospechoso era Bloch, el empleado cincuentón. Había algo en él que olía a muerte y no tenía nada que ver con que hubiera embalsamado a su madre cuando era joven. Las personas merecen una segunda oportunidad en la sociedad, es duro cargar con un estigma toda la vida, lo sé bien. Bloch lo intentaba. Después del tiempo encerrado en el psiquiátrico se había reinsertado y era un ciudadano respetable. Pero esa sonrisa forzada y perenne, los chistes malos y la mirada tan fija que parecía desnudarte me producían escalofríos. Mi intuición no me engañaba y los hechos tampoco: odiaba a Violet. Vi la ira rezumando en su mirada aquel día cuando ella se marchó. Norman Bloch, un hombre insignificante y apocado que había vivido a la sombra de una madre maltratadora, solo necesitaba una excusa para asesinar a la bella pelirroja, harto de burlas y de reproches. El odio era un buen argumento. Y por si fuera insuficiente, estaba la cuestión de su negocio paralelo, que Violet podría haber descubierto.

Sospechar de Isse era casi forzoso. De ella sabía que era la favorita del Fantasma, que administraba el Breathless con muy buen gusto y que había coqueteado conmigo. Todo lo demás era un misterio, lo que me daba pie a teorizar con libertad. ¿La creía una competidora? ¿Peligraba su relación con Besson por su culpa? El posible móvil era muy básico: deshacerse de una enemiga potencial y conservar los privilegios.

Si era o no capaz de matar, no podía sopesarlo, ya que mi enfoque se distorsionaba por las excitantes visiones de Isse, que vagaban entre lo sensual y lo tenebroso a causa de la iluminación del Breathless, la música y la adrenalina. Me temo que no me encontraba en posición de ser objetiva ni de confesar mi debilidad. A pesar de ello, no podía olvidar que Isse Smiles era peligrosa.

Quedaban muchos cabos sueltos que la policía debía averiguar. ¿Con quién habló antes de morir? ¿Qué asuntos eran tan urgentes como para citarse allí, a esas horas? Y el más importante: ¿fue una casualidad? ¿o su cita amorosa la asesinó? Porque, aparte de mí, solo él sabía dónde encontrarla aquella noche.

—¿Eso es todo? —preguntó Nadine. Asentí encogiéndome de hombros.

—Eso y nada es lo mismo. Nos has dado un mojón —aseveró el Oso.

—Eres muy hostil, Oso. ¿No querrás que haga tu trabajo? —Me enfrenté a su perenne mueca de hastío—. Os he dado nombres, impresiones... Mueve el jodido culo e investiga.

—¿Qué nombres? ¿El de un estafador de risa que se aprovecha del negocio de su jefe? ¿El de una furcia que...?

—¿Es que no has atendido? No sé si lo haces aposta o es que eres imbécil.

—No vuelvas a insultarme o... —Dio un paso hacia mí con el puño en alto.

—Violencia policial. Y contra una chica. Qué típico de ti. Hay cosas que no cambian.

—¡Basta! —ordenó Demme reprendiendo al inspector con una mirada severa—. Fisher, por última vez, ya hemos hablado de esto. Si no sabe aparcar sus rencillas personales, me temo que tendré que prescindir de usted en la investigación.

Rojo de cólera, el Oso se tragó la bola de rabia antes de disculparse. Yo le guiñé el ojo, encantada de ser una pieza esencial en el macabro engranaje del crimen. No es que me gustara lo sucedido, pero resultaba perversamente satisfactorio que los que antaño me habían vapuleado reclamaran ahora mi colaboración.

—Lo siento, jefe. Me he dejado llevar.

—Pues espero que sepa reprimirse en lo sucesivo —exhortó el teniente con seriedad.

—Es difícil contener los instintos animales, Demme —apostillé burlona.

El teniente me fulminó al instante, invitándome a callar bajo amenaza de soltar a la fiera que había contenido.

—No estoy de su parte, Bladovich, no se deje engañar por las apariencias. Considero que puede ser útil, pero no toleraré otra escena como esta. No nos provoque. Si está eludiendo algo deliberadamente, la acusaré de obstrucción a la justicia.

Esta vez le tocó al Oso guiñarme el ojo.

—¿Por qué cree que oculto algo? —Me defendí—. Investiguen al afligido marido. Hay algo sórdido en él, quizá tenga relación con la mafia. Lo de vender coches de lujo tiene pinta de tapadera. ¿Qué sabe Besson para extorsionarlo? Pregúntenle sobre él.

Hubo un silencio cómplice. Los tres se miraron entre sí con recelo. Nadine asintió a un gesto del teniente, mientras que Fisher se mostró

contrario. A pesar de ello, salió de la sala y volvió con un dossier que me tendió de mala gana.

En la cubierta de color hueso, las letras mayúsculas advertían de la confidencialidad del informe, pero no de la brutalidad del asesinato. Me enfrenté a la atenta mirada de los agentes. Tras su aparente impavidez, capté un aire taciturno que distaba de ser una invitación animosa.

Contagiada de su angustia, abrí la caja de Pandora. Como en el mito, cuanto allí se ocultaba escapó raudo para esparcirse por el mundo. Y el desdichado mundo que lo acogió fue el mío, yo y mis asombradas retinas que, incautas, capturaron el desastre, la enfermedad, la violencia, los sentimientos dañinos, la depravación, la plaga de la maldad humana, en definitiva. Todo contenido en unos pocos papeles bañados en nitrato de plata.

Se dice que una imagen vale más que mil palabras. Cuánta verdad. Las instantáneas de una Violet masacrada decían más de lo que mi pasmado cerebro era capaz de entender.

Nadine me lo advirtió, que la habían despachado de un golpe en la cabeza con una barra de hierro. Pero se reservó el resto de la información. A la hora de crear, la inventiva del hombre es limitada. Sin embargo, a la hora de destruir se supera una y otra vez hasta confines insospechados. Las fotografías de Violet eran la prueba fehaciente de ello.

¡Cuánto odio hacia la belleza! ¡Cuánto desamor hacia la vida! El hermoso semblante de la mujer, antaño arrogante, era un amasijo ensangrentado de carne y huesos picados. La habían roto como a una muñeca de porcelana. Ni ojos se le adivinaban. Qué era la barbilla y qué la frente se deducía por la posición de lo que antes era un cráneo perfecto. Ni labios generosos, ni dientes alineados, ni pómulos delicados, ni cejas perfiladas, ni mentón recto... solo el caos de un artista desquiciado recreando su infierno particular. Habían convertido lo que antes era piel nívea y aterciopelada en un manto raído, cubierto de topos negros y grumos viscosos, sesos deshechos y sangre coagulada. Sangre, sangre negra..., porque la foto era en blanco y negro, como la que yo llevaba en el bolsillo con la gota de mi propia sangre purpúrea manchando su rostro.

La masa sanguinolenta descansaba en el reposacabezas del descapotable. Ni siquiera vio venir al agresor. Probablemente la dejó seca con un único impacto. Después siguió descargando sobre su hermosura el rencor de un universo corrupto hasta conseguir una turgencia amorfa e irreconocible. Si

no fuera por el traje, por el coche, por la melena... y porque yo sabía que era ella, jamás la hubiera reconocido.

Saqué la foto que Grant me había entregado pocos días antes. Se me pasó por la cabeza compararlas. Qué estupidez. ¿Cómo iba a comparar la obra de un dios con la de un demonio? No podía dejar de considerar lo premonitorio de la gota de sangre sobre su rostro. Se me encogió el estómago.

Ya tenía suficiente. Aparté el dossier con aprensión. Las letras asépticas se emborronaron, charcos negros en medio de la portada. Recordé la angustia de Violet aquella noche, el lápiz de ojos tiznando sus ojeras. En esa ocasión, eran mis ojos los que lloraban.

Hay fronteras que, si se cruzan, no tienen retorno. Ni mis lágrimas ni mi rabia servían de nada. Podía arrinconar lejos de mí esas fotografías, tirarlo todo al cubo de los despojos, quemar las pruebas, y aun así nunca más podría deshacerme de la última expresión de horror que un loco había inventado.

Incluso la esperanza escapó de aquella caja de Pandora, hecha de papel y argento, dejándome el horror. El ser humano no dejaría de sorprenderme nunca.

—Es un asunto muy feo. Lo que menos necesitamos ahora es el crimen sin resolver de un maníaco. Ya han pasado dos años del de la Short. La prensa está frotándose las manos —anticipó Demme.

—¿Crees que Paul Grant es capaz de esto? —La tenue voz de Nadine me sacó del estado de *shock*—. ¿Le gusta tanto la violencia?

Me encogí de hombros. ¿Cómo iba Paul Grant, o alguien en el mundo, a ser capaz de esa barbarie? Recordé la historia que Bigmouth me había explicado.

—Es más el estilo de Besson. Al parecer, su marca de la casa es desfigurar a sus víctimas.

—¿Por qué? —exigió el Oso.

—Ser un fantasma no debe de ser sano, o será deforme. ¡Yo qué sé! —balbuceé—. Aunque Grant podría haberlo imitado para inculparlo.

Empeñada en explicar lo inexplicable, no percibí la hostilidad entre mis colegas.

—Insistes en culpar a ese pollo a toda costa. ¿Qué te pasa con él? —preguntó el Oso.

Pillada desprevenida, busqué apoyo en mi amiga, pero Nadine Benton

rehuyó mi mirada.

—¿Qué os pasa a vosotros? ¿Por qué lo estáis investigando como principal sospechoso?

—¿Tiene idea de por qué su supuesto cliente no ha mencionado la coacción ni a Lou Besson? —inquirió el teniente en un ejercicio supremo de esmerada selección de las palabras.

—¿Mi «supuesto cliente»? ¿Qué quiere decir con *supuesto*?

—Que ha olvidado mencionar que te conoce. Cuando le dijimos que habíamos encontrado a una machorra a pocos metros de su difunta señora, preguntó quién eras —añadió el Oso con cierto grado de satisfacción maliciosa.

—¿Cómo?

—Lo que oyes. Tu cliente niega ser tu cliente.

—¿Le dijiste mi nombre o te quedaste en tu definición favorita?

—Oh, sí, se lo dije. Y, aparte de creer que R. J. Bladovich es un tío, insistió en que no te conoce de nada —añadió deleitándose sin rubor. Estaba disfrutando demasiado.

—Eso es imposible. Me contrató. Me dio un adelanto.

—¿Firmó un contrato? ¿Algún papel vinculante? ¿Un cheque de banco o pagaré?

—No, se me olvidó hacer el contrato. Pagó en efectivo y se fue.

—Qué pena. Nada os relaciona. —Rio el gordinflón.

No me gustó el cariz que estaba tomando el asunto. Por suerte, seis puntos en la cabeza avalaban que yo también era una víctima y no podrían intentar nada contra mí. O eso pensaba yo.

—¿Ya lo han interrogado?

—Fue el primero de nuestra lista —contestó Demme solícito—. Como ya le he dicho, lo tenemos en el punto de mira. También hemos hablado con los allegados y los empleados. Familiares no existen. Desgraciadamente, no han arrojado luz.

—¿Qué empleados? El único es Norman Bloch.

—También una asistenta en la mansión —agregó Nadine después de consultar sus notas.

—Aquella noche no había nadie en el domicilio, salvo la señora Grant.

—La asistenta libró el día del asesinato.

—Muy oportuno, ¿no creen? ¿Y qué han dicho?

—No entraré en detalles, pero le adelanto que nadie se ha referido al

matrimonio en los mismos términos que usted.

—Resumiendo: que estaban muy enamorados —añadió el Oso.

—¿Y la coartada de Grant? —Empecé a impacientarme.

—Y dale con Grant —protestó el inspector.

—Estamos cotejando su testimonio con el de varios testigos que pueden constatar que se hospedó en el hotel y acudió a las reuniones que ha declarado.

—¿Y el empleado?

—Es un tipo peculiar, pero eso no es motivo para investigarlo.

—Les digo que no es trigo limpio —insistí, con la impresión de que había topado con una pared—. Sus antecedentes psiquiátricos son más que suficientes para considerarlo sospechoso.

—Lo tendremos en cuenta, Rachel, no te preocupes —me tranquilizó mi amiga.

—¿Vais a tener en cuenta al resto también? ¿A Besson? ¿A Smiles?

—Bladovich, aquí interrogamos nosotros —interrumpió el Oso.

—Comprenda que su historia es un poco... inverosímil —alegó Demme—. El principal interesado en resolver el crimen, el señor Grant, no ha dicho nada de chantajes.

—Si le interesara que ustedes lo supieran, no habría acudido a mí.

—Tenemos fichados a todos los mafiosos del estado. Los soplones nos mantienen al día sobre los movimientos del *negocio*. Si existiera un criminal llamado Besson, lo sabríamos. Le aseguro que jamás hemos oído ese nombre relacionado con la mafia.

—Claro, por eso le llaman el Fantasma, porque nadie lo conoce —puntalicé, muy alterada.

—Lo tendremos en cuenta, relájese.

—La tal Smiles es oriunda de los pantanos del sur. Quizás la policía de allí la tenga fichada. Si la pilláis a ella, lo tendréis a él.

—Rachel, ya hemos tomado nota —añadió Nadine sin mirarme a los ojos. A pesar de que se esforzaba por mantener su aplomo habitual, la noté nerviosa. Mala señal.

—Lou Besson debe de ser un seudónimo —insistí.

—O una patraña inventada. Como que tienes un marido, ¡marimacho! —ladró el Oso cogiéndome la mano que ostentaba la falsa alianza.

—¿Por qué habría de inventarme nada?

Se hizo el silencio. Fue cuando me di cuenta de que, si no me habían

detenido, era por falta de pruebas contra mí.

—¿De qué se me acusa exactamente? ¿De lesbiana? ¿Asesina? ¿Ambas cosas?

—Nadie está acusándola, Bladovich. Y le aconsejo que no mencione ciertas palabras en voz alta si quiere evitar problemas. No todo el mundo es tan tolerante como yo con determinadas tendencias —aseguró Demme haciendo gala de un exquisito tono paternalista. De repente, dejó de caerme bien.

—Él me acusa —señalé al Oso, que sonreía con soberbia—. Si no fuera porque no confío en tu capacidad intelectual, pensaría que esto lo has planeado tú, capullo.

—Ten cuidado conmigo. Lo único que me queda es ser un hijoputa simplón. Y se me da muy bien... —Casi me dio miedo su tono, una octava más bajo de lo normal.

El teniente intervino para evitar otra disputa.

—Lo único que decimos es que Grant niega conocerla. ¿Qué interés tendría en mentirnos?

—¿Qué interés tengo yo en involucrarlo? ¿Mi palabra no le parece suficiente? —pregunté sulfurada. Estaba hiperventilando y empecé a marearme.

—Lo siento, Rachel. Me temo que te ha dejado en la estacada —sentenció mi socia—. Nadie puede confirmar lo que dices. No tenemos más que el nombre de esa fulana y los antecedentes del vendedor. Estamos en un callejón sin salida.

Con esa escueta frase, mi antigua amante me estaba dando el pésame. Tuve la desagradable sensación de estar metida en la mierda hasta las cejas. La habitación daba vueltas a mi alrededor. Me agarré a la mesa para no caerme.

—Benton, si te queda algo de decencia, trae aquí a Bigmouth y que hable. —Nadine evitó mirarme a la cara. Entendí que no intercedería a mi favor—. Preguntad por Violet Grant en el Breathless —murmuró una voz parecida a la mía, aunque venía de tan lejos que no la identifiqué. Un runrún en los tímpanos no me dejaba razonar con nitidez.

—Lo haremos, no le quepa duda —decretó el teniente—. Pero mientras tanto, Bladovich...

Levanté la vista, incrédula. Demme permaneció cabizbajo y desenfocado. Parpadeé para oírlo mejor, aunque sabía perfectamente lo que venía.

—Déjeme a mí, jefe. Me hará el hombre más feliz de la tierra.

—No reconocerías la felicidad ni aunque estuvieras acostándote con ella, capullo —solté con el último resquicio de ánimo que me quedaba.

Fisher se enderezó hasta doblar mi altura o, al menos, eso me pareció. Sin perder la sonrisa autosuficiente, me amenazó masticando cada palabra.

—Si sabes lo que te conviene, no saldrás de la ciudad en los próximos días, Bladovich.

Lo había conseguido. Tenía al cabrón más grande de la pasma detrás de mí, dispuesto a convertirse en mi jodida sombra. Genial.

Sus palabras cayeron sobre mí como una losa. La losa de mármol que enterraría a Violet en una tumba de tierra fría. La losa que amenazaba con enterrarme a mí junto a ella.

Asqueada como estaba, mi estómago acabó por rebelarse contra tanto disparate y explotó como un globo lleno de agua, escupiendo el contenido pegajoso sobre los lustrados zapatos del policía. Lo miré aturdida, con espumarajos colgando de la barbilla. Su mano furibunda se estrelló contra mi jeta, haciéndome ver las estrellas.

Busqué a Dios entre esas estrellas. Necesitaba respuestas urgentes, pero Dios debía de estar en su día de descanso. Una cruel verdad cruzó por mis entendederas con el doloroso brillo del relámpago. La constatación de que, una vez más, estaba sola.

Era la historia de mi vida.

Tres trompazos en menos de una semana habían conseguido dejarme fuera de juego durante un período de tiempo más o menos razonable. No vi venir ninguno de los tres. Definitivamente, empezaba a perder facultades.

Siendo una persona en búsqueda del lado positivo de las cosas —que lo mío me cuesta—, tengo que reconocer que el tortazo que Fisher me arreó fue de agradecer.

En fin, quizás llegar a esa conclusión es exagerar, pero lo cierto es que nadie se ha podido resistir nunca a mi expresión angelical mientras duermo. Las malas lenguas dicen que parezco un dulce angelito que nunca ha roto un plato. Ver a un querubín sangrante e indefenso fue suficiente para que el teniente temiera las consecuencias de la poco acertada intervención de Fisher sobre mi aniñado rostro. Hasta yo tengo derechos.

El hecho de que la nariz me sangrara como si hubieran abierto en canal a un cordero ayudó a que el jefe decidiera darme un margen de duda más amplio y se replanteara aquello de que «nadie es culpable hasta que se demuestra lo contrario... a pesar de que el noventa y nueve por ciento del cuerpo odie a la sospechosa». Y es que la poli es así: cuando tiene a alguien entre ceja y ceja, lo hace encajar con el perfil de culpable y cierra el caso.

Por otra parte, Demme demostró su competencia como teniente al dejar fuera al Oso por «violencia injustificada». Como si no supiera que era un puto sádico.

En fin, no voy a quejarme ahora. De algo sirvió que aquel bruto perdiera los estribos. Al parecer, en los minutos que permanecí inconsciente, se armó una tremenda en la sala de interrogatorios. Nadine intercedió por mí obsequiando al gordinflón con una solemne patada automática en el único órgano sensible de su anatomía, y no hablo del corazón. Lo sorprendente fue que su diminuto pie alcanzara el objetivo ya que, con la enorme barriga que el Oso lucía, acertar era una ardua tarea. Pero ella siempre tuvo buena puntería, además de dominar a la perfección el factor sorpresa. Tales habilidades son clave en circunstancias donde el tamaño es un hecho determinante.

Aun a riesgo de pecar de rencorosa, juro que hubiera dado otro litro de sangre, aparte del que perdí por la nariz, con tal de presenciar el espectáculo. Desgraciadamente no fue posible, ya que me encontraba en

una especie de limbo amnésico, una cómoda dimensión para chicas con tendencias a meterse en líos, que me llamaba y me seducía, regalándome el rumor del silencio y el bienestar que proporciona la pérdida de consciencia. Para variar, la suerte seguía dándome una de cal y otra de arena. Rezaba para que la siguiente no doliera tanto.

De nuevo fue Nadine la encargada de devolverme a la seguridad de mi dulce hogar, por llamarlo de alguna manera. Y de nuevo se despidió de mí con un cálido beso que me dejó atónita.

—¿Y eso? —pregunté extrañada, mirando a un lado y a otro de la calle desierta. Ella se limitó a encogerse de hombros—. Tanta galantería me apabulla. Te ofreces para traerme a mi casa, te preocupas por mí, vuelves a besarme. ¿Quién eres y qué has hecho con Nadine Benton?

—Soy tu ángel de la guarda —respondió con naturalidad.

—Mi ángel de la guarda se llama Orlando y está de vacaciones. Y tampoco besa como tú.

—No te hagas ilusiones, que no implica nada.

Típico de ella. Podía ser la mujer más agradable del mundo pero, si se sentía insegura, también era la más cortante. La cuestión era: ¿por qué se sentía insegura?

—Tranquila, rubia —añadí mordaz—. Si denuncio a alguien por malos tratos y abuso de autoridad será a Fisher, así que relájate, no hace falta que me beses para librarte del marrón.

—Ahueca el ala antes de que me arrepienta y me ponga del lado de Fish —exclamó, dándome un codazo en las costillas.

—¡Ay! —hice aspavientos de dolor. Ella se tapó la boca, con cara de arrepentimiento.

—¿Te he hecho daño? —preguntó al cogerme del hombro con suavidad.

Me giré hacia ella sonriendo y le guiñé un ojo. Enseguida captó la broma y, como recompensa, me propinó un cachete que acabó convirtiéndose en algo parecido a una caricia. No sé si fue un acto voluntario o no pero, sea como fuere, olvidó retirar la mano de mi nuca.

Fui muy consciente de su mano sobre mí, un tacto largamente añorado que entonces se me antojó fuera de lugar. El silencio diluyó la jocosidad del instante en tintes contrastados de seriedad donde se mezclaban sensaciones inapropiadas. Podría haberme dejado llevar, cerrar los ojos y ceder ante ese calor que aliviaba mi tirantez. Estuve a punto cuando mi piel rebelde buscó más el contacto, y me arrebujaé contra su mano como un perro

que busca mimos. Ella me alentó a seguir prolongando el contacto. Me recliné más deseando evadirme pero, lejos de perderme en las caricias, el tacto actuó de gancho con la realidad, la horrible realidad en la que me encontraba, donde las horripilantes fotos de una Violet desfigurada revoloteaban como moscas ante mis párpados cerrados.

Me obligué a reponerme. Me urgía estar sola para poner en orden mi mente. Necesitaba encajar las piezas del galimatías en el que se había convertido mi caótica vida.

Mi amiga me miraba con intensidad. En verdad era una mujer preciosa. Le cogí la mano con sumo cuidado, pues no quería que me malinterpretara. Mi expresión sombría la ablandó y me acarició el pómulo.

—Benton... —empecé a decirle. No me dejó continuar. Puso un dedo sobre mi boca. Contra todo pronóstico, volvió a sorprenderme.

—¿Quieres...? ¿Te gustaría que subiera contigo? —Clavó su mirada en la mía, directa, brillante. Durante unos segundos, me perdí en su fulgor.

—Gracias, pero no es buena idea. Tú eres poli y yo sospechosa — argumenté.

—¿Y desde cuándo eso sería un inconveniente para ti?

Su tono volvió a ser el mismo de siempre, mordaz. La observé confusa por el súbito cambio. Una chispa familiar en el añil oscuro de su mirada removi6 algo en mi interior. Bufé con hastío; después de todo, seguía siendo la zorra que recordaba.

—Crees que oculto algo, ¿verdad? Y crees que te lo explicaré entre polvo y polvo. —Hice amago de salir del buga.

Nadine me detuvo, riéndose como si la hubiera pillado en una travesura sin importancia.

—No pierdes tu olfato, ¿eh? Está bien, lo confieso: me han pedido que no te pierda de vista.

—No hace falta tener olfato para darse cuenta de que no eres trigo limpio. Ni tú ni ese teniente emperifollado.

Bajó la mirada, señal inequívoca de que tenía razón.

—Nos preocupas.

—¿Nos?

—Al teniente y a mí, claro. Eres un elemento importante en la investigación. Y muy lista. Puedes ayudarnos. Sin ti...

—A ver si te aclaras, bonita. Tan pronto me acusas de desleal como alabas mis cualidades.

—Rach, compréndelo. Resulta demasiado singular.

—¿Me lo dices a mí? —me lamenté—. ¿Quién lleva seis puntos en la cabeza? ¿A quién habéis metido en una encerrona?

—Estás paranoica. No ha sido una encerrona.

—Hace unos años también dijiste que era una paranoica.

—Esto es distinto.

—Si no ha sido una encerrona, ¿qué ha sido? ¿Un intercambio entre colegas? —pregunté cada vez más cabreada, lo que no era bueno porque la cabeza me dolía como si mil demonios estuvieran organizando un festín con mi cerebro.

—No te pongas sarcástica, por favor. Tengo que decirte algo.

—Ya está todo dicho.

—Para bien o para mal, eres la única que estuvo en la escena del crimen. Quiero saber si callas o pasas algo por alto.

—¿Y te hubieras acostado conmigo para sonsacarme? —Se hizo un silencio demasiado ruidoso como para ignorarlo—. Es increíble. Después de lo que hubo entre nosotras.

—Soy una profesional.

—Sí, pero de otra índole —esputé con rencor. Ella ignoró el insulto y prosiguió con una dosis más alta de frialdad.

—Tú hubieras hecho lo mismo que yo. —Era cierto. Yo era tan zorra como ella. Al fin y al cabo, estuve jugueteando con Isse para llegar a Besson—. Si te preocupa, nadie cree que seas culpable. Ni siquiera Fish, que lo único que quiere es tenerte controlada.

—Con la correa del miedo. Conozco la historia.

—Sí —aseguró—. Son polis y son tíos duros, ¿qué esperabas?

—De ellos nada, pero de ti...

—Vas por libre, Rachel, les molesta tu independencia. Una mujer no puede ser así. Somos intrusas en un mundo de hombres. Tú lo dijiste: nos toleran. Y nosotras debemos acatar y dar gracias de que nos dejen estar.

—No escogí nacer mujer. ¡Ni pedí este caso! Intento sobrevivir como puedo.

De repente, la realidad me aplastó los hombros y el ánimo. Ya no tenía caso, no tenía nada que hacer allí.

—Lo dejo, Benton. Necesito aclararme. Diles que se relajen. Me hago a un lado.

—¿Tiras la toalla de nuevo? —inquirió con aspereza.

—Eso es un golpe bajo. No sigas por ahí.

—Te lo preguntaré de otra forma: ¿estás segura?

—Sí —admití.

—Sopletes, tienes que saberlo: esto es demasiado importante. No sé si podré protegerte.

—¿Protegerme? ¿Como has hecho en el interrogatorio? Me dijiste que me ayudarías, que no hablara más de la cuenta porque te encargarías tú... ¿Y qué has hecho?

Oteó a un lado y a otro por las ventanillas del buga, como si temiera que alguien nos espiara.

—¿Sabes quién estaba escuchando al otro lado del espejo de la sala?

—¿Qué importa?

—El fiscal.

—¿Qué pinta el fiscal...?

—Está desesperado, su carrera pende de un hilo. Necesita un caso escaparate.

—Estará contento, este tiene todos los ingredientes: mujer joven, guapa y rica, brutalmente asesinada.

—Precisamente. —Hizo una pausa para que sus palabras me calaran, pero a mí me dolía demasiado la cabeza para entender adónde quería llegar —. Ya has oído al teniente: la prensa está al acecho. Aún se recuerda el desastre de la Dalia. No podemos permitirnos otro fracaso.

—Ya, les encanta tapar su mierda con la de otros —ironicé.

—Lo de las Navidades Sangrientas puso en entredicho al departamento.

—¿Y te extraña? Seis jóvenes apaleados por cincuenta de los nuestros en las dependencias policiales. No es para sentirse orgulloso.

—Contrataron a Parker para mejorar nuestro sistema de trabajo, pero quieren resultados. Los ciudadanos se preguntan adónde van los impuestos que pagan.

—Yo también me lo pregunto. Y viendo los coches que conducís algunos, prefiero no conjeturar.

—¿Qué insinúas? —se puso en guardia.

—Este buga es carísimo, hermana. ¿Te lo puedes permitir?

—Haciendo amigos, como siempre.

—Es mi don.

—Te recomiendo que cuides a los pocos amigos que te quedan —me advirtió, molesta—. ¿Has oído hablar de las tiendas de segunda mano?

—Sí, mi cliente es el dueño del almacén más importante de Los Ángeles.

—Pues cuidado con lo que dices si no quieres verte sola.

Me sentí avergonzada. Nadine podía ser muchas cosas pero no una corrupta.

—Perdona, rubia. No sé lo que digo. Estoy afectada.

—Estás atontada. Por mí te puedes ir a la mierda.

—Lo siento, soy una idiota. Sigue, por favor... —imploré.

Las novedades las soltó a bocajarro. Muy propio de ella en realidad, cuando se cabreaba reprimía su, ya de por sí, mínimo sentido de la delicadeza.

—Tenemos otras tres víctimas. Circunstancias similares.

—¿Cómo? —exclamé, estupefacta. Las alarmas saltaron en mi cerebro

—. Los medios no han dicho nada sobre el tema.

—La policía tampoco tenía claro que estuvieran relacionados y a la prensa se le ha ocultado información determinante. Pero este asesinato lo destapará. Es la cuarta víctima del mes.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Te lo estoy diciendo ahora.

—¿*Ahora que* qué?

—Ahora que les has regalado la oportunidad de oro para lucirse ante la opinión pública.

—Explícate. —Me sentí confusa como un ratoncillo en medio de una calzada repleta de coches.

—Un psicópata apodado el Fantasma es un personaje digno de primera plana. Cuando le echen el guante, tanto el departamento como el fiscal recuperarán el favor de los ciudadanos.

—De los votantes —corregí con sarcasmo—. Nadine, el Fantasma es un gánster, no un chalado que se carga a chicas por placer.

—¿No era tu sospechoso?

—De lo de Violet Grant, pero esto cambia radicalmente el enfoque. ¿Por qué no lo habéis planteado desde el principio como homicidio múltiple? ¿No hay semejanzas entre ellas?

Nadine torció el gesto, resignada, antes de enumerar.

—Mujeres entre veinticinco y treinta años. Cabellera rojiza, halladas en lugares aislados, muerte con objeto contundente. Ni su madre las reconocería.

No sabía si reír o llorar. La competencia policial era un chiste.

—Claro, el *modus operandi* es tan diferente..., ¿cómo ibais a relacionar los asesinatos?

—Menos guasa. Sabes cómo funciona esto. Los cuerpos se encontraron en distritos diferentes, y cada comisaría investigaba por su cuenta hasta que la D13 ha metido la cuchara.

—¿Habéis establecido la pauta de comportamiento? —pregunté esperanzada.

—No tendremos nada hasta que vuelva a actuar o hasta que cometa un error.

—Debería intervenir el FBI, tienen especialistas. Esto le viene grande a la poli de Los Ángeles —sugerí.

—Los jefes no lo consentirán, Sopletes. Ya están preparando la rueda de prensa. Cuestión de impacto.

—Pero si no tienen nada —apunté, sin darme cuenta de que sobre el ratoncillo confuso, que era yo, se cernía la sombra opaca y gigantesca de un ave rapaz.

—No lo entiendes, Rach. Solo necesitan hablar del Fantasma, crear un personaje de tinta y papel, generar alarma. Cuando llegue el momento, le pondrán rostro —afirmó, con tal contundencia que sentí escalofríos—. Como tú misma puntualizaste, el Fantasma podría ser cualquiera.

Su mirada sombría, con tintes de malicia, constató mis sospechas.

—¡Ah! ¡No! No-no-no-no y mil veces no. Yo no. No me harán algo así, ¿verdad?

¿De qué me sonaba aquello? Ah, sí, los ciclos vitales que se repiten una y otra vez... Otro tiempo, otras circunstancias, la misma cabeza de turco: yo.

—Te he dicho que era un caso muy importante.

—Como que está en juego mi puto culo. ¡Seré ingenua! ¿Que no ha sido una encerrona dices?

—Rach, estoy de tu parte —afirmó apretándome la mano.

—¿Y de qué me sirve? Van a por mí, hermana —asumí, desalentada—. Ya veo los titulares: «Lesbiana enloquecida machaca la cabeza de cuatro chicas». Dirán que soy comunista, sacarán a relucir mis declaraciones del juicio en contra de mis compañeros, me pintarán como un marimacho, como una traidora, solitaria y embrutecida por mi enfermedad. ¡Lo tienen facilísimo!

—No delires.

—¿Para qué buscar al verdadero Fantasma cuando me tienen a mí?

Llama a Bigmouth, por favor. Tienes que hablar con él.

—Bigmouth ha desaparecido.

—¿Cómo que ha desaparecido? Esto es la leche, joder! —exploté.

—Se lo ha tragado la tierra. No lo encuentro por ninguna parte.

—Estoy muerta, Nadine. Soy una puñetera calamidad. Este es mi fin. —
Lloriqueé, aterrorizada.

—No, pequeña, aún no. Si sabes algo... Quizá hayas pasado por alto algún detalle, cualquier cosa que nos dé una pista... A veces la memoria nos juega malas pasadas. Tal vez viste u oíste algo, no sé, una sombra, el crujir de los zapatos... Dímelo. Quiero ayudarte.

«Pequeña.» Cuánto tiempo sin llamarme *pequeña*. Tampoco me gustaba, aunque lo prefería a Sopletes... Nadine tenía el don de rebautizarme con motes pretendidamente cariñosos, pero que no hacían más que resaltar mis carencias y hacerme sentir como una caricatura de orejas enormes y más frágil de lo que era. Así me sentía entonces, una mota de polvo en un mundo demasiado grande y hostil. El cinismo de los que ostentan el poder resulta devastador, y nadie puede hacer nada salvo correr para no ser engullido por ese mecanismo que parece tener vida propia.

Poder, opinión pública y crimen, una mala combinación en la que el aderezo imprescindible del explosivo cóctel era yo.

—Lo pensaré, en serio. Veré si hay algo útil. Está en juego mi vida.

Podría haberle hablado de mi charla con Isse Smiles, pero no hubiera sacado en claro más de lo que ya sabía de mí y mi debilidad por las chicas guapas.

—Mientras tanto, quédate tranquila. No hagas nada que empeore la situación.

—Nadine, ¿y si no soy tan afortunada como dices? ¿Y si...?

—México queda a pocas horas —susurró tan bajo que fue como si no lo hubiera dicho.

Huir a México era una opción si las cosas se ponían feas de verdad.

Temblé. Era como si ya estuviera en la silla eléctrica por aceptar el encargo equivocado. La culpa era del casero y de las facturas. Y de la fotografía en satinado blanco y negro de una hermosa mujer.

Me agradara o no, estaba subida en un tren, con destino incierto, del que no podría apearme hasta llegar a la última estación. Chelsey se moriría de la risa cuando se lo explicara.

Por si no tenía suficiente con ser la pringada de turno, frente a la puerta

de mi despacho me topé de narices con Grant, que aguardaba escondido en las sombras.

Esperó a que abriera la puerta para colarse dentro como un ratón asustado. Estupefacta, cerré tras de mí. Me crucé de brazos esperando una explicación. El tío permaneció con las manos metidas en el caro abrigo y el sombrero *Homburg* incrustado hasta las cejas, como los matones del cine. En su mirada sombría no había huella de ojeras o de párpados hinchados. Ni siquiera había llorado la muerte de su esposa. Canalla.

—Me engañó, Bladovich —graznó.

—¿Perdone? ¿Que yo hice qué? —exclamé sobresaltada por su insolencia.

—Me engañó. Me dijo que tenía un jefe que...

—No tuvo inconveniente en que aceptara el encargo, en ausencia de mi supuesto jefe y marido —lo interrumpí, demasiado cansada para aguantar acusaciones estúpidas.

—No la hubiera contratado de saber que R. J. Bladovich era una mujer. Actuó de mala fe.

—Denúncieme. Ah, no, que no puede, le ha dicho a la bofia que no me conoce. —Arrugó los ojos con un tic de furia—. Usted es el que ha actuado mal ocultando datos básicos.

—Lo que usted y yo hablamos es confidencial.

—El asesinato rompe cualquier trato de confidencialidad con el cliente. Son las normas.

—La policía no tiene por qué saber mis problemas conyugales.

—La muerte de su esposa podría considerarse un problema conyugal de interés policial, ¿no le parece?

—No se atreva a acusarme usted, detective de pacotilla. Al hablarles de Besson me ha puesto en peligro. —Por encima del cuello excesivamente almidonado de la camisa, vislumbré cómo la vena se le empezaba a hinchar. El contraste entre el color claro de la tela y el de su piel enrojecida era alarmante.

—Si no tiene nada que ocultar, debería ayudar a dar con el culpable. ¿No quiere saber qué ha pasado?

—Yo puedo ser el siguiente si no cierro el pico, ¡maldita sea! ¿No lo comprende? —Se hizo un corto silencio que agradecí. Grant bajó la voz una octava cuando añadió—: Sé muy bien quién asesinó a mi pelirroja. Ese hombre escurridizo, Besson.

—Ya no estoy segura —aseguré—. Estoy abierta a otro punto de vista.

—No tengo que convencerla de nada. Está fuera, señorita Bladovich — agregó remarcando el *señorita* con desprecio.

—Por desgracia, estoy más metida que nunca, Paul. Déjeme que comparta con usted un supuesto. Después de recapacitar, he llegado a la conclusión de que usted podría haberme mentido desde el principio.

—¿Para qué?

—Lo veo orquestando un enrevesado plan para librarse de su esposa y tener la coartada perfecta.

—¿Qué bobadas está diciendo?

—De cara a la galería, su matrimonio era el jardín del Edén. Pero usted necesitaba un testigo de la angustia que le causaban los problemas conyugales. Con el cuento sobre Lou Besson me predispuso a creer que, además de timador, era un asesino. Tiró el anzuelo y yo piqué.

—No tengo ni idea de adónde quiere llegar.

—Las casualidades no existen, Paul. ¿No es sospechoso que, precisamente el día que se va de viaje, su esposa sea asesinada? Usted se la podría haber cargado. El problema era que yo también estaba en el puerto y tuvo que atizarme, claro que no tan fuerte como para dejarme tiesa. Al fin y al cabo, me necesitaba para testificar contra el Fantasma. En principio, la policía debería confiar en mí, ya que fui una de ellos.

—¿Está usted loca? ¿De qué Fantasma habla?

El párpado se le disparó en minúsculos espasmos, que intentaba controlar sin éxito. Cerró los puños con fuerza y dio un paso hacia mí. Me la estaba jugando. Un hombre capaz de maltratar sistemáticamente a su esposa no tendría reparos en partirme la cara.

—Algo se torcería en su plan porque ha negado conocerme... O tal vez le pareció mejor que me considerasen sospechosa. Lo que no entiendo es lo de las otras chicas.

—¿Pero de qué diablos...?

—¿Estaba ensayando con ellas? ¿Se divirtió mucho?

—Sí, está usted loca. El golpe la ha debido de trastocar.

—Me falta un móvil, Paul —sentencié masticando las palabras—. Y será usted mío.

Grant metió la mano en el interior de su abrigo demasiado deprisa. Los años de entrenamiento hicieron que la mía saltara como un resorte a la parte posterior del pantalón, donde llevaba el Colt Detective. Lo encañoné

antes de que él sacara un sobre y lo esgrimiera ante mis narices.

Cuando vio el arma, abrió los ojos como platos y, tras unos segundos de incertidumbre, esbozó una mueca agarrotada que pretendía ser una sonrisa cargada de sorna.

—Vaya, ¿así trata a los clientes? ¿Apuntándolos con un arma?

—Únicamente a los sospechosos de asesinato —respondí con los músculos rígidos.

—Guarde eso, por favor. No quiero que se haga daño. —Odio a los tipos condescendientes, y Paul Grant se llevaba la palma, pero le hice caso y guardé el revólver—. Tenga. Su dinero. Dos de los grandes más un extra por los gastos. No me dé las gracias.

—Así le da carpetazo al asunto, con un fajo de billetes...

—Tome, he dicho. No haga que me arrepienta y la denuncie por intimidación.

—De ser así, debería explicar por qué mintió al negar que me conoce —añadí, burlona, mientras tomaba el sobre que me tendía. En su interior, un buen puñado de dólares. Efectivo. Nada que lo relacionara conmigo—. ¿Le firmo un recibo?

—Adiós, señorita Bladovich.

—Con esto no comprará mi silencio.

—Se llama honorario.

—Por un trabajo inconcluso.

—No importa. ¡Déjelo ya! —Se acercó a mí raudo como una bala—. Nunca la contraté, ¿me entiende? Nunca he estado aquí. Nunca le he hablado de Lou Besson.

El hombre que tenía delante era muy diferente del formal y contenido que había cruzado el umbral. Su mirada enrojecida era el espejo de un alma iracunda. Me esforcé en imaginarlo con esa mirada, el sombrero cubriéndole las malas ideas y agrediendo sin piedad a su esposa con una barra de hierro. De no haber sido por el temor que se tiritaba en sus pupilas lo habría condenado allí mismo. Di un paso hacia atrás, impactada por el cambio que se produjo en su semblante. Su piel, habitualmente morena, aparecía lívida, y el contorno de los ojos y de la boca estaban surcados por profundas arrugas que nunca antes había apreciado. En escasos minutos, había envejecido varios años.

—Todo ha acabado —decretó antes de dar media vuelta y dirigirse hacia la puerta.

—Para usted —murmuré entre dientes visualizando el negro futuro que se cernía sobre mí.

—Y para usted, señorita —añadió sin girarse siquiera. En su tono se insinuó la amenaza—. Si sigue hablando con la policía sobre Besson lo va a pasar muy mal, se lo advierto. Mi vida es más importante que la suya. Haré lo que haga falta para protegerme, no le quepa duda.

—¿Me está amenazando?

—Haga honor a esa cara de buena chica y pórtese bien.

Salió del despacho como una exhalación.

Supe que había estado conteniendo el aliento cuando un suspiro angustiado brotó tembloroso desde lo más profundo de mis pulmones.

Mi futuro se pintaba en blanco y negro de alto contraste, con dominancia del negro y pocos matices. De la noche a la mañana me había convertido en la principal —y absurda— sospechosa del asesinato de cuatro mujeres. El fiscal montaría un circo mediático y utilizaría toda la artillería para lograr la victoria. Munición tenía de sobra: mi tendencia natural para cabrear al personal, por no hablar de lo fácil que lo tendría si decidía utilizar en mi contra mi condición sexual. La gente sabe que existen personas como yo, pero creen que llevamos alguna marca que nos diferencia de ellos, así pueden protegerse de nuestra mala influencia. Odian pensar que podemos pasar desapercibidas, ser atractivas, tener cara de adolescente. Odian reconocer que podríamos ser su hija o su hermana o la vecina que les presta la sal. Es una aberración. Por eso ya me condenarían. Y eso equivaldría a la pena capital o a una lobotomía, que era prácticamente lo mismo, aunque menos espectacular.

Por otro lado, si seguía por mi cuenta, me arriesgaba a que Grant me quitara de en medio o que el Fantasma cambiara mi bonita fisonomía...

De un modo u otro, estaba condenada. ¿Qué podía hacer? ¿Escapar? La frontera mexicana estaba a pocas horas en coche pero, para la bofia, eso sería como declararme culpable. Me gustase o no, ellos eran los buenos de la historia.

Estaba atada de pies y manos.

Como ahora.

Así empecé realmente esta maldita misión: atada de pies y manos.

Aunque le había prometido a Nadine que me quedaría quietecita, decidí seguir adelante a pesar de las amenazas. ¿Qué podía perder? Además, de algún modo, se lo debía a Violet.

Saqué del bolsillo de la *Eisenhower* una de las instantáneas policiales que había robado en un descuido. Necesitaba una motivación constante, y la cara machacada de la pelirroja era la mejor.

Luego miré el sobre en mi otra mano. Era mucho dinero, nunca había tenido tanto. Guardé lo necesario para cubrir gastos, el resto lo tiré a la basura en un ataque de integridad.

Como he dicho, hay días que es mejor no levantarse.

Después de una noche de sueño profundo, desperté casi renovada. Las píldoras que me habían recetado hicieron su efecto. Hasta el dolor de cabeza habría cesado si no hubiera sido por los cabezazos que le di a la pared después de haber tirado el dinero. Cuando quise recuperarlo era demasiado tarde. El camión recolector se había llevado un buen fajo de posibilidades entre los desperdicios. Todo por un desatinado arrebató de decencia, aunque mamá diría que era un arrebató de estupidez. Durante años ha intentado meterme en la mollera que el ímpetu no es buen consejero, pero ¿quién escucha a las madres? Así pues, con unos cientos de dólares de menos y seis puntos en la cabeza de más, seguía siendo una honrada, pobre e insensata investigadora.

La visita inesperada de mi antiguo cliente me hizo dudar del supuesto asesino múltiple. Si pretendía demostrar que él había despachado a su esposa, ¿cómo lo relacionaría con las otras víctimas? ¿Y a Besson? Todo mafioso competente ejecuta a los traidores o a quienes le resultan molestos. ¿Acaso las pobres chicas trabajaban para la mafia? ¿Y si fuera una casualidad que a Violet la ventilaran como a ellas? ¿O si alguien estuviera interesado en hacernos creer que todas las muertes eran obra del mismo autor? ¿Pero quién? Salvo la policía, nadie conocía los detalles escabrosos.

La próxima vez que habláramos, tendría que preguntarle a Nadine sobre las víctimas. Mientras tanto, me centré en lo que ya sabía y en los sospechosos cercanos a Violet.

Animada, me puse manos a la obra. Los mejores resultados de una investigación se obtienen cuando el cadáver aún está caliente. Hacía veinticuatro horas que Violet había sido enterrada, cinco días después del crimen. Tenía que moverme deprisa.

La ducha rápida no consiguió mejorar mi tez pálida y ojerosa. Con esas pintas conseguiría que me dieran limosna en lugar de datos, así que me armé de valor y opté por utilizar una de las pocas armas que posee una mujer para conseguir su propósito: el maquillaje. Como mi amiga Chelsey dice, una buena capa de maquillaje hace milagros. Y yo necesitaba milagros y maquillaje a espuestas para tapar los estragos de los últimos acontecimientos.

Nadie sabrá jamás el enorme sacrificio que es para mí pintarme. A la

hora de disparar tengo un pulso envidiable, con una precisión del 98%. Por alguna perversa razón, cuando mi mano sostiene el cepillito de la máscara de pestañas en lugar del arma, mi pulso degenera de forma inversamente proporcional a lo femenina que me siento. Intuyo que mi inconsciente me boicotea.

Así pasé minutos interminables peleándome con mi poco talento y los diferentes utensilios de pintura, que estuvieron a punto de ganar la batalla. Al terminar me asomé de nuevo al espejo para ver los resultados. A pesar de mi facha desgarrada, de los pantalones anchos y la ausencia absoluta del símbolo mujeril que marcaba los cánones de la época —mi archienemigo, el tacón de aguja—, tuve que reconocer que daba el pego como para que no se me resistiera nadie. Chelsey tiene razón: no existen mujeres feas, solo mujeres que no saben arreglarse.⁹

El orden del día era muy simple. Primero visitaría El Mundo del Automóvil para recuperar el Chevrolet. También charlaría amistosamente con Norman Bloch. Seguía bajo sospecha. Con algo de suerte y un tanto más de astucia, cantaría.

Más tarde pretendía encontrar a Jimmy Bigmouth, el soplón devorador de uñas. Según Nadine, se había esfumado. Si en algo tengo habilidad es en localizar gatitos perdidos. Como el tío se movía como un gato callejero por la ciudad, podría encontrarlo. Si era necesario, rastrearía sus uñas mordidas. Tenía una gran motivación: mi trasero.

Por último, volvería al Breathless. Era hora de conocer a Besson y conversar de todo, salvo del tiempo. Además, aspiraba a salir viva de la experiencia y con la misma cara bonita que me caracteriza. ¡Fácil!

Ahí terminaba mi plan maestro. Un plan, tuve que reconocer, basado en mi intuición y la improvisación. Muy en mi línea.

Habitualmente, en Los Ángeles hace un tiempo delicioso, pero aquella mañana de finales de junio amenazaba tormenta, por lo que me di prisa en llegar al Mundo del Automóvil.

Allí, los rótulos ofrecían un mundo excelso lleno de automóviles de importación que cambiarían la vida de quienes compraran uno. No importaba el modelo ni el precio: aquellos vehículos aseguraban la diferencia. Representaban el gusto por lo exquisito, la precisión de la

mecánica, el glamour de la vieja Europa... Eran promesas que titilaban al ritmo intermitente de los neones, ajenas a la desgracia que unos días antes había ocurrido en el interior de uno de los costosos descapotables de la tienda. Mala publicidad.

Las puertas estaban abiertas de par en par. Paul Grant no había cerrado el negocio. ¿Por qué iba a hacerlo? Las fortunas no se erigen a base de corazón. La vida continuaba, pese a la trágica ausencia de su esposa.

En la entrada, un crespón negro era el único indicio del drama. Por lo demás, el local brillaba en todo su esplendor, como un circo. Un circo de éxito, reflexioné al ver la concurrencia que recorría los pasillos comparando coches. Era patente que la noticia del crimen había dado la vuelta a la ciudad. Un incidente de esas características despertaba el morbo de los chismosos que, como aves carroñeras, acudían en masa al escenario de la tragedia.

¿Mala publicidad? Había olvidado que estábamos en Los Ángeles. Einstein dijo una vez: «La vida es muy peligrosa, no por las personas que hacen el mal, sino por las que se sientan a ver lo que pasa». En el descampado donde encontraron el cadáver descuartizado de Elizabeth *Dalia Negra* Short, se plantaron un buen puñado de tenderetes durante semanas. Vendían cualquier cosa que hubiera pertenecido a la pobre infeliz, así como fotografías recortadas de los periódicos y piedras supuestamente teñidas por su sangre. La de peines, broches, tocados y medias que guardaba en su armario sin saberlo.

Divisé a Bloch embutido en un traje gris arrugado, luciendo unas aparatosas gafas que le tapaban media cara. Como una polilla, revoloteaba entre los posibles compradores, despilfarrando la irritante y solícita sonrisa que siempre lo acompañaba. Estaba en su salsa. En ese momento seguía, cual perrito faldero, a una pareja de tortolitos que fantaseaba con verse al volante de un descapotable sospechosamente similar al que Violet conducía aquella noche. Demasiado macabro para ser cierto.

Me acerqué lo suficiente como para que advirtiera mi presencia. Un imperceptible tic contrariado reveló que me había reconocido. A pesar de ello, vino hacia mí con los brazos abiertos, sin prescindir de su almidonada mueca de goce perenne, como si fuera una vieja amiga a la que hacía años que no veía. En cierta manera, tuve la misma sensación. Había pasado una eternidad desde la primera vez que visité la tienda.

—¡Bienvenida! —clamó con efusión al tiempo que se subía las gafas.

—Hola, Norman. Veo que el negocio va viento en popa —saludé, ampliando sin pudor mi sonrisa carmesí.

—Estupendamente. Las ventas se han disparado esta semana. Y eso que hoy hace un tiempo de perros —explicó exultante. Tras una pausa en la que aprovechó para hacerme un minucioso repaso, interrogó amistoso—. ¿Y usted cómo está, señora?

—He tenido días peores —contesté, al tiempo que le guiñaba un ojo con coquetería. Él no tardó en sonrojarse—. ¿Y a qué se debe que la venta esté tan animada?

Me observó por encima de las lentes, que se deslizaban con facilidad a causa de esa manera que tenía de mirar, con la cabeza gacha. Luego se las subió con un tic nervioso y, aunque atenuó su eufórica sonrisa, no la borró. Lo evoqué como un crío regordete que sonreía forzado mientras su madre le atizaba con la correa.

—Estará al tanto de lo sucedido, ¿verdad? —respondió sin bajar ni un ápice la voz. Era notorio que no le importaba que lo oyeran hablar sobre el asesinato de la jefa.

—Algo he oído, sí —murmuré, fantaseando con el cinturón y el culo de Bloch sobre mis rodillas.

—Ya sabe cómo es la chusma —adoptó un tono confidencial—. Todo el mundo quiere un descapotable rojo, así que ha sido necesario pintar los tres Buick Skylark de la trastienda. ¿No le parece delirante?

—Pero el Buick es un coche americano, y el que conducía la señora Grant...

—Eso no lo sabe esta gente —susurró guiñándome un ojo.

—Muy ingenioso su jefe.

—Sin desmerecer las iniciativas comerciales del señor Grant, esto ha sido idea mía —confesó con un exceso de orgullo que se me antojó de mal gusto.

—Supongo que el de la difunta no está en venta —dije fingiéndome alarmada.

—¡Por supuesto que no! —exclamó con aversión—. Aún lo tiene la policía. Nunca lo pondríamos a la venta sin una revisión previa. Aunque me consta que hay quien lo compraría con restos de sesos incluidos. Por suerte, la sangre se limpia bien de la tapicería de piel.

—Es lo que tiene la piel.

Bloch ignoró el sarcasmo.

—Afirmativo, es una ventaja —admitió como si fuera parte de un eslogan.

Me tenía aturdida. Hablaba con tanta frivolidad que no sabía si se estaba haciendo pasar por estúpido o era un psicópata redomado.

—Perdone —interrumpió la pareja de tortolitos—. No hemos podido evitar escucharlo.

—Sí, dígame —invitó el untuoso vendedor.

El muchacho se dispuso a hablar pero su novia, visiblemente molesta, le interrumpió con un manotazo impertinente.

—Nos ha dicho que este era el coche, el del asesinato. ¡Hasta nos ha mostrado restos de sangre! Y a esta... —Me miró de arriba abajo, deduzco que intentando encontrar un calificativo políticamente correcto que definiera a una mujer con pantalón. Se decantó por la evidencia—: A esta chica le ha dicho que está confiscado. ¿En qué quedamos?

Los orondos mofletes del cincuentón, habitualmente grises, enrojecieron hasta extremos impensados. Era increíble que aquel adulador nato se quedara sin palabras pero, durante un breve lapso de tiempo, boqueó en busca de una explicación satisfactoria. Resultaba cómico en su intento de justificarse, subiéndose las gafas una y otra vez, como si el tic le ayudara a encontrar una respuesta acertada. Juro que oí trabajar a marchas forzadas los mecanismos de su cerebro, como si una máquina de vapor estuviera a punto de explotar por el esfuerzo. Al fin, tras deliberar varias excusas, se dio por vencido.

La pareja se marchó murmurando delicias que ni yo soy capaz de decir.

—Parece que las mujeres te dejan siempre sin habla, Norman. No debe de ser agradable —mi comentario, cargado de mala baba, lo pilló por sorpresa.

—¿Qué quiere decir, señora? —preguntó con la cólera desgarrando su garganta.

—Si mal no recuerdo, la señora Grant te hablaba como esa joven.

—No —ladró—. Me hablaba peor.

Ya no sonreía. Una mueca estirada tomó el relevo a su buen humor. El rencor ensombreció la mirada que se escondía detrás de la montura.

—No deberías permitir que nadie te hablara así, Norman —le aconsejé conciliadora.

Él cambió bruscamente de tema, subiéndose las resbaladizas lentes.

—¿Viene a devolver el automóvil?

—En realidad no, aún lo necesito —respondí sonriente.

Se quitó las gafas con gesto cansado para aplicar un masaje en el puente de la nariz. El ademán hizo que me fijara en el profundo arañazo que cruzaba la nariz y llegaba hasta la bolsa del ojo izquierdo.

—Tienes un buen arañazo. —Señalé la herida—. ¿Te has metido en algún lío?

Como si un resorte lo impulsara, se colocó las lentes y repuso con desconfianza:

—No es nada, un torpe accidente —dijo con la cabeza gacha.

—Ya. Debió de dolerte —dije compasiva. Aquel arañazo podía ser la prueba que necesitaba para incriminarlo si Violet se hubiera defendido. Hice una pausa estudiada para ponerlo nervioso. El labio le empezó a transpirar—. Recuerdo una ocasión que cabreeé a mi madre y me dio un bofetón, con la mala fortuna de que casi me sacó un ojo con las uñas. Las tenía largas, era muy presumida. Estuve sin salir de casa varios días para que nadie me viera.

—A veces las madres son severas, pero es por el bien de los hijos —concluyó contundente.

—¿A ti te sacudía la tuya, Norman?

El vendedor sudaba, visiblemente agitado.

—A veces.

—¿Desde cuándo llevas gafas?

Si omitimos la tortura, el éxito de cualquier interrogatorio depende de dos principios básicos: hacer las preguntas adecuadas y desquiciar al interrogado. A juzgar por su creciente inquietud, mis preguntas debían de ser la hostia.

—Yo no podía quedarme en casa, así que me las he puesto para disimular. Da mala imagen que un comercial lleve heridas visibles —aseveró refiriéndose al arañazo—. No es bueno para las ventas.

—Entiendo. Un asesinato sí lo es —mascullé.

—¿Cómo?

—¿Desde cuándo eres corto de vista, Norman? ¿Eras un niño regordete y miope?

Torció la boca, disgustado. No le gustaron las palabras que escogí para referirme a su yo infantil.

—Desde hace años. No entiendo qué...

—Debe de ser un incordio. Yo no podría ser miope.

—No es algo que uno escoja, señora. ¿A qué viene...?

—Los miopes ven mal por la noche, ¿verdad?

—Afirmativo. Yo uso las gafas al anochecer. ¿Me explica qué quiere?

—Supongo que te pusiste las gafas hace cinco noches —apunté con tono reflexivo.

No contestó inmediatamente. Por puro instinto de conservación, supo que le estaba tendiendo una trampa. Su habitual cara de bonachón se transformó en una máscara impenetrable. Ese era el Norman Bloch que yo quería ver, y no el orondo parlanchín por quien se hacía pasar.

—Sí, ya le he dicho que las uso por la noche. ¿Por qué? —respondió con frialdad.

—Me preguntaba cómo te hiciste semejante herida, Norman.

—Le repito que fue un accidente. Es un simple arañazo.

—Sí, lo sé, lo sé. Por eso precisamente.

—Disculpe, señor. —Una chica apocada se acercó al vendedor por la espalda. Él estaba tan concentrado intentando adivinar mis propósitos que ni la oyó—. Disculpe. ¿Oiga? Perdona, quería saber... —La muchacha le tocó el brazo tímidamente, solicitando ser atendida. Cuando Bloch notó la mano, volteó hacia ella con ferocidad.

—¿Qué? ¿No ve que estoy ocupado? —gruñó.

El animado murmullo de la clientela cesó, la atención puesta sobre el amable vendedor mutado a míster Hyde. La abochornada chica optó por escabullirse sin saber qué contestar. La vida es injusta: siempre hay un cretino dispuesto a descargar su frustración sobre el más débil. Lo singular es el olfato innato de los cretinos para saber a quién pueden pisotear.

—Estás un poco alterado, Norman. ¿Algo va mal?

—¡Déjese de tanto «Norman»! ¡Deje de hacerse la simpática! ¿Cree que no la he calado?

—Hablemos en otro lugar —le pedí. Estaba llamando la atención y no me convenía tener espectadores.

—Viene aquí con los labios pintados, pestañea dos veces y cree que me voy a derretir.

—Baja la voz, Norman —murmuré, decepcionada porque Bloch fuera inmune a mis encantos.

—¿Qué quiere de mí? —espetó inesperadamente.

—¿Por qué opinas que quiero algo?

—Todas las mujeres son iguales. Siempre quieren algo. Víboras.

—¿Qué quería de ti la señora Grant?

—Usted no es de la policía. Y me mintió, tampoco trabaja para el señor Grant. ¿Quién la envía? —escupió con impaciencia.

—¿Tú quién crees, Norman?

Hizo una pausa llena de entendimiento. Entonces abrió mucho los ojos y dijo:

—¿Besson? ¿La manda él?

Me lo puso en bandeja y lo aproveché. Me limité a asentir, el resto lo hizo él solito. El color se desvaneció de su rostro tan rápido que parecía una persona enferma. Era evidente que en el transcurso de la semana había sucedido algo. Cuando lo conocí, no sabía quién era Lou Besson; cinco días después, estaba al borde del síncope por mencionarlo.

—Sígueme, por favor.

De pronto, le entró la prisa por ser discreto. Me llevó a la oficina donde, la noche del asesinato, Violet habló por teléfono con alguien misterioso. Subió la persiana del ventanal panorámico desde el que se supervisaba la tienda. Era como estar en una pecera.

—Ella... ella me avisó de que las cosas no iban bien —admitió cuando cerró la puerta.

—¿Ella?

—La señora Grant. Se refería a Besson.

Ya que estaba en racha, me arriesgué con otro farol. No tenía ni idea de lo que hablaba pero, si salía bien, sería un día productivo.

—¿Pensaste que Besson se quedaría de brazos cruzados?

Bloch se descompuso. Con los ojos de un loco, escudriñó a cada una de las personas que merodeaban alrededor de los coches. Donde él veía miradas acusadoras, yo veía curiosos en busca de una experiencia morbosa en la tienda de una atractiva mujer asesinada cruelmente.

—Devolveré el dinero, hasta el último céntimo —aseguró aterrado—. Por favor, no quiero acabar como ella.

El tema mejoraba por momentos.

—Sí, la pasta, a eso venía. ¿Cuánto te llevaste? —Seguí en mi papel de recadera.

—Doscientos, quizá algo más. Me quedaba un trece por ciento, una minucia.

—No se trata de la cantidad, Norman. Nadie engaña al jefe sin consecuencias. —Hice una pausa dramática para que reflexionara—. Trece.

Dicen que es un mal número. A mí me gusta —añadí con decisión—, aunque depende del lado en el que te encuentres, ¿verdad, Norman?

—Estoy del lado del señor Besson, se lo aseguro —tembló—. Ya he aprendido la lección. No quiero acabar como ella.

—¿Crees que él se ha cargado a la señora Grant? —Tenía que ser directa. Aquella reveladora charla estaba sembrando más dudas que las que despejaba. ¿Qué tenía que ver Besson con los escamoteos del viejo?

—¿Quién, si no? —preguntó extrañado con la cabeza hundida en los hombros—. Ha sido un aviso. Yo me quedé con el dinero. Ella me advirtió que lo sabía todo.

—Estoy desorientada, Norman. ¿Ella sabía sobre tu negocio?

Su actitud amedrentada se tornó recatada cuando me confesó una verdad inesperada.

—*Nuestro* negocio —matizó, clavando las gafas en el puente de su nariz.

—Ya, ya, *vuestro*. Cuéntame la historia, Norman. Quiero ver si te saltas algún detalle.

—Yo me encargaba de los trámites, limpiaba los coches y mantenía al señor Grant alejado de la trastienda. Ella venía a cobrar y a cambiar de coche como cambiaba de vestido. Me trataba como a un peón sin importancia. Me daba limosna. Me limité a coger lo que creí justo por mi trabajo.

No salía de mi asombro. Violet estuvo detrás del trapicheo todo el tiempo. Con ello mataba dos pájaros de un tiro: se aprovechaba del pobre diablo y de la buena fe de su marido. Además de hermosa era osada, una combinación explosiva en una mujer.

La novedad me llevó de nuevo a considerar al marido como sospechoso principal. ¿Y si había descubierto que su esposa le robaba?

—Un peón que ha sacado tajada, ¿verdad? —Él se encogió de hombros—. Pues apechuga. Ella corría con los riesgos; si no, serías tú el fiambre. —Bajo las lentes que distorsionaban sus ojos, percibí el brillo del goce insano. Se alegraba de la muerte de su jefa—. Te pusiste nervioso cuando llegó aquella mañana, ¿por qué?

—No la esperaba. Aún no había... descontado mi parte.

—¿Por qué discutió contigo?

—¿Qué importancia tiene? —inquirió, cansado del interrogatorio.

—Quiero asegurarme de lo que sabes. Si quieres que interceda por ti, desembucha.

—Le llamé la atención —respondió sin rodeos—. Las cosas se nos estaban yendo de las manos. Odio el descontrol. —Ante mi mirada interrogativa, aclaró—: Los contactos de la señora son discretos, anónimos que pagan por adelantado y en efectivo. Usted llegó pidiendo un coche, pero sin dinero y hablando de Besson. No era normal. Luego dijo que trabajaba para el señor Grant y que estaba tras mi pista...

—Necesitaba urgentemente un coche y no parecías dispuesto a prestármelo. Ya que el nombre de Besson te dejó indiferente, tuve que improvisar. Si el jefe pide, tú das.

—Para mí, la jefa era ella. Siempre creí que eran sus contactos; por su pasado, ya sabe...

No, no sabía. En realidad, lo único que sabía de la pelirroja era la romántica historia de cómo fue rescatada de una vida gris como dependienta en unos grandes almacenes. Pero, al parecer, tenía un pasado más intenso. ¿Por qué lo conocía el vendedor?

—Me asusté y le dije que había fisgones. Cuando mencioné a Besson se puso furiosa. Y cuando se ponía furiosa...

Bloch entornó los ojos, su rostro desencajado por una rabia velada, húmeda, arraigada en las entrañas. Era una rabia que olía a rancio, tanto como su pelo ralo, como su piel sebosa, como su ropa almidonada. Una rabia tan grande, alimentada tanto tiempo, que ya no podía ser en exclusiva para su madre ni para Violet. Por un instante, sentí miedo de ese hombre rechoncho y pusilánime con pinta de no haber matado a una mosca.

—Dijo que me lo había inventado para coaccionarla. Cuando le indiqué que usted aún rondaba por aquí, se suavizó. Me dio permiso para que le prestara un coche. Luego prometió volver para aclararlo todo.

—¿Y volvió?

—Afirmativo. Aquella misma noche, cuando cerré la tienda. —Habló como sumergido en una especie de trance. ¿Confesaría?—. Me explicó que el tal Besson era el verdadero cerebro de nuestra operación, que eran sus contactos. Era importante que los coches no llamaran la atención y, sobre todo, que estuvieran *limpios*.

—Ya. Los coches importados son demasiado llamativos, por eso tenéis los nacionales. ¿Cómo es que Grant tiene coches usados que ni siquiera vende?

—El Mundo del Automóvil no siempre se ha dedicado a la importación. Hace unos años, las tiendas de segunda mano surgieron como setas por la

crisis. El señor Grant se vio forzado a modificar la línea de negocio para destacar sobre la competencia y conectar con un público de alto poder adquisitivo en un momento tan duro como la guerra. La maniobra fue arriesgada, pero salió bien. Los coches de la trastienda son restos. Quería deshacerse de ellos, pero la señora lo convenció para que los conservara.

—¿Qué conveniente. ¿Cuánto tiempo hace que estás metido en el ajo?

—Un año, aproximadamente.

—¿Cómo supo ella que sisabas?

—Las cuentas no cuadraban; dijo que Besson se había dado cuenta y que era peligroso. Fue muy explícita al explicar lo que podría hacer si el dinero no aparecía. —Tragó saliva—. Creí que exageraba, que alguien dedicado al trapicheo de coches usados no sería más que un delincuente de poca monta. —Rehuyó mi mirada, temiendo que su sinceridad tuviera consecuencias.

—¿Qué pasó después de vuestro encuentro?

—Me fui. Ella quería privacidad para consultar el libro de cuentas. Cuando el señor viajaba, solía hacerlo.

—¿No la ayudabas?

—Ese día no. Me fui a descansar.

—¿Viste a alguien con ella? —Negó con la cabeza—. Norman, esto es importante, y si respondes correctamente mi jefe será benévolo. ¿Alguien más está enterado del asunto? ¿Alguien del pasado de Violet?

—No, que yo sepa. Ella... ella no hablaba conmigo. Pero leí un documento que el señor Grant había olvidado sobre su escritorio.

—¿Qué documento?

—Una lista de personajes influyentes. De algún modo, tenían algo que ver con su esposa, pero no sé el qué, se lo juro. —Hizo una pausa y me miró aterrizado por encima de las lentes—. No he visto nada, ni he hablado de él a la policía. Soy una tumba. En un par de días tendré el dinero. Se lo daré todo. Venga usted a buscarlo. Y puedo encargarme yo del trabajo, dígaselo a Besson. Soy un perro fiel.

Otro posible testigo acojonado por el gánster. Con Grant ya eran dos. Lo tenía claro si pretendía que declarase a mi favor; tendría que echarle ingenio. Mientras tanto, seguía sin nada.

—Está bien, está bien. —Le di unas palmadas en unos hombros demasiado estrechos para el diámetro de su panza. Luego, añadí con tono maternal—: Cálmate y haz bien tu trabajo. Los clientes esperan. —Señalé la tienda. Antes de salir, lo detuve—. ¿Cómo te hiciste el araño, Norman?

Se subió las gafas en un acto reflejo.

—Me pegó.

—¿Quién?

—Ella.

—¿Violet Grant te pegó? —pregunté alucinada con el carácter de la pelirroja—. ¿Por qué?

Enrojeció tanto que parecía que iba a explotar. Cuando habló, tenía la mirada oscurecida por la rabia.

—Le dije a esa maldita zorra que estaba harto de aguantar sus ataques de cólera.

—¡Norman! —exclamé, boquiabierta. Era la primera vez que lo oía hablar así.

—Se puso histérica cuando intenté limpiar el Kapitän. Me chilló como una maldita loca, que no tocara el coche, que no quería cambiarlo. Soy un hombre educado, pero no pude contenerme. Y me golpeó.

Tomé nota mental de la insólita rebeldía del viejo, además de la personalidad venal de la difunta. Debía de tener una razón para reaccionar tan exageradamente, ¿pero cuál? ¿Por qué era tan importante el coche? ¿Era un capricho? ¿O Bloch había estado a punto de descubrir algo? Recordé las maletas del maletero. ¿Llevaba en ellas la pasta del chantaje y del negocio clandestino? No tenía sentido. Si fuera así, hubiera cogido ambas maletas cuando entró en el Breathless.

Dejé marchar al hombre. Antes de cerrar la puerta tras de sí, me dedicó una mueca acartonada semejante a una sonrisa, cuya alegría no correspondía al pánico de sus ojos. Pobre diablo. Su madre hizo un buen trabajo enseñándole la hilaridad de lo terrible. No quise sentir lástima por él. Era mi culo el que estaba a medio camino de la silla eléctrica.

Bloch creía que era la recadera del mafioso, lo que me proporcionó un poder sobre él que aproveché. Sola en la oficina, empecé a rebuscar en las carpetas, apiladas en montones y organizadas a uno y otro lado de la máquina de escribir: contratos de compraventa, documentos de importación de vehículos, legajos oficiales de las aduanas... En los cajones había más de lo mismo. Nada de interés o que implicara a Grant en asuntos turbios y, desde luego, ni rastro del listado de nombres influyentes que Bloch había mencionado. ¿De qué podía tratar ese documento? ¿Qué había en el pasado de una joven y vulgar dependienta que la relacionara con personajes influyentes? Al parecer, era una chica lista, con talento para el engaño,

además de la suficiente frialdad como para robar a espaldas de su esposo. Probablemente planeaba abandonarlo cuando tuviera suficiente ahorrado. Lo que me llevaba de nuevo a la misma cuestión. ¿Con quién pensaba huir? ¿Con alguien de su pasado?

Sobre la mesa, una foto enmarcada mostraba a la atractiva pareja en un posado convencional del día de su boda. Por lo general, las fotos de boda me repelen, pero al ver las sonrisas estáticas de la pareja tuve ganas de romperla. En su lugar, desmonté el portarretratos. Era un buen sitio para esconder, por ejemplo, un papel doblado con información. Lo único que había era la fecha de la boda escrita a mano en la parte de atrás. La devolví a su sitio.

Se me ocurrió buscar debajo de la mesa. El orden y la pulcritud eran radicalmente opuestos al de la superficie; bolas de papel desparramadas y periódicos que rebosaban la papelera constituían un desorden velado. Al agacharme para alcanzar la papelera, el pelo se me enganchó a la parte inferior, donde dos tiras de cinta adhesiva mantenían pegada a la mesa la agenda de Paul Grant.

Con el pulso alterado y unos cuantos pelos menos, la cogí. El último día con anotaciones era el 24 de junio, el de la muerte de Violet. Estaba marcado como importante junto a la dirección de un hotel. Su viaje de negocios, me recelé. Seguí hojeándola para comprobar que mi cliente viajaba con frecuencia por todo el país. En las semanas anteriores aparecían marcadas otras fechas, siempre con una dirección de hotel anotada. ¿Qué importancia tendría aquello para esconderlo debajo de la mesa?

Me hubiera encantado tener una de esas cámaras en miniatura, como las de los espías, para hacer fotos de la agenda, pero tuve que contentarme con tomar notas en mi cuadernillo. Luego la devolví a su sitio e inspeccioné la papelera. Al desplegar uno de los periódicos de la pila comprobé que era antiguo y que la noticia de la primera página estaba recortada. Miré la fecha: edición especial del 25 de junio de 1950. Sin duda, el artículo recortado hablaba del asesinato.

Seguí repasando los ejemplares del día 24 del *Examiner*, el *Tribune* y el *Mirror*, los tres más populares de Los Ángeles. También les faltaban o la portada o recortes en varias páginas del interior. Era como si alguien coleccionara las noticias sobre el asesinato. Al mirar una docena de diarios, que iban más atrás en el tiempo, comprobé que a todos les faltaban noticias. ¿De qué iba aquello?

El último de la pila era de diciembre del año anterior, ocho meses antes del asesinato. Tenía las páginas intactas. En su lugar, un círculo remarcaba el anuncio por palabras de un investigador privado llamado R. J. Bladovich. Mi anuncio.

Anoté en mi vieja libreta las fechas y las páginas que faltaban, para buscarlos en la hemeroteca. Sería interesante conocer el contenido de esos recortes. Quizás me llevarían a alguna pista.

Mi hallazgo más valioso fue un puñado de papeles arrugados en el fondo de la papelera. Al desplegar la primera bola, escrita a máquina, comprobé que se trataba de las notas de chantaje que Grant recibía.

Paga o lo lamentarás. Soy el pie sobre tu cabeza. Dame una excusa.

Recopilé los restos de una cuartilla descuartizada en cien pedazos diminutos. Si alguien se había tomado la molestia de romperlo en tantos cachitos, podría contener información valiosa. Metí apresuradamente las notas en mi bolsillo. Las leería con calma en otro lugar, no era cuestión de arriesgarme a que Paul Grant me encontrara husmeando en su despacho.

La charla con Bloch fue provechosa, a pesar de que habían surgido algunas novedades que se me hacían difíciles de procesar.

Le había asignado a Besson un rol romántico que se desmoronaba a cada paso. Extorsionaba a mi cliente, sí, pero lo disculpé —incluso lo aplaudí— porque creía que intentaba salvar a la chica. Me dejé llevar por la compasión hacia una mujer maltratada y la antipatía que me provocaba Paul Grant. Pero ya no tenía nada claro. El triángulo formado por el marido, la difunta y el mafioso proponía una dirección confusa. ¿Por qué se involucró un gánster en una nadería como el alquiler de coches? Apenas daba para repartir entre tres. ¿Cuánto sacaba al mes?, ¿cien pavos brutos? Sacaba mucho más con la extorsión. A no ser que Besson fuera un mindundi en realidad. Eso explicaría que la poli no lo conociera. Pero ¿qué interés tendría Bigmouth en mentirme? Además, tanto mi cliente como Bloch le tenían un pavor atroz. ¿Cuál era la verdad del Fantasma?

Fuera cual fuese, lo único claro era que todos sacaban provecho y que la esposa era socia del chantajista. ¿Por qué cargarse a la aliada perfecta? ¿Por qué no al gordo? Como en el ajedrez, en la jerarquía de toda empresa hay un orden establecido y el peón, como Norman se había definido a sí mismo,

es sacrificable. Nunca es un buen movimiento matar a la reina.

¿Y si Violet se lo hubiera inventado todo para asustar a su empleado? Podría haber utilizado al Fantasma como las madres al hombre del saco para controlar a sus hijos. Sería un supuesto aceptable si no le hubieran reventado la cabeza.

Lo que me llevaba a pensar en el empleado. Hacía tres años que lo habían soltado del manicomio con diagnóstico de psicosis de personalidad variable. Tenía mucho rencor acumulado, de la clase que empuja a hacer locuras. Violet lo había despreciado y atizado: ¿podía ser un desencadenante? Aunque estaba aterrado por el Fantasma, ¿lo eximía eso del crimen?

Todo él era una hipérbole de emociones desbordadas: la templanza, el falso entusiasmo, la rabia y el miedo se turnaban en las formas amaneradas del viejo. Y no tenía coartada ya que, según él, aquella noche se fue directo a casa.

Por algún motivo, fue fácil evocar al bueno de Bloch con un cuchillo de carnicero, infligiendo dolor extremo a una víctima indefensa, rompiendo carnes y lacerando voluntades con el único afán de sentirse superior. ¿Hasta qué punto su mente había sanado, tras años de sumisión a una madre represora y maltratadora? Algo me decía que era un enfermo. Encajaba en el perfil de psicópata que actúa como ciudadano modelo, con un trabajo que le permite relacionarse, despilfarrar simpatía, sonsacar información, manipular decisiones; en definitiva, tener cierto poder sobre el incauto comprador... Me acordé de Heirens, el asesino del lápiz labial. Las chicas querían bailar con él porque era alto, simpático y un gran bailarín. Cuando lo atraparon ya había asesinado a dos mujeres y descuartizado a una niña de seis años.

Así decidí que vigilaría a Norman Bloch en su ambiente. Quería ver con qué amigos se relacionaba, si había rehecho su vida, si tenía aficiones. Resumiendo: necesitaba tachar sospechosos de mi lista.

En el vértice superior de mi tesis se encontraba el sospechoso principal, el esposo humillado que, meses antes de la extorsión, ya estaba buscando un investigador privado. Como poco, resultaba anormal. ¿Acaso conocía los chanchullos de su esposa? ¿Para qué me habría contratado realmente?

El recuerdo de la cara machacada de la pelirroja me sacudió las tripas. ¿Habría sido capaz de reventarle la cabeza a su esposa? Como mi sexto sentido no tenía la respuesta, a falta de mayordomo el marido seguía siendo

el principal sospechoso.

Recogí el Chevy, que, por fortuna, seguía donde lo dejé.

Con las notas arrugadas en el bolsillo y más dudas que respuestas en la mollera, me dirigí hacia el último lugar donde había visto a Jimmy Bigmouth, el único ser vivo que conocía capaz de comerse las uñas hasta la raíz en lo que duraba un café, y también el único que en esos momentos podía echarme un cable para quitarme de encima a mis amigos los polizontes.

Tenía muchos frentes abiertos y confiaba en que él me ayudaría a concretar, o al menos a reducir, mi lista de sospechosos. Eso y que me acompañara al D13 para declarar, a cambio del fajo de billetes que había sobrevivido a mi ataque de honestidad.

Cuando me encargan buscar a un gato perdido, empiezo por la zona donde se lo ha visto por última vez, y suele hallarse cerca. Días antes, él mismo me dijo que lo buscara cerca de donde se había bajado del tranvía. Era la única pista, así que empecé por ahí.

A pesar de que el cielo amenazaba tormenta, aparqué en la avenida Temple Street con Alameda Street y me dirigí hacia la parte este de la ciudad. Me adentré en un barrio industrial, repleto de almacenes y pequeñas fábricas, el sitio idóneo para que se ocultara una rata de ciudad como Jimmy Bigmouth.

Recorrí las calles evitando que los camiones de carga me atropellaran; era una zona de mucho ajetreo, sobre todo a aquella hora del mediodía. Los trabajadores, hispanos en su mayoría, iban de un lado a otro cargando bultos y herramientas, como hormigas esforzadas que tienen un cometido explícito. Entre la masa de hormigas, yo buscaba una rata.

Los grandes expertos de la investigación siempre dejan que los hechos fluyan por sí mismos porque saben que, en realidad, detrás hay personas con intereses que son los que fuerzan la fluidez. Un buen investigador tiene que observar el devenir, captar los cambios sutiles que se dan y dejar un porcentaje al factor intuición y otro tanto ínfimo a la suerte. Y si además eres un tipo duro como Marlowe, tienes que darle al *whisky*, a las mujeres y al ajedrez, tres actividades que ayudan a mantener la mente abierta ante cuestiones complicadas. Al menos en la ficción.

A mí, el ajedrez me amodorraba, las mujeres eran un lío y el *whisky* un consuelo, tres actividades que acababan conmigo en la cama, por lo que

debía mantenerme a cierta distancia y concentrarme en las otras premisas de un buen detective.

En mi caso, no podía esperar a que los sospechosos movieran ficha básicamente porque, para la poli, yo era la principal sospechosa. Tampoco podía permitirme el lujo de confiar en la suerte, así que el factor intuición, en un porcentaje más elevado de lo habitual, no era tan descabellado, obviando que, hasta ese momento, no me había funcionado demasiado bien.

Debatiendo conmigo misma sobre porcentajes, oí un rugido espeluznante dentro de mí: las tripas reclamaban su dosis diaria de alimento. Casualmente, delante de mí se extendía uno de esos *dinner* típicos de las zonas industriales, fabricado con varios contenedores en fila que alcanzaban los quince metros de longitud. Un simple rótulo de madera pintado a mano informaba de que estaba a punto de cruzar el umbral del Monica's Tamale Dinner. Del interior salía un olor delicioso, y las tripas volvieron a rugir. Como soy muy básica, entré. Se piensa mejor con el estómago lleno.

Para mi sorpresa, múltiples retratos de actores, repartidos por las paredes metálicas pintadas de beis, decoraban y regalaban calidez al frío local. La humanidad la proporcionaba el bullicio de los obreros que engullían el contenido de lo que parecía ser el plato del día, una masa humeante envuelta en hojas de maíz. Dos camareras servían a los comensales en la barra y otras dos, las mesas, repartidas desordenadamente en el alargado comedor. Era uno de los turnos del almuerzo. Abarrotado como estaba, a duras penas me acerqué a la barra y tomé asiento en un taburete que acababa de quedar libre, entre dos fulanos atléticos a los que se les había ido la mano con la brillantina del pelo. Al sentarme, ambos se giraron descaradamente con una sonrisa magnífica de dientes deslumbrantes. Como no estaba acostumbrada a que un tío mostrara *ese* interés por mí, me sentí violenta. ¿Por qué no dejaban de mirarme y se dedicaban a su... lo que fuera que estuvieran comiendo? Recordé el esmero con el que me había maquillado por la mañana, precisamente para gustar, así que fingí ser amable y les devolví la sonrisa. Como premio a mi monería, se apartaron dejándome más espacio para que pudiera apoyar los codos en la barra, y hasta para respirar con cierta normalidad.

—Muy amables, gracias.

Ellos asintieron sin mediar palabra, rebosando encanto por todos los poros. Eran morenos, guapos e hispanos, *latin-lovers* profesionales. Si me

gustaran los hombres, estaría perdida.

La camarera, una mujerona fuerte ya entrada en años, se plantó delante de mí con el bloc de notas y una gorrita ridícula enganchada al pelo.

—Café bien cargado y una hamburguesa completa.

Me sirvió un café aguado, que estuvo a punto de desbordar la taza, y vociferó la comanda con un fuerte acento mexicano:

—¡Un especial del día!

Apenas me dio tiempo de echar medio kilo de azúcar al agua sucia que llamaban «café», cuando puso ante mí un plato con un paquete verde y un puñado de arroz con frijoles de guarnición.

—Perdone, ha habido un error...

—¿Sííí? —dijo la camarera alargando la «i» mientras ponía los brazos en jarra. Su tono chulesco me recordó al de mi madre cuando, de adolescente, le pedía hamburguesa en lugar de verdura. Pero ya era mayorcita como para pedir mi comida favorita sin amedrentarme. ¿Qué se suponía que iba a hacer la caricatura de una Betty Boop entrada en carnes?, ¿obligarme a tragar el plato?

—Bueno, no, ya está bien así, gracias. —Más valía prevenir.

Los obreros de al lado volvieron a asentir como hermanos siameses. Al más bajo se le dibujaba un simpático hoyuelo en la barbilla cada vez que sonreía, por lo que deduje que debía de sonreír permanentemente. De hecho, lo había convertido en arte: ni siquiera para comer dejaba de hacerlo, mientras masticaba con la boca abierta mostrando su perfecta dentadura sin perder el encanto. Habría sido la envidia de Bloch de haberlo visto.

Empecé a comer, que al fin y al cabo era por lo que había entrado. Desempaqueté la comida y probé el contenido. Contra todo pronóstico, la masa envuelta tenía un exquisito sabor a maíz revuelto con trozos de carne ahumada, entre lo que pude adivinar. El arroz con frijoles negros estaba exquisito, así que di cuenta de ello en un pispás. Betty Boop, viendo mi apetito glotón, me rellenó la taza de café aguado y me obsequió con una rebanada de pan.

Entre bocado y bocado, examiné el lugar. La afición de decorar las paredes con fotos de los artistas del momento era una moda en auge desde que los Óscar habían incluido la categoría de actor de reparto en sus premios. Lo peculiar de aquellos retratos era que los protagonistas no eran célebres. Escenas del rodaje de películas como *Días sin huella*, *Gilda* o *Encadenados* se mezclaban con el posado de actores desconocidos, jóvenes

promesas unos, sueños envejecidos otros; actores anónimos para las paredes humildes de un *dinner* reciclado. Las estrellas de Hollywood brillaban por su ausencia.

—¿Le gusta?

Sobresaltada, hallé a mi camarera favorita esperando una respuesta con la misma expectación que mis compañeros de barra.

—El café un poco suave, pero la comida... ¡buenísima! ¿Qué es?

—Digo la foto, ¿le gusta? —me interrumpió con su acento mexicano.

—¿Qué foto? —La camarera señaló una, colgada detrás de la barra, que yo había estado contemplando ensimismada. En ella, Orson Wells daba órdenes al operador de cámara que filmaba una escena de *Ciudadano Kane*, en la que un montón de hombres bien vestidos aplaudían a un grupo de bailarinas—. ¡Ah! Sí, sí, me gusta. Todas, de hecho. Es llamativo que no tengan a famosos.

—Esos ya cuelgan de todas las paredes de Los Ángeles. Aquí colocamos a nuestros amigos y clientes. —Betty Boop sonrió con orgullo señalando a una de las jóvenes bailarinas—. Esa de ahí es mi hija, Margarita.

Luego indicó la fotografía de al lado, la de una joven de rasgos latinos que firmaba como Rita Ramírez y que imitaba las poses de las grandes divas de Hollywood.

—¡Oh! Es muy guapa. ¿Trabaja en el cine?

—No, trabaja aquí, es aquella, la que está recogiendo las mesas.

Avisté a Rita Ramírez cuando se metía en la cocina cargada de platos vacíos. Volví a revisar la fotografía. Los ocho años desde el rodaje de la película no habían pasado en balde.

Aunque desde la distancia no lo distinguía bien, uno de los extras que aplaudía a las bailarinas despertó mi interés.

—Tuve la oportunidad de ir al estreno de la película —mentí—, así que seguramente vi a su hija en la pantalla grande. ¿Me deja mirarla de cerca?

Descolgó la foto y me la tendió. Después cogió la jarra de café y repartió una buena dosis de cafeína a los obreros que estaban terminando el almuerzo en la barra.

Entretanto, aproveché para mirar la instantánea. La calidad era mala, pues se trataba de la foto recortada de una revista. A pesar de ello, pude distinguir entre los actores a alguien con un parecido extraordinario a Jimmy Bigmouth. Por pura inercia, recorrí las paredes del sitio buscando su retrato, por si fuera uno de los integrantes de la exposición. Al principio

me costó reconocerlo, ya que llevaba un bigote finito al estilo de Errol Flynn y un sombrero de ala ancha encasquetado, pero los ojos de rata astuta y su enorme boca sin rival lo delataron.

El corazón me dio un vuelco. El tanto por ciento de suerte inclinó la balanza a mi favor. Debía de estar convirtiéndome en una buena detective. Lo único que me faltaba era atinar con la intuición.

—Heredó las piernas de mí —espetó la mujer sacando de la máquina una nueva jarra de café recién hecho.

—Bonita herencia —la alabé sin pudor. Necesitaba ganarme su confianza para sacarle información—. ¿Así que todos los de las paredes son clientes?

—La mayoría, sí —contestó sirviéndome otra taza de café. Esta vez tenía mejor sabor—. Hace unos meses, este grandullón hizo de matón en una de gánsteres.

A mi derecha, el hombre asintió mientras mordía un bollo con aire travieso. Me dio la impresión de que era a mí a quien mordisqueaba.

—¿Sí? ¿En cuál? —lo interpele directamente a él.

—Aún no habla su idioma, le cuesta un poco la lengua —repuso la camarera—. Muchos de estos muchachos trabajan en películas que necesitan cantidad de extras, ¿sabe?

—Sí, grandes producciones. Yo también hago mis pinitos.

—Lo sabía. ¡Usted se dedica al cine! —exclamó juntando las manos como si rezara.

—¿Yo? No, no, oiga...

—Usted no es de por aquí, no la tengo vista.

—¿Pero es que conoce a todo el mundo de la zona?

—Sí —admitió. Y la creí.

—Ya, pero eso no significa...

—Usted tiene esa pinta, ¿sabe?, de tribu de cine.

—¿Qué quiere decir?

—¡Ay, no se me ofenda! No pasa nada. Soy muy moderna. Entiendo que vista así una chica del cine. ¿Está buscando caras nuevas?

—Verá, si me deja...

—He oído que preparan una donde se necesitan actores hispanos, ¿sabe?

—No, no, ahora está de moda el cine negro —contesté. Como por arte de magia, la camarera fue toda oídos. De pronto, se me ocurrió una idea—: Lo cierto es que sí, que necesitaría su ayuda.

—Hable —ordenó poniendo los brazos en jarra de nuevo, pero esta vez

con una sonrisa satisfecha.

Los obreros sentados a mi lado me invitaron a proseguir con un gesto.

—Verá, no puedo desvelar nada sobre la película. A las *majors* les gusta mantener en secreto los detalles hasta el estreno. —La mujer asintió—. Buscamos a un hombre que sea... diferente. —El tipo de mi derecha se removió en su asiento para atraer mi atención—. Más bien bajito. —Esta vez fue el otro el que sacó pecho—. Que sea poca cosa, ya me entiende. —Ambos parecieron desinflarse y perder interés en la conversación—. Los guionistas lo han definido como «una rata de ciudad», gris, nervioso y apocado.

La camarera mexicana pestañeó varias veces. Había cierta ansiedad en sus maneras, como si se estuviera conteniendo para hablar.

—Un americano paliducho, vaya. Tendrían que buscar en Nueva York, aquí todos están muy morenos, ¿sabe? —ironizó.

—Es un papel poco importante, aunque esencial para el desarrollo de la historia. Es más barato buscar en los alrededores.

—¿Cómo de esencial? —Puse sobre la barra un billete de veinte pavos. Ella tragó saliva—. Vaya, debe de ser muy esencial.

Cogió el dinero y se lo guardó con disimulo debajo del delantal.

—Creo que tengo un candidato —dijo con prudencia.

—¡Camarera! —la llamó el chico que acababa de sentarse en la barra.

—¡Ahorita voy! —contestó mientras se dirigía al lugar donde estaba la foto que yo había localizado minutos antes. La enseñó—. ¿Qué le parece? ¿Podría servir?

—Tengo hambre, camarera —exigió el chaval.

Con impaciencia mal disimulada, la camarera esperó a que dejara de fingir que me lo estaba pensando.

—Sí, parece el típico neoyorquino. —Le guiñé un ojo—. ¿Anda por aquí?

—Desde que lo despidieron de la fábrica ya no viene como antes. Pero sé dónde puede encontrarlo.

¿Cómo había acabado un operario siendo el confidente de Nadine?

—Tengo que advertirle...

—¿Qué sucede? —Crucé los dedos.

—Que él no se entere de que le he dicho esto o se enojará. Y le tengo aprecio, ¿sabe? —Hizo una pausa antes de confesar—: Jimmy no es buen actor.

—¿Jimmy qué más? —pregunté, metiéndome en mi papel de

cazatalentos.

—Su nombre es James Stuart, pero le llamamos Jimmy porque es muy renacuajo. El pobre abre la boca y lo estropea todo.

—Gracias, señora...

—Mónica Ramírez, para servirla. —Me tendió la mano. Mónica Ramírez le quedaba mejor que Betty Boop y era más apropiado para su personalidad de mujerona hispana.

—Señora Ramírez, indíqueme dónde puedo localizarlo.

—Camarera, por favor, tengo media hora para comer —lloriqueó el muchacho.

Mónica Ramírez puso los ojos en blanco.

—Espere un minuto —me pidió. Cogió el bloc de notas y le preguntó al chico hambriento—: ¿Qué va a ser?

—Unos huevos fritos, hamburguesa doble con queso y ensalada de col.

Se volvió hacia la cocina y gritó:

—¡Un especial del día!

Volvió a mi lado, arrancó una hoja del bloc y me la dio. Cuando la cogí, forcejamos unos segundos con la nota.

—Tamal, se llama tamal —recalcó como si me explicara un secreto.

—¿El qué?

—El platillo que ha comido, la especialidad de la casa.

—Me ha encantado —confesé tirando de la nota que no soltaba.

—¿Y no hay un papelito chiquitito para mi hija? Ella aún está de buen ver, ¿sabe?

—Haré lo que pueda, de verdad. —Fue decir eso y soltó la hoja.

Me levanté para marcharme, contenta por haber entrado en aquel bar, cuando la señora Ramírez me detuvo.

—¡Oiga! Que se olvida de pagar la cuenta.

El jolgorio cesó. Los parroquianos que todavía comían se giraron hacia mí. Hasta mis compañeros de barra, los seductores empedernidos, se pusieron serios. Abochornada, dejé una buena propina, mientras añadía el despiste como característica del buen investigador.

La puerta del *dinner* se cerraba cuando escuché una queja.

—¡Eh, camarera! Se ha equivocado de comanda.

Un «¿sííí?» cargado de sarcasmo calló al chico. Ese día almorzaría tamal aunque no le gustara. Hay mujeres a las que no se les puede llevar la contraria.

Seguí las instrucciones que Mónica Ramírez había escrito y conduje hacia el norte de la ciudad. En poco más de cuarenta minutos me planté en las afueras y traspasé la línea roja que dividía Los Ángeles entre los americanos de primera y los de segunda. Estaba en Chavez Ravine, donde los gringos no ponían un pie a no ser que pertenecieran a la Autoridad de Vivienda.

El barrio, prácticamente deshabitado por la recalificación urbanística, había sido invadido por máquinas excavadoras que derribaban sin contemplaciones los hogares y los anhelos de la comunidad hispanoamericana que habitaba Lil' Town, como ellos lo llamaban. La mayoría había vendido sus parcelas ante la promesa de obtener mejores viviendas públicas y parques infantiles, una vez finalizado el monumental proyecto de urbanización bautizado como Elysian Park Heights. Un bonito sueño para la mayoría de los que habían cedido sus hogares creyendo en la palabra de nuestro alcalde. El tiempo que trabajé en la D13 me sirvió para no creer en la palabra que los políticos utilizaban en beneficio propio. Ojalá me equivocara, pero en una ciudad en plena expansión como Los Ángeles, con necesidad de más terreno, ¿quién se tragaba que regalarían un nuevo hogar a aquella pobre gente? Hollywood era una fábrica de quimeras hechas de palabras y aire.

Fue fácil dar con una de las pocas residencias de dos plantas que todavía quedaban en pie. De madera pintada de blanco, había sido literalmente engullida por el colosal puente que cruzaba el barrio y se alzaba sobre su tejado. Además, la vivienda estaba construida en dos niveles de terreno, como si la tierra también se la hubiera tragado. Más que un hogar familiar parecía una ratonera. No me extrañó que Jimmy Bigmouth se escondiera allí.

Accedí a la entrada principal a través del porche vallado que, probablemente, habría conocido tiempos mejores. Tanto la puerta como las ventanas de la fachada estaban tapiadas con tablones clavados en horizontal, para evitar que nadie la ocupara, como si unos simples clavos pudieran hacer algo contra la necesidad. Leí la noticia de que muchos habitantes habían malvendido sus pertenencias; a los que se habían negado a marcharse, los desalojaron a la fuerza.

En el lateral de la vivienda existía un segundo acceso que daba a lo que debió de ser un patio donde tender la colada y, a juzgar por los juguetes descuidados, una zona lúdica para los pequeños. El único problema era que el patio estaba unos cuantos metros por debajo del nivel de la calle, por lo que, para llegar hasta allí, tenía que bajar por un terraplén abrupto, una pared natural de tierra y hierbajos ideal para resguardar a los niños. Me alegré de que la tormenta que llevaba amenazando toda la mañana no hubiera estallado aún, porque hubiera tenido que arrastrar el trasero por el fango.

Igual que la principal, la entrada del patio estaba tapiada, aunque al acercarme comprobé que los tablones estaban medio sueltos. Alguien los había manipulado para que fueran fáciles de poner y quitar. Saqué uno sin esfuerzo y eché un vistazo al interior. Estaba oscuro. Golpeé con los nudillos con la tranquilidad de que Bigmouth no podría escabullirse por ningún otro sitio que no fuera aquella puerta, ya que las salidas parecían bien selladas.

El ruido de las excavadoras era ensordecedor, así que golpeé más fuerte por si no me había oído. Otro tablón se desenganchó. Como nadie contestaba, decidí entrar.

En pocos segundos me habitué a la oscuridad. Me encontraba en medio de la cocina. Con sigilo, me adentré hacia lo que debía de ser el salón. Vislumbré una mesa y un par de sillas medio rotas, el resto del mobiliario inexistente. Me movía con sigilo pero, aun así, los delgados tablones de madera crujieron bajo mis pisadas. Amortiguado por las paredes, el barullo de las excavadoras continuaba cansino; por la hora, la jornada laboral de los obreros estaría a punto de terminar.

Oí unos pasos leves, el roce de un cuerpo que se movía apretado contra la pared, el sonido de una respiración agitada... O tal vez fue una ilusión, no estaba segura, pero provenía del piso superior.

—¿Hola? —pregunté al aire.

Por toda réplica, el silencio. Subí lentamente, afinando los sentidos tanto como me fue posible. El runrún de las excavadoras había sido sustituido por un rítmico repiqueteo que, a medida que me acercaba al borde de la escalera, se fue acelerando: mi corazón.

La letanía de una oración infantil vino a mi memoria.

—Orlando, ángel de mi guarda, dulce compañía, no me desampares ni de noche ni de día... —bisbiseé como hacía de niña.

No soy especialmente creyente pero me parece llamativo que, en situaciones de alarma, la idea de la existencia de un Dios todopoderoso que me protege no se me haga tan disparatada.

Conducida por la falsa sensación de seguridad que proporciona la oración, pisé el último peldaño. A través de las rendijas de los tablones que cubrían las ventanas se colaba más luz que en la planta inferior, por lo que pude identificar dos habitaciones diáfanas con la puerta abierta de par en par. En un rincón del suelo de la más pequeña se extendía algo oscuro que no distinguí con claridad, un bulto lo suficientemente grande como para ser un hombre.

Con la adrenalina rezumando por los poros de mi piel, me acerqué con prudencia por si se trataba de un muerto. Es en trances como aquel cuando me cuestiono por qué no hice caso a mamá y me dediqué a ser una simple secretaria.

Armándome de valor, le di un puntapié, empujando el bulto con suavidad. El muerto resultó ser varias mantas revueltas sobre un colchón. Bufé aliviada, al menos por el momento. Sin ningún género de dudas, en aquella casa se escondía alguien y, según Mónica Ramírez, se trataba de James Stuart, alias Bigmouth.

Me disponía a salir cuando una sombra me embistió y me hizo caer de espaldas. Por suerte, el colchón amortiguó el espaldarazo pero impidió que pudiera coger el Colt, que había quedado atrapado entre mis riñones y el suelo. Mi agresor empezó a repartir manotazos a diestro y siniestro, esperando que alguno me dejara KO. Menos mal que era un pésimo luchador y que estaba más nervioso que yo. Pese a que la penumbra dificultaba la visión, esquivé los golpes tan rápido como pude. Al final, acabé dándome yo solita donde tenía los puntos.

—¡Joder! —bramé dolorida.

Más por la rabia que por el afán de defenderme, le tiré del pelo con tanta fuerza que le arranqué un mechón de cuajo. Algo sucio en una pelea, es verdad, pero soy una chica, de alguna manera tengo que defenderme.

Gracias al quejido, ubiqué su rostro y le di un cabezazo. Después de un crujido seco, quedé liberada del peso de Jimmy. A pesar de que era un enclenque, preferí no medir su fuerza con la mía, tenía las de perder. Así que cogí el revólver para zanjar la pelea de una maldita vez, con tan mala suerte que se me enredó con las mantas. Enzarzarse en una disputa con una manta es una batalla perdida; por mucho que forcejeé, no conseguí

desenredarme, lo cual aprovechó mi contrincante para huir.

Como pude, me levanté del suelo, manta incluida, y me tiré sobre él, aunque sería más apropiado decir que tropecé, arrollándolo en mi caída. Ni Charlot lo hubiera hecho mejor.

—¡Jimmy! —grité, harta de la contienda—. Soy Bladovich, joder.

Pero él no cejó en el intento de escabullirse. No sé ni cómo conseguí aprisionarlo con la manta. El tío siguió dando patadas y resollando, cosa que no le sirvió de nada porque, cuanto más se movía, más se enredaba.

—Tranquilo, amiguito, o te presento a mi colega, *la señorita 38 Special* —le aconsejé.

Para acabar de convencerlo, quité el seguro del arma, para que viera que iba en serio. Fue mano de santo: mi presa dejó de moverse.

Arranqué uno de los tablones de la ventana para que entrara más luz. Cuando lo vi tirado en el suelo como un gusano envuelto en su crisálida, con la nariz chorreando sangre y sus ojillos de roedor fijos en el 38, me dio pena. No obstante, debo confesar que también sentí una estimulante punzada de malicia al pensar que Nadine había sido incapaz de localizarlo.

—¿Era necesario que te pusieras así? —pregunté indignada.

—¿Qué quieres? —gruñó.

—¿No teníamos un trato?

—No tengo nada para ti —dijo con voz nasal.

Tuve la impresión de que estaba molesto conmigo y no entendí por qué. Aplastarle la nariz fue un acto de defensa propia, él me atacó primero.

—Mira, no sé por qué te escondes ni me importa, pero necesito que me ayudes a aclarar un par de puntos.

—Te he dicho que no sé nada.

Saqué un fajo de billetes y se lo puse delante.

—Te pagaré. Colabora un poco, socio. —Me tomé su silencio como una tregua—. Si te suelto, ¿intentarás escapar?

Negó con la cabeza y lo ayudé a desenrollarse de la inusual y efectiva trampa que era la manta. Tomé nota mental para añadir la improvisación y la originalidad como nuevas capacidades del buen detective.

Lo primero que hizo al apoyarse en la pared fue morderse una uña. Me fijé en que sus dientes de roedor no eran tan grandes como me habían parecido la primera vez que lo vi.

—Oye, te veo distinto, ¿has ido al dentista?

—¿No tienes bastante con la nariz, que también quieres ocuparte de mis

dientes?

Le tendí el pañuelo de emergencia que siempre llevo conmigo, avergonzada por haberle hecho daño.

—Lo siento. No estaba segura de que fueras tú —me disculpé.

—¿Quieres decir que, si hubieras estado segura, no me hubieras roto la nariz? —preguntó, con lágrimas mezcladas de sangre. Se le estaba hinchando la cara.

—Si te la hubiera roto, no podrías soportar el dolor.

—No sabes lo que me consuela.

Estuve a punto de contestar algún reproche como «tú empezaste primero», pero hasta a mí me sonó a niñería, por lo que preferí obviar su sarcasmo e ir directamente al grano.

—¿Por qué te escondes?

—¿Cómo me has encontrado? —inquirió. Escupió una uña, que pasó rozándome.

—Por si has olvidado cómo funciona esto: si yo pago, pregunto; tú cobras, contestas.

—No te incumbe.

—Si tiene que ver con mi investigación, sí —añadí poniéndome seria—. Una mujer la ha palmado de un modo terrible. Si te escondes porque sabes algo relacionado con el Fantasma, me importa.

—¿Por qué?

—Porque voy detrás de él. Sería mi sospechoso número uno, tonto.

—¡Aquí la única idiota eres tú! —exclamó con rabia—. Persigues fantasmas, ¿no lo ves?

Perpleja, respiré hondo, alardeando de mi escaso aguante.

—Bien, vamos a empezar de cero, porque no te capto. Punto uno: ¿qué haces en Chavez Ravine?

—¿No es obvio? Malvivir —replicó. Iba a meterse otro dedo a la boca cuando lo detuve.

—Si no quieres que te ate las manos, deja de hacer eso, por favor.

Bigmouth me miró con sus ojos oscuros y brillantes, calibrando si era una amenaza o simple palabrería. Abandonó temporalmente su ritual, cosa que agradecí. Una uña más de vuelo errante y no respondo de mí.

—Este era el hogar de una amiga que me aprecia más que mi propia madre —confesó con acritud—. Aunque me da la impresión de que tú la conoces; si no, no estarías aquí. ¿Qué le diste para que me delatara?

—Una promesa que no podré cumplir —admití con tristeza.

—Está acostumbrada. Vaya mierda de sueño americano. Nadie cumple sus promesas.

—También le di veinte pavos —añadí para resarcirme—. ¿Eso cuenta?

Se encogió de hombros. A punto estuvo de iniciar de nuevo su rutina devoraúñas, pero se contuvo.

—¿Por qué aquí?

—Es el único lugar donde no me encontrarán —declaró.

—Yo te he encontrado...

—Tú eres un bicho raro. No cuentas.

—Gracias por el piropo. Viniendo de una rata bocazas...

—No se merecen.

—¿Quién tienes que te encuentre? ¿El Fantasma?

El soplón mantuvo fija sobre mí una mirada inquisidora. Reconozco que me dio escalofríos.

—¿Has averiguado algo más de Isse Smiles? Me dijiste que lo harías. — Jimmy siguió sumido en un obstinado mutismo que puso a prueba mi frágil paciencia—. ¿Qué sabes sobre el asesinato de Violet Grant o sobre cualquier otro similar que se haya perpetrado en la ciudad?

Más silencio. Recurrí a lo único que daría cuerda a cualquier chivato:

—¿Quieres esta pasta? —Agité frente a él un abanico de billetes—. Pues gánatela, tío. No te la daré por la cara.

—Estoy meditando —contestó al fin.

—No medites tanto y desembucha. Vaya soplón de mierda. ¿Cómo te aguanta Benton? Ella no tiene ni la mitad de mi paciencia. Y empiezo a perderla.

—No trabajo para ella. Solo lo hice una vez. Dos, si te cuento a ti. Y me costó muy caro —soltó a bocajarro.

—¿Qué quieres decir?

—Que te lo explique tu amiga.

—No, me lo vas a explicar tú. O mejor aún, vas a venir conmigo a la comisaría. Eres mi única baza para demostrar que Besson existe.

—Me pides un imposible, Bladovich. No puedo demostrar nada. Lo único que tengo son historias. Te las conté todas, no tengo más.

No lo creí. Por alguna razón desconocida, el bocazas se negaba a hablar. Impotente ante su actitud, saqué toda la pasta que llevaba encima.

—Acompáñame y cuéntales lo que sabes —imploré—. Así me dejarán en

paz.

Me di cuenta demasiado tarde de que había cometido el error de mostrarle mis cartas a un maestro de la supervivencia.

—Esto no es por la muerta, ¿verdad? ¡Eres sospechosa! —Se echó a reír como si le hubiera explicado un chiste buenísimo—. Muñeca, te la han jugado bien.

Yo no soy de las que atizan en un interrogatorio; me falta fuerza y me sobran escrúpulos. Los brotes de cólera se dan en contadas ocasiones, como cuando bebo una copita de más. Entonces me transformo en un monstruo de ojos opacos que me horroriza. Solo hay dos personas en el mundo que han sacado ese monstruo sin necesidad de alcohol: Nadine Benton y mi madre. Jimmy Bigmouth estuvo a punto de sumarse a la lista.

Apreté el puño que sostenía el dinero con exasperación, al tiempo que invocaba mentalmente mi mantra favorito. Tenía delante al único que podía salvar mi pellejo. La policía y el fiscal del estado me colgarían todas las muertas sin resolver de los últimos meses si no les daba un culpable.

«Sa Re Sa Sa...» La prensa ventilaría mi vida privada, utilizarían mi orientación sexual en mi contra, interrogarían a mi madre sobre mi infancia, si siempre fui así, si me sacudía, si abusaba de mí, si creía en Dios...

«Sa Re Sa Sa...» El primo Jerry vendería exclusivas detallando por qué no había querido casarme con él.

«Sa Re Sa Sa...» Terminaría mis días con una esponja mojada en el cogote y cables enchufados a los tobillos para soltar una descarga de 2.000 voltios que me achicharrarían los sesos, me explotarían los ojos y harían que me cagara encima.

«Sa Re Sa Sa...» Acosarían a mis amigos, a Ed, a Chelsey, a Nadine; perderían sus empleos... Dirían mentiras, incluso después de muerta.

«Sa Re Sa Sa...» Y todo porque ese bocazas se negaba a hablar.

—¡Basta ya! —ladré, cabreada de verdad.

Para sofocar el ataque de risa, se mordisqueó los dedos otra vez. No sé qué era peor, si el carcajeo impertinente o el ataque de cutículas voladoras.

La impotencia empuja a hacer idioteces. Sin pensarlo, lo encañoné entre las cejas. Él abrió mucho los ojos, como si no se lo creyera. Entonces giré el arma con rapidez y disparé a la pared. Varios tiros a escasos centímetros de su cabeza. Ni una bala lo rozó, pero la detonación debió de destrozarle los tímpanos. Hasta a mí me dolieron. Pálido como la muerte, escupió la última

uña que le vi morder aquella tarde. Acto seguido, empezó a cantar.

—Perdí el trabajo en la fábrica por culpa de esa rubia, tu amiga — confesó con el labio tembloroso—. Yo era contable, con acceso a temas confidenciales. Ella me sobornó. Un buen pico. Quería echarle el guante a mi jefe y, de paso, apuntarse un tanto con sus socios *pies planos*. Me prometió que nadie se enteraría de que yo era el *bocas*. Pero se enteraron. Unos gorilas me dieron una paliza tremenda. Cuando acabaron, metieron la carta de despido en mi bolsillo. Ahora nadie me contrata, no soy de fiar. Tengo cuarenta y seis años.

—Están a punto de arrestarme por cuatro asesinatos. Si me condenan, será un billete de ida al más allá. Perdonarás que no te compadezca, ¿verdad? —expuse sin la menor empatía. El monstruo de ojos opacos andaba suelto.

—Sobrevivo como extra. De cine, ya sabes.

—Sí, es un oficio recurrente —dije, entonando aburrimiento.

—También me muevo por los suburbios, disfrazado para que no me reconozcan. —Se sacó del bolsillo un objeto que se metió hábilmente en la boca—. *Voilà!* —Una prominente dentadura transformó su rostro pequeño. Luego, delante de mis ojos atónitos, adoptó una pose retraída que le hizo parecer más bajo aún. Se convirtió en la rata gris que ya conocía—. Así paso desapercibido y me entero de lo que se mueve por ahí. No suelo pillar grandes golpes, de modo que podría decirse que soy un chivato *amateur*.

Volvió a quitarse la prótesis dental al tiempo que recuperaba su pose habitual.

—¿Y lo de Besson? ¿De dónde lo sacaste? ¿Dónde oíste hablar de él?

—No puedo explicártelo, sería hombre muerto.

—Eres el tercero en dos días que dice eso y lo único cierto es que un tarado ha masacrado a una mujer.

—Lo siento... —Sonó a verdad y no insistí.

—¿Sabes algo que no me hayas explicado?

James Stuart, Bigmouth, estaba asustado. Mucho. Pero no tenía ni un pelo de tonto. Tendió la mano hacia mí esperando la pasta. Lo hice.

—He investigado, como me pediste.

—¿Por qué no has empezado por ahí? Te hubieras ahorrado un litro de sangre.

—No sabía exactamente para quién trabajabas.

—Por Dios, soy expoli.

—Por eso precisamente —enfaticó, inspirando con fuerza—. Esa mujer, Smiles, estuvo interna en el Children Home Society, en Memphis.

—¿No dijiste que era sureña?

—Al Children Home van niños de todo el país.

—Eso es irregular.

—Hay muchas cosas irregulares en ese orfanato, muñeca.

—¿Cómo te has enterado? Los expedientes son confidenciales.

—Por pura casualidad.

—Pues deberías hacerme un descuento. —Esbocé una sonrisa que él no compartió—. Es broma, sigue.

—Hago trabajitos para un periodista que investiga a la directora, la señora Tann. Tuve acceso a los expedientes y encontré el de Smiles. Huérfana, demasiado mayor para que la quisieran adoptar, demasiado joven para la vida de la institución. Fue problemática. A los dieciséis mató a una celadora y se fugó. Lo demás ya lo sabes.

—Entonces debió de estar en el tablón de criminales en busca y captura de la policía. —Bigmouth se encogió de hombros—. ¿Podrías conseguir algún documento que me sirva?

—¿Una copia del expediente te iría bien? —Asentí, entusiasmada—. Va a costarte mucho dinero. Mi contacto, el periodista, será reticente.

—Si temes delatar a tus fuentes, ¿por qué me hablas del periodista?

—Te equivocas, muñeca. A quien no puedo delatar es a quien me ha hablado del Fantasma.

No vi la diferencia, pero tampoco discutí.

—¿Cuánto quieres?

—¿Cuánto tienes?

Conté mentalmente cuánto me quedaba.

—Puedo pagarte doscientos —ofrecí.

—Quinientos.

—No alucines.

—Tú misma.

—Trescientos. —Jimmy se encogió de hombros dando a entender que quería más—. Trescientos cincuenta. No tengo más —añadí, maldiciendo el estúpido arrebato de tirar la pasta. Como chantajista Bigmouth era un aficionado, pero como negociador era duro de roer.

—Recibirás un sobre. Mantente alerta y prepara el dinero —dijo, cerrando el trato.

—¿Sabes algo de unas chicas asesinadas en la ciudad, aparte de la señora Grant?

—Lo que se rumorea por ahí, que hay un chiflado suelto al que le ponen las actrices pelirrojas y bien vestidas.

—¿Qué quieres decir?

—¿No lo sabes? —Negué boquiabierta. En realidad, no sabía nada de los otros casos—. Menos *tu Violet*, las otras muertas eran de clase humilde; sin embargo, sus vestidos eran caros, doscientos mínimo. Al asesino le gusta amortajarlas con ropa elegante.

—Por lo tanto, es alguien con pasta —razoné—. ¡Te tengo, Paul Grant!

El soplón me observó con interés, planteándose si seguir hablando. Al fin inquirió:

—¿No te ayuda tu amiga, muñeca?

Me chocó su repentino interés sobre Nadine.

—Más o menos —reconocí—. La agente Benton hace lo que puede en su situación. Por eso contaba contigo..

Él se puso en pie tan rápido que no me dio tiempo a reaccionar.

—No. No pienso ir a la comisaría.

—Tío, es un caso de vida o muerte, joder. —Soné como cualquiera de mis clientes.

—Sí. La mía. Si te acompaño, darán conmigo.

—Pero ¿quién? ¿El Fantasma?

—Hay cosas peores que un fantasma —aseveró. En su voz tembló el pánico.

—Tú me dijiste que no —insistí, intentando convencerlo en vano.

—El Fantasma es un fantasma, y así debe seguir. Si me preguntan por él, lo negaré todo.

—Le diré a la pasma dónde localizarte. Te detendrán y te obligarán a hablar.

—Diré la verdad. El Fantasma no existe.

Como si de un cuento de Poe se tratara, un trueno terrible retumbó en el cielo. Observé al contable reconvertido en soplón bañado en la luz blanca de un relámpago; su cara alcanzó matices inhumanos que me asustaron. Pero él no era ni fiero ni inhumano, ni siquiera mala persona. Era un simple superviviente en la trampa de la vida. El juego de las apariencias siguió dándome lecciones que no aprendía, por mucho que tropezara una y otra vez con la evidencia.

En pocos segundos, estalló la tormenta que llevaba amenazando todo el día, cayendo con la furia de los aguaceros tropicales. Era como si la lluvia quisiera borrar los pecados del hombre. Pero las consecuencias del pecado no se borran con facilidad. Las consecuencias del pecado son las causas de nuevos pecados, una rueda delirante de destrucción que va a más, que nos aspira a todos hacia su epicentro con su giro incontrolado y hambriento de materia.

Bigmouth lo sabía, por eso no habló más.

La Biblioteca Central quedaba a unos quince minutos en coche desde Chavez Ravine. Se trataba de una de las bibliotecas más importantes del estado y disponía de hemeroteca. Quería llegar antes de que cerrase, ya que las notas que había encontrado en la papelería me quemaban en el bolsillo. Posiblemente eran los mensajes de extorsión. Al menos Grant no me mintió en eso.

También contaba con las fechas de los periódicos a los que les faltaban recortes. Tal vez fuera una casualidad, pero era primordial saber de qué trataban.

Además, ya conocía algunos datos más sobre las tres chicas asesinadas, lo que hacía apremiante una charla profunda con Nadine. Si quería salvar mi pellejo, tenía que pedirle ayuda sin más dilación.

Cada paso que daba me alejaba del mito del Fantasma. No había logrado saber nada nuevo sobre él. A pesar de que eran tres las personas que decían temerlo, dos figuraban como sospechosos y tenían mucho que perder. Si alguno de ellos fuera culpable, sería una buena estrategia culpabilizar a un fantasma del que no se tenía ni una prueba circunstancial.

La antipatía que le tenía a Paul Grant no me dejaba ser objetiva; a mis ojos, cualquier novedad lo perfilaba más como sospechoso principal. Lo que Bigmouth me reveló sobre los vestidos caros fue definitivo. Aun así, no dejé de lado al siguiente de la lista, Norman Bloch, a quien había decidido vigilar en su zona de confort.

Me planté en la biblioteca un par de horas antes del cierre. Era un elegante edificio blanco que se elevaba hacia el cielo como un templo de sabiduría.

Localicé a la encargada y le pedí los ejemplares de las últimas semanas

del *Mirror*, del *Examiner* y del *Tribune*. En poco más de diez minutos, regresó empujando un carrito con varios volúmenes encuadernados con tapas duras. Cada volumen estaba dedicado a una editorial y contenía las páginas pegadas en hojas de cartón, para evitar que nadie pudiera mutilar los periódicos. Deposité el primer tomo sobre la extensa mesa de madera oscura que había escogido para la tarea. Aun compartiéndola con dos personas más, quedaba espacio suficiente para desplegar los volúmenes con comodidad. Nada que ver con la de mi oficina.

Las páginas estaban en orden cronológico. Empecé por el tomo del *Examiner*, sección sucesos del 25 de junio, dos días después del crimen. La crónica se esforzaba en detallar los frentes que la investigación policial tenía abiertos. Yo sabía que todo era mentira, porque no tenían ni idea de por dónde empezar, razón por la que buscaban un chivo expiatorio. Pero nunca reconocerían eso a la prensa.

En la parte inferior de la página, varias columnas resumían los homicidios más espantosos ocurridos en los últimos años. Por supuesto, no faltó la comparación con el peor de todos ellos, el de la Dalia Negra. Dos años después seguía despertando el morbo de los lectores. En el reverso se relacionaban algunos episodios de personas desaparecidas con homicidios sin resolver y citaban una lista sorprendente de nombres. Como siempre que ocurría algo de esa naturaleza, las cuartillas se llenaban de reportajes y editoriales monotemáticas que evaluaban la salud social de nuestro país.

En los últimos tiempos los delitos de sangre, que antes se leían esporádicamente en las portadas de los periódicos, se habían multiplicado y con ello la alarma ciudadana. Una sociedad con un exceso de crímenes es una sociedad enferma. Sin ir más lejos, en la misma página, destacaba un recuadro cuyo titular exponía en letras mayúsculas:

OTRO MACABRO ASESINATO

El cuerpo de la noticia narraba, con reprimido sensacionalismo, la aparición de un nuevo cadáver irreconocible que se encontraba en las dependencias del forense, a la espera de identificación, debido a la paliza a la que fue sometida la víctima. Por las ropas que vestía, barajaban la idea de que perteneciera a una familia bien. Recordé lo que Jimmy el *bocazas* me había explicado.

En el faldón de la página, la fotografía de una atractiva joven llamada Mary Larey capturó mi atención por su parecido con la propia Violet. El

pie de foto rezaba que se encontraba en paradero desconocido desde el 17 de ese mes.

Tomé nota de todo y abrí el periódico del 24 de junio. Busqué el artículo recortado. Bajo un gran titular, una extensa reseña describía el truculento homicidio de la hermosa señora Grant y aportaba datos sobre el negocio de automóviles de importación del marido, su desolación, la lamentable pérdida de una respetable dama de la sociedad y blablablá.

Las páginas interiores, ausentes en el diario que encontré, trataban sobre personas desaparecidas. El mismo retrato de Mary Larey, esta vez junto a otro de menos calidad de una muchacha que parecía su hermana, aunque los apellidos no coincidieran: Betty Booker, desaparecida cuatro días antes.

Sobrecogida ante la coincidencia, hojeé el diario del día anterior. Nuevamente la instantánea de las dos jóvenes. Al lado, la declaración del jefe Parker remarcaba que creía improbable la identificación del cadáver encontrado en el parque Will Rogers State, en las montañas de Santa Mónica, debido a que los animales salvajes habían dado cuenta del cadáver.

Curvé la boca con repulsa. Otro cadáver no identificado. Quien lo había abandonado allí, sabía lo que se hacía.

En el apartado de clasificados del volumen del *Herald* del día 23, un anuncio me resultó familiar:

¡AUDICIÓN! SE BUSCA NUEVO TALENTO PARA PRÓXIMA PELÍCULA

Joven entre 25 y 30 años con talento para la actuación que tenga parecido razonable con las estrellas Maureen O'Hara y Gene Tierney.

De aspecto sano, melena larga y pelirroja natural (abstenerse cabellos teñidos). Ojos verdes y 1,60 de altura. Se valorará que sepa cantar y bailar.

Casting pagado (\$10). Presentarse viernes 23 de junio, 6:00 p.m., en 215 South Santa Fe Ave., puerta F planta 1.

La audición a la que habría ido si Grant no hubiera contratado mis servicios.

Seguí retrocediendo en el tiempo y le tocó el turno al diario del 22 de junio, donde un periodista relataba la localización del cadáver en las montañas de Santa Mónica; en «Personas Desaparecidas», los anuncios de Mary Larey y Betty Booker. Sus familias debían de estar desesperadas.

Sin embargo, el día 21 se publicó exclusivamente el de Mary, lo que significaba que la otra chica, Betty, había desaparecido dos días antes como mínimo. Para que una desaparición se tenga en cuenta, deben transcurrir

cuarenta y ocho horas, tiempo suficiente para que el agresor haga lo que le dé la gana con su víctima.

No sabía si aquello era importante, así que seguí leyendo. El *Tribune* del día 15 divulgaba la aparición del cuerpo sin vida de Polly Moore, identificada por las huellas dactilares, dada por desaparecida un día antes. Lo dicho: cuarenta y ocho horas dan para hacer mucho, mucho daño.

Aquel era el tercero en menos de quince días. Sin duda se trataba de las muertes que me querían endosar. La noticia también hacía mención del costoso vestido de la chica y especulaba sobre un amante rico, cosa que los familiares habían negado rotundamente. Yo no lo tenía tan claro como ellos, porque conocía a alguien que encajaba con el perfil de ricachón y maltratador de mujeres guapas: Paul Grant.

Seguí repasando hasta localizar algo que me alertó: el anuncio para una audición idéntico al del día 23. Lo único diferente era la fecha y el lugar de la convocatoria.

Ansiosa, me salté el orden en el que había decidido comprobar los periódicos y me remonté al más antiguo, el del 14 de junio. Allí estaba, un clon del reclamo. Ni antes del día 14 ni después del 23 volvió a publicarse, solo el 14, el 17, el 20 y el 23 de junio.

Cada tres días...

En el anuncio no se mencionaba el nombre del estudio, por lo que debía de tratarse de una producción de bajo presupuesto. Además, las producciones importantes se dejan un pastizal en publicidad, con anuncios que ocupan páginas enteras durante semanas, y que convocan al máximo de aspirantes, lo que les da popularidad extra, porque todo el mundo quiere ver el resultado de la película para la que ha hecho un *casting*. El ego de los aspirantes a estrellas no tiene límites, y eso lo saben perfectamente los que se dedican al *marketing*.

En aquel caso, cada tres días se realizó una humilde audición en diferentes puntos de la ciudad. Llamativo, teniendo en cuenta que buscaban un perfil tan específico. Sin embargo, lo más interesante fue advertir que las desapariciones de las jóvenes coincidían con las fechas de las pruebas. ¿Era una casualidad? Cada día desaparecía gente, por lo que podría ser una circunstancia eventual. ¿Y si se trataba de un artificio publicitario, concebido para que una película sin presupuesto fuera un éxito? Nunca hay que subestimar la sórdida atracción que la sangre despierta.

Los datos me generaban ansiedad, porque no los sabía interpretar: cuatro

audiciones, cuatro desapariciones, tres cadáveres. ¿Qué significaba? ¿Qué interés tenía el rey del automóvil en los recortes de sucesos y de las audiciones? Se me ocurrió otro disparate: Grant pudo publicar esos anuncios, a modo de trampa para encontrar chicas que se parecieran a su esposa; tras elegir a una, la forzaba a ponerse un bonito vestido y luego la despachaba; más tarde recortaba la prensa para hacer un álbum macabro de sus crímenes.

Si estaba en lo cierto, tendría que haber algún cabo suelto: en alguna parte habría guardado esos recortes y yo los iba a encontrar. Anoté en mi libreta los nombres de las víctimas; telefonaría a sus familias y al periódico que publicó los anuncios.

Sintiendo que estrechaba el cerco sobre mi antiguo cliente, saqué las bolas de papel y las trizas de la nota. Los extendí y los planché con la palma de las manos; luego los puse sobre la superficie pulida de la mesa, uno al lado de otro. Eran cuartillas vulgares, sin marcas ni membretes. Estaban escritas a máquina y no había fechas, de modo que los ordené como me pareció más coherente. Decidí que el primer mensaje era el que tenía la frase más corta:

Sé quién eres.

Según la lógica que establecí, el orden en el que se habían enviado dependía directamente de la presión y las amenazas, hasta que el último mensaje exponía las exigencias.

El pasado te persigue.

El dinero no puede borrar lo que hiciste.

Sigues siendo la misma serpiente y a las serpientes se las aplasta.

Te escondes entre la gente normal. Pero no eres normal. Pronto todos lo sabrán.

Paga o lo lamentarás. Soy el pie sobre tu cabeza. Dame una excusa.

Alguien, supuestamente el Fantasma, estaba muy cabreado con Paul Grant por algo muy malo que hizo en el pasado. Me moría de las ganas de saber de qué iba aquello, así que procuré reconstruir la cuartilla rota, a pesar de que le faltaban algunos pedazos.

00... te dir... Si sabe... lo que te... peq... pag... indic... nes... ablas... El seg... entrarás... do... lle...
vier... mes... \$20... ueños... q...bi... un... cómo... ños... Si... seguirás... Pro... to... dó... de... s... mujer...
Lo lam... olicía... Si h... tes... marcar.

Desde pequeña había soñado con tener la oportunidad de desentrañar un mensaje del que dependiera la vida de la heroína, como en alguna de las novelas de Agatha Christie. Si bien me sentía más identificada con Marlowe que con Miss Marple, intenté resolver el enigma tal como hubiera hecho la anciana dama de la campiña de St. Mary Mead. Lo único que me faltaba eran las agujas para hacer ganchillo.

La primera versión que resolví todavía resultaba inconexa:

Si sabeS lo que te **CONVIENE**, paga **O** seguirás... indic... nes... El seg... do vier**NES**... Lo lam... mes... \$2000... tu... Sueños pequeños... q... te dir... un... cómo... Pro... to... dó... de... mujer **P**olicía... Si hablas... bi...tes...lle... sentarás... marcar.

Echándole inventiva, descifré algo así:

Si sabeS lo que te **CONVIENE**, paga **O** seguirás **LAS** indic**ACIONES**nes... Seg**UI**do... vier**NES**... \$2000 marcar **AL** mes... **LOS** Sueños pequeños **DE LA** mujer policía... Lo lamentarás... hablas... **QUE** te dir**É**... un... cómo... Pro**ME**to billetes... dó... de.

Lo que aún era más difícil de entender, si bien algunas partes del jeroglífico quedaban bastante claras.

Exasperada, resoplé con fuerza. Busqué inspiración a mi alrededor, una musa que me ayudara a clarificarme. La musa se manifestó en forma de chiquilla pecosa con cara de pillastre. Su madre leía una novela romántica a unas mesas de distancia. Aburrída, la cría decidió pasar un buen rato a costa de mi tolerancia, ya que mis compañeros de mesa se habían ido. Con premeditación y alevosía, se sentó enfrente de mí y empezó a observarme, a la par que daba toquecitos con el pie a la pata de la mesa. A los tres minutos exactos, tenía los nervios de punta. Respiré hondo y la miré fijamente. La mocosa no se inmutó.

Tenía dos caminos: darle un puntapié por debajo de la mesa o aliarme con ella. Lejos de cabrearme, le hice una seña para que se acercara. La cría obedeció con expectación. Descompuse el rompecabezas de papel y la invité a que descifrara el mensaje. Los ojos de un niño ven más allá que los de un adulto.

Tras unos segundos de reflexión, recompuso la nota. Cogió el bolígrafo de la mesa y escribió en un papel las palabras que faltaban.

Si sabes lo que te conviene, seguirás mis indicaciones. La entrega será el segundo viernes de cada mes, \$2.000 en billetes pequeños, sin marcar. Espero a tu mujer. Pronto te diré dónde. Si hablas con la policía, lo lamentarás.

Aquella criatura era un genio. Emocionada, le di un beso sonoro en la frente. Su madre se giró con cara de pocos amigos.

—Kathy, no molestes a la señora. Vuelve aquí.

Obviamente, la cría desobedeció. En la sección de libros de Historia divisó a su próxima víctima, un señor de pelo blanco, lentes gruesas y pajarita sumergido en la lectura de un tomo de Egipto. Si se lo permitía, aquel diablillo probablemente le revelaría los secretos de los faraones.

A pesar de que tenía tantas incógnitas como al principio, estaba contenta y deseando demostrar mis suposiciones. Me propuse telefonar a Nadine desde un teléfono público. Cuando estaba a punto de salir, la bibliotecaria, una señora de grandes pechos que, a juzgar por su delgadez, debía de alimentarse exclusivamente de cultura, me alcanzó con un dossier en la mano.

—Disculpe, se ha olvidado esto en la mesa —expuso con una voz demasiado nasal para mi gusto.

No reconocí la documentación.

—No, no es mío...

—Pero usted estaba sentada en la mesa del fondo, ¿no es así? —insistió.

—Sí, aunque también había otras personas. Es posible que sea de alguna de ellas —repuse, imitando su amabilidad.

—¡Oh! Tiene usted razón. Lo llevaré a objetos perdidos. Gracias y perdone las molestias.

La bibliotecaria volvió sobre sus pasos, desplazándose por el suelo como si levitara; sus modestos tacones apenas rozaron el lustre de la baldosa. Años de práctica en ese templo, al contrario de mí, que tenía que andar de puntillas para que no se escuchasen mis pisadas.

En la calle seguía lloviznando, esa lluvia fina que te cala hasta los huesos si te descuidas, por lo que corrí para refugiarme en la cabina de teléfono que había en la otra acera. Hablar con mi amiga me costó seis intentos y varias monedas de veinticinco.

—Agente Benton al habla.

—Es difícil localizarte, rubia.

—¿Qué quieres, Sopletes? —Tan simpática como siempre.

—Me ofreciste ayuda, ¿recuerdas?

—Dijiste que lo dejabas en nuestras manos. ¿Has cambiado de opinión?

—Si piensas que voy a dejar que me echéis la culpa de todo sin defenderme, es que no me conoces.

Hizo un largo silencio que no supe cómo tomarme.

—Di algo, Benton, me estoy quedando sin monedas.

—No esperaba menos de ti —manifestó fingiendo entusiasmo.

—Benton, te noto decepcionada. Me confundes, hermana.

—Forma parte de mi encanto. ¿En qué puedo ayudarte?

—Las chicas asesinadas. ¿Qué puedes decirme de ellas?

De nuevo el silencio se apoderó de la línea telefónica.

—¿Qué tiene que ver eso contigo? —preguntó con recelo.

—Bastante, si van a culparme de sus muertes, ¿no te parece?

—No hay mucho que pueda decirte, no llevo el tema.

—Pensaba que los jefazos habían decidido relacionarlo con el de Violet.

Después de otra pausa, suspiró.

—Jóvenes, de estatura media, encontradas en...

—Sáltate esos detalles. Sé que todas se parecen.

—¿Cómo lo sabes? Hemos identificado a dos únicamente.

—Soy muy lista. Sigue, por favor.

—Estamos esperando el informe forense de la tercera. Las víctimas identificadas no tienen antecedentes, por lo que ha costado cotejar las huellas dactilares —contestó, molesta por la interrupción—. Un buen trabajo policial, si me permites decirlo. Para que luego se quejen los contribuyentes.

—Ya sabemos lo injusta que es la vida, rubia. ¿Cuándo las encontraron?

—Estás muy preguntona. No veo para qué te sirven esos datos, Sopletes —replicó con cierta molestia.

—Barajo datos, ato cabos, confecciono un mapa de los hechos, qué más da. Mi cuello está en juego, joder. ¿Te vas a poner quisquillosa?

—A la primera la encontraron el 15 de junio, en un descampado, a las afueras de la ciudad. A la segunda, en Will Rogers Park. A la tercera, en una edificación en ruinas el día 24.

—¿Sus nombres?

—Sabes que no puedo darte esa información, «socia» —contestó remarcando la palabra.

—No me lo pones fácil, Nadine. Si no me ayudas, acabarás limpiándome la baba en el loquero donde me encierren.

—Lo siento, hasta ahí puedo leer. El resto tendrás que averiguarlo tú solita.

Tuve una corazonada y, sin saber qué quería probar, le pedí:

—Dime si alguna de las chicas se llama Mary Larey.

—No.

—¿No se llama así o no quieres decírmelo?

—Esto no es un concurso de la radio, Bladovich.

—¿Y Betty, Betty Booker?

Di en el clavo. El denso silencio de mi amiga hizo saltar mis alarmas internas. No podía negarlo y no lo hizo.

—Hasta mañana no saldrá publicado en la prensa. De hecho, hoy mismo nos ha llegado el informe forense con la identificación positiva. ¿Cómo lo has sabido?

—Yo qué sé, Benton, cosas de mi intuición. ¿La otra se llama Polly Moore, por casualidad?

—Si se entera alguien de que te lo he dicho..

—Relájate, tú no me has dicho nada. Lo he adivinado yo solita, como me has sugerido.

—Betty Booker y la que falta por identificar se hallaban en un estado muy avanzado de descomposición. De hecho, el cadáver de Will Rogers Park está medio devorado por los animales. No sé si podremos descubrir quién era, la verdad.

—Me juego lo que quieras a que se llama Mary Larey.

La agente mantuvo una postura que me incomodó.

—Te aconsejo que no vayas diciendo esos nombres por ahí. Resultaría extremadamente sospechoso que los supieras si eres inocente.

Tragué saliva para deshacer el áspero nudo de mi garganta.

—Tomo nota de tu consejo, hermana. Sobre la ropa de las chicas, ¿eran vestidos caros? La prensa no da detalles.

—Sí —confirmó con tono gélido.

—¿Relaciones sexuales antes de morir?

—No, idiota. Si fuera así no intentarían colgarte el muerto. A no ser que haya algo que yo no sepa...

—Sería más fácil si se las hubiera tirado —murmuré.

—¿En qué piensas, Sopletes?

—En una teoría. Te la explicaré cuando la corrobore —contesté con demasiado entusiasmo. A la poli no le gusta que le den lecciones—. ¿Ha habido más homicidios?

—Dímelo tú. Parece que vas un paso por delante de nosotros.

—Benton —supliqué.

—No, que sepamos. Y espero que esa chica desaparecida no sea otra víctima.

—¿Te refieres a Mary Larey?

—No, otra, no recuerdo su nombre. Sus padres han montado un campamento en la Oficina de Personas Desaparecidas convencidos de que le ha ocurrido algo malo. Siempre es igual. Una joven se fuga, harta de aburrirse en la granja, y los padres dicen que su hija era feliz, que nunca haría algo así, que por fuerza la han secuestrado. ¡Como si ellos fueran Rockefeller!

—¿Otra chica? ¿Cuándo?

—Sí, otra. Parece una epidemia. Ayer mismo salió publicado. ¿No lees el periódico?

—¡Joder! Otro punto en contra —exclamé desalentada. Si esa desaparición tenía que ver con el resto, a la mierda mi hipótesis.

—¿En contra de qué? ¿De esa teoría que no puedes explicarme? —inquirió, de nuevo desconfiada—. *Quid pro quo*, Bladovich.

Durante unos segundos, me debatí entre si compartir o no con ella mis descubrimientos. Por alguna razón, decidí que no era el momento.

—No sé qué porras significa eso, pero no, gracias.

—Significa colaboración a dos bandas, *hermana* —enfaticó enojada.

—En serio, ahora no. Necesito averiguar un par de cosillas —respondí reflexiva. Debían de estar muy perdidos en la brigada para que Nadine quisiera colaborar.

—¿Tienes algo que explicarme, Bladovich? —En su tono sonó la sospecha.

Estaba mosqueándose bastante, así que recurrí a algo que sabía que le molestaría lo suficiente como para que cambiara de tema.

—He encontrado a Jimmy Bigmouth.

Tras una leve pausa, la agente preguntó cautelosa:

—¿Vivo?

—Claro que vivo. ¿Por qué no iba a estarlo?

—Ni que fuera raro encontrar a un soplón envasado al vacío. Ya sabes cómo funciona el negocio. —Sí, lo sabía demasiado bien. Los bocazas no llegaban a viejos—. ¿Dónde está?

Le prometí a Jimmy que no le delataría, así que me hice la loca.

—Ha sido bastante fácil encontrarlo. Parece que estás perdiendo facultades, rubia.

—Pero ¿dónde está? ¿Va a ayudarte? ¿Declarará a tu favor?

—No. Estuvimos charlando un rato. Es un tío peculiar. Me dijo que trabajó para ti una vez, Benton...

Escuché la respiración profunda de Nadine.

—En realidad, dos. ¿Qué importa eso?

—Sí, eso añadió, que eran dos. Solo era una observación.

—¿Te contó algo de interés?

—Minucias —mentí—. Como no me esmere, no me libraré de esta.

—Lo siento, Sopletes. Yo no decido lo que está pasando —se disculpó.

—No me llores todavía, rubia, no estoy acabada. Tú misma dijiste que soy una chica afortunada —exclamé, intentando animarme a mí misma.

—También dije que eres una calamidad.

—Yo también te quiero. ¿Sabéis ya algo de Besson?

—No, Sopletes. Esa línea de investigación está muerta.

—¿Por qué? Tenéis a un posible mafioso que detener.

—No tenemos nada. Si no aparece en los archivos, no existe. Danos algo más que palabras.

—Lo haré —aseguré tomándolo como un reto—. Al menos habréis cotejado la coartada de Grant y la de su empleado...

—Sobre Grant, los testigos no se ponen de acuerdo. Y Bloch no tiene coartada, pero tampoco un móvil convincente. Odiar al jefe no es suficiente para ser sospechoso de asesinato; si no, la mitad del país tendría un problema.

—¿Ser una detective lesbiana sí que lo es? ¡Venga ya! —espeté, molesta—. Pienso llegar hasta el fondo. Ese tío guarda algún secreto.

—No hagas tonterías, Sopletes, que nos conocemos —dijo a modo de despedida.

Antes de marcharme, volví a la biblioteca para leer la noticia de la otra joven desaparecida. Además, desde que había hablado con la bibliotecaria, me rondaba por la cabeza algo a lo que no conseguía dar forma. Esperaba concretar la idea entre las inspiradoras paredes del templo de la sabiduría.

Le pedí a la encargada de la hemeroteca el periódico del día anterior, que aún no habían encuadernado. En la sección de desaparecidos seguía inamovible el retrato de Mary Larey, junto a otra joven llamada Virginia Carpenter. El pie de foto exponía que la familia la había echado de menos pocos días antes. El rostro de la muchacha era asombrosamente similar al de Mary. ¿Habría asistido al *casting* del 23 de junio? Si mi corazonada no

me fallaba, sus restos estarían a punto de aparecer, lo que abría una brecha insoldable en mi, ya de por sí, débil teoría. ¿Cómo encajaba Violet Grant en todo el asunto?

De pronto, un fogonazo de entendimiento se disparó en mi cerebro y busqué a la bibliotecaria. La encontré enfrascada en la apasionante tarea de ordenar alfabéticamente las fichas de los libros. Carraspeé para indicar mi presencia, sin éxito. Leí su nombre en el rótulo que había sobre el mostrador: Phyllis Moon. Tratándose de una ferviente apasionada de la cultura, no podía llamarse como el resto de las mortales.

—¿Señora Moon?

La mujer levantó los párpados hacia mí, extrañada de que interrumpieran su sagrada misión.

—Por favor, llámeme Phyllis. ¿En qué puedo ayudarla? —preguntó en un murmullo nítido.

—Antes he estado aquí, ¿lo recuerda? —Asintió con una sonrisa benevolente—. Quería darme un dossier, creyendo que era mío.

—Sí, ha venido un muchacho alarmadísimo porque se trataba de un trabajo para la Universidad. Menos mal que ha sido honrada, querida. Se sorprendería de la cantidad de personas que se llevan lo que no es suyo por el afán de curiosear.

—Pero usted creía que era mío...

—Ya se lo he aclarado antes: porque estaba usted sentada en esa mesa —me explicó como si yo fuera una niña pequeña—. No se me ha ocurrido pensar que podía ser de sus compañeros de mesa. Un error de juicio. Después de todo, tenía que haberme figurado que no era suyo.

—¿Eso por qué?

—No se tome a mal lo que le voy a decir, querida, es que no parece de la clase de persona que lleva todo ordenado en carpetas —se sinceró con su voz nasal—. Perdóneme si me equivoco, pero la veo más bien tomando apuntes en cualquier papel, en la esquina de una servilleta o en una libreta pequeña con hojas sueltas ligada con una goma.

Le mostré mi libreta de notas con una sonrisa. ¿Tan transparente era?

—Todos tenemos manías que se reflejan en los pequeños detalles: la soltura al pasar la página de un periódico, la manera en que se apilan los libros, la inquietud en la mirada... Sin ánimo de ofender, usted no sabe lo que es el orden, querida niña. Por eso tenía que haberme dado cuenta de que el dossier no le pertenecía.

—Me sorprende el análisis que ha hecho de mí por la forma de pasar las páginas, Phyllis.

—Son años tratando con el público, querida. ¿Puedo ayudarla en algo más?

Negué con la cabeza, satisfecha de haber hablado con semejante personaje. Debería dejarme caer más a menudo por la biblioteca. Phyllis Moon tenía un don especial para la observación, podría aprender mucho de ella. Sin saberlo, su observación hizo que reconsiderase mi enfoque. Supuse que Grant había recortado los periódicos porque estaban en su papelera, junto con las notas; pero tanto su maltrecha esposa como el empleado hacían uso del despacho, lo que significaba que podría ser cualquiera de los dos. Y salvo que Violet se hubiera levantado de la tumba para jugar a los recortables, quedaba una opción: Bloch. ¿Para qué querría Bloch esos recortes de prensa?

Una vez en el cómodo asiento del Chevrolet, deposité mi libreta y las notas arrugadas en la guantera y, en un rincón de la memoria, los nombres de esas cuatro chicas. Desaparecieron coincidiendo con las fechas de las audiciones, y sus cuerpos sin vida se encontraron en circunstancias similares. Era cuestión de comprobar si las víctimas también compartían sueño y si habían acudido a las audiciones.

Arranqué el motor con el presentimiento de que, aunque Violet Grant no encajara en el perfil de fugitiva con sueños de estrellato, su muerte estaba relacionada con las otras víctimas.

Llegué al Breathless más tarde de lo previsto. Seguía lloviendo y el cielo había oscurecido tanto que parecía de noche, aunque aún era temprano para abrir las puertas al público.

El plan constaba de dos fases: colarme en el club y buscar documentos, armas, el sótano de la tortura... Cualquier indicio de fechorías relacionadas con prácticas ilegales que le diera una excusa a la policía para ponerlo patas arriba y acorralar a Besson.

La segunda fase consistía en salir sin ser descubierta y volver a entrar por la puerta principal, esta vez como clienta. Quería charlar con Smiles. Como a ella no podía pagarle como al chivato ni amenazarla como al vendedor, utilizaría mis encantos. Al fin y al cabo, en nuestro primer encuentro se había mostrado interesada por mí. O mucho me equivocaba, o Smiles era una de mis *hermanas*.

Fui directamente al callejón que bordeaba el edificio. Todos los locales tienen un acceso para el personal. Por segunda vez en el mismo día, allanaría una propiedad privada. Batiendo récords.

Con el mal tiempo, ni un alma pasaba por allí, de modo que saqué las utilísimas horquillas de pelo, doblé una y forcé la puerta. En menos de un minuto, la cerradura cedió. Soy buena abriendo cerraduras, pero aquella fue demasiado fácil. Me chocó la escasa seguridad de la guarida de alguien tan peligroso. Aun así, eché un vistazo a uno y a otro lado del callejón con la impresión de que me observaban. ¿Sería una trampa? No había nadie. La adrenalina puede crear falsas impresiones.

Una vez más aquella tarde, invoqué a mi ángel de la guarda para que me amparase en aquella locura. Hubiera sido más fácil quedarme quietecita y no meterme en la boca del lobo pero, ¡qué narices!, me encanta la sensación de peligro. Así que saqué pecho, empujé la puerta y me escurrí dentro, cerrando inmediatamente.

La ausencia absoluta de luz requirió que siguiera a tientas la pared. Procuré no hacer ruido por si había alguien en el club. Llevaba una veintena de pasos cuando me topé con alguien que me acechaba en silencio. Ahogué un chillido y permanecí quieta. Esperé a que se encendieran las luces y un grupo de mafiosos me acribillara a balazos. Nada de eso sucedió. Fuera quien fuese, se mostró indiferente, por lo que me atreví a palpar.

Eran los trajes colgados de los camareros. Sobrepuesta del primer susto, busqué un encendedor en los bolsillos de las prendas. Hallé una caja de fósforos.

La limitada luz de la cerilla desveló un cuarto de dimensiones modestas, con taquillas en un extremo para que el personal guardara sus enseres. Al otro lado, una puerta. Giré el picaporte despacio. Estaba bien engrasado. Antes de abrirla apagué la cerilla, por si al otro lado alguien veía su diminuto fulgor. Pero al otro lado había más de lo mismo: oscuridad.

Encendí otro fósforo. Su fuerte olor impregnó la atmósfera. Entre la sombra-luz distinguí las formas de varios muebles apilados sin ningún orden, cajas de madera y cuerdas desperdigadas por doquier. Era un almacén repleto de peligros puntiagudos que aprovechaban la penumbra para golpearme a traición en las pantorrillas. Odio chocar con los picos de los muebles, es jodidamente mortificante y doloroso.

Ignoré la punzada en la cadera del último tropezón y salí a un corredor en cuyo extremo se insinuaba el resplandor incandescente de una bombilla. Mi corazón se agitó ante la posibilidad de un encontronazo con alguien inesperado, quizás el propio Fantasma. Como en otras situaciones de peligro, me alivió notar el Colt pegado a mis riñones. Esperaba no tener que desenfundarlo a no ser estrictamente necesario. Además, sería de mala educación, teniendo en cuenta que yo era la intrusa.

A medio camino, una puerta entreabierta me invitó a entrar. Asomé la cabeza: era la bodega; decenas de estanterías, cargadas de cajas de alcohol, formaban pasillos suficientemente anchos como para que una persona alcanzara las botellas con comodidad.

Se me ocurrió revisar unas cuantas cajas, por si su cargamento era distinto del que indicaba la etiqueta. Hurgué en varias de forma aleatoria. Todas contenían bebida, pero me fijé en un grupo de cajas marcadas con una cruz. Abrí una. Bajo la primera hilera de botellas descubrí armas semiautomáticas y munición como para organizar una guerra entre *familias*. Buen sitio para ocultarlas en una redada.

A juzgar por la cantidad, o el Fantasma estaba organizando un ejército o se dedicaba al tráfico de armas. Me sentí exultante. Por fin un hallazgo útil para que la policía vinculara a Besson con el crimen organizado. A partir de ahí, relacionarlo con Grant y el caso era cuestión de tiempo.

Un ruido ensordecedor me hizo respingar del susto, lo que me valió un nuevo topetazo y su correspondiente cardenal. Por un instante, creí que

había estallado una bomba en aquel arsenal camuflado de bodega, pero se trataba de la tormenta, que arreciaba con energía renovada. El sonido monótono del agua, cayendo sobre el tejado de chapa, se sumó a las alocadas palpitaciones de mi esforzado corazón, que tañía como un tambor ceremonial mensajero de muerte. Sacudí la cabeza para ahuyentar el mal agüero.

Salí de la bodega a trompicones, con unas inesperadas ganas de largarme. Miré mi reloj buscando una excusa. La de repasar mi maquillaje me pareció perfecta. Casi era la hora de abrir el club y tenía que estar presentable para iniciar la segunda fase del plan: seducir a Isse Smiles.

Al dar media vuelta tropecé con una mole que minutos antes no estaba allí. Acerqué una cerilla encendida, cuya llama temblaba en mi mano, y con razón: el simio que noches antes me había confundido con un chaval me observaba sin mediar palabra.

Antes de que pudiera salir corriendo, me empujó hacia el otro lado del pasillo. Al fondo, se insinuaba la luz. Estaba tan asustada que me limité a caminar en silencio delante del gigante, intentando no caerme cada vez que me impelía. Descubrí, con sorpresa, que la tenue luz al fondo del corredor provenía de los neones de la barra del Breathless. El resto de las lámparas estaban apagadas. Si la vez anterior el club me había parecido siniestro, entonces se me antojó la casa del terror de las ferias y que en mi nuca respiraba uno de los monstruos.

Las mesas, repartidas alrededor del escenario, mantenían cierto orden establecido. La superficie, limpia y pulida, era de buena calidad. Las sillas, tapizadas con buen gusto, las rodeaban con armonía. Todo mesurado hasta lo rebuscado. Nada que ver con el desastroso almacén.

No pude apreciar mucho más. El grandullón volvió a presionarme para que siguiera caminando, dirección a la barra, donde estaba ella.

Smiles. Reparé en ella. No me había fijado antes porque vestía de negro y su figura inerme se diluía en la penumbra. Pero allí estaba, recostada sobre la barra, dormitando. Una botella de *whisky* vacía junto al brazo flojo. Ni un músculo movía. Salvo por el vestido y el cabello moreno, lacio y largo que le cubría el semblante y parte de la espalda, parecía el cuadro de Lempicka.

Lo único lúcido que se me ocurrió fue convertirme en avestruz y enterrar la cabeza, como si nadie pudiera verme. Petrificada, me resistí a caminar, a pesar de que el gorila me empujaba. En un instante, el pavor nutrió mi prolífica fantasía, que ya proyectaba imágenes de mí misma en manos de

los sicarios del Fantasma, con los pies enterrados en cemento y a punto de ser lanzada al mar para ser alimento de los peces. ¿Sería demasiado tarde para volver atrás?

Reaccioné echando mano al revólver. Mister Simio me cogió de los hombros con fuerza.

—Ven aquí, bebe conmigo. —Smiles hizo un esfuerzo por vocalizar. Estaba borracha.

El matón me dio un codazo, invitándome a ir junto a ella. Me detuve de nuevo, intimidada.

—¿Estás sorda? Ven —ordenó con el despotismo de los que están acostumbrados a ser obedecidos.

Aquella pécora debía de tener ojos en el cogote; si no, ¿cómo sabía que era yo? ¿Acaso me estaba esperando? Temblé.

Caminé hacia ella arrastrando los pies, calculando si podía coger el revólver antes de que mister Simio se me echara encima. Titubeante, me planté a su lado. A excepción del tenue zumbido de los neones no se oía nada más.

Smiles permaneció quieta, como si yo no estuviera. Mi cerebro se esforzaba en encontrar una excusa loable que me sacara del lío y me ayudara a reconducir la segunda fase de mi plan, pero estaba tan desvaído de ideas como mi piel de color. No hicieron falta las excusas. Tras unos segundos que me parecieron horas, volvió a hablar.

—El otro día me quedé con la duda de si eras una imbécil —murmuró, y su voz fue como un cuchillo que rasgaba una tela invisible que me protegía. Tuve frío y me sentí desamparada. ¿Era mi buena fortuna que me abandonaba?—. Contesta, guapa, ¿eres imbécil?

—¿Cómo...? ¿Cómo...? —balbuceé. Me fascina la facilidad de palabra que tengo a veces.

—¿Cómo sabía que eras tú? ¿Cómo sabía que vendrías? —Acabó la frase por mí. Su largo mechón evitaba que le viera el rostro, lo que me causaba inquietud. Me alargó un vaso rebosante de *whisky*—. Bebe.

La obedecí. Me resultó imposible no hacerlo.

—Si no recuerdo mal, prefieres Jack Daniel's. —Asentí, desconfiada. Su tono apacible destilaba una rabia primitiva—. De un trago —añadió al rellenar el vaso—. Buena chica.

Sin darme tiempo a reaccionar, se movió tan ágil como una serpiente, rodeándome y empujándome contra la barra. El vaso se me cayó y se hizo

añicos. A ella le importó poco, estaba demasiado pendiente de mí. Apoyó los brazos sobre la barra, arrinconándome como a un ratoncillo, su cuerpo tan cerca del mío que, forzosamente, debió de notar mi tembleque.

—Tú y yo tenemos algo pendiente, ¿no es así? —maulló desde lo más profundo de la garganta, el peligro deslizándose por sus palabras—. ¿Te vas a echar atrás? —Me dejó tan perpleja que no supe qué responder. ¿Así se ligaba a las chicas?—. ¿Estás asustada?

—Sssí... —farfullé con sinceridad.

—¿Sí a qué? ¿Te vas a echar atrás o estás asustada?

—De-depende... —Sonreí parpadeando varias veces, en un intento de recuperar la seguridad. ¿Qué otra cosa podía hacer? En ese momento, el revólver no era una opción, y no tenía más armas que mi bonita sonrisa y mis espesas pestañas.

—¿De qué depende? —preguntó amenazadora. Pero mi pestaño, normalmente irresistible, no surtió efecto con ella.

—De lo que quieras... hacer conmigo —vacilé—. ¿Debo tener motivos para... temer?

Me miró de arriba abajo, con el rostro medio tapado. Ver la mitad de la cara era como ver la mitad de sus intenciones. Soltó una risilla gutural, tan siniestra que me hizo recordar los temores infantiles con los que mi madre me amenazaba cuando me portaba mal, brujas malvadas de cuentos improbables de las que sería el plato del día. Vestida de negro y envuelta en penumbra, Isse era una bruja insondable que a los dieciséis ya había matado. ¿Cuántas veces lo habría hecho desde entonces? ¿Sería yo el plato del día?

Para mi desgracia, en este cuento la bruja carecía de verrugas que le afearan la nariz, su voz no era un graznido ni su boca una pasa arrugada repleta de colmillos afilados. Era hermosa y en eso radicaba su maldad. Utilizaba su cuerpo para hechizarme, su voz era un bisbiseo que entorpecía mi lógica, un canto de sirena mortal que me despojaba de autoridad sobre mis actos.

Sin pretenderlo, me quedé embelesada en el rictus divertido que asomaba a sus labios carnosos; tuve la certeza de que me comería entera. Rachel Bladovich sería engullida por esa enigmática bruja y nadie sabría nunca lo que me había pasado.

—Jefa —escuché detrás de ella a míster Simio, preocupado.

Isse lo desoyó, concentrándose en el interesante acto de torturar a la

intrusa.

No era así como había ideado la segunda fase del plan pero, como no tenía escapatoria, le seguí la corriente. Era vital que averiguara lo que tramaba. A mi favor jugaba la baza de que no me conocían. Podría ser una ladronzuela, o una loca obsesionada con Isse que se había colado ilegalmente en el club para verla. Aún cabía la posibilidad de que tan solo quisiera darme una lección.

—He llegado a una conclusión —declaró, acariciándome el oído interno con su voz aterciopelada.

—¿Sobre qué? —Noté la aridez de mi boca.

—Sobre ti, por supuesto. —Se pegó a mi cuerpo. Yo temblaba pero eso, lejos de importarle, la incitó a pegarse más.

—Smiles, por favor —insistió el guardaespaldas.

—¿Me... me la explicas?

Acercó los labios a mi oreja, con parsimonia casi insufrible. Me llegó su aliento embriagado.

—Eres... —susurró— muy... —Mordió mi lóbulo con delicadeza—. Lista.

Y soltó el aliento quedo, calentando la piel de mi nuca que se erizó involuntariamente. De todos los escenarios que podían darse en un encuentro con Isse Smiles, este era el más incierto. Y sin embargo, estaba sucediendo.

—Jefa, no creo que sea buena idea —manifestó el matón con impaciencia.

La mujer lo ignoró. Su ojo delirante me miraba con fijeza, desnudándome el alma, queriendo penetrar en mi cabeza confusa. Tragué saliva antes de interpelar.

—¿Eso es malo o bueno? —bufé de dolor cuando mordisqueó mi cuello.

—Depende —respondió una octava más baja, mientras sus labios se empeñaban en arrasarse con fuego húmedo todo lo que rozaban, dejando un rastro de sabor a alcohol fácil de seguir.

—¿Y...? ¡Ah! —No pude retener el gemido cuando me desabrochó el primer botón de la camisa y expuso mi piel encendida—. ¿De qué?

Tenía que haber previsto que se me escaparía de las manos. Esa mujer me atraía demasiado. Su aliento en mi piel era suficiente como para que mi voz ya no fuera mi voz ni mi cerebro tampoco fuera mío, porque si me hubiera pertenecido, habría acabado con su diversión en ese instante; le hubiera atizado un rodillazo en la ingle, le hubiera puesto la semiautomática en la sien, le hubiera obligado a confesar... Todos los trucos

que su boca conocía y que me estaban volviendo loca.

Me sentí como un insecto atrapado en la tela de araña, una trampa sin escapatoria. Temí que hubiera drogado mi bebida con algún tóxico anulavoluntades. ¿Cómo, si no, con solo tocarme con la punta de la lengua, deseaba ser suya, olvidando lo que me había llevado allí? ¿Cómo, si no, esa desconocida exploraba con destreza cada punto secreto que convertía mis piernas en gelatina, como si ya lo hubiera hecho mil veces?

—No creo... —ronroneó. Su boca sobre la mía, absorbiendo mi respiración trémula, apenas a dos centímetros— que quieras... —a un centímetro— saberlo...

A nada. Labio contra labio. Lo esperaba desde la primera vez que la vi. Lo supe entonces. Incluso desde mucho antes había esperado aquella boca exigente y brusca sobre la mía. La había esperado toda la vida. Y tan esperado fue aquel beso, casi robado, que me supo a poco cuando se apartó para desabrocharme más botones.

La presencia del gorila ya no me importó, ni si después de aquello Isse Smiles acababa conmigo con sus propias manos, ni si el club estaba a punto de abrir. Podían entrar decenas de clientes, decenas de espectadores, que lo único que deseaba era pegarme a su piel.

—¿Por qué usas esta ropa? Demasiados impedimentos —se quejó—. Las faldas son más prácticas —añadió sacándome la camisa del pantalón.

—Sí —farfullé intentando levantar su vestido negro, pero me apartó las manos de un manotazo. Era ella quien dominaba la situación. Y la dejé. Solo tenía carácter para hacer lo que ella quisiera.

—¿Esto es lo que has venido a buscar? —preguntó con la urgencia pendiente de sus habilidosas manos que, en un tris, se deshicieron de la chaqueta y la camisa—. ¿Y esto? ¿Forma parte de tu ropa interior?

Antes de abrir los ojos, noté en la sien el cañón frío del 38. Mi corazón dejó de latir. Ella sonrió de un modo tan sugerente como fatídico. Empezó a acariciar con el arma la piel desnuda.

—¿Así que el otro día no ibas de farol?

Separé los labios para hilvanar cualquier historia, pero no dije nada, mi voz repentinamente ausente. Ella bajó el arma despacio, trazando una línea mortal por mi cuerpo palpitante. La mano libre me agarró por la nuca y me sujetó con fuerza. La herida de mi cabeza se resintió.

—¿Qué...?

—Chist... —Y me besó de nuevo. El beso del traidor. Esta vez su lengua

rodeó la mía y la sometió a una danza violenta. El sabor del alcohol de su boca se mezcló con mi saliva y otro regusto dulzón, el de la sangre.

Cerré los ojos y la dejé hacer. Si era una lección por colarme en el club, la asumiría gustosa. Mientras me besaba con voracidad, me pregunté cómo había sucumbido a los féroces besos de la fulana de un criminal. Lo peor no fue la pregunta, sino descubrir que no me importaba la respuesta.

Su lengua rastreó mi boca en busca del alma que estaba a punto de perder, y yo me moría por saber de qué material crearon a esa mujer, qué sustancia había envenenado mi cordura, en qué ondas sonoras transmitía su voz que me había hipnotizado como una serpiente. ¿Dónde ocultaba el cascabel? Si hubiera podido arrancárselo de cuajo, me habría liberado de su influencia.

Entre idea e idea inútil, Isse llevó la 38 Special a mi entrepierna. Abrí los ojos desmesuradamente y empecé a hiperventilar. Su risa gutural resonó como en una cueva. Queriendo zafarme entonces de aquel lazo mortal, me removí entre la barra y sus brazos. Si moría, lo haría luchando. Pero ella se acercó de nuevo a mi oído y bisbiseó:

—Tranquila, fierecilla. No voy a liquidarte... aún.

No hay nada tan turbador como una mujer peligrosa. Y ella lo era.

Peligrosa y creativa, lejos de disparar ideó un uso alternativo del 38. Mientras lamía el sudor de mi cuello, empezó a mover el arma hacia arriba y hacia abajo, presionando contra mi pubis excitado.

—Está cargada, ¿verdad? —Asentí con la adrenalina a tope—. Eso lo hace más excitante.

Con el picor de sus besos escociéndome en los labios, comprendí que todo argumento era inútil para explicarme. Había algo en su risa fatal, en el brillo de su mirada, en la caricia de su pulgar sobre mi cuello que no me dejaba razonar. Solo sentir. Y sentía que la excitación crecía. Sentía que deseaba más de ella. Era absurdo: el oxígeno me faltaba, me moría y, aun así, quería más.

Su pulgar empezó a apretar mi cuello cuando notó que me precipitaba al orgasmo. Abrí la boca, alarmada, sabiendo que me asfixiaba y, sin embargo, no podía dejar de mover las caderas sobre el arma y de desearla con frenesí.

Me miró fijamente, con una seriedad austera. Ya no había humor en su expresión, únicamente una rabia serena. Y algo más que, en mi pavor, no supe discernir.

Busqué oxígeno desesperadamente, y los jadeos del placer se mezclaron

con el terror. Mis uñas se hundieron en los hombros de mi amante asesina, desgarrando la piel. Le tuvo que doler, pero no mostró signos de ello.

En mi agonía, la empujé, la abofeteé, enredé los dedos en su cabello y estiré desmontando el peinado *peekaboo*, desenmarañando el misterio que velaba su grácil onda de pelo: la cruel cicatriz que atravesaba su rostro y la dotaba de una terrible visión.

Empecé a caer por un precipicio de placer y angustia. La negrura se extendió sin fondo ante mí. Círculos de luz orbitaron ante mi vista, acotando los rasgos desencajados de Isse Smiles, hasta que se fundieron en la nada con el último jadeo del éxtasis y el lamento irracional de que el mejor orgasmo de mi vida iba a ser el último.

Unas manos fuertes me arrastraron hacia un lugar más frío e igualmente oscuro. Me elevé como si fuera éter, incorpóreo, indoloro... Al menos no sentía dolor. Un disparo hubiera sido otra cosa, pero morir así, estrangulada mientras me precipitaba al orgasmo... Dicen que la muerte más dulce que existe consiste en desangrarse en una bañera de agua caliente. Quien lo diga es que nunca ha experimentado mi muerte. No imagino otra mejor. Desde luego, más apropiada que encontrarme cara a cara con Besson y morir machacada a golpe de culata.

Tuve la vertiginosa sensación de caer hacia delante antes de que las manos me frenaran con seguridad. Lo que parecía una garra me cogió bruscamente la cabeza por el cabello. Eso sí que dolió. Demasiado cerca de los seis puntos, pensé, extrañada de que las heridas no se hubieran curado en el más allá.

Algo quemó mis labios, luego la suavidad. *Isse...* Los labios de Isse me perseguían, la huella de su boca sobre la mía tampoco se había borrado. Fascinante cómo podía reconocer sus besos en el estado volátil en el que me había convertido.

«Isse... Isse. Qué bonito hubiera sido en otras circunstancias.»

—¿En cuáles? —El murmullo, tan cercano a mi esencia, me estremeció. Era curioso que, siendo incorpórea, sintiera el frío calándome hasta el tuétano. Y ese murmullo...

—¿A qué circunstancias te refieres? —insistió.

—¿Qué circunstancias van a ser? Me había matado —repliqué con

fastidio.

De repente, un fulgor abrumador cegó mi alma sin ojos. Sin duda, era la luz de la que tanto había oído hablar. Quise caminar hacia ella, convencida de que, por fin, conocería a Orlando, mi querido ángel de la guarda, que venía para llevarme a un mundo mejor. Sonreí entusiasmada.

«Ángel de la guarda, dulce compañía...»

—¿Quién eres? —La frase sonó lejana. Ya empezaba a evaporarme cuando la garra me retuvo, estrujándome el pelo con violencia—. ¿Quién eres?

Abrí los párpados. Me pesaban. Tan pronto como los tuve abiertos, la luz lo invadió todo y me cegó. Poco a poco, el limbo en el que creía estar se transformó en un elegante despacho con varias estanterías repletas de libros y archivadores. No pude ver nada más. La garra me sacudió con brusquedad. Ahugué un quejido cuando el intenso dolor de la brecha de mi cabeza se manifestó.

—¿Quién eres? —estaba muy cabreada. Y yo era el objeto de su cabreo.

Intenté localizar su semblante, pero la bombilla me deslumbraba. Distinguí una silueta negra sobre mí. El frío agujoneaba con ferocidad mi piel desnuda. ¿Desnuda? Miré mi cuerpo. Sí, estaba desnuda de cintura para arriba y el incómodo escozor de mi pubis constataba que nada había sido un sueño.

—¿Qué...?

—Soy yo quien pregunta —sentenció estirándome del pelo otra vez.

—No... no hagas eso, por favor —supliqué con un terrible dolor en el cuero cabelludo. Era obvio que no estaba muerta y que mi viaje a un mundo feliz se había pospuesto. Lo que no significaba que fuera una buena noticia.

La páfida bruja se apiadó de mí y redujo la presión del agarre. Suspiré esperanzada. Si había tenido ese detalle, existía una posibilidad.

—Repito una vez más, y quiero una respuesta. ¿Quién eres?

—Si lo que querías era una presentación formal antes de besarme, con haberlo dicho bastaba —bromeé intentando ganar tiempo para reflexionar. Ella me dio una bofetada. La verdad es que preferí eso al tirón de pelo, al menos era más elegante—. Ra... Rachel Bladovich —respondí de inmediato. Smiles era una mujer directa, no se andaba con rodeos ni en el sexo ni en la violencia.

—Buena chica. Contesta una más y te llevarás el premio. No eres de la pasma, ¿quién te envía?

Isse intensificó ligeramente el apretón en mi pelo para recordarme que tenía las riendas de la situación. Necesitaba cavilar rápido. Pocos minutos antes creía que estaba muerta y, por alguna razón, mi torturadora había decidido que viva era más útil. Debía aprovecharlo y alargar al máximo mi suerte. Pero ¿qué quería escuchar? ¿Un nombre concreto? ¿O era una pregunta de rutina? ¿Existía la respuesta correcta?

Otro bofetón me sacó de dudas.

—¡Sola! Trabajo sola. No me envía nadie.

Se hizo un silencio opresivo que no supe interpretar. Sin previo aviso, la morena atravesó el haz de luz y se plantó frente a mí, a una distancia tan apretada que escuché el rechinar de sus dientes. Le faltó rugir como la mujer pantera. Ya no se molestaba en esconder detrás de su melena la cicatriz, que era como la costura de un muñeco de trapo, una macabra sonrisa que nacía en la comisura del labio y se prolongaba hasta el pómulo. Entendí por qué la llamaban Smiles.

Ignoro si fue mi estrujada fantasía, pero creí ver en su mirada gélida el amago de una angustiada desolación. En aquellas pupilas, que veía con nitidez por primera vez, había un mundo de pena insondable, tan profunda como el azul inverosímil de su iris. Nunca había visto semejante milagro en una mirada tan bella y tan desgraciada al tiempo.

Sin proponérmelo siquiera, me vi luchando contra el irrefrenable impulso de liberar de su dolor a mi torturadora. Una vez más, mi complejo de salvadora del mundo surgió cuando menos lo esperaba, como mi llanto espontáneo. El llanto que ella parecía negarle a su mudo tormento, el llanto que nadie lloraría por mi ineludible muerte.

Desconcertada, Isse alargó el brazo muy despacio hasta posarlo en mi demacrado semblante. Con una dulzura infinita, me limpió las lágrimas.

—Se te ha corrido el tinte de pestañas —dijo apenada.

—Por eso no me gusta maquillarme.

Ella apenas sonrió. Yo bajé la cabeza, avergonzada, mientras intentaba sofocar un gimoteo infantil. Con gesto vacilante, me obligó a mirarla. Atrás quedaron los tirones de pelo y las bofetadas. Ahora era la dulzura personificada. ¿Le habría conmovido mi llanto?

—Di que has sido tú, confiesa. Dime que no estoy equivocada y seré indulgente. No hagas esto más difícil, Rachel Bladovich. No quiero ver esta bonita cara llenarse de sangre.

Abrí tanto los ojos que casi se me salen de las órbitas. Una no puede

fiarse de la ternura: el diablo podría estar detrás. Vi a través del llanto su imagen acuosa y me estremecí.

—No seas tonta, será menos doloroso. Confiesa —suplicó.

—¿Qué he de confesar? —clamé entre sollozos. Estaba exhausta, con la guardia demasiado baja como para comprender qué quería de mí.

—La otra noche —suspiró mustia. Lo único que parecía de buen humor era su cicatriz— todo era mentira, ¿verdad? Estabas aquí por ella. Sabías que venía regularmente. Te adelantaste para reconocer el terreno. Luego llegó Vi...

«Vi», la llamó Vi, no Violet o señora Grant. Vi, el diminutivo, como si fueran amigas o hermanas. Debía de tenerle confianza para llamarla así.

—No esperabas tener compañía, por eso te hiciste pasar por una fanática. Buen intento, casi me lo tragué. Me dijo que la vigilaban y pensé que exageraba, era algo melodramática. Pero saliste después de ella, ni siquiera esperaste cinco minutos. Los chicos me lo confirmaron. —Se agachó para estar a mi altura. La mezcla de asco y deseo de su expresión me hirió más que sus palabras—. Es indecente que una asesina sin escrúpulos tenga esta carita de niña buena.

—¿Asesina? —balbuceé descompuesta al comprender lo que pasaba. La policía no era la única que quería cargarme el mochuelo.

—Lo sabes, ¿verdad? Eres una monada apetecible. —Frotó mi cara con ambas manos, como si me la quisiera borrar. Su contacto, cada vez más brusco, me hacía daño, pero no rechisté. Supe que no me daría boleto hasta tener la certeza de que yo era la asesina de Violet—. Sabes aprovecharte de ello. Todo el mundo se fía de ti, ¿verdad? ¿Te acercaste a ella ganándote su confianza? —Hizo una pausa intensa en la que apretó sus dedos como garfios alrededor de mi boca. Creí que me arrancarían de cuajo la mandíbula, hasta que se apartó de mí—. Acabaré contigo y con tu jefe, aunque sea lo último que haga.

—Vas... a liquidarme. —Silencio. Y sus pupilas, casi transparentes, clavadas en las mías—. Diga lo que diga, estás dispuesta a hacerlo.

—De ti depende que sea rápido.

—Hoy me... me he maquillado —musité alicaída—. Quería estar guapa. Siempre es más fácil sacar verdades con una sonrisa pintada del color de moda, que no hace daño a nadie... La verdad es que no me ha servido de nada. He acabado mintiendo, peleándome, amenazando y pagando, como siempre. La pintura te hace parecer más guapa, pero no mejor. —Smiles me

escuchaba atenta, absorbiendo mis palabras, ansiosa por creer en mí—. Si no fuera tan dramático, sería hasta divertido.

—¿El qué?

—Tú estabas en mi lista de sospechosos. Ahora supongo que tu deseo de venganza te exculpa, al menos de ese crimen.

Aquella tía tenía un grave problema de dualidad: tan pronto lamentaba tener que matarme como lo intentaba sin reparos. En un plis plas me agarró del cuello, clavándome el pulgar debajo de la barbilla, forzándome a mirar el techo. Si hubiera presionado más, me hubiera desnucado.

—Te burlas de mí. ¿Quieres confundirme? —exclamó iracunda, sus rasgos distorsionados por la grotesca cicatriz.

—¡No! No...

—¿Qué coño dices? ¿Yo, sospechosa? ¡Habla!

—Soy... investigadora —intenté gritar—. Te... lo juro... Investigadora... privada. Llevo la licencia en el bolsillo...

—¿Crees que no lo he mirado ya?

La habitación empezó a oscurecer.

—Por... favor... Si quieres... un responsable... habla con... ¡Besson!

Cuando pensé que me desplomaba una vez más, cesó el castigo. Tosí luchando por recuperar el oxígeno que tanta falta le hacía a mis maltratados pulmones.

—Tienes que... dejar esa manía tuya de... estrangularme. Un día podrías matarme.

—¿Has dicho Besson? —Asentí, deseando tener las manos libres para masajear mi cuello—. ¿Qué sabes de Besson?

—Lo que me explicó Paul Grant cuando me contrató, es decir, nada, salvo que se entendía con ella —mentí. No me interesaba detallar lo que sabía del mafioso.

—¿Trabajas para Grant?

—Trabajaba. Me despidió cuando su esposa pasó a mejor vida.

Isse deambuló por la habitación como un animal enjaulado. Con el dolor de cabeza que tenía apenas podía seguirla. Me estaba mareando.

—Grant... Grant... Grant... Así que está detrás de todo. Lo sabía. ¡Lo sabía!

—También es sospechoso. —Se detuvo observándome con fiereza. Me dio la impresión de que Grant no le caía bien—. Tenía la oportunidad y el móvil —comenté repentinamente débil.

—¿Qué hay de Besson?

—Eso deberías contestarlo tú, hermana —repliqué con una oleada de náusea—. No tengo más que conjeturas sobre alguien que ni siquiera conozco.

—¿Y tú?

Estaba detrás de mí. Su voz ya no sonó tan amenazadora como antes.

—Estuve allí, tuve la oportunidad —confesé. Me agarró del pelo. Qué manía tenía de hacer aquello y de estrangularme. Mareada como estaba, no contuve el quejido. Un hilillo de calor húmedo se deslizó por mi cuero cabelludo hasta manchar el cuello de la camisa. Me había saltado un punto—. ¡Por favor! —imploré—. Mírame la cabeza, justo donde tienes la mano, ¡joder!

Empuñó la lámpara para ver mejor. Mis gloriosos seis puntos quedaron expuestos, como héroes silenciosos, a la interrogante mirada de mi torturadora.

—Quien asesinó a... Violet se encargó de que no... hubiera testigos —murmuré sucumbiendo al vértigo y la flojera. Una explosión de vómito rebozó el suelo, mis zapatos y mis queridos pantalones. Extenuada, tuve ganas de dormir. Si tenía que morir para conseguirlo, que me ventilara de una puñetera vez.

Al parecer, mi herida debió de convencerla, porque me desató. Tuvo el detalle de sostenerme para que no me cayera. Hubiera sido muy desagradable revolcarme sobre el charco de mi propio vómito. Mis piernas apenas me sostenían, así que me ayudó a levantarme de la silla. De ese modo constaté que era una mujer fuerte. Justo mi tipo.

En las películas, Bogart siempre sale por su propio pie de las situaciones comprometidas, con un cigarrillo en la boca y diciendo alguna gran frase para la posteridad. Yo salí en volandas y con la baba colgando. Mister Simio cargó con mi peso y me condujo a través de un pasadizo mal iluminado, en cuyo extremo se empinaba una escalinata.

—¿Adónde... ad-dónde... me llevas? —farfullé.

No contestó. Probablemente no era buena señal, pero estaba demasiado débil para defenderme y huir. Las emociones de las últimas horas me pasaban factura.

—No me has creído, ¿verdad? ¿Me... me llevas... con Besson?

El rumor de nuestras pisadas y el eco de la música de *jazz* nos acompañaron en ese particular vía crucis, en el que yo era la víctima y, a la

vez, la cruz de Isse.

El club ya había abierto las puertas. Los asiduos se reunían en el bar, bebiendo, fumando y escuchando música ignorantes de que, a escasos metros, en alguna habitación de aquel local, el Fantasma esperaba para finiquitarme.

—Me mataréis... después de todo —afirmé con la certidumbre de que el Breathless sería mi último aliento.

Me he dormido otra vez. Debo de estar peor de lo que me temía. Tengo que hacer un esfuerzo y mantenerme despierta. Es el momento más crítico de mi vida, ¡van a matarme, joder!

Un cuchicheo se perfila en mis oídos... Su voz destaca, la voz de Isse. A la otra no la distingo. No entiendo lo que dice, pero está bastante cabreada. Debería aprender a canalizar la ira. Estoy convencida de que llegaría lejos. Indra, mi maestra de yoga, la podría ayudar. Espera, ¿qué dice?, ¿habla de mí? Ha dicho mi nombre. ¿Me defiende? Menuda sorpresa. Para variar, alguien me defiende... Y ese alguien es Isse. Los milagros existen.

—Es inocente —dice.

Soy inocente. No de todo lo que he hecho en la vida, que también tengo mi pasado, pero sea lo que sea de lo que me acusan, soy inocente, sobre todo si me perdonan la vida. ¡Por Dios! Cualquiera que me mire a la cara mientras duermo aceptaría mi inocencia sin planteárselo. ¿Y quién le haría daño a un inocente? Un criminal sin escrúpulos. Como el que se cargó a Violet y a esas pobres chicas. ¿Estará hablando con él?

Se acercan unos pasos. Una forma borrosa está sobre mí. ¿Qué le pasa a mi vista? Intento identificar la maldita presencia. Es rubia. ¿Nadine? Será Nadine que ha venido a buscarme. ¿Cuántas veces tiene que verme hecha polvo?

—Nadine —gimoteo. ¿Qué mierda de sabor tengo en la boca?

Ella se ríe. No sé dónde está la gracia. Se reirá de mí, no es para menos. Debo de tener una pinta penosa. Me toca a un lado de la cabeza. Joder, cómo duele. Tengo un buen chichón. Dios, que se esté quieta de una vez, esto es una pesadilla. ¿Por qué no te hice caso, mamá? Secretaria es un buen trabajo, tranquilo, sin sobresaltos...

—No te preocupes, todavía está viva —dice como si le hiciera mucha gracia.

Se aleja de nuevo. ¿Pero qué hace aquí, hablando con Isse? ¿De qué la conoce? ¿Por qué no me desata? ¡Maldita sea! Tengo que soltarme y saber qué está pasando. Está claro que nadie es inocente. Ni siquiera Violet lo era del todo. Tenía secretos. Como Grant, como Bloch, como Nadine..., como yo misma. Quien no tenga un secreto que tire la primera piedra.

—Déjala marchar.

La voz de Isse es ronca, triste como un *blues* y quejumbrosa. Está suplicando. Por mí. Y yo me elevo a esferas jamás soñadas, incluso ahora que mi vida está en juego una vez más.

Hace algunos años, un atracador de bancos retuvo a cuatro rehenes tras verse acorralado por la poli. En las horas que duró el secuestro, los amenazó, los pegó, incluso los obligó a ponerse una soga en el cuello. Sin embargo, cuando por fin los soltó, dos de las cajeras lo defendieron, mostrando signos de enamoramiento. Cuando leí la noticia las taché de enfermas, de desesperadas, de chicas con pocas luces. ¿Qué debería decir ahora de mí misma? Me sacudió. Casi me estrangula; dos veces. Me maltrató. Me folló con una pistola... Sin embargo, me gusta. Me gusta sin remedio. Me gusta sin razón. Me gusta su ambigüedad, su mirada transparente y su cara marcada. ¿Qué le voy a hacer si me van las chicas malas? Lo mío es la crónica de una muerte anunciada.

¿Estoy loca? Sí, debo de estarlo. Y seguro que también soy masoquista. Freud diría que tuve algún trauma sexual en mi infancia. Chelsey diría que estoy muy salida y que necesito estabilidad emocional. Mi madre diría que necesito un par de hostias. Y yo digo que necesito a Isse porque, de alguna manera, me he encontrado en ella. Como los estoicos aconsejan, es cuestión de asumirlo para encontrar la paz absoluta.

Probablemente signifique mi muerte. Puede que ni siquiera esté implorando por mí. Pero a estas alturas, maniatada, apaleada y desnuda como estoy, perdida la dignidad y la memoria, lo único que pido es que, si he de morir, sea en sus brazos, que su mano me dé el toque de gracia, que sus increíbles ojos sean lo último que vea.

Diablos, soy una completa cursi. Debo de estar drogada para decir estas chorradas pero... no puedo evitarlo. Esto que siento es más fuerte que yo. Lo sé.

Lo supe esa misma noche, en el *Breathless*. No sé cuántas horas habían transcurrido cuando volví a abrir los ojos. También una discusión me trajo a la realidad, como ahora. Su voz me envolvió, como ahora. Y, como ahora, supe que si ella estaba de mi parte, estaría salvada.

Perdí el sentido en aquel pasadizo que era como una gruta al tártaro. Cuando lo recuperé, me habían colocado en una cama grande, rodeada de lujo sobrio y de luminosidad artificial. A pesar de las ventanas cerradas de la estancia, se oía el suave rumor de la lluvia.

«La madriguera del Fantasma», sospeché a punto de mearme encima.

¿Por qué seguía viva?

Escuché que Smiles pedía gasas y desinfectante. Su hombre de confianza obedeció a regañadientes. Después de cerrar la puerta, se acercó a mí y me apartó el pelo de la cara. Su semblante serio ya no tenía esa expresión de rabia que tanto me asustaba.

—¿Estás bien? —preguntó con un deje de preocupación, mientras me ofrecía un vaso de *whisky*, que acepté gustosa.

Me asombró su facilidad para pasar de un estado irascible a otro que casi podría describirse como tierno. La violencia y la compasión convivían en continua lucha dentro de esa fascinante mujer.

—Teniendo en cuenta que has querido eliminarme, no puedo encontrarme mejor —respondí, temiendo que volviera a intentarlo.

—No planeaba hacerlo —discrepó mientras se servía una copa. Hice una mueca de escepticismo y sonrió—. Bueno, sí; pero no lo he hecho, ¿verdad?

Me incorporé con dificultad para beber. Ya no estaba atada, pero me dolían tanto las articulaciones que casi no me podía mover.

—No estoy segura —me quejé.

Ella enarcó la ceja formando un gracioso arco en la frente. Gracias a ese gesto ínfimo advertí que era la primera vez que la veía bien iluminada. A pesar de su tez demacrada y de la cicatriz rojiza —que no se había vuelto a tapar—, distaba de ser la figura tétrica de esa larga noche. Dotada de un cuerpo curvilíneo y firme, era una preciosidad de rasgos exóticos, sin duda herencia del mestizaje entre sus antepasados europeos y los indios originales del sur.

No sé con qué cara debía de estar mirándola porque, de pronto, sonrió ampliamente y me cerró la boca abierta con delicadeza inesperada, lo que provocó una descarga intermitente de calor que me salpicó las mejillas.

—¿Te pasa algo? —inquirió con sorna.

—Eres la mujer más guapa que me ha zurrado nunca —declaré estirando el brazo para acariciar su cicatriz. No me lo permitió. Con un rápido movimiento de cabeza, volvió a disimularla con la sinuosa onda de su cabello.

—¿Te han sacudido muchas mujeres? —preguntó como si nada hubiera sucedido.

—Ninguna como tú. —Una nueva oleada de bochorno. Empezaba a preocuparme esa tendencia suicida a coquetear con asesinas.

—Eres demasiado honesta para ser investigadora. Honesta y atrevida.

—Chelsey dice que soy una inadaptada social. —De nuevo el gesto. Isse Smiles debía de ser una experta en levantamiento de cejas, y cada vez que lo hacía me quedaba prendada de ella—. Chelsey es una buena amiga.

—Ya —respondió, sin mostrar interés por mis amistades—. El apellido Bladovich no es de por aquí.

—Mi abuelo era polaco. Al menos eso me explicaron de niña.

—Siempre he creído que las mujeres del este de Europa eran más altas y corpulentas —comentó, mofándose de mí.

—Y yo que las francesas eran más delicadas en sus maneras —me aventuré a decir.

Sonó cauta cuando tanteó:

—¿Qué te hace pensar que soy francesa?

—Las curvas de tus caderas, la cadencia de tu voz, tu nombre... Isse... ¿Eloïsse?

—No recuerdo haber dicho mi nombre —contestó con suspicacia.

—Soy muy observadora —repuse con rapidez—. Tus esbirros te llaman Smiles, por lo tanto eres Isse, si no me equivoco.

—Esbirros, qué palabra tan fea —se burló de mí—. Has leído demasiada novela barata. Los chicos trabajan en el club, no son esbirros de nadie.

—¿Trabajan para Lou Besson?

Cambió de tema tan sutil como bruscamente. Yo no quise insistir sobre Besson. Me daba que ya tendría más oportunidades.

—¿Dónde has oído hablar de mí? Muy pocos saben mi nombre de pila.

—Por ahí —contesté sin revelar mis fuentes.

—Ya, por ahí... ¿Y sabe tu buena amiga Chelsey dónde estás ahora?

—Claro, nunca doy un paso sin cubrirme las espaldas. De hecho, si no vuelvo antes de medianoche, la poli pondrá patas arriba el club hasta dar conmigo o con mi cadáver.

—¿Medianoche dices?

—Sí.

—Ya —dijo ocultando un amago de sonrisa—. Entonces, ¿lo que escucho son las sirenas de la pasma que viene a salvarte? —Abrió una ventana. La llovizna amainaba dando paso a un nuevo día. Se sentó en la cama junto a mí—. O tus amigos pies planos no te aprecian lo suficiente o te has marcado un farol.

Me encogí de hombros antes de terminar la bebida.

—Soy una pésima jugadora de póquer. —Me sirvió otra copa riendo por

lo bajo—. ¿Es que quieres emborracharme? Tengo el estómago vacío.

—Lo sé, has dejado un bonito recuerdo en una alfombra de seiscientos pavos.

Ella se sirvió más bebida también y brindó conmigo. Me mosqueaba tanta amabilidad pero se trataba de mi *whisky* favorito, así que no pude resistirme.

—¿Por qué estás siendo tan amable? —interrogué con impertinencia.

—No te fíes de las apariencias. No es amabilidad, respondo a mis intereses. Aunque, si lo prefieres... —Se aproximó a mí esbozando la sonrisa más seductora y retorcida que he visto en la vida—. Puedo ser más arisca.

—¿Qué hago aquí? —pregunté, yendo al grano. Estaba bastante jodida como para seguir flirteando.

—¿Puedo fiarme de ti?

—¿Tienes alternativa?

—Sí. Borrarte del mapa.

—Gracias, otra que me guste a mí también. —Por fin la escuché reír. Una risa natural, sincera, muy diferente de la risa de bruja de la que había hecho gala hasta entonces. Me gustó su risa: fue como un bálsamo de confianza entre nosotras. Así que, envalentonada por el supuesto alto el fuego, me aventuré—. ¿Qué quieres de mí?

Tardó en responder. Me clavó las quimeras que tenía por ojos intentando escudriñar en mi esencia. Sentí que me desnudaba con la mirada inquisidora, que penetraba más allá del velo que envolvía mi alma cubriendo las verdades de mi existencia, rasgando el resquicio que me quedaba de cordura para hacer de mi voluntad la suya, como si fuera la víctima de un vampiro sensual e insaciable.

—Información.

Lástima de respuesta. Me hubiera gustado escuchar otra cosa.

—No sé mucho más de lo que ya te he dicho. —Aferró con fuerza el vaso que sostenía y temí el retorno de Isse Smiles, la torturadora—. Pero, mierda, quiero colaborar, lo juro.

Midió mentalmente mis intenciones y se relajó.

—Te creo.

—Yo también necesito información.

—Ya veremos —zanjó el tema—. Lo primero es lo primero. Si ya no trabajas para Paul Grant, ¿qué pretendes?

Bonita cuestión. Opté por una versión reducida de la historia. Por muy mala jugadora de póquer que fuera, sabía que enseñarle todas las cartas hubiera sido un error.

—¿Prefieres la versión interesante o la cutre?

—Prueba.

—Es una apuesta. —Ahí estaba otra vez, la ceja arqueada. Llegué a la conclusión de que era un tic intrínseco y polivalente de múltiples acepciones. Isse tenía suerte de que yo fuera una chica lista que había pillado al vuelo esa peculiar forma de comunicarse sin palabras, por lo que le aclaré—: Una apuesta conmigo misma. Quiero... necesito averiguar qué le pasó exactamente a Violet.

—Que la asesinaron —rugió con dureza, vaciando de un trago el contenido del vaso. Se sirvió más. Un difuso color rosado tiñó sus mejillas.

—¿Quién y por qué?

—Eso me gustaría descubrir. Y espero que me lo digas.

Si albergaba alguna duda sobre la inocencia de Isse Smiles, su declaración la ahuyentó completamente. Yo no era nadie para ella, no necesitaba fingir delante de mí. Y, para ser sincera, su dolor parecía verdadero. La siguiente pregunta era elemental: ¿qué había en realidad entre ella y la difunta? ¿Por qué sentía tanto su pérdida? ¿Era su jefe el culpable? ¿Habría sido capaz de matarla a espaldas de ella, su mano derecha?

—Quiero descubrirlo porque se lo debo. Yo estaba allí; si hubiera estado atenta, habría escuchado los pasos detrás de mí y tal vez...

En su mirada brilló una ráfaga febril que me sobrecogió.

—Ahora la versión interesante.

—¡Era esta! —Se encogió de hombros, decepcionada—. Tú lo has querido. Tengo a la bofia encima. Insinuaron que podían inculparme.

—¿Por qué iban a hacer eso, si eres inocente?

—Su cuota de crímenes sin resolver es alarmante. Necesitan una cabeza de turco si no encuentran al culpable.

—Es ridículo. Eres investigadora, Grant te contrató.

—Bueno, Grant contrató a un ficticio señor Bladovich, mi supuesto maridito... Así que no cuento con su apoyo. —Hice una pausa, dándole tiempo a asimilar la información—. Como ves, ahora es algo personal. ¿En serio no te parece más cutre esta versión?

Sonrió apenas. La verdad es que la historia no hacía ni puñetera gracia,

al menos a mí, que tenía tanto que perder. Tras una pausa dilatada, noté cómo se relajaba. Casi éramos como dos viejas amigas que beben y hablan de la vida, hasta que quise saber.

—¿Y tú?

Su actitud corporal marcó una línea divisoria entre nosotras que me hizo dudar de sus ganas de colaborar. Tras beber una copa más, decidió compartir conmigo sus razones, intuyo que más motivada por el alcohol que por ganar una posible aliada.

—Era... era mi amiga.

Con esa simple frase consiguió transmitir infinidad de cosas que ni siquiera me había planteado; era una declaración de absoluta fidelidad y amor profundo. La revelación iba mucho más allá de lo aparente, ya que el sentimiento expresado era el de las grandes amistades, forjadas en el tiempo o en la experiencia conjunta. Isse Smiles y Violet Grant se conocían intensamente.

—La estaba ayudando a empezar de nuevo, lejos del canalla de su marido.

Quise saber de qué modo la ayudaba, si tenía algo que ver con la extorsión a Grant, si era ella a quien telefoneó poco antes de morir, pero preferí dejar que hablara.

—Fue mi primer amor. Creíamos estar enamoradas. Pronto vimos que lo nuestro era platónico y que, llevado al terreno de lo físico, no funcionaba.

—¿Le iban más los chicos?

Me fulminó con la mirada.

—Éramos muy jóvenes y nos sentíamos solas, tan simple como eso.

—Conozco esa sensación —admití. Le serví más licor para aflojar su lengua. De momento, ya sabía que se conocían desde hacía años.

—Ahora eres tú la que quiere emborracharme. —Sonrió sin dejarse afectar por mi velado propósito.

—¿Iba a abandonar a Paul? —Asintió—. ¿La noche que la asesinaron? —Volvió a asentir—. ¿Iba a fugarse contigo?

—No, no, ahora te toca a ti. ¿Por qué te contrató ese bastardo?

—Para constatar que era un cabrón cornudo.

Isse estalló en una risa tontorróna. Tomé nota mental de darle *whisky* la próxima vez que me intentara matar. Bebida resultaba encantadora.

—¿Para eso? ¿Cómo puede ser tan ingenuo?

—Hay quien necesita que se lo digan —bromeé.

Ella aplaudió mi ocurrencia con buen humor y, mientras reía, yo me dejé

cautivar por su belleza sureña y su aura de misterio. Cualquiera hubiera caído rendido a sus pies, así que ¿por qué iba a ser yo la excepción? Después de Verónica Lake, no conocía a nadie a quien el *peekaboo* le sentara tan bien. Ni a mi amiga Chelsey, que, arrastrada por la moda, se peinó así durante una temporada; al final se cansó porque le causaba migraña ir todo el día con media cara tapada.

Pero ya sabía que Isse Smiles no se peinaba así por la moda, sino para esconder su lado más vulnerable y, con ello, su lado más humano. Precisamente, el que yo aspiraba a conocer. Tomándome una libertad que no me dio, hice un segundo intento de apartarle el pelo para disfrutar de la visión de su sonrisa. De nuevo, se alejó de mí. No estábamos allí para intimar.

—Tiene que haber algo más. Paul es un sádico que se cree superior a las mujeres, pero no es ningún imbécil —concluyó como si lo conociera bien.

—Me contrató para ponerle rostro a Lou Besson —añadí, temerosa de que se esfumara la intimidad que me había costado conseguir.

La extrema seriedad de la mujer me asustó. El arrebol de sus mejillas desapareció de un soplo, como si hubiera visto un espectro. Miré a nuestro alrededor, por si hubiera entrado alguien, pero estábamos solas en el dormitorio.

—Lou Besson, ¿eh? ¿Eso quería saber? —Asentí—. ¿Cómo es posible? —barboteó con rabia, más para ella que para mí—. No entiendo. O me estás mintiendo o... No acabo de...

Un ruido la alertó, provocando que todo su cuerpo se envarase y pareciera más esbelta. Volvió a ser la diosa inaccesible que tanto me había impresionado la primera vez que la vi.

—Pasa —le habló a la puerta.

El hombre que identifiqué como el camarero del club entró con una bolsa de papel con el nombre de una farmacia impreso.

—Lo que has pedido. —Le tendió la bolsa a su jefa antes de dedicarme una fugaz mirada. Yo cubrí mi desnudez parcial con las sábanas. Aquel pollo estaba enamorado de su jefa, no cabía duda, y no toleraba que nadie meara en su territorio.

—Gracias, Marc. Puedes marcharte —lo invitó sutilmente cuando vio que se resistía—. ¡Marc!

Él echó un vistazo rápido a la mesilla de noche que había junto la cama. Mi preciada Colt Detective Special descansaba cerca de mí.

—Smiles, ya sabes lo que pienso de esta —manifestó escrutándome con recelo.

—Lo sé. Ya has hablado. Ahora déjanos solas.

Obedeció a regañadientes. Antes de salir, me amenazó con el dedo índice. Yo le dediqué una sonrisa provocativa. En realidad, me gustaba, era un hombre leal.

—No le caigo demasiado bien a Marc. Si le dejaras, me patearía el esfínter.

—El esfínter, ¿eh?

—Es una forma delicada de decir culo.

—¿Vas a empezar a ser delicada ahora? —Tuvo ganas de echarse a reír: vi un inapreciable rictus en la comisura de sus labios—. No le cae bien nadie que esté en mi cama.

—¿Esta es tu cama? —pregunté extrañada.

—Claro. ¿Dónde creías que estabas?

—En la puñetera guarida de Besson.

Ella puso los ojos en blanco y me tendió la bolsa de papel. Saqué el contenido: gasas y desinfectante.

—¿Qué se supone que he de hacer con esto?

—Lo que quieras. Es para tu herida —indicó, dándome la espalda—. Ayer se te saltaron un par de puntos.

—Ya. —Contraje la boca recordando los tirones de pelo—. ¿Y tengo que curarme yo sola? Resultaría más fácil si me ayudaras, hermana. —Me miró con severidad—. ¿Por favor?

Cuando escuchó la palabra mágica, se sentó detrás de mí. Noté sus manos precisas sobre la herida y su densa respiración en mi nuca. Al cabo de unos segundos, murmuró con timidez:

—Pensaba que fuiste tú la que... la mató... Yo... —se interrumpió.

Esperé el resto de la sentencia que nunca se produjo. Supe que aquello era lo más cercano a una disculpa que recibiría.

—¿Ya no lo crees?

—¿Lo crees tú de mí? —tanteó.

—Sí. No lo sé. ¡No! No sé qué debo esperar de ti.

—No esperes nada —declaró rotunda—. De todos modos, me inclino más por Grant, da un perfil más creíble —afirmó desde el rencor.

Era obvio que sabía algo sobre él que podría ayudarme a despejar incógnitas. El problema era que no se mostraba demasiado colaboradora,

así que decidí hablarle de Norman Bloch para ganarme su confianza.

—Mira, hermana, no sé qué tienes contra ese tío. A mí tampoco me cae bien y, la verdad, tiene muchos números pero, te he de ser sincera, la poli está comprobando su coartada.

—¡Claro! Si tiene coartada ¡es inocente!, porque no tiene dinero para pagar a un matón. Qué mal pensada soy.

—Sarcasmos al margen, el empleado de la tienda oculta algo.

—Bladovich, todo el mundo tiene un secreto, deberías saberlo.

—Este podría ser de los que te llevan a la cárcel. Aborrecía a tu amiga, tuvo la oportunidad, tiene móvil y carece de coartada. Sería una aficionada si no lo investigara antes de descartarlo.

La revelación alteró a la mujer, que se mostró repentinamente interesada.

—¿Por qué esa ojeriza contra Vi? —Ahí estaba de nuevo la familiaridad del diminutivo: *Vi*. Y lo que eso significaba: Isse la amaba—. ¿Quién es ese vendedor?

—¿No lo sabes?

—¿Debería?

¿La mano derecha del Fantasma ignoraba quién era Norman Bloch? Ella era la recaudadora de los negocios del mafioso, debía de estar informada del papel de Bloch. Si no, ¿por qué iba a sentirse amenazado el viejo? A no ser que alguien me estuviera tomando el pelo. Otra pieza no encajaba en el puzle.

Por si las moscas, en el resumen que hice de la historia de Bloch, omití lo que sabía del negocio que compartía con Violet. Me centré exclusivamente en la relación de odio y desprecio que se profesaban mutuamente y en el informe psiquiátrico del hombre.

—La cuestión es si fue capaz de hacer lo que le hicieron a Violet, por muy loco que esté —concluí.

Ella escuchó atentamente cada palabra, con los nudillos blancos de tanto apretar los puños. Cuando habló, su voz sonó ronca de resentimiento.

—¿Qué le hicieron? Lo único que sé es lo que publicaron, que fue una masacre. Y que Grant o Bloch, o quien sea que lo hiciera, va a pagar por ello.

Dolor. Había mucho dolor en sus palabras. Me atreví a posar la mano sobre la suya, a acariciarla con el pulgar. No soy muy buena en eso de dar apoyo; hice lo que pude y ella me dejó.

—Créeme, mejor que no lo sepas. —Fue lo único que se me ocurrió decir.

Su mirada apagada se fundió con la mía. No tuve el coraje de seguir con la charla ni de remover más su angustia. Si quería hablar, ya lo haría.

Envuelta de un silencio abrumador, noté cómo una bola se extendía desde mi garganta hacia el sur de mi cuerpo, atando la cordura y desatando el deseo. Ella sintió lo mismo: lo noté en la piel erizada de su brazo, en la boca entreabierta, en la respiración entrecortada. Algo estaba pasando entre nosotras, algo inexplicable. Pero ¿quién quería explicar aquello? Yo quería experimentarlo, perderme en la locura para luego reencontrarme en sus brazos. No había otro camino.

Apenas me di cuenta de lo cerca que estaba de ella. El penetrante olor que emanaba de su piel me alertó de lo que estaba a punto de suceder. Y no quise evitarlo de ningún modo.

Me rehuyó de pronto, echándose hacia atrás. Confusa, titubeé, pendiente de su deseo. Se abalanzó sobre mí con frenesí, buscando mis labios. La retuve agarrándola de la blusa, hundiéndome en su ciega mirada. Porque estaba ciega, pero de tristeza, no de la pasión que yo esperaba. Isse no estaba allí conmigo.

Volvió a intentarlo y de nuevo la contuve. Anhelaba que me mirase, saber que no veía a nadie más que a mí.

—¿Te parezco atractiva? —jadeé sujetando su barbilla, forzándola a comerme con la vista.

—¿Qué importa eso ahora?

Por enésima vez intentó besarme. No sé de dónde saqué el coraje para negarme. Aquello no era correcto.

—¿Puedo irme, o esto es un secuestro? —solté, con la adrenalina a cien.

Ella aplacó el ansia y se alejó. Por hacer algo, recogió las gasas usadas.

—Nadie la retiene, detective, puede marcharse cuando guste —contestó, controlando la respiración. Su decepción era palpable. No me importó, ya la había cagado suficiente.

Mi ropa estaba doblada sobre una silla. En el cuello de la camisa había rastros de sangre. Recogí el revólver de la mesilla y lo olí. La noche anterior me escoció entre las piernas. Sacudí el recuerdo y me fui.

Marc, el camarero, esperaba sentado en el sillón club de cuero de una acogedora sala. En cuanto me vio, me hizo una seña para que lo acompañara, sin darme tiempo a chafardear.

—Date la vuelta —me pidió ondeando un pañuelo de cuello.

—Qué detalle. Un pañuelo muy bonito. ¿Es un regalo?

Sin mediar palabra, me tapó los ojos y me empujó para que caminara.

—¿Crees que esto es necesario, amigo?

Sin contestar, con la mano apoyada en mi hombro, se limitó a conducirme por lo que intuía era el distribuidor de diferentes apartamentos. Después de bajar bastantes peldaños, llegamos a la salida. Me quitó el pañuelo, abrió la puerta y me invitó a salir con ademán arisco.

—¿No me regalas el pañuelo? Para otras ocasiones...

Antes de cerrar en mis narices, me advirtió:

—La próxima vez que nos visites, entra por donde todo el mundo o no seré tan amable.

Cuando pisé la acera adoquinada me di cuenta de que el apartamento ocupaba parte de la última planta de la finca del Breathless. Probablemente todo el bloque pertenecía a la organización de Besson. Me pareció absurdo que Marc me hubiera tapado los ojos para luego dejarme en la mismísima entrada. En las novelas, después de taparte los ojos, te meten en el maletero de un coche y te tiran en medio de la nada. No voy a quejarme, pues fue un detalle por parte de Marc no tirarme como una colilla, pero tampoco entendí su celo. A no ser que quisiera reírse de mí un rato. Tomé nota mental de ello y me marché.

La lluvia había cesado. El brillo apagado del sol pugnaba por retomar su habitual protagonismo. Ya era casi media tarde y mi estómago rugió furibundo. El último bocado sólido que había ingerido era una mancha maloliente en una alfombra de seiscientos pavos, y el desayuno había consistido en unos tragos de *whisky*. Me iba superando.

Decidí comer algo en la pizzería Miceli's, debajo de la oficina. Luego me daría una buena ducha: me sentaría bien después de tantas emociones. Aquella tarde pretendía seguir a Norman Bloch, averiguar sus más oscuros secretos. Nada que no hubiera hecho antes.

Lo que no me esperaba fue lo que pasó.

Después de engullir mi *pizza* preferida en uno de los restaurantes italianos más auténticos de Los Ángeles, subí al despacho cargada de energía. Nada como una *pepperoni* bien condimentada para ello. Eso sí, el aceite con guindillas y el salami de la *pizza* eran elementos disuasorios para que nadie me besara al menos en veinticuatro horas. Involuntariamente, rememoré los labios carnosos de Isse. Necesitaba darme una ducha rápida, borrar los restos del deseo y cambiarme de ropa. La que llevaba apestaba a miedo.

Crucé el vestíbulo y me dirigí directamente hacia el teléfono que el casero tenía de adorno debajo de la escalera. En teoría, el alquiler de los pisos y las oficinas incluía servicio de recepción de llamadas; en la práctica, aquel aparato llevaba mudo más tiempo que el mío. En la pared, amarrada con una cadena, colgaba una manoseada guía telefónica de Los Ángeles. Me aseguré de que nadie me viera soltar el candado que la custodiaba, luego la cubrí con mi chaqueta y me dirigí al amparo de mi despacho.

—¡Bladovich!

El potente e inconfundible grito de Ripper me detuvo en seco. Antes de darle la oportunidad de alcanzarme y que echara su bilis sobre mí, aligeré el paso como si no lo hubiera oído. A veces había funcionado.

—No se haga la sorda. Me ha oído perfectamente.

—¡Mierda! —gruñí por lo bajo.

No tenía salida, así que me volví para encontrarme cara a cara con él. No sé qué me sobresaltó más, si que me pillara con las manos en la masa o su cara de malas pulgas. Me alcanzó con esfuerzo, arrastrando la pierna tullida. Él presumía de ser un héroe de guerra, pero todo el barrio sabía que se había librado de ir al frente precisamente por la cojera.

—Ripper.. —balbuceé, apretando contra mí el listín telefónico como si fuera un tesoro.

—Por fin la encuentro. ¿Dónde diablos se había metido?

—¿Me estaba buscando? ¿A mí?

—No, a mi madre.

La sorpresa inicial fue sustituida por la indignación que me producía su grosería y mala educación.

—No tengo por qué darle explicaciones, Ripper —me defendí,

intentando darle esquinazo y llevarme el listín antes de que se diera cuenta.

—A mí me importa una mierda dónde se mete, señora Bladovich —contestó, escupiendo la palabra *señora* como si le picara la lengua—, pero no quiero ver a los *pies planos* merodeando por mi propiedad.

—¿Qué quiere decir? —interpelé, alarmada.

—¿Ahora sí quiere hablar conmigo? —Lo miré ceñuda. Mi aguante tenía un límite precario para tolerar a determinados especímenes que ni el yoga podía arreglar—. Vino una chica buscándola. La encontré intentando abrir su puerta.

—¿Una chica?

—¿Está sorda? Sí, una chica. No sé de qué se extraña. No veo que muchos hombres la visiten, ni siquiera su marido. ¿No será usted socia de algún club de costura?¹⁰

—¿Cómo era ella? —ignoré su comentario malicioso.

—Muy guapa. Y bien vestida. Si todas las mujeres policía son así, creo que voy a unirme al cuerpo. ¡A *ese* cuerpo! —Se rio de su propia gracia.

—Nadine —susurré extrañada—. ¿Dijo qué quería?

—Pasar y esperarla en su pocilga.

—Oficina, es una oficina. Pocilga es donde están los cerdos —maticé con disgusto.

—Si usted lo dice...

¿He mencionado que no me he cargado nunca a nadie? Tuve ganas de estrenarme allí mismo, con ese elemento tan parecido físicamente a un ser humano pero que, estaba segura, era un enviado del demonio para tentarme.

—¿Y la dejó entrar? —interrogué sin ganas de discutir.

—¡Por supuesto que no! ¿Por quién me ha tomado? ¿Para darle a usted la excusa perfecta para no pagarme? ¿Se cree que he olvidado la vez que vino a buscarla aquella putita perturbada?

—No era... —Inspiré hondo, repitiendo mentalmente los mantras que Indra me enseñó en las clases de yoga—. No era una perturbada, estaba un poco nerviosa. Y usted fue un borde con ella, para variar.

Se pasó por el forro mi observación.

—Uno tiene que andar con ojo con esos polizontes. Se cuelan en los sitios y ponen pruebas falsas en contra de uno —comentó con un resquemor sospechoso. Me dio en la nariz que lo habían trincado alguna

vez; no me extrañó. La cuestión era por qué—. Pero no tienen nada que hacer aquí sin una orden del juez. Conozco mis derechos.

—Ripper, sin que sirva de precedente, lo felicito —resolví con indiferencia, dando por acabada la conversación.

Él arrugó más la espantosa patata que tenía por nariz en un amago de sonrisa ufana. Pero aunque intentara sonreír, el pobre nunca podría. En el fondo, no era su fealdad lo que le impedía hacerlo, ni siquiera lo que le convertía en un ser antipático, era su naturaleza ruin. De hecho, Ripper era feo porque era un misántropo amargado. Durante una décima de segundo fui débil y sentí lástima por él.

—Déjese de felicitaciones y pague a final de mes, como el resto de los inquilinos. —El segundo de debilidad se esfumó, y con ello mi empatía.

—Estoy segura de que al resto les arregla las goteras. —Se hizo el sordo e inició una torpe huida, renqueando con su pierna tullida. Antes de que me diera esquinazo, se me ocurrió—. ¿Se identificó?

—Basta de cháchara. Tengo trabajo.

—Responda, hombre, ¿cómo sabe que era poli?

—¿Me toma por idiota? —No quise sincerarme en esa cuestión—. Se lo pregunté, ¿o qué se ha creído?

—¿Sin venir a cuento? Ve a una chica guapa que intenta entrar en mi despacho ¿y piensa que es poli? ¿Me toma el pelo? ¿Le enseñó la placa al menos?

Hizo una pausa corta, calculando una respuesta.

—Bueno, algo así.

Siempre he creído que los imbéciles son los primeros intentos que Dios hizo de la Creación, experimentos fallidos. Y siendo Dios un ser omnipotente y todopoderoso, ¿cuántos engendros estúpidos habría creado por accidente? No demasiados, ya que apenas tardó seis días en crear la Tierra. Entre millones y millones de personas, ¿con cuántos metió la pata, unos cientos de miles en todo el mundo? Estadísticamente, era insignificante. La cuestión que en realidad me preocupaba, teniendo en cuenta esa premisa, era: ¿qué había hecho yo, en esta u otra vida, para toparme con todas las cagadas de Dios? Si lo meditaba un poco, la lista era interminable, aunque con mencionar a dos, al Oso y a Ripper, tenía más que suficiente.

—Cuando la rubia vio que era inflexible, coqueteó conmigo —expuso con su característico mohín de hastío—. Como no caí en su juego de putita

barata, se largó.

—Ya, habría sido distinto si le hubiera untado —mascullé, sin creer que Nadine Benton hubiera coqueteado con ese asqueroso—. Un momento, eso fue lo que pasó, ¿verdad? Le pidió pasta. Por eso le da canguelo que vuelvan a tocarle las narices. Venga, Ripper, ¿cuánto pidió antes de que ella le mandara al cuerno?

—¡Que la zurzan! —se despidió, con esa simpatía tan singular.

Entré a la oficina riéndome. Ripper era tan primario como un perro, un bulldog concretamente. Su desconfianza innata era idónea para proteger la privacidad de los inquilinos. A no ser que lo sobornaran, cosa que tampoco me preocupaba, ya que no archivaba los datos comprometedores de los casos resueltos.

En el suelo, frente a la puerta, había correo desparramado: un par de cartas del banco, una postal de las cataratas del Niágara, donde Chelsey había estado de vacaciones hacía un mes, y un sobre abultado, sin sello ni remitente, en el que estaba mi apellido mal escrito: «Vladovich». A alguien le debía de sonar más exótico con «v», dando por sentado que quizás era una pariente lejana del conde Vlad.

Tiré las cartas y el listín de teléfonos sobre la mesa y me quité la ropa. Tendría que llevar a la tintorería la camisa: las manchas de sangre eran difíciles de eliminar. Esperaría a zanjar la misión por si tenía más ropa ensangrentada que lavar. Tal vez me harían un descuento.

Mientras metía la ropa en una bolsa y preparaba una muda limpia, medité sobre la visita de Nadine. Me escamó que intentara entrar en mi oficina. Hubo un tiempo en el que le gustaba colarse en mi hogar y esperarme desnuda, pero de eso hacía siglos. ¿Qué querría? ¿Acaso sabía que había birlado la instantánea policial? No, no hubiera venido por tan poca cosa. Tampoco tenía necesidad de espiarme, pues la informaba de todo —o casi—. Debía de haber algo más, pero ¿qué?

Miré las cartas sobre la mesa, el sobre abultado sin remitente. Una intuición me impulsó a abrirlo con premura. En su interior, la llave de una taquilla para guardar equipajes de la Union Passenger Terminal, y una nota escueta:

Coge tu encargo, deja la pasta y no me busques más.

¿Era eso lo que buscaba Benton? Imposible, nadie más conocía mi acuerdo con Bigmouth. Hice memoria. No, no se me escapó ni una palabra al

respecto cuando hablé con ella. Además, si lo hubiera sabido, ¿para qué querría los legajos sobre el pasado de Smiles? A no ser que en los papeles hubiera algo sobre Besson, por ejemplo. Si era así, ¿por qué actuar a mis espaldas? Era mi pellejo el que estaba en juego...

Para salir de dudas, la telefoneé a la comisaría. Estaba fuera, así que dejé el recado y me di una ducha caliente y dilatada, un lujo que a veces no me puedo permitir por la falta de ingresos, de modo que cuando hay, mis duchas duran más de lo habitual.

El agua, casi hirviendo, relajó mis músculos doloridos. La irritación entre las piernas me recordó a Isse. La cara también me escocía por las bofetadas que me arreó. Descubrirme sonriendo como una tonta me hizo pensar en que era masoquista perdida. Cuando se lo explicara a Chelsey me mandaría directa a su psicoanalista.

Al salir del baño intenté localizar a Nadine, sin suerte. Aún no había llegado a la comisaría. Tampoco era urgente. Sin embargo, hablar con los familiares de las chicas fallecidas y recoger lo que Jimmy Bigmouth tenía para mí sí que lo era.

Envuelta en la toalla de baño, me senté en el escritorio con el listín telefónico que había hurtado. Escribí los apellidos de las desaparecidas en un folio. Pensé en lo que la bibliotecaria Phyllis Moon me había explicado sobre el desorden. Por llevarle la contraria, lo reescribí en mi libreta de notas, en cuatro columnas y en el orden en el que, según el periódico, habían desaparecido: Moore, Larey, Booker y Carpenter. Debajo de cada apellido anoté varios números de teléfono que encontré en el listín y que correspondían a cada uno de ellos.

Inicié la tanda de llamadas muy animada pero, a los pocos minutos, me desinflé como un globo. Ninguna de las familias de las jóvenes era de Los Ángeles. De poco me había servido robar el listín. Contacté con la operadora como si fuera inspectora de policía: aún me sabía de memoria mi antiguo número de placa. En unos instantes me dio una treintena de números que correspondían a todo el estado de California. Tras unas cuantas llamadas infructuosas, por fin di con la familia de Polly Moore.

La mujer que me atendió resultó ser la madre, destrozada por el dolor. La pérdida de un hijo es algo que va contra natura. Una pare al retoño, lo amamanta, lo ve crecer, lo guía, lo ayuda a valerse por sí mismo hasta que un día, con suerte, lo ve convertirse en una persona de provecho, y espera dejar este mundo con el orgullo de haber hecho algo bueno en la vida. Lo

contrario no es razonable ni justo. La señora Moore no pudo hablar conmigo y le pasó el aparato a su esposo.

A los hombres los educan para que no muestren sus debilidades ni sus sentimientos, los educan para que no lloren como nenazas aunque por dentro se desmoronen. Está mal visto socialmente. Ellos deben mostrarse fuertes e implacables, aunque no lo sean; deben decir palabrotas y escupir. Deben mantener el tipo cuando hablan de su hija masacrada con una desconocida, como si no fueran padres, como si no fueran humanos.

El señor Moore lo hizo muy bien.

—Le hemos contado todo lo que sabemos a los inspectores. Mi hija se marchó hace más de un año y nos llamaba cada quincena. No tenía novio, no sabemos quién pudo regalarle el vestido, nosotros somos personas humildes.

—¿Quería ser actriz?

—Todas las jóvenes quieren serlo.

—¿Les habló de alguna prueba a la que pensara acudir?

—Cada día iba a varias.

—Esta era diferente, encajaba exactamente con el perfil de su hija.

El padre hizo una pausa, recordando. Lo escuché carraspear.

—Sí, es posible. Estaba muy ilusionada. —Volvió a carraspear—. Dijo que era imposible que no consiguiera el papel.

—¿Recuerda cuándo tenía que asistir?

—A mediados de junio, creo que el 14. Sí, lo recuerdo porque esa semana tenía que haber venido a visitarnos y lo retrasó para... asistir a la prueba. —Oí cómo aguantaba el aire unos segundos, para soltarlo poco a poco después.

Le di las gracias por la colaboración y me despedí. Él me interrumpió con la voz repentinamente áspera, estrangulada, hundida en el profundo agujero de su pena.

—Prométame que va a encontrar al monstruo que me ha robado a mi niña.

Habría sido comprensible que hubiera callado, que hubiera dado cualquier excusa ceñida de corrección pero, ante esa súplica, una tiene que responder con la misma hambre de justicia.

—Se lo prometo.

Mientras colgaba escuché al padre derrumbarse. El señor Moore lo hizo muy bien.

La siguiente llamada fue a la familia de Mary Larey, que se encontraba en paradero desconocido. El padre sufría una crisis nerviosa que lo mantenía en cama desde que su hija desapareciera, por lo que hablé con la pequeña, una quinceañera muy despierta.

—¿Sabes si tu hermana quería ser actriz?

—¿Por qué habla en pasado? ¿Está bien mi hermana?

Hubiera dado cualquier cosa por decirle que sí, que pronto regresaría con ellos, pero me olía que el cadáver que aún no habían identificado era el de ella.

—Es un modo de hablar, no te preocupes —aclaré.

—Sí, Mary es muy guapa. Le gusta actuar desde pequeña. Siempre participaba en las obras de teatro del colegio.

—¿Y vino a Hollywood a probar suerte?

—En el *Herald* vimos publicado un anuncio que solicitaba chicas para una película. Era como si la describieran a ella. Mi padre no quería dejarla ir, pero lo convencimos. Sé que a mi madre le hubiera gustado que lo intentara. Ella siempre decía que el único que pierde es el que no lo intenta, así que mi padre le pagó el billete a Los Ángeles y le dio dinero para que pasara una semana, a condición de que nos llamara cada día.

—¿Puedes decirme cuándo desapareció?

—La última vez que hablé con ella fue el viernes por la mañana. Estaba muy contenta porque era el día de la prueba. Le dije que, pasara lo que pasara, me llamara después. —Hizo una pausa intensa—. ¿Está bien? Seguimos buscándola, publicamos su foto en los periódicos, por si alguien la ve...

—¿Recuerdas qué fecha era?

—El sábado 17 de este mes.

Ya no tenía dudas: Mary también estaba muerta.

—¿Tenía... Tiene tu hermana alguna marca en el cuerpo?

—Le ha sucedido algo y no me lo quiere decir. —Lloró la hermana.

—No, no. Es por tener más datos.

—Tiene un lunar encima de la ceja izquierda. En el retrato del periódico no se ve porque va maquillada. También tiene un antojo al lado del ombligo con forma de fresa.

Me despedí de la joven comprometiéndome a llamarla si descubría algo. Cuando colgué, me sentí agotada. Era devastador hablar con quienes han perdido a un ser querido, pero ser testigo de la esperanza estéril era mucho

peor. La familia Larey llevaba dos semanas alimentando esa esperanza y aguardando una llamada que nunca se produciría.

Las siguientes charlas discurrieron en el mismo tono que la primera: tristeza, rabia, dolor...

En la llamada a los Booker me atendió el ama de llaves porque los padres estaban indispuestos. Hacía un día que habían regresado de Los Ángeles, donde tuvieron que reconocer los restos de su hija. La asistenta, una mujer con muchas ganas de hablar, ratificó sus sueños de estrellato, aun en contra de los deseos de los señores. Fue ella la última que habló con Betty cuando esta telefoneó desde la puerta de un almacén abandonado que le dio mala espina.

—Dijo que no iría a esa convocatoria, que no quería participar en una producción mediocre en la que las citaban en un almacén de mala muerte. Mientras hablaba con ella, oí de fondo a otra chica que la instó a acompañarla. Le dijo: «Venga, vamos, ¿qué puede ser lo peor que nos pase, que nos seleccionen?». A Betty le resultó divertido que pudieran escogerla y luego decirles que no le interesaba. —Hizo una pausa, rememorando—. Ella era así. Como era hija única, los señores la habían mimado y a veces pecaba de creerse la reina de Saba. Pero era muy buena chica —añadió llorando—. Apenas le dio tiempo de despedirse...

—¿El productor o el director se han puesto en contacto con ustedes? ¿Doy por hecho que no la seleccionaron? —Era una pregunta retórica, ya conocía la respuesta.

—El señor Booker se ha vuelto loco buscando la productora para pedir explicaciones. Ellos son los últimos que vieron con vida a la niña. Ellos y esa chica que la convenció.

—De hecho, el último que la vio con vida fue su asesino —cavilé en voz alta.

Colgué con el estómago revuelto. Cuánto dolor innecesario.

La siguiente llamada fue a la familia de Virginia Carpenter, la última en desaparecer y la que, si se probaba su relación con el resto de las chicas, tiraría por tierra mi suposición sobre el asesinato de Violet.

Según me explicaron, en Los Ángeles compartía apartamento desde hacía varios meses con otra joven, Shelley, y trabajaba de secretaria. Sí, estaban en contacto con ella regularmente, eran una familia muy unida. No, no tenía interés en dedicarse al cine, tenía estudios de secretariado y taquigrafía, y le iba muy bien. No, no tenía habilidades para actuar, cantar o

bailar, era una joven americana, guapa, sana y normal.

Me facilitaron el teléfono de su compañera de piso. Al sexto timbrazo contestó una voz masculina. Cuando me identifiqué como detective de la policía, una mentirijilla sin importancia, noté su nerviosismo. Me pidió que esperase un momento y tapó el auricular; enseguida habló una voz de soprano, claramente de falsete, que se identificó como Shell Harris.

Tras unos segundos de incertidumbre, le expuse la situación.

—Investigo la desaparición de su compañera de piso, señorita Harris.

—¿En qué puedo ayudarla, agente? —preguntó con un desagradable tono agudo.

Ninguna mujer en el mundo podía tener una voz tan horrible y crispante. Estaba segura de que el muchacho que había atendido la llamada se estaba haciendo pasar por la tal Shell Harris.

—Me ayudaría mucho que me explicara por qué se está haciendo pasar por la señorita Harris.

—¿Yo? —chilló—. ¿Por qué dice eso?

—Déjese de cuentos y hable normal, que me va a reventar el tímpano, ¡hombre! —exclamé, molesta.

Escuché carraspear al pollo.

—Soy... soy el novio de Virginia, agente —confesó con su voz original, bastante más agradable—. Su familia cree que vive con una amiga, pero... vive conmigo.

Vaya, vaya con la chica americana, sana y normal. Al parecer, no tenía tanta confianza con sus padres como ellos creían. ¿En qué otras cosas les habría mentado?

—No tengo nada en contra de eso, muchacho, pero sí en contra de los mentirosos, así que no se pase de listo si no quiere meterse en un lío —lo amenacé marcándome un farol—. Explíqueme lo que sepa.

—Aquel día estaba intranquila porque tenía una prueba. Se pasó horas en el baño, maquillándose.

—¿De qué era la prueba? ¿Médica? ¿Estaba embarazada?

—No, señora...

—Inspectora o detective.

—¿Cómo?

—Llámeme inspectora o detective.

—Inspectora detective, era una prueba de cine —contestó contrariado.

—¿Quería ser actriz?

—No, pero como no encontraba trabajo y era tan guapa... Estamos en Los Angeles, todo el mundo intenta trabajar en el cine —argumentó.

«Cierto», pensé, hasta yo hacía mis pinitos.

—¿Usted también?

—Sí —admitió con orgullo.

—Su familia me ha dicho que trabajaba de secretaria.

—La despidieron hace unas semanas. Yo la convencí de que buscara algún trabajo en la industria. Estimé que si alguien la veía, la contrataría, aunque fuera de oficinista en la Paramount, o en cualquiera de las *majors*. Esas cosas suceden todos los días.

—Bien, siga. Aquel día estaba agitada y estuvo horas arreglándose. ¿A qué día se refiere, exactamente?

—Al 23 de junio, creo que era viernes.

—¿Se puso algún vestido caro que usted no le hubiera visto antes?

—No, Virginia es una chica muy sencilla. Cualquier trapo le queda bien.

—Señor..

—Table, Carl Table, señora.

—Por favor, detective. ¿Carl Table?

—¿Detective Carl Table? No, no, soy actor..

—Y yo soy detective, le digo, no me llame señora.

—Perdone, detective.

—Señor Table, me queda claro que está usted muy enamorado de su novia pero resume, que no tengo toda la tarde.

—Lo siento —contestó compungido—. Nos fuimos por la tarde, a eso de las cinco, un poco tarde para un *casting*, pero en este negocio no hay horarios.

—¿Nos fuimos?

—Ella y yo, la acompañé. Nunca se sabe a quién puedes encontrar en un *casting*. Se dan casos en los que el papel se lo lleva el acompañante en lugar del aspirante.

Recordé que había estado a punto de ir a esa convocatoria, disfrazada con una peluca pelirroja y zapatos de tacón. El efecto no hubiera sido tan cómico como ver a Carl Table con un par de tetas.

—¿Y vio a alguien interesante? —pregunté borrando la imagen de un Carl Table travestido.

—No. Subimos hasta el primer piso de una nave industrial semiabandonada del Downtown. Tres o cuatro chicas más esperaban su

turno. Virginia anotó su nombre, edad y características físicas en una lista que había sobre una mesa. Todo muy rutinario, la verdad.

—¿No le llamó la atención que el *casting* fuera en una nave industrial abandonada?

—No. Las pruebas de las producciones baratas se hacen en cualquier sitio. Una vez hice una audición donde tenía que bailar unos pasos de claqué en plena calle.

—Bien, bien. ¿La esperó?

—Un rato. Una candidata nos explicó que la habían cambiado de vestido para las pruebas de cámara. Estaba contentísima porque había cobrado diez dólares sin dar el perfil. Virginia era perfecta para aquel papel.

—¿Por qué?

—Porque ella sí que daba el *casting* perfecto. De las aspirantes que había, era la que más se parecía a las actrices que el anuncio pedía.

—¿Qué pasó? ¿Les gustó?

—No lo sé. Tuve que marcharme a otra prueba. Aquella noche ya no volvió a casa.

Cuatro de cuatro. Como presentía, todas las chicas desaparecidas habían acudido a las convocatorias de la dichosa película.

—¿Avisó a la policía o a su familia?

—El tercer día puse un anuncio en el periódico por mi cuenta. No se lo expliqué a sus padres hasta ayer, no sabía qué hacer —sonó apesadumbrado. El muchacho debía de ser muy joven o muy inexperto. Sentí lástima por él: tenía un buen marrón encima—. Me hice pasar por la supuesta compañera de piso y le quité importancia, para que no vinieran aquí y lo descubrieran todo. Virginia me fundiría si les dijera que les ha estado mintiendo.

—¿Qué le ha explicado a la policía?

—¿No es usted de la policía?

—Sí, sí, claro, me refiero a la denuncia que ha puesto.

—Aún no he denunciado. Por eso estoy tan sorprendido de que haya llamado usted, señora inspectora detective. Después de todo, no ha sido buena idea decírselo a sus padres. ¿Los han informado ellos?

Ese tío era un inconsciente o un completo imbécil. Hacía seis días de la desaparición de su novia y aún no había denunciado.

—¿Se da usted cuenta de la gravedad del asunto, señor Table?

—No quiero tener problemas. ¿Y si creen que yo le he hecho algo? Están pasando cosas en la ciudad, hay más crímenes de lo normal, la gente está

aterrada... ¿Y si piensan que yo tengo algo que ver? Soy joven, con un futuro prometedor, sería mi ruina si...

Colgué el teléfono, harta de excusas vanas. No tenía por qué escuchar las tonterías de un estúpido egoísta que anteponía su raquítica carrera a la vida de su novia.

Repasé mis notas. Cuatro anuncios y cinco víctimas, dos el mismo día en dos puntos diferentes de la ciudad, Virginia Carpenter y Violet Grant. Seguía sin encajarme la pieza.

Restaba hablar con el servicio de anuncios del *Herald Express*. Seguí con mi papel de inspectora de policía. Tener un número de placa, aunque fuera falso, y mencionar conceptos como «importante investigación», «escándalo» y «exclusiva» en la misma frase ayudó a que el periodista desembuchara con facilidad ante la promesa de una primicia.

Según el registro, contrataron los anuncios vía telefónica y se envió el pago a través de la Western Union. La dirección que constaba en el pago y el número de teléfono asociado correspondían a El Mundo del Automóvil.

Bajo mi punto de vista, el cerco se estrechaba en torno a Paul Grant y Norman Bloch. Cualquiera de los dos podía haber contratado los anuncios por palabras, cualquiera de los dos podía haber montado el tinglado para captar a jovencitas parecidas a Violet. Aunque el detalle del vestido de trescientos pavos inclinaba la balanza hacia cierto señor de mediana edad, rico y bien parecido.

Ya tenía ganas de empezar a eliminar sospechosos. Si hubiera algún indicio de por qué habían asesinado a esas chicas... habría sido más fácil decantarme por uno u otro. Pero ¿quién sabe lo que hay en la mente de un homicida chalado?

Era tarde y aún tenía que recoger lo que Jimmy había dejado en una taquilla de la Union Passenger Terminal, por lo que cogí el dinero que me quedaba y salí pitando hacia allá. A pesar de que en la nota no lo indicaba, reconocí el diminuto anagrama de la estación en el llavero.

Tardé más de lo esperado a causa del tráfico, los últimos días del mes siempre son una locura. La terminal estaba abarrotada. Su inauguración, diez años antes, había sido un acierto. Miles de personas utilizaban los servicios del tren y hacía de Los Ángeles una urbe mucho más accesible. Ese 29 de junio, cientos de personas se movían como hormigas de un lado a otro, arrastrando maletas enormes unos, pequeñas bolsas de mano otros.

Tuve que atravesar el vestíbulo abarrotado hasta llegar al departamento

de equipajes, donde se disponían un centenar de taquillones a lo largo y alto de las tres paredes del habitáculo. El que me interesaba se encontraba en la fila de abajo. Lógico, consideré, teniendo en cuenta la estatura de James Bigmouth Stuart.

Durante todo el día había tenido la desagradable impresión de que me vigilaban, por lo que, antes de abrir la portezuela de la taquilla, eché una ojeada a uno y otro lado, pero nadie parecía fijarse en mí. Saqué un sobre tamaño folio de color marrón que, a juzgar por el grosor, contenía bastantes papeles.

Revisé el interior para asegurarme de que no me había timado. Lo primero que asomó fue el retrato en brillante blanco y negro de una jovencísima Isse, mirando de frente a la cámara con un semblante tristón. En esa imagen no tenía la fea cicatriz que le cruzaba la cara, pero los ojos eran los mismos: directos, agudos, vibrantes. Era la tierna promesa de una mujer intensa y poderosa.

El membrete del hospicio Children Home Society encabezaba la portada y el resto de los folios que, revisándolos por encima, parecían los historiales de varias internas.

Sustituí el contenido de la taquilla por el sobre repleto de billetes. Volví a maldecir mi desafortunado ataque de honestidad al tirar el dinero a la basura. En la vida hay momentos para hacer estupideces y momentos para ser honestos, y ninguno de estos conceptos debe componer el mismo binomio.

Como la terminal se encontraba a unos tres kilómetros de la Biblioteca Central, preferí estudiar allí los informes, ya que era posible que tuviera que consultar de nuevo la hemeroteca. Regresé al Chevrolet sin quitarme la engorrosa sensación de que me pisaban los talones. Durante el corto trayecto eché vistazos al retrovisor para asegurarme de que eran alucinaciones. Me estaba volviendo paranoica.

La biblioteca estaba desierta. El eco de los pasos retumbaba entre los pasillos abarrotados de libros. Saludé con la cabeza a Phyllis Moon, que empujaba un carrito de libros con la ternura con la que una madre empuja el carrito de su bebé; casi me pareció oír un runruneo gangoso que la bibliotecaria les dedicaba.

Ocupé la primera mesa que me pareció, de cara a la puerta para vigilar la entrada. Estaba intranquila y no quería que nada me pillara desprevenida.

Como es mi costumbre, esparcí encima de la mesa el contenido del sobre.

Otro, de color blanco y de pequeñas dimensiones, planeó hasta el suelo. Había tanto silencio en la sala que casi pude escuchar cómo el papel aterrizaba junto a mis pies. Al recogerlo, advertí que mi apellido estaba escrito, esta vez correctamente, junto a una frase que me paró el corazón:

Bladovich: leer EN caso de †defunciÓN.

¡Jodido Bigmouth! ¿Cómo podía hacerme algo así? Además de detective, soy curiosa por naturaleza, ¿cómo esperaba que respetara sus deseos? ¡Era una putada! A partir de ese instante ya no pude pensar en nada que no fuera leer la nota. ¿Cómo se le había ocurrido? ¿Y por qué creía que podría morir? ¿Estaría relacionado con la investigación? ¿Y a qué venía escribir mezclando mayúsculas y minúsculas, como un crío pequeño? Jimmy Bigmouth no era ningún palurdo, ¿acaso lo había escrito otra persona? Tuve el pérfido deseo de encontrar su cadáver para poder abrir el sobre sin remordimientos. Me tengo por una persona legal, no me gusta traicionar la confianza que depositan en mí, por lo que, después de mirar a contraluz por si distinguía alguna palabra clave, lo dejé de lado y me limité a los expedientes.

A primera vista, Bigmouth y su amigo el periodista habían hecho un buen trabajo recopilatorio. Allí había documentos sobre Isse y otras internas, así como de la directora del centro, las celadoras, incluso datos financieros.

Busqué el retrato desgastado que había visto antes. Una niña morena, de cabello lacio y mal peinado, miraba a la cámara con extrema seriedad. Su mirada opaca transmitía una gravedad inapropiada para una cría de doce años. Bajo las pupilas claras se extendían unas ojeras profundas y oscuras que le robaban belleza. Su cara infantil se mostraba íntegra, sin marcas ni cicatrices y, aun así, no tuve ninguna duda de que se trataba de Isse. Otra imagen, esta vez un plano general, mostraba su cuerpecito excesivamente delgado y larguirucho. Las ropas que vestía eran poco menos que harapos. Se trataba de las fotos que les hacían a las niñas cuando pasaban a estar bajo la tutela de la institución.

En sus largas manos sujetaba una placa con el número «250322». Se correspondía con la fecha de alta en el centro y con su número de interna. A partir del momento en que cruzó las puertas de la inclusa dejó de ser una niña esmirriada llamada Isse para ser conocida como la interna número 250322. La deshumanización de las personas empieza por la pérdida de

sellos identificativos que las hacen únicas, lo que facilita ejercer mayor poder sobre ellas. Conocí una vez a un hombre que había trabajado de cuidador en el Orphans Home de Los Ángeles; me confesó, avergonzado, que para no empatizar ni encariñarse con las pobres criaturas evitaba mirarlos a la cara y los trataba de manera impersonal. Ayudaba el vestirlos con espartanos uniformes grises —que homogeneizaban a los chavales— y colgarles en el cuello una placa con su número de interno. En el orfanato de Memphis se congregaban más de cien niñas, de edades comprendidas entre los cero y los diecinueve años; para evitar la indisciplina propia de la juventud, las celadoras empleaban la mano dura y la deshumanización metódica. Allí se había criado Isse Smiles. No me extrañó que tuviera un carácter tan voluble.

En una tercera instantánea, la jovencita volvía a posar, vestida ya con un uniforme demasiado grande, el pelo recogido en dos coletas y la misma mirada furibunda.

Leí el resumen de su vida en una escueta ficha:

Número de interna: 250322.

Fecha de alta: 25 de marzo de 1922.

Nombre: Isse Dubois.

Fecha de nacimiento: 1910 aprox.

Edad: doce años aprox.

Padres: huérfana desde los cinco años, progenitores fallecidos en accidente de tráfico. Adoptada por el matrimonio Dubois, fallecidos el 7 de enero de 1921. Sin familiares conocidos.

Carácter: desconfiada, reservada, accesos de ira.

Historial policial: detenida por hurtos menores. Viviendo en la calle desde el fallecimiento de padres adoptivos.

Observaciones: violenta. Poco sociable. No colabora.

Según la ficha, la pequeña había sobrevivido sola en la calle a base de hurtos, hasta que la policía la internó en el asilo. La vida la había tratado mal, de ahí la mirada rabiosa.

Los siguientes folios eran antecedentes médicos e informes de comportamiento y evolución de la joven. Al parecer, le costó mucho trabar amistad; se hacía referencia a un par de amigas con las que se comunicaba regularmente. Era propensa a las peleas tanto con las internas como con las celadoras. El castigo habitual consistía en aislamiento en celdas, ayuno y azotes con la vara. Según el historial, Isse debía de tener el culo plagado de cicatrices porque no dejó de meterse en líos en los cuatro años que

estuvo encerrada. También aparecía la firma de un loquero que, una vez al mes, la sometía a electrochoque, al parecer terapia reservada para las internas violentas.

El expediente se interrumpía, de modo abrupto, con un informe médico que catalogaba su salud de crítica tras un incidente, sin explayarse en los detalles. Una pelea con varias guardianas, intento de fuga, castigo ejemplar y dos meses en cama recuperándose de lesiones que no se especificaban. En la última página, se daba por concluido el dossier de Isse Dubois, tras el éxito de fuga el 11 de septiembre de 1926, cuando contaba dieciséis años.

Dos cosas no cuadraban. Primera, que la ficha se cerrase el mismo día en el que se escapó; en estos casos, lo normal era esperar un tiempo prudencial, en el que se ponía en alerta a la brigada de la policía para recuperar a la fugada. Segunda, no se mencionaba el asesinato de la celadora.

Solicité la ayuda de Phyllis Moon para acceder a alguna publicación de la época, a ser posible algún periódico local del estado de Tennessee.

—No, querida, en esta biblioteca no tenemos volúmenes de otros estados. Aunque no se lo parezca, no disponemos de tanto espacio... Pero, dígame, ¿busca algo en concreto, querida? —se interesó, siempre con voz queda, a pesar de que no había nadie más en la sala.

—Sí. En 1926 una muchacha se escapó de un hospicio en Memphis y mató a una de las vigilantes. Me gustaría averiguar si la prensa se hizo eco de la noticia.

—¿Se refiere usted al Children Home Society? —Asentí sorprendida. Aquella mujer era una mina—. ¡Qué casualidad! Yo soy de Memphis. Recuerdo bien el tema porque la asociación interpuso una denuncia que, poco después, retiró —cuchicheó—. Resulta que no había cadáver y el juez estuvo a punto de juzgar a la directora por perjurio. Se creía entonces que fue una treta de la señora Tann para desviar la investigación de la que era objeto como directora. Sea como fuere, ella sigue en el cargo y nunca se concluyó la investigación, ni se enterró a la vigilante ni se encontró a la pobre niña.

Así pues, no había pruebas de que Isse Dubois asesinara a nadie cuando era una adolescente. ¿De dónde había sacado esa información mi confidente?

Agradecí la ayuda a la bibliotecaria y retomé la lectura de los archivos.

Entre tantas hojas, una cuarta instantánea captó mi atención por lo

disonante de la escena: un grupo de ocho crías posaba ante el fotógrafo con bonitos vestidos que exageraban sus anatomías infantiles. El talante de las púberes rozaba una coquetería que rechinaba con su edad. Advertí que sus rasgos destacaban de modo poco natural: labios exageradamente perfilados, ojos oscuros, pómulos sobresalientes... Me acerqué a la foto para apreciar el detalle: iban maquilladas. ¿Cómo era posible que lo permitieran en un lugar donde el recato y la educación eran tan estrictos? A no ser que esa fuera una de las muchas irregularidades que el periodista, amigo de mi confidente, estaba investigando.

Como era de esperar, la única que se mostraba enfurruñada era Isse, a quien el objetivo captó observando fijamente hacia algún lugar. ¿Qué miraría con tanto ahínco?

Seguí la línea invisible de su mirada, que se posaba en otra interna de sonrisa suficiente, en el otro extremo del grupo. Sus facciones me resultaron demasiado familiares como para obviarlo. La chiquilla era Violet Grant.

Casi salté de la silla ante el descubrimiento: Isse y Violet se habían conocido en el hospicio.

Impaciente, busqué entre los papeles alguna otra instantánea que las relacionara. Hallé dos más, donde las internas posaban ataviadas de uniforme gris y cofia, la antítesis de la moda y el buen gusto. En ambas imágenes, las dos aparecían juntas, incluso podría decirse que casi felices. Me fijé en el detalle de que sus manos se rozaban como por casualidad. Era una mala imagen con escasa definición, sus rasgos se emborronaban con las manchas del tiempo sobre el papel de brillo. A pesar de ello, sentí el calor de ese roce en la piel blanca, el rubor en sus mejillas, la ilusión del amor latiendo con fuerza en sus pechos. Se amaban.

Aunque Isse me había advertido que fue su primer amor, nunca sospeché que se remontara a un tiempo y un lugar tan lejano. Excitada por las novedades, seguí removiendo papeles en busca de cualquier indicio que pudiera vincular con su vida y su muerte. Me olía que la clave del meollo estaba allí. La observación de Bloch refiriéndose a los contactos de su pasado y relacionándola a personajes ilustres, la presencia constante de Isse, incluso las notas del chantaje que también hacían referencia al pretérito perfecto...

En la vida de todos ellos había un agujero negro y un nexo común: la propia Violet. Y en mis manos tenía un pedacito de su historia.

Número de interna: 171117.

Fecha de alta: 17 de noviembre de 1917.

Nombre: Violet Swanson.

Fecha de nacimiento: 30 de mayo de 1910.

Edad: siete años.

Padres: Samuel y Josephine Swanson. Madre fallecida. El padre renuncia a la custodia. Sin familiares que quieran hacerse cargo.

Carácter: altiva, fantasiosa, voluble.

Historial policial: - - -

Observaciones: tendencia al delirio. Narcisista.

A la ficha se adjuntaban sendas fotografías similares a las de su compañera. La primera mostraba a una niña de apariencia sana y cuidada; la calidad de la ropa delataba los orígenes de su cuna. Su aire arrogante contrastaba con el rostro infantil, una mirada pétrea que en la siguiente foto había desaparecido; vestida con el uniforme gris, era como el resto de las internas, seres desamparados con el temor enraizado al alma. Se veía tan pequeña, tan frágil... Lloraba, y su llanto desconsolado arrastraba los vestigios de niña bien; con las babas y los mocos se mezclaba la memoria de una vida que se quedaba al otro lado de los muros. En su boca, estrujada por el disgusto, resaltaba la ausencia de los incisivos inferiores; el reemplazo de los dientes de leche no era más que un símbolo de la nueva situación: se acabaron las historias del hada de los dientes, las monedas debajo de la almohada, los mimos, las carantoñas... Del cuello le colgaba la placa con su número de interna, el 171117. Ya no era una niña.

Yo también habría llorado si me hubieran abandonado a los siete años en una inclusa. Se había pasado media vida allí dentro. Entendí lo que Bigmouth había dicho sobre las adopciones: nadie los quería tan mayores, los bebés eran los únicos que tenían una oportunidad en el Children Home Society de Memphis. Al resto, se las hacía trabajar para el orfanato. Vivir no era gratis y lo aprendían pronto.

Ningún otro documento que arrojara luz en la investigación, salvo el informe de baja, a la edad de diecisiete años, que detallaba los efectos personales con los que la joven Violet salía: dos vestidos que ella misma había cosido, unos zapatos desgastados, un par de medias y una vieja maleta cargada de expectativas. Con todo eso se trasladó a Los Ángeles para trabajar de dependienta en los almacenes Woolworth, donde Grant la encontró. Lo demás, era historia.

Me extrañó que la despacharan siendo menor de edad, sin un centavo para la manutención, al menos durante un tiempo. Eso era lo mismo que invitarla a prostituirse. Y no era por falta de liquidez. Entre los papeles hallé la copia de un recibo por valor de cinco mil dólares, a nombre de la directora Tann, sin concepto específico. Probablemente la aportación desinteresada de algún alma caritativa que había acabado en el bolsillo de la directora.

Pero si aquello olía mal, peor olía mi siguiente hallazgo: un catálogo de los retratos de bonitas adolescentes, emperifolladas como si fueran a la fiesta de graduación. Entre ellas reconocí a Isse, que se había transformado en una chica alta y espigada, de rasgos duros, mientras que Violet era la promesa de la mujer que conocí, hermosa, distante y extrañamente frágil.

El resto de los legajos eran certificados de nacimiento de bebés que no pasaban ni una semana en el centro, más recibos por valor de miles de dólares, y otros tantos expedientes en los que se repetía la historia: el antes y el después de varias internas, una vida explicada en doce líneas y sus correspondientes bajas.

Cerré la carpeta, satisfecha. Había indicios de algo gordo y algunos vacíos que llenar que eran tan significativos como los propios datos. En una investigación, tan importante es lo que se dice como lo que se calla, y en aquellos papeles amarillentos había muchos silencios. Desde luego, valían hasta el último céntimo que había pagado. No estaba nada mal para un informador aficionado, como el propio Jimmy se había definido. Su amigo, el periodista, tenía material para un jugoso artículo que bien le podía valer el Pulitzer.

Por lo que a mí respecta, me apenaba la historia de Isse. Tenía curiosidad por saber cómo se había convertido en Smiles y cómo había acabado trabajando para Besson. Había llegado el momento de poner las cartas sobre la mesa. Estaba cansada de pistas que llevaban a callejones sin salida. El tiempo corría. La poli tenía un caso que cerrar y, si no me adelantaba, se me echarían encima.

Alentada por esa idea, recogí los papeles y conduje hasta el Breathless.

Siguiendo el consejo de Marc, entré por la puerta principal. El portero me reconoció y me dejó pasar. Localicé a Isse sentada en el mismo lugar, tomando su cóctel preferido, como la primera vez que la vi. Y también como aquella vez, de fondo sonaba *Don't Explain*. El *déjà vu* me erizó los pelillos de la nuca.

El club estaba animado aquella noche. Alrededor del reducido escenario se aglutinaban las mesas, inundadas de bebidas y copas medio vacías. Una nube de humo envolvía al público, que aplaudía con entusiasmo el final de la canción.

Isse observó mis pasos a través del espejo. Por el movimiento de su pecho, me pareció que su respiración se aceleraba. No la hice esperar.

—No has tardado en volver —murmuró con un deje de complacencia—. ¿Placer o trabajo?

—Debemos hablar de muchas cosas —manifesté sin ser totalmente sincera. Añadir que tenía unas ganas locas de terminar lo que empezamos hubiera sido incorrecto.

—Estoy ocupada, ¿no lo ves? —replicó bebiendo un trago.

—Dispongo de toda la noche —contesté mientras, inconscientemente, dibujaba el contorno de su cuerpo con la mirada—. Esto está abarrotado, ¿se celebra algo?

Ella paseó la indolencia de su mirada por la sala. No se parecía en nada a la jovencita de las fotos.

—Los jueves hay buena música —declaró con vaguedad—. ¿Quieres tomar algo?

—Me vendría bien un *whisky*.

Le hizo una seña a Marc, que con desgana me sirvió la copa.

—¿Y bien? ¿Hay novedades? —preguntó fingiendo desinterés, igual que yo fingí ser una profesional.

—De eso quería hablar, hermana.

—Si quieres que nos llevemos bien, deja de llamarme así. No soy tu hermana—. La mujer saludó a alguien de lejos y añadió—: Ahora disculpa, he de atender a mis clientes.

Se levantó del taburete y me dejó con la palabra en la boca. El contoneo de sus caderas alejándose cautivó mi interés y despertó un hambre bulímica que se arrellanó entre mis piernas. Desde luego que no era mi hermana, ni ganas de que lo fuera. La estaba devorando con la mirada. Y con los sesos. Y con el ansia. Y ella lo sabía. ¿Dónde había aprendido a hacer algo así? ¿En el orfanato?

Sentados alrededor de una mesa, la esperaban unos fulanos elegantes. Uno la recibió con los brazos abiertos, como si la conociera. Me resultó familiar. Robusto y de estatura media, su cabeza era la prolongación de un cuello demasiado ancho para llevar corbata. La nariz aplastada contra la

cara lo delató como boxeador. Ella se sentó entre el púgil y otro tipo de cabello blanco y espeso, impecablemente vestido, que se parecía sospechosamente al alcalde. Pero no podía ser... ¿Qué haría allí el alcalde?

Recordé lo que Jimmy Bigmouth había comentado sobre la selecta clientela del club, personajes importantes cuyo propósito era mantener el anonimato. Eso equivalía a decir que políticos y mafiosos se reunían para hacer negocios. Entonces reconocí al boxeador: Mickey Cohen, el sucesor de Bugsy.

Sin éxito, intenté leer los labios gruesos del gánster, que apenas gesticulaba al hablar. El alcalde asintió a todo mientras que, como yo, se alimentaba de la belleza de su anfitriona. Ella se acercó a su oído y le susurró alguna tontería que le hizo mucha gracia. Acto seguido, el gánster hizo una seña a otro, que dejó su bebida para seguir a uno de los gorilas del club. Desaparecieron por una de las puertas del fondo, la que estaba junto al aseo. En seguida supe que iban al almacén donde escondían las armas.

En ese momento, Smiles dio por acabada la reunión e hizo amago de levantarse. Solícito, el alcalde le retiró la silla y le besó la mano como un galán de cine, manteniendo los labios contra el dorso más de lo necesario. Ella se dejó mimar; de hecho, respondió con una palmadita coqueta en el pecho del donjuán. «Lástima no llevar encima la cámara para enviarle una foto a la esposa de ese seductor de pacotilla», me dije, tomando un sorbo de *whisky* mezclado con inquina. Ser celosa nunca ha ido conmigo pero, por alguna razón enfermiza, no pude evitarlo.

—Perdona la interrupción, era importante —se disculpó al sentarse en el taburete.

—Lo entiendo, te debes a tus clientes. Y al señor alcalde no se le puede hacer un feo —contesté, repentinamente interesada por lo que sucedía en el escenario.

Lo peor de sufrir un ataque de celos injustificado es disimular frente el objeto de tu deseo, fingir que ella te da igual. Las mujeres siempre nos damos cuenta de esas cosas, y la persona celosa, en su neura por simular normalidad, acaba cagándola. Gracias al cielo, Isse estuvo por encima de mi absurdo berrinche.

—Si te conociera, diría que estás celosa —soltó divertida.

—Menos mal que no me conoces, *hermana* —recalqué.

Levantó una ceja ante mi desafío y evitó sonreír. Pero sus ojos sí lo hicieron y, a mi pesar, me robó un latido.

Las primeras notas de una guitarra dieron la bienvenida al escenario a una cantante que empezó a entonar una animada melodía de Peggy Lee, *I Don't Know Enough About You*. La letra de la canción parecía escrita para aquel momento: *sé un poco sobre un montón de cosas, pero no lo suficiente acerca de ti...* Deseaba que Isse aclarase mis dudas pero, sobre todo, deseaba conocerla a fondo. ¿Qué me pasaba con aquella mujer?

—Bueno, detective, ¿por dónde íbamos? —preguntó como si tal cosa.

—Dímelo tú, Isse Dubois. ¿O debería decir Besson?

Me miró de arriba abajo como si fuera un espectro. Aun en aquella penumbra, percibí cómo su piel palidecía. Durante unos segundos me sentí bien por haber conseguido desestabilizar el tenaz autocontrol de la mujer; luego me di cuenta de que había actuado más motivada por la rabia que por el afán de avanzar en la pesquisa.

—¿Qué dices? ¿De dónde sacas eso?

Reconozco que lo dije por decir, sin más intención que hacerle pasar un mal rato. Aunque, para mi sorpresa, su inquietud me dio a entender que no iba desencaminada.

—¿Que te apellidas Dubois, o que eres Lou Besson?

—¿Me has estado investigando? —preguntó desencajada. Lo admití—. ¿Y qué sabes?

—Lo suficiente. El resto quiero que me lo expliques tú.

A excepción del temblor del labio, parecía una estatua de hielo. Di un paso hacia ella sintiéndome poderosa.

—Es obvio que la que corta el bacalao aquí eres tú. Todos te llaman *jefa*, traficas con armas y a saber con qué otras cosas. La pasma no te molesta y dice no saber nada de Lou Besson... Ahora resulta que te codeas con el alcalde y con un conocido gánster. Estás bien protegida.

—No tengo que darte explicaciones sobre mis clientes, detective —contestó con gravedad.

—No soy tu enemiga. Pero creo que ya es hora de hablar. Basta de misterios.

—¿Qué misterios? ¿Las historias fantásticas que tienes en la cabeza?

—La muerte de tu amiga y la de cuatro chicas más no son historias en mi cabeza.

Frunció el ceño al oír que había otras muertas. Pese a ello, se mantuvo a la defensiva.

—Más valdría que te dejaras de truquitos de *pies planos* y te centraras en

averiguar quién se las cargó. Si crees que sabes algo acerca de mí, te equivocas.

Le mostré una de las fotografías de los expedientes del orfanato. Abrió tanto los ojos que casi se le salen de las órbitas. Me hubiera gustado abordar el tema de otro modo, pero mi deseo frustrado y su actitud defensiva guiaban mis actos.

—¿De dónde la has sacado?

—Te he dicho que necesitábamos hablar.

Me cogió del brazo y me arrastró hacia las puertas del fondo de la sala. El vigilante hizo ademán de seguirnos, pero ella lo detuvo.

—Todo está bien, Joe. Déjanos solas.

Entramos por la misma puerta por la que Violet había desaparecido aquella noche. Torcimos a la derecha por un corredor que pasaba desapercibido a primera vista, y bajamos por una escalinata que desembocaba en el elegante habitáculo donde el día anterior me había interrogado con tanta delicadeza. La alfombra sobre la que vomité no estaba. Desde allí se oía la insinuante voz de la cantante y el respunte de la guitarra respaldada por el piano.

Sabes que fui a la escuela, y que no tengo un pelo de tonta. Es decir, ¡hasta que te conocí!

Me invitó a tomar asiento en un sofá con la tapicería desgastada mientras ella permanecía de pie, de brazos cruzados.

—¿Sabes lo peligroso que es para mí que vengas aquí con esa foto y esas historias?

Por fin la veía motivada a colaborar, aunque fuera por miedo.

—No, no lo sé. Explícamelo.

—Desde que te conozco, no has hecho más que hablar de Besson. Estás obsesionada. Y yo quiero olvidar.

—¿Olvidar el qué? ¿Que tienes un cargamento de armas en el almacén? ¿Que tu club es una tapadera? ¿Que extorsionaste a Grant? —Ante su cara de pasmo, añadí—: Lo sé todo, Isse.

—Ah, ¿sí? —Asentí—. Eres una estúpida.

—Empiezo a cansarme de que todos me llamen estúpida —me quejé. Bigmouth opinaba como ella.

—Sabes lo que te han contado. ¿Qué pruebas tienes? ¿Hay algo además de palabras?

—Sí —asegué con una leve duda.

—¿Qué? ¿Las armas del almacén? No son mías, preciosa. Se las guardo al pájaro de arriba. Le debía un favor. —Hizo una pausa, evaluando cómo encajaba la noticia—. Ha venido a buscarlas, los suyos deben de estar ahora mismo cargando el camión en la puerta de atrás.

—¿Es cierto eso?

No tengo un pelo de tonta...

—Tan cierto como que el club no es ninguna tapadera. Mis clientes son pollos importantes, con negocios variados. A veces tienen que negociar con individuos de intereses opuestos. El Breathless les ofrece un rincón donde escuchar buena música, recibir un trato agradable y la máxima discreción. Los ciudadanos respetables no se pasean por este barrio y los periodistas tienen prohibida la entrada.

—Yo entré sin demasiada dificultad —le recordé.

—Tú entraste porque yo lo permití —subrayó. Cómo me gustaba su seguridad. La hacía tan *sexy*...

—Tengo las notas del chantaje. Son una prueba.

Alzó la ceja con extrañeza.

—¿A qué te refieres?

—Las que le enviaste a Grant. Las encontré en su papelera.

Cansada, se sentó junto a mí.

—Mira en el cajón del escritorio. —Señaló con la barbilla la mesa que presidía la sala.

La obedecí. El eco del último verso de la canción llegó hasta mis oídos desde el bar, evidenciando algo que ya sabía.

Porque no sé lo suficiente sobre tiiiiiiii.

Los aplausos envolvieron mis pasos hasta un impoluto escritorio que era la antítesis del mío. No tenía a la vista ni un papel, ni una mota de polvo, ni siquiera una triste máquina de escribir. En el cajón sí que hallé los enseres típicos de un despacho: lápices, una pluma, tinta, papel secante y varias carpetas.

—¿Escribes con pluma?

—Soy una romántica —se burló—. Busca un dossier que pone «gastos extras».

Anonadada, comprobé que Isse guardaba copia de todas las notas que le

había enviado a Grant. Ahí estaban las que hallé en la basura y otras que no había visto con anterioridad.

—Te estás declarando culpable de coacción.

Isse se levantó como si un resorte la empujara y llegó a mí de un salto.

—¿Pero es que eres idiota? ¡Míralas bien! ¡Grant me extorsiona a mí! —
bramó, perdiendo la paciencia.

Leí las notas que, de repente, cobraron otro sentido:

Sé quién eres. [Lou Besson]

El pasado te persigue. [El pasado en el orfanato]

El dinero no puede borrar lo que hiciste. [La muerte de la celadora]

Si sabes lo que te conviene, seguirás mis indicaciones. La entrega será el segundo viernes de cada mes, 2.000 \$ en billetes pequeños, sin marcar. Espera a una mujer. Por tu bien, no hablarás con la policía. Tienes demasiado que perder.

—Eso no fue lo que él me dijo —insistí, con un hilo de voz.

—Creo que te han dicho demasiadas mentiras —añadió con pesadez.

La frase actuó como un laxante que me produjo retortijones. ¿Me había equivocado? ¿Había basado el caso en falsedades, saltando de engaño en engaño como un pelele? ¿Tan atrofiado tenía el instinto? Qué diría el bueno de Bud si levantara la cabeza.

—Imposible. Encontré... encontré las notas en su papelera.

—Serán los borradores. Chapucero —escupió con desprecio.

—¿Y si los borradores son estos? —especulé indicando la carpeta.

—Nunca he extorsionado a nadie pero te aseguro que, si alguna vez lo hubiera hecho, no habría dejado las pruebas al alcance de cualquiera que husmeara en mis cosas. Y menos, los borradores. Piensa un poco, ¿te hubiera enseñado las notas?

—Para manipularme —concluí.

—¿Qué gano con ello?

—Que confíe en ti.

—¿Qué importa si confías en mí? Soy terriblemente mala. Con chasquear los dedos, puedo hacer que te liquiden. Ya no tendría de qué preocuparme.

Mi confusión era mayúscula, pero sus argumentos eran persuasivos y razonables.

—Supongamos que te creo. ¿Por qué te chantajeaba?

—Deberías saberlo. Has investigado —contestó, sirviéndose un trago.

Luego, se sentó de nuevo en el sofá.

Fui a su lado. Sin pensarlo, le cogí el vaso de la mano y di un sorbo. Ella me limpió una gota de la comisura de los labios. Nos miramos unos segundos. Sentí que el aire vibraba entre las dos. Le devolví el vaso, turbada.

—De todos modos, ¿qué importa la extorsión? Vi no ha muerto por eso.

—No puedo pasarlo por alto —insistí—. Todo conduce al pasado, hermana, el chantaje forma parte de ello. Pero me faltan piezas: el hospicio, tus orígenes, Besson...

—¿Por qué quieres que te hable de mi pasado? He pagado mucho por dejarlo atrás.

—Porque sucedió algo importante en el orfanato. Os conocisteis allí, erais amigas. ¡Tú debes de saberlo!

—¿Y si te equivocas? ¿Y si solo es un crimen pasional? ¿Y si su marido perdió la cabeza o el menda rarito del que me hablaste?

—Si me equivoco no pasa nada, solo me habrás hablado de tu pasado... Pero ahora mismo, cualquier pista es válida. Isse, por favor —le imploré. Y ya no la llamé más *hermana*. Necesitaba... deseaba que nos lleváramos bien.

Se reclinó con los párpados cerrados. El pelo se le movió dejando al descubierto la cicatriz. A ella no le importó que la viera así. A mí tampoco me importaba: no le restaba ni un ápice de belleza.

Después de una eternidad, pronunció las primeras frases cargadas de angustia.

—Sucedieron muchas cosas. Es una época que me he esforzado en olvidar. Casi lo había logrado cuando Violet reapareció en mi vida, hace poco más de un año.

Enmudeció, tomándose su tiempo. Tragó repetidamente, intentando disolver la bola apelmazada de su garganta. Cuando volvió a hablar, lo hizo como si hubiera recorrido un camino abrupto hacia un pasado perdido. Algo me dijo que ese camino no era de baldosas amarillas y que nadie había tarareado melodías entrañables.

—Llegué a los doce años. Ella vivía allí desde hacía mucho tiempo. A las mayores de cinco no nos querían porque era difícil colocarnos. Para ganar el sustento nos hacían trabajar. Si hubiera sido ese el problema... —Tomó aire antes de proseguir—. Teníamos una profesora de buenos modales que nos enseñaba lo que una señorita debe saber para complacer a un marido. A las pocas semanas de llegar, entendí por qué eran tan importantes las

lecciones. Nos juntaron a un grupo de diez o doce niñas. La mayor tenía, como mucho, catorce años; nos ordenaron que nos cambiáramos de ropa; había una caja con vestidos preciosos que a la mayoría nos venían grandes; luego nos maquillaron, nos dieron un vaso de aguardiente y nos llevaron a otra sala, donde un grupo de hombres trajeados nos examinó como si fuésemos ganado. Recuerdo que Vi me explicó que los señores nos adoptarían si hacíamos lo que ellos querían, que tendríamos una familia. — Se tragó la bola que estrangulaba sus cuerdas vocales—. Ella tenía experiencia. A los señores les gustaban jovencitas.

Me tapé la boca con la mano, sin palabras que pudieran expresar el estupor y la rabia que sentía.

—¡Dios mío! ¡Teníais doce malditos años! —gemí, al comprender las fotografías de las chiquillas maquilladas. El periodista amigo de Bigmouth estaba investigando lo que, sin duda, sería un escándalo. ¿Pero por qué la justicia no había actuado? ¿Por qué no había trascendido a la opinión pública? La respuesta fue evidente: los pedófilos eran personalidades importantes.

—Las visitas de los caballeros se repetían un par de veces al mes. Yo era una rebelde y eso me costó caro. Pasé por la enfermería en varias ocasiones, aunque no me importaba si con eso lograba eludir las fiestas. Mientras, Vi soñaba con cuentos de hadas, se inventaba realidades alternativas para sobrevivir. Era una soñadora, solía contarme historias fantásticas de cómo sería nuestra vida juntas en el mundo real. «Como princesas», me decía, «viviremos como princesas».

Isse se sirvió otra copa.

—Pobre Violet, era de las preferidas. Su hermosa cabellera roja la hacía merecedora de atenciones especiales por parte de los habituales. No sé cómo pudo soportarlo. Le prometí que la sacaría de allí. —Disimuló al limpiarse una lágrima furtiva que se deslizaba por la barbilla—. Llegó nuestra oportunidad e intentamos escapar, pero nos atraparon. Yo me defendí con uñas y dientes. Violet se quedó paralizada viendo cómo me daban una paliza de muerte. Me marcaron la cara para siempre. —Bajó la mirada, consumida por el dolor. Alargué la mano para acariciarla; ella se apartó—. Estuve semanas fuera de circulación. Algunos días, Vi me visitaba en la enfermería y me hablaba de un señor que la quería en exclusiva. Estaba convencida de que él nos sacaría, que la vida que tanto deseaba sería posible.

—¿Fue así?

—Las hadas no existen, Bladovich —repuso con aspereza. Reposó la cabeza en el respaldo del sofá—. Cuando me recuperé, volví a fugarme. Esa vez lo conseguí. Aticé tan fuerte a una guardiana que la maté. Si me hubieran pillado, habría ido directa al trullo —recordó, la repugnancia tintando su voz—. Escapé. Y dejé sola a Violet.

—Isse... —Puse una mano sobre su rodilla: quería reconfortarla de alguna manera. La culpabilidad es un trago difícil de digerir.

—No podía soportarlo más tiempo. ¡No podía! No era tan fuerte como Violet. Creí que ella saldría adelante, que quizás era cierto que aquel fulano la sacaría de allí. Me largué.

Al borde de las lágrimas, Isse se mordió el labio, esforzándose por mantenerlas a raya. Si a los hombres les enseñan a no llorar, a las mujeres nos educan para soportar el dolor con dignidad. Me había dejado fascinar por su apariencia de diosa guerrera, una Atenea peligrosa y oscura. No obstante, a mi lado había una persona atormentada por la impotencia y carcomida por lo que consideraba una traición. Pude ver el lado humano de esa diosa y sentí deseos de rezarle al oído palabras de consuelo. En su lugar, acaricié su pierna para hacerle entender que nadie podría reprocharle nada.

—¿Sabes por qué salió Violet antes de la mayoría de edad? ¿Se emancipó?

—Paul Grant la compró —afirmó con sequedad.

—¿Qué? —exclamé boquiabierta.

—Era el menda del que me hablaba, el que nos cambiaría la vida. Le gustaban jovencitas y tenía predilección por las pelirrojas. Violet siempre tuvo mucha clase así que, cuando la vio, se encaprichó. La visitó durante meses hasta que se la vendieron, como vendían a los bebés.

—¿Los bebés?

—¿Acaso crees que las adopciones eran legales? La directora y sus compinches se forraron a costa de los huerfanitos —aclaró con firmeza.

Recordé el recibo por cinco de los grandes expedido a nombre de la directora. Ese fue el precio que Grant pagó por ella. Nunca me cayó bien ese tío, no me daba buenas vibraciones. «Mi mujer, mi mujer», hablaba de Violet como si fuera una propiedad por la que hubiera pagado, y en verdad así había sido.

—Entonces, ¿lo del chantaje? Lo sabe todo de ti... Te amenazó con entregarte a la justicia.

Asintió.

—Me juzgarían por asesinato. Saldrían a relucir otros temas de los que no estoy orgullosa, arrastraría conmigo a algunos clientes y amigos... No me lo puedo permitir, por eso pagué.

—Pero ¿cómo lo supo? Él no llegó a verte nunca, estabas en la enfermería...

—Vi se lo dijo, se lo sacó a golpes —aseveró—. Ella apareció un día en el club, como si un espíritu surgiera del pasado. —Su mirada brilló al recordar—. Yo estaba sentada en la barra, igual que cuando tú viniste por primera vez. La vi entrar, buscaba un teléfono. Había pinchado y necesitaba una grúa. Creí que era un espejismo. El corazón me latía tan fuerte que creí que me iba a explotar. Había pasado tanto tiempo, tantas cosas... —Se le escapó una leve risilla—. Los muchachos corrieron a atenderla. La confundieron con esa actriz, la de *Laura*. Ella coqueteó, sin desmentirlo. Le gustaba aquel juego, sentirse admirada, ser especial.

—¿Te reconoció?

—Enseguida. A pesar de los cambios que habíamos experimentado, no éramos tan diferentes. Ella seguía siendo la misma chica soñadora, con ínfulas e inmensamente sola que conocí.

—Las personas suelen cambiar ante hechos traumáticos. El ser humano tiene dos escapatorias: hacerse fuerte o sucumbir —consideré.

—O volverse loco —añadió Isse.

—Esa es otra manera de hacerse fuerte, ¿no crees?

—O de hundirse, depende de cómo lo mires —opinó—. Sea como sea, ella seguía igual. Siempre fue más fuerte de lo que quería reconocer. Creo que sobrevivió porque se aferró a un sueño, sin permitir que las cosas la afectaran. Soñar siempre lo mismo, esperar el día del despertar, como si el tiempo fuera un bucle que convierte los años en un día eterno.

—Eso es una pesadilla.

—Para ti, para mí. Pero cuando no se tienen recursos, esa podría ser la salida más loable a la locura. Piensa en su vida por un momento, viviendo en una mansión de ensueño como una mujer respetable, pero condenada a una nueva forma de esclavitud legalizada, el matrimonio, con el hombre que la compró. ¿Era eso lo que soñaba de niña?

Reflexioné sobre ello. Cuando conocí a Violet, enseguida se despertó en mí la insólita necesidad de protegerla, pero tampoco me pareció tan quebradiza ni tan falta de recursos como Isse me la pintó.

—¿Qué pasó después?

—Reanudamos nuestra amistad —prosiguió—. Venía a menudo por aquí, eso la ayudaba a evadirse. Grant le dejaba claro a diario que era suya, que había pagado por ella y podía hacerle lo que le diera la gana. Yo me sentía responsable, pues había conseguido rehacer mi vida mientras que ella seguía ardiendo en el infierno. Me prometí que esta vez la salvaría. —Suspiró—. Luego desapareció unas semanas. Entonces llegaron las notas del chantaje, cada vez más amenazadoras. —Inspiró cargándose de oxígeno y de odio—. Regresó con los ojos amoratados: ese cabrón la forzó a contárselo todo de mí. Así supe quién estaba detrás de las notas.

—Hay algo que no cuadra. Si él sabía quién eras tú, ¿para qué me contrató? ¿A qué viene el cuento sobre Lou Besson?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

La hipótesis de que Grant necesitaba un testimonio a su favor, como hombre cornudo y extorsionado por el amante de su esposa, resurgió con fuerza. Aun así, me resistí a creer ciegamente en la versión de Smiles.

—¿Qué interés tendría en chantajearte? Es rico.

—El negocio no le va bien y sus vicios son muy caros. Viaja a menudo por todo el país, va allá donde hay una fiesta privada con niñas.

—Creía que tenía tratos con la mafia.

—Hasta donde yo sé, sus delitos son de otra índole: pertenece a un selecto club de pedófilos cachondos y adinerados.

La aprensión me oprimió el estómago.

—Y sabiendo todo eso, ¿no lo has denunciado? ¿Has dejado que siga tirándose a niñas? —Isse se encogió de hombros sin entusiasmo—. ¿O tenías otros planes? Isse, ¿cómo puedo confiar en ti?

—No voy a excusarme, he hecho cosas... terribles. Cuando te cargas a alguien con dieciséis años, todo deja de importarte —confesó sin que le temblara la voz. ¿A qué cosas se refería?—. Pero he cambiado. Soy una ciudadana honrada, pago mis impuestos y vivo del club. Que me creas o no depende de ti.

Por sus palabras deduje que el detonante para convertirse en un mal bicho había sido la muerte de la guardiana. ¿Qué hubiera sido de ella de haber sabido que era inocente?

—¿Y si te dijera que nunca hubo cadáver? —Me miró desconcertada—. Creo que todo fue una cortina de humo para que las autoridades no investigaran los rumores sobre la directora Tann.

Isse se quedó absorta. Al cabo de un momento, manifestó:

—Es una pena, esa mujer se lo merecía. Y todo cuanto hice después ya no tiene remedio.

Ahí estaba Isse Smiles en todo su esplendor: franca, pragmática, sin visos de arrepentimiento. ¿Acaso me importó que fuera una chica mala o que tuviera instinto criminal? Ni por asomo. La atracción que sentía por ella superaba cualquier conducta ética o moral. Isse Smiles me gustaba por ello. A pesar de ello.

—¿Y Besson?

La mujer se rio por mi insistencia. Hacía demasiado rato que no la veía reír; me di cuenta de lo mucho que lo había echado de menos.

—Era el apellido de mi padre biológico —confesó—. Como no consta en ninguna parte, lo utilicé en ese pasado que te mueres por conocer.

—La leyenda de Lou Besson...

—Las leyendas tienen más de fantasía que de realidad, no lo olvides —apuntó—. Cuando decidí cambiar de vida, utilicé de nuevo el apellido de mi familia adoptiva.

—Por eso la policía no tiene ningún registro sobre ti.

—Técnicamente, Louise o, si lo prefieres, Lou Besson no existe.

—Es un fantasma, como dijo Bigmouth.

—¿Y ahora qué? —preguntó Isse, alargándome un vaso con bebida.

—Buena pregunta.

Repasé lo que sabía. Isse y Violet se conocían desde niñas; ambas compartían un pasado lamentable que las había marcado para siempre: Isse se había convertido en una malvada conocida como Lou Besson y Violet en una esclava sexual a merced de su marido. Además, a Grant le gustaban las púberes, a ser posible pelirrojas, y estaba involucrado en fiestas pederastas. Hasta ahí, fácil.

Después de una temporada, Isse decidió enterrar a su *alter ego* junto con su memoria, para renacer como la arrolladora propietaria de un exclusivo club. En plena transición hacia esa nueva vida, apareció su amiga de la infancia, que seguía casada con su *amo*. Consumida por los remordimientos, Isse quiso ayudarla a escapar del infierno, pero el marido se enteró de su existencia y la extorsionó a cambio de silencio. Primera incongruencia.

Sin embargo, el rey del automóvil acudió a un investigador privado —yo— para que averiguara quién era exactamente Lou Besson, supuesto amante de su esposa y diestro chantajista. Segunda incongruencia.

A todo eso, alguien se cargó a la infeliz esposa delante de las narices de la detective imbécil —yo.

Como dictamina el manual del buen investigador, el primer sospechoso fue el marido. El segundo, el misterioso Besson. De rebote, la atractiva Isse. Y el cuarto, un personaje tan artificioso como extraño, el empleado. Todos con diferentes móviles, a cual más creíble.

Para complicarlo aún más, los cuerpos masacrados de otras chicas entraron en juego, todas ellas guapas, pelirrojas, futuras actrices y ataviadas con vestidos carísimos. Sus rostros machacados eran el sello del Fantasma. Rocambolesco.

La clave se revelaba como Lou Besson por su fama de sanguinario, salvo que solo tres personas —Grant, Bloch y Jimmy Bigmouth— habían oído hablar de él, y los tres estaban, literalmente, acojonados. Salve decir que yo también lo estaba.

En poco más de una semana, la aturdida detective —yo— se encoñó de Isse y desenmascaró a Besson, quien era un fantasma en sentido metafórico.

Conclusión: la detective hacía acrobacias en la cuerda floja, mientras salivaba por una mujer de carácter peligroso y se sentía más perdida que Pulgarcito. El tiempo se echaba encima y aún no había pillado al ogro. Al verdadero.

Por más que me esforzara, cada vez me enredaba más en la madeja y, de paso, en las faldas de Isse. Desde el inicio del caso, había considerado imprescindible despejar una de las incógnitas de la ecuación que, invariablemente, aparecía como constante en todas las cuestiones: ¿quién era Besson? Despejada esa duda, habían aparecido otras más sombrías. Si Lou Besson no existía, ¿a quién temían los tres hombres? ¿Por qué se sentía amenazado el soplón? ¿Y Grant? No tenía sentido. A no ser que hubiera alguien más metido en el ajo.

La otra incógnita a despejar era el asesino de Violet Grant. ¿Había sido algo personal o era la víctima casual de un asesino obsesionado con chicas pelirrojas?

Afortunadamente, había descartado a Isse como sospechosa. Aun así, persistía la impresión de que algo se me escapaba y era incapaz de definirlo. Lo único que a esa hora de la noche tenía claro era que no podía retrasar más la vigilancia del vendedor.

—¿Tienes alguna respuesta? —Isse interrumpió mis cavilaciones.

Me observaba desde el viejo sofá con un semblante relajado, como si le hubieran quitado diez años de encima. A veces, hablar sienta bien.

—¿Me has dicho toda la verdad?

—Ya sabes que la verdad es relativa, subjetiva y manipulable. Te he explicado *mi* verdad.

—Pretendo llegar a la verdad absoluta —aseguré.

—Y yo quiero saber quién la mató. El resto no me importa.

—¿Por qué?

—Porque me asusta, Rachel. La verdad es cruel y descarnada. Puede hacer mucho daño —manifestó.

—¿Es eso lo que piensas?

Se encogió de hombros. Cabía la posibilidad de que me hubiera mentido; no obstante, le di una oportunidad. Nadie que tuviera esa mirada penetrante podía ser una mentirosa.

Arriba, en el bar, las notas musicales se sucedían y flotaban con nitidez hasta mis oídos. Ya no tenía nada más que decir e hice amago de levantarme. Una vocecilla interna rezó por tener una excusa para

quedarme. No la necesité.

—¿Te marchas? —inquirió con cadencia sensual.

—¿Te apetece que me quede?

Ella asintió con una sonrisa tenue. La cicatriz creó un pliegue profundo que nacía casi en la comisura del labio. Volví a sentarme, nerviosa como una adolescente.

—Eso tuvo que doler —me aventuré, señalando la marca.

—No fui la única que salió con heridas —aseguró, satisfecha—. Era peor de lo que ves ahora. Me sometí a una operación para que arreglaran el estropicio. El milagro de la cirugía...

Alargué la mano hacia ella lentamente, mostrándole mis intenciones. Contuvo el aliento pero no se retiró. Cuando mis yemas rozaron su piel, cerró los párpados. Recorrí con la punta de los dedos la línea roja que dibujaba la falsa sonrisa en su rostro con suavidad, con pudor, con respeto.

Como un gato inofensivo, ladeó la cabeza estrechando el contacto. Mis dedos abandonaron el sendero de sus labios y vagaron por el cuello hasta su espalda desnuda. La piel allí era tersa y caliente. Ella ronroneó y se arrojó más a mí. Sentí la caricia del pelo largo en el dorso de la mano y se lo aparté de los hombros, dejando al descubierto una nuca apolínea que me sedujo. Bajo la delicada superficie del cuello, las venas inflamadas latían al ritmo acelerado de su pecho. Enredé los dedos en el nacimiento del pelo y eso le robó otro ronroneo sugestivo. La sequedad se adueñó de mi boca, la agitación de mi lengua, que ansiaba probar la sal de ese cuello que se exponía con naturalidad.

Por la mañana me había negado a besarla, había tenido fuerza de voluntad para ceñir el deseo y me había felicitado por ello. Horas después, la fuerza flaqueaba.

Como si me leyera la mente, levantó la cabeza. Estaba tan cerca que me vi reflejada en sus pupilas celestes.

—Hazlo —pidió con la voz ahogada.

En aquel instante preciso, era yo la única que estaba en su mente. Fue el empuje que necesité para perderme y arrastrarla conmigo.

Algo cambió en su mirada: el reconocimiento surgió de la nada con tal ímpetu que se soltó de mi agarre y me buscó con un impulso salvaje, exigente. Y ya no pude negarle nada. No me sorprendió. Algo me dijo que tenía que ser así, que estaba escrito. A la mierda si había sido una ramera o una asesina. A la mierda todo. Solo quise rendirme al deseo. Y lo hice.

Cuando me besó, nos enmarañamos en el torbellino de emociones que nos arrullaba. El beso no duró mucho, apenas un roce de labios. Su ávida lengua fue en busca de la mía con un hambre de siglos. Yo no fui menos. La recibí con gusto en esa esperada pelea cuerpo a cuerpo. Mi boca se enganchó a la suya, succionando, bebiendo con anhelante deleite. Casi sentí miedo: nunca había experimentado la sed que me produjo escuchar el gemido atrapado en su garganta. No tardé en sentir mis dedos librando su propia batalla con la rebelde cremallera del vestido que aún la cubría. Sentir su piel sobre la mía se había convertido en una cuestión vital. Ella atajó mi torpeza rasgando la prenda sin contemplaciones. El sonido de la tela contrajo mi estómago, y el eco de esa sacudida repercutió en los delicados y tensos músculos de mi vagina.

Me desnudé como si la ropa quemara. El Colt rodó por el suelo y se mezcló con el resto de las prendas. Ella misma acabó desnudándose completamente, con urgencia, embravecida por la necesidad que impudicamente le manifestaba. Y es que la deseaba tanto... Era como si el deseo del universo se hubiera concentrado en mí y cada poro de mi piel tuviera un apetito irrefrenable; podía sentirlos, como minúsculos seres vivos, derrochando feromonas que enloquecían a mi amante. Y ella respondía como nadie lo había hecho.

Creí bordear el sol y quemarme cuando, enardecida, tiró de mis piernas hacia sí, las abrió y cogió mis caderas, montándome sobre su pelvis. Quedamos cara a cara, pecho contra pecho, su aliento mezclándose con el mío, su iris, oscurecido por la pasión, alentándome a más.

Empecé a rozarme contra ella, su pubis lamiendo el mío, mientras unas uñas indolentes me despedazaban la espalda arrancando gemidos de dolor. De placer.

Me hincó los dientes en el hombro con lujuria, marcándome como se marca una conquista. Yo me retorcí encima de sus piernas, sintiendo que mi centro palpitaba y se abría pidiendo más.

—¿A qué esperas? —más que una pregunta era una súplica ronca, a la que ella respondió con un gruñido.

Su mano palpó el mar que se desbordaba entre mis muslos. Casi grité cuando los dedos me penetraron con brusquedad, tomándose una confianza que hacía rato le había entregado.

Isse suspiró al entrar dentro de mí. Las embestidas eran lentas e intensas. Yo me removía sobre ella, al ritmo que marcaba, agarrada a su

pelo como si fuera la crin de un yegua sobre la que cabalgaba sin montura. Intensificó las embestidas como si quisiera llegar hasta el fondo de mí, pero me sorprendí al descubrir que toda yo me abría a ella, exigiendo más, si eso era posible. Quería deshacerme en sus brazos, que me rompiera. Y ella quería hacerme suplicar.

Estaba al borde del abismo y abrí los párpados. Deseaba mirarla a la cara cuando llegara al orgasmo. La encontré con las pupilas transparentes clavadas en mí, respirando por la boca, relamiéndose, atenta a cualquier reclamo de mi cuerpo, empapándose de mí, conmigo...

Aceleró el ritmo, yo también. Estaba en la recta final de una carrera contra la razón. Y la razón iba a perder esta vez. Oía su respiración amplificadas, como si mi capacidad de percepción fuera selectiva y captara en exclusiva los gemidos de Isse.

No pude evitar correrme cuando se mordió los labios mientras hacía un último esfuerzo por llegar a lo más hondo de mí. Cogí una bocanada de aire y lo retuve para sumergirme en las grutas del placer. Ella quería verme perder el control, me observaba sin pestañear, jadeando por el esfuerzo y la excitación, obcecada en derrotar mi voluntad.

Y mi voluntad era muy débil. Acabé enterrando la cara en su cuello, cubriendo mi boca con su carne, bramando extasiada en su piel, sofocando la culminación en su sudor, apretando la mandíbula hasta sentir el dulzor de la sangre, su sangre, para caer rendida sobre ella.

Una risilla áspera me azuzó para abrir los ojos. Su mirada ardiente podría ser la de un ángel o un demonio, la de alguien que está por encima de todas las cosas.

Respiraba con dificultad, ambas lo hacíamos. Una sutil capa de sudor brillaba sobre nuestros cuerpos. Sonreí saciada, aunque no completamente satisfecha. Era mi turno y ella lo sabía. Lo esperaba.

Me revolqué sobre su cuerpo y me puse encima. Apresé sus manos y sonreí con ferocidad. Me gustó tenerla a mi merced. Ella movió las caderas con impaciencia.

—¡Fóllame! —farfulló escupiendo su frustración.

La orden me quitó el aliento y la obedecí.

Estaba mojada. Isse gimió al notar el contacto. Froté su sexo hasta que sus caderas enloquecieron en una danza tan frenética como ancestral, tan salvaje como desmedida.

No tardó en pedirme más. Y yo quise dárselo todo.

La follé con vehemencia desatada, con mi cuerpo y mi alma, con mis manos y mi lengua, con cuanto tenía y disponía. Y no me detuve cuando aulló como una loba enajenada. Seguí hasta arrancarle el juicio. Me corrí con ella. Me fundí en ella y en ella me reinventé.

Caí extenuada sobre su largo cuerpo. Isse se esforzaba por recuperar el resuello, yo me debatía por no adormilarme con la cadencia de los últimos estertores del pecho de mi amante. Un monosílabo aislado resonó en mi oído.

—Sí —dijo con voz queda.

—¿Sí qué?

—Ayer me preguntaste si te encuentro atractiva: sí.

Sonreí con vanidad. Me rendí al creciente sopor dejándome envolver por sus brazos y por los acordes apagados de *The Very Thought of You*. Chelsey diría que, en el fondo, soy una romántica.

La tensión del día y la fatiga del sexo pasaron factura y me dormí.

El sofá estuvo bien para un rato pero, al final, Isse me invitó a subir a su piso. La noche fue larga e intensa. Como dos náufragos que temen morir de inanición, nos dedicamos a devorarnos la una a la otra hasta que el agotamiento nos venció.

Desperté sola en la habitación, atrapada por el revoltijo de sábanas. Las olí buscándola. En la almohada me topé con el rastro de su perfume. Inspiré para aprendérmelo de memoria. La cama se impregnaba de la esencia de nuestra pasión.

Me chupé los dedos con glotonería rememorando el sabor íntimo de Isse. El gusto salado se extendió por mis papilas gustativas y me estremecí. Tuve que convencerme de que solo había sido un polvo. Un buen polvo. El mejor en mucho tiempo. Sexo puro, nada más.

Me levanté perezosa, sin querer meditar sobre lo que había ocurrido ni lo que pasaría a partir de entonces. Me convencí de que no volvería a repetirse. ¿Para qué darle vueltas?

Eché un vistazo por el cuarto recuperando lentamente mi instinto de sabueso. Tenía la impresión de que, cuando se trataba de Isse, algo se me quedaba en el tintero, lo que me suscitaba una fuerte ambivalencia. Por un lado, mi profesión me exigía cautela; por otro, empezaba a confiar en ella.

Y encima, me la había tirado. Muy profesional.

El desinfectante que había usado el día anterior aún estaba en la mesilla, junto a las gasas manchadas. Había olvidado por completo mi cabeza. Comprobé que estaba bastante mejor, al menos del trompazo. De mi sensatez no podía decir lo mismo.

Unos toques en la puerta me sobresaltaron. Corrí a abrirla, anhelando que fuera ella. Mi ambivalencia corría peligro de extinción.

Isse entró cargada con una bandeja de comida y *Los Angeles Times*. Mi anfitriona resultó ser una hedonista.

—El desayuno. ¿Tienes hambre?

—Mucha —afirmé cogiendo un vaso de zumo de naranja recién exprimido.

Isse llevaba un salto de cama de satén entallado la mar de *sexy*. Atado con un lazo en la cintura, el escote desveló que debajo iba desnuda. Depositó la bandeja sobre la cama y se sentó cruzando las largas piernas. La tela se deslizó por el muslo sugerente. Casi me atraganto con el zumo.

—Si pretendes que me dé un arrebato, sigue así —le advertí.

Ella se limitó a sonreír con picardía. Un mechón de pelo se desprendió de su moño confiriéndole un aire despreocupado que me encantó. Estaba radiante y relajada, como si los sucesos de los días anteriores fueran un mal sueño.

Me senté a su lado, disfrutando del desayuno y de la compañía. Ella hojeó el periódico. De repente me di cuenta de lo natural que era todo junto a ella, a pesar de nuestro inicio. Me asombró un agradable calorcillo que nació en mi pecho y me atravesó el cuerpo. Aquello era algo parecido a la paz.

Observé su perfil perfecto, la nariz ligeramente respingona, los pómulos bien definidos, el mechón rebelde que se movía al ritmo de su respiración. Me miró de reojo. El iris, casi transparente, era como de otro mundo. Cansada de verme babear, me dio un codazo en el costado.

Iba a devolvérselo, cuando me fijé en una de las noticias del periódico.

—Mierda —solté.

—¿Lo conoces? —preguntó dejándome leer la columna.

—Sí.

James Francis Stuart Jr., alias Jimmy Bigmouth, la había diñado. Un coche, que se dio a la fuga, lo había atropellado la mañana anterior cerca de la terminal de trenes. Varios testigos acusaban a un vehículo negro, marca Ford, que estaba en busca y captura. Se agradecía la colaboración ciudadana

y blablablá.

No lo conocía, no éramos amigos, lo había visto un par de veces y en una nos peleamos. Sin embargo, me sentí afligida. La vida había sido injusta con aquel hombrecillo devorauñas: no se merecía acabar aplastado por un loco al volante.

—¿Te encuentras bien? —preguntó mi amante.

Asentí pensando con tristeza que ya podría leer su carta. Había bromeado sobre su muerte para leerla y me sentí fatal.

—¿Qué planes tienes para hoy? —inquirió mordisqueando una tostada.

Apreté los párpados como si con ello pudiera borrar la pena. Es increíble la fragilidad de la vida.

—Vigilar a Bloch —contesté—. Quedan dos sospechosos: él y su jefe.

—¿Vas a colarte en su apartamento como te colaste aquí?

—Si es necesario...

—Quiero ir contigo —declaró contundente.

—Trabajo sola —puntalicé recelosa. Lo que me faltaba, tener a mi lado a una mujer inclinada a la venganza, de carácter sanguíneo y que, además, me gustaba.

—¿Por favor? —dijo pestañeando repetidas veces.

—No me hagas ojitos, hermana. Yo inventé ese truco y no caigo.

—En serio, quiero acompañarte.

—No es buena idea.

—Por si no te has dado cuenta, en mi cabeza solo bullen las malas ideas —repuso.

—No es negociable —me negué.

Era lo mejor.

Aparqué enfrente de El Mundo del Automóvil reprochándome mi poca autoridad: Isse se había salido con la suya. Sentada en el sillón del copiloto, observaba la tienda con los anteojos que ella misma había cogido de la guantera. Me consolé pensando que la hermosa hechicera había impregnado sus labios con alguna poción anulavoluntades.

Aquella tarde había bastante clientela. Probablemente el éxito de tanta afluencia se debía a los últimos coletazos del morbo generado por los titulares, aunque el calor que empezaba a hacer, a punto de acabar el mes de

junio, se perfilaba como un buen motivo para cambiar el viejo coche por un descapotable de importación.

—¿No existen otras tiendas donde comprar? —preguntó mi bruja, impaciente.

—Ninguna donde se haya cometido uno de los crímenes más sonados de los últimos tiempos —repuse.

Ella me miró molesta. Definitivamente, traerla no había sido buena idea.

Aproveché la espera para leer la carta de Bigmouth. La cogí de la guantera, donde guardaba el resto de los documentos. Isse me observó con curiosidad.

Bladovich: leer EN caso de +defunciÓN.

Me recorrió un escalofrío al releer la frase, que había alcanzado dimensiones de oráculo. Rasgué el sobre con celo, como si contuviera un mensaje que pudiera escaparse. Bigmouth estaba a punto de hablarme desde ultratumba.

Mi sorpresa fue mayúscula cuando vi que el sobre estaba vacío.

—¿Qué broma es esta?

Nada. Ni una nota, ni una letra, nada de nada. ¿Se habría equivocado?

Mi nueva socia me quitó el sobre y le echó un vistazo. Observé que tenía facilidad para hacer lo que le daba la gana y, en especial, para coger mis cosas sin consultarme. Debía de ser el efecto secundario de haber estado entre sus piernas.

—Extraña forma de expresarse, ¿no crees? —indicó—. «Defunción». ¿Quién habla así? ¿Por qué no *muerte* o *accidente*?

—Era actor. Los actores hablan raro.

—No, creo que te manda un mensaje, justo en esta frase.

Además de bruja y guapa, Isse Smiles era una chica lista. Me guardé el sobre en el bolsillo de la chaqueta *Eisenhower*.

—Habrà tiempo más tarde para averiguarlo —puntalicé, apuntando con la barbilla hacia la tienda, que ya estaba cerrando.

Isse se irguió sobre el asiento presintiendo la acción. No sabía lo equivocada que estaba: seguir a alguien no tiene nada de emocionante.

Bloch aún tardó varios minutos en salir. Llevaba las gafas puestas y conducía un Hudson 112. Me chocó bastante porque recordé que no tenía coche. Probablemente lo había cogido de la trastienda. ¿Para qué lo necesitaría? Cerró la persiana con estruendo y se marchó. Fin de la jornada

laboral.

Arranqué el motor cuando estuvo a una distancia prudente aunque, si lo hubiera seguido caminando, habría dado lo mismo. La velocidad de cruceo del Hudson no superaba los diez kilómetros por hora.

Mi nueva amiga se removía nerviosa en el asiento, como si fuera una pantera enjaulada. Por momentos creí que se bajaría del coche, lo alcanzaría en una carrera y se lo cargaría allí mismo. La entendí perfectamente; lo único que me salvaban eran los años de práctica.

Tras lo que parecieron horas, el vendedor estacionó en St. Hope Street y cruzó la calle con una agilidad que nunca hubiera sospechado en un cuerpo fofo como el suyo. Tuve que sujetar a mi compañera, que ya salía disparada detrás de él.

—Tú te quedas aquí, amiguita.

—¿Estás loca? ¿Para qué he venido entonces?

—Eso es lo que yo me pregunto.

—Rachel, ese tío te conoce. Será más fácil que vayamos las dos, por si tienes que disimular.

—Se me da muy bien disimular sin ti, soy especialista —aseguré.

Cogí los prismáticos y salí del coche. No había dado ni cuatro pasos cuando noté que no estaba sola. Al girarme, Isse me pisaba los talones.

—¡Mierda, Isse!

—Que no me quedo en el coche.

—Está bien, pero déjame hacer a mí, ¿entendido?

—Se nos va a escapar —me advirtió.

—¿En-ten-di-do? —insistí muy seria.

Elevó una ceja burlona que dejó mi pose de experta a la altura del betún. Sin hacerle caso, seguimos al hombre hasta unos ultramarinos, donde saludó al dependiente con familiaridad, cosa que, tratándose de él y su afición a la efusividad, no significaba nada. Salió poco después con una bolsa de papel abultada.

—Una cena copiosa para uno —medité en voz alta.

—Esperará invitados.

Aún visitó otro comercio. Con ello, el viejo Norman Bloch se reveló como un tipo dinámico pero, sobre todo, insólito, ya que se trataba de un establecimiento de ropa femenina. Por lo que pude vislumbrar a través de los maniqués del expositor, le empaquetaron un costoso vestido negro.

—Tiene buen gusto —comentó la morena—. La parienta se pondrá

contenta.

—Cuando era joven, le gustaba travestirse —insinué.

—Pues como no se ponga el vestido de turbante, no creo que le quepa.

Según su historial era un solterón; no obstante, había comprado comida para dos y el vestido. O tonteaba con alguien o quería la ropa para otra cosa. Pensé en las chicas muertas.

Norman Bloch estaba contento. Caminaba como si fuera un chiquillo que ansía llegar a casa, donde lo espera su mascota preferida. Cada paso era un saltito alborozado que le hacía parecer una pelota casi ingrávida. Cuando me di cuenta, se me había contagiado su estilo despreocupado y festivo. Isse me miró de arriba abajo y recobré la compostura.

En la 816W 5th St. sorteó a un grupo de personas que se apiñaba alrededor de un puesto de perritos calientes. Pocos metros después se detuvo frente a un edificio blanco, de nueve plantas, que tenía la peculiaridad de haber incorporado las escaleras de emergencia en la fachada principal como parte decorativa de su arquitectura. Cuando se disponía a entrar, tropezó con una delicada anciana. A la retahíla de disculpas y aspavientos cargados de amabilidad engolada, le siguió una charla de minutos interminables, una tertulia superficial y sin sentido sobre las minucias típicas entre vecinos que se toleran.

Para que Bloch no nos descubriera, nos camuflamos entre el grupo de *salchichófagos* que hacía cola en el puesto callejero. Preocupada por cómo vigilar sus movimientos cuando entrara en su casa, estudié el entorno. Al otro lado de la calzada se alzaban varios edificios con azotea que podrían servirme de atalaya. Tendría que ingeniármelas para acceder a ellos.

—Escucha, él no te conoce, creo que es mejor que te quedes aquí vigilando. Yo voy a colarme en alguno de esos edificios.

—¿Para qué?

—Desde allí arriba podré ver lo que hace —señalé las terrazas.

—¿Y cómo vas subir?

—Ya se me ocurrirá algo.

—No sabes en qué apartamento vive.

—Para eso estás tú, querida. Cuando se marche, lo miras en los buzones. No tendrás problema, el entrepaño de la puerta es de vidrio. Luego me lo dices.

—¿Por qué no usamos las escaleras de incendios?

—Aún hay demasiada gente en la calle y no queremos llamar la atención

—argumenté.

—Lo tienes todo previsto —dijo sonriendo con algo parecido a la admiración, lo que originó un cosquilleo de emoción en mi estómago.

Crucé la calzada cuando ya le tocaba el turno en la fila. Alcancé a oír que el tendero le ofrecía un perrito.

—¿Un *hot dog*, señorita? Son los mismos que sirven en el McDonald's de San Bernardino, las mejores salchichas de California. Pruebe uno.

—No como carne, lo siento —contestó Isse.

—¿Y qué demonios hace en la fila?

La calle apenas medía quince metros de anchura. Desde el otro lado, medio oculta por un vehículo, pude observar al gordinflón y a Isse. Mi compañera estaba intranquila; se notaba que tenía ganas de acción. Como a mí, le urgía despejar dudas, pero si hallábamos pruebas contra Bloch, me costaría evitar que lo matara.

Los comercios empezaban a bajar las persianas cuando la anciana por fin se despidió de Bloch. Él entró en el edificio recuperando su trote pueril. Me quedé de piedra cuando Isse entró detrás. Con su habitual amabilidad, él sujetó la puerta.

—¡Maldita sea! Ese no era el plan —exclamé entre dientes.

Creí que todo había acabado cuando Isse empezó a rebuscar en su bolso, probablemente un arma con la que ejecutar su *vendetta*, pero enseguida me di cuenta de que estaba ganando tiempo. Él recogió la correspondencia del buzón sin quitarle ojo, luego se dirigió a ella. La morena hizo gestos negativos y se tocó la frente como si hubiera recordado algo. Casi la pude escuchar: «Estoy segura de que las puse aquí. Solo las saqué un momento. ¿Las olvidaría encima del tocador? ¡Qué estúpida! ¿Dónde tengo la cabeza? Adiós y gracias».

Por fin salió a la calle y me hizo una seña de *OK*. Él desapareció por las escaleras del fondo. «Muy arriesgada», cavilé, más divertida que molesta. Isse me indicó con una mano el piso donde vivía el vendedor. En pocos minutos advertí que las luces de un apartamento de la cuarta planta se encendían. Sin duda, era él.

Sopesé cuál de los edificios que anteriormente había divisado sería la mejor opción para vigilar con ayuda de los prismáticos. Por fortuna, había un hotel barato; podría alquilar una habitación que estuviera justo enfrente.

—Necesito una habitación que dé a la calle.

El encargado, un hombre robusto y de mofletes sonrosados, me ojeó de

arriba abajo y buscó con la mirada alguna maleta.

—No sé si quedan libres —enunció con sequedad.

Eché un vistazo a las llaves colgadas en el panel a su espalda. No faltaba ninguna. Él se dio cuenta e interrogó, airado:

—¿Una noche? —asentí impaciente—. ¿Y su equipaje?

—No llevo. —Puso mala cara, al tiempo que tiraba de las faldas de su chaleco—. ¿Algún problema?

—Este establecimiento no es de esa clase. En la carretera encontrará moteles.

—No, si es para mí sola —me precipité a decir. Él volvió a hacer una mueca de desaprobación y volvió a estirar de su chaleco en lo que parecía ser un gesto habitual cuando algo le desagradaba.

—Una mujer no debería ir sola a un hotel, aunque sea una señorita moderna como usted —argumentó aludiendo a mi indumentaria a lo Hepburn.

En ese momento tuve dos opciones: explicarle la verdad, que vigilaba a un posible asesino —lo que no me pareció adecuado teniendo en cuenta su apreciación sobre las *señoritas modernas*—, o inventarme alguna historia que le hiciera más feliz. La gente suele reaccionar mejor ante las mentiras piadosas que ante las verdades que constatan realidades ajenas a sus principios.

—Mire, necesito esa habitación, una que esté a la altura del cuarto piso del edificio de enfrente. Mi marido —dije retorciendo el anillo de mi dedo a la vez que hacía pucheros—. ¡El muy... cabrón!

Dejé que mi voz se rompiera. Entonces el encargado reaccionó como esperaba: me tendió un pañuelo limpio y me dio unas palmaditas en la mano. El anzuelo estaba echado y el pececito a punto de picar.

—Perdone, no he querido ser grosero... Cállese —se disculpó azorado. Su semblante se suavizó considerablemente—. ¿Ha pasado algo grave?

—Lo peor —contesté sobreactuada, como una actriz de cine mudo en su primera película sonora. Tenía que moderarme un poco si quería ser creíble.

Hice un gesto con la cabeza indicando el edificio de enfrente. Luego me cubrí la cara, sollozando. Aguanté la respiración y apreté con fuerza para conseguir un convincente color morado, el color del desconsuelo.

—Ha entrado en ese portal con una... una lagarta.

—Quizás lo ha malinterpretado —contestó incómodo.

—Hoy es su día de póquer —le expliqué—. Debería estar jugando con sus amigotes y no con esa... esa zorra.

—No sabe cómo lo lamento —dijo. En sus mofletes se enfatizó el sonrojo—. Hay hombres que no tienen el menor respeto por sus mujeres. ¿Quiere un vaso de agua?

Asentí, recurriendo a mis dotes para el arte dramático. El pez había picado. Tenía que recoger el sedal poco a poco para lograr mi objetivo.

El encargado, un pozo de amabilidad y comprensión que nada tenía que ver con el de minutos antes, me tendió el agua. Bebí con avidez, así logré hipar como los niños después de un berrinche. Un truco efectivo que aprendí de Chelsey y que ella utilizaba siempre que la paraba un guardia de tráfico para multarla, aunque ella lo conseguía sin necesidad de beber.

—¿Está segura de que ha ido con esa chica para... eso? —preguntó, intentando consolarme. Se notaba que era un hombre pacífico que evitaba sembrar malas semillas.

—¿A qué, si no? —Lo miré a la cara, mis ojos arrasados por las lágrimas.

—Por experiencia sé que, en ocasiones, las apariencias engañan. Usted es la prueba de ello —confesó, a modo de disculpa.

—Tiene usted razón. —Me sorbí los mocos—. Pero la duda es el peor enemigo de una esposa. Por eso quería alquilar la habitación. Si pudiera verlo con mis propios ojos...

El encargado se fijó en los prismáticos que llevaba colgados del hombro.

—Veo que ha venido preparada para eso, jovencita —me reprochó. Hundí la cabeza, fingiendo zozobra. Él me apretó el brazo con una sonrisa amistosa—. ¿El cuarto piso ha dicho?

Asentí con una expresión esperanzada que sabía que suavizaba aún más mis facciones angelicales. Él alcanzó una llave del panel.

—Sígame.

Lo obedecí dominando las ganas de saltar de júbilo, lo cual no hubiera sido apropiado. Subimos las escaleras decoradas con apliques antiguos que pretendían dotarlas de un aire señorial que, tal vez, tuvieron en otra época. Conté tres pisos antes de llegar a un largo corredor forrado de papel amarillento. Nos detuvimos delante de la puerta 36. Al abrirla chirriaron los pernos. Era una habitación sencilla, una cama individual, una mesilla y un armario viejo. Me invitó a pasar con un gesto educado y descorrió las cortinas de la ventana central.

—Esta habitación está a la altura de la cuarta planta del bloque de

enfrente.

Suspiré, temblando por la expectación. El encargado me cogió por los hombros con preocupación.

—Como habrá supuesto, soy un hombre chapado a la antigua, con férreos valores que mis padres me inculcaron —me explicó—. No disculpo la infidelidad, pero cualquiera puede cometer un error en la vida. Usted es aún muy joven para verlo así, pero prométame que, si no le gusta lo que ve, no hará ninguna tontería.

Como respuesta, lo abracé como se abraza a un padre, aunque no recordaba haber abrazado nunca al mío. En mi oído resonó su risilla gutural.

—Vamos, vamos, muchacha, que tengo que volver a mi puesto —dijo atusando el chaleco.

Cuando se fue, me asomé por la ventana, satisfecha de que mi treta hubiera funcionado.

El entramado de las escaleras de emergencia dividía en dos la fachada del edificio blancuzco que, por momentos, iba adquiriendo tonalidades ocres. Miré el cielo. La hora bruja lo despintaba derramando un océano aloque de nubes azafranadas y cárdenas que conferían a la escena una atmósfera irreal y turbadora. Estaba anocheciendo.

En la calle, divisé a Isse deambulando frente a la entrada. Desde allí arriba parecía un ratoncillo inquieto, prisionera de sus propios demonios y su sed de sangre.

Sin perder más tiempo, di con la ventana en la que se había encendido la luz. Giré la rosca de enfoque de los binoculares y rastree la estancia en busca del gordinflón. No tardó en aparecer ante mí, aumentado por la magia de las lentes. Se había quitado las gafas, iba en mangas de camisa y delantal, y portaba unos platos vacíos que depositó en la mesa de comedor. Luego desapareció de mi campo visual para resurgir, segundos después, en la estancia contigua, la cocina. Preparaba la cena, canturreando, sin olerse que lo espiaba. Hacendoso, entró y salió varias veces más con el resto del menaje.

Lo vi diferente, no sé si debido al efecto magnificador de las lentes o a la seguridad que le daba su zona de confort. Fuera de aquellas cuatro paredes, Norman era un hombre achaparrado e insignificante que necesitaba de la grandilocuencia de sus gestos para hacerse notar. No obstante, en su intimidad se mostraba seguro, crecido, vigoroso, un gigante que no

necesitaba de florituras para agradar ni imponerse. ¿Cuál era el verdadero Bloch?

Acabó sus quehaceres en la cocina y regresó al comedor con una olla que dejó en la mesa. Cogió un plato, sirvió un cucharón y lo dejó al otro lado de la mesa, fuera de mi alcance visual. Luego reapareció, puso más comida en otro plato y se sentó presidiendo la mesa, de modo que lo veía de perfil. Eso significaba que tenía compañía. ¿Quién?

El tío hacía gala de un apetito voraz y hablaba sin parar, con buen humor. De tanto en tanto levantaba la barbilla de su plato para observar a quien fuera que se sentaba frente a él. ¿De qué estaría hablando tan animadamente? Lo que hubiera dado por tener un sistema de escucha de larga distancia.

Desde mi atalaya, oí la fricción del hierro contra el hierro. Por pura inercia, me giré, pues no quería sorpresas ni más porrazos en mi pobre mollera, pero el ruido metálico provenía de la calle. Él también lo escuchó, porque se levantó para asomarse por la ventana, algo inútil, teniendo en cuenta que el rellano de la escalera le impedía divisar la calzada.

Aprovechó para recoger los platos y llevarlos a la cocina. La comida del otro comensal estaba intacta. Tras un intervalo de tiempo, regresó con una tarta de chocolate que cortó en varios trozos con un cuchillo largo y puntiagudo. Igual que antes, le sirvió primero al invitado salvo que, en esta ocasión, algo debió de molestarle, ya que la plácida expresión de su rostro rollizo dio paso a la crispación. Engulló su ración de tarta con bulimia desatada.

Durante microdécimas de segundo, un movimiento borroso se interpuso entre mi ojo y el vendedor. Concentrada como estaba en su angustia creciente y en sus ademanes, repentinamente desmañados, no le di importancia. Pudo ser un pájaro. Pero el movimiento borroso se repitió. Busqué el origen del mismo recorriendo la longitud del descansillo de la escalera exterior. Agazapada en las sombras que ya reinaban, una silueta incierta acechaba a Bloch. Aparté los binoculares, no fuera una aberración de la lente o un efecto óptico debido a la oscuridad. El corazón me dio un vuelco cuando reconocí los hombros perfectos de Isse. ¡Maldita sea! ¿Qué tramaba?

Angustiada, salí corriendo del cuarto y bajé las escaleras lo más rápido que pude. Frené el paso antes de llegar a la minúscula recepción, que ya tenía las luces apagadas. El encargado dormitaba detrás del mostrador. Era

obvio que aquella noche no esperaba ningún huésped.

—¿Ha acabado ya, joven? —Malinterpretó mi expresión de pánico—. Veo que no ha ido bien, está usted pálida. —Reposó su mano amable sobre la mía.

—Nada bien —contesté con la angustia arañando mi estómago. Definitivamente, Isse Smiles era una pájara que hacía lo que le daba la gana—. Tengo que ir...

—Me ha prometido que no haría ninguna barbaridad.

—Y no la haré. —Sonreí ante su recelo—. Es que... debo impedir que... mi marido haga una locura.

—¡Pues, entonces, apresúrese!

El encargado abrió la puerta del hotel y tuve ganas de echar a correr sin despedirme siquiera. Me temía lo peor. Isse estaba allí porque le había explicado que el vendedor podría ser el asesino de su amiga. Estaba segura de que aprovecharía las circunstancias para vengarse. Pero me sentía culpable por haber mentado a una buena persona, así que mantuve hasta el final mi papel de esposa ultrajada.

—¿Cómo puedo agradecerle lo que ha hecho por mí? —inquirí para calmar mi culpa.

El encargado cerró los ojos antes de expresar su deseo.

—Sea usted feliz, joven. Y deje de usar pantalones: la guerra hace tiempo que terminó.

Le di un beso en la mejilla antes de salir pitando. Escuché cómo cerraba la puerta detrás de mí. Los pocos transeúntes que paseaban se apartaron de mi camino. Crucé la calzada sorteando los vehículos y me planté en la portería de Bloch en dos zancadas. Una de las escaleras de emergencia había sido descolgada y llegaba a pie de calle. Lo que yo no me había atrevido a hacer por prudencia lo había hecho Isse, poniendo la misión en peligro. Si algún vecino nos veía acechando desde el rellano de la escalera, podría llamar a la policía.

Para evitar males mayores, enganché la escalera en su sitio intentando hacer el menor ruido posible. Cuando por fin llegué a la cuarta planta, empapada en sudor, Isse me esperaba sentada, apoyada en la pared de la fachada, indicándome que guardara silencio con un dedo en los labios y atenta al runruneo que, inequívocamente, provenía del interior de la vivienda.

Con una seña, Isse me invitó a agacharme junto a ella.

—¿Qué está pasando?

Antes de que pudiera contestar, la voz de Norman Bloch llegó clara hasta mis oídos.

—¿Por qué? ¿Por qué tienes que hacerme esto? Cada día, cada día, cada día de mi vida ¡lo mismo! —Un golpe en la mesa acentuó las palabras—. ¿Ahora no sonríes? ¿Por qué no sonríes?

No veíamos lo que el hombre estaba haciendo, pero lo escuchábamos perfectamente. Quien quiera que fuera su invitado, no decía ni mu.

—Eres mala, ¿sabes? ¡Eres una mujer muy mala!

—¿Has visto con quién habla? —susurré. Ella negó con la cabeza y me mandó callar.

—Me dices que haga esto, que haga aquello, cumplo tus deseos y luego... ¡luego te mofas de mí! Te preparo tu cena preferida, te trato como a una reina, ¿y qué recibo a cambio? N-a-d-a. —Otro golpe en la mesa me sobresaltó—. ¡Nada!

El cincuentón empalagoso que me atendió en El Mundo del Automóvil se había esfumado por completo, dando lugar a un exacerbado míster Hyde cuyo hálito había visto tintinear en el fondo de sus pupilas pocos días antes. Su agresividad crecía a la par que mi curiosidad por saber quién era la receptora de su inmundicia. Me asomé por la esquina inferior de la ventana con precaución.

—Para ti soy un cero a la izquierda, ¿verdad? Un inútil, ¿eh? Un viejo seboso. Nunca te has fijado en mí. —Cogió el cuchillo de la tarta. El tema se estaba poniendo feo. ¿Por qué no reaccionaba la mujer?—. Porque a ti te gustan altos. Y guapos. Y de uniforme. Oh, sí, lo sé. Los uniformes te pirran.

Bloch caminó hacia el lado de la mesa donde aguardaba su invitada. Toqué la culata de mi 38, por si tenía que pararle los pies.

—¿O los prefieres artistas? Como esos macarras que pululan en las fiestas en las que te prodigas. —Me moví para tener mejor vista. Adiviné las uñas pintadas de negro de unas manos femeninas que descansaban, pasivas, sobre la mesa—. No significas nada para esa gentuza. Lo único que les interesa son tus piernas suaves, tus tetas redondas, tu culo apretado. No saben ver más allá de tu sonrisa. Tu sonrisa falsa...

Estaba prácticamente encima de ella, lo que me permitió desplazarme un poco más sin temor a ser descubierta y vislumbrar el vestido negro que Bloch había comprado.

—Eres como yo, cariño. No quieres reconocerlo, pero eres como yo. Sonríes y por dentro te mueres. —Acercó la afilada cuchilla a su brazo y se autolesionó. La sangre empezó a manar—. No hay dolor, ¿ves? No hay dolor que no pueda soportar sin dejar de sonreír. —Un segundo tajo en el antebrazo; la sangre manchó el vestido. Él atrajo con violencia el rostro de la mujer hacia el cuchillo, provocando que su melena oscura se torciera de modo grotesco. Fue entonces cuando la pude ver bien—. Y tú, ¿podrás?

Mi compañera decidió asomarse en el momento en el que, a punta de cuchillo, dibujó una esperpéntica sonrisa en la comisura de los labios maquillados de rojo intenso. Si hubiera estado viva, el dolor habría sido insufrible; si hubiera estado viva, habría chillado como un cerdo al que degüellan vivo; si hubiera estado viva, la carne de la cara se habría desgarrado, se habría roto en dos creando un aberrante agujero de oreja a oreja; si hubiera estado viva, habría muerto desangrada en una lenta agonía.

—¡Sonríe para mí, golfa! ¡Sonríe!

Si hubiera estado viva o, mejor dicho, si hubiera sido un ser vivo.

—Deja de llorar. No llores más. Nunca deben verte llorar, nunca.

El hombre ha jugado a ser Dios desde siempre. Ha manipulado la naturaleza adaptándola a su antojo y a sus intereses. Ha imitado a los pájaros para aprender a volar y a los peces para sumergirse en el océano. Ha recreado su entorno una y otra vez en infinidad de obras artísticas. Ha reinventado la muerte con armas de fuego y bombas atómicas. Incluso, ha creado a los maniqués a su imagen y semejanza.

—¡Sonríe aunque te duela!

Estaba loco de atar. El maniquí permaneció imperturbable ante la ceguera vesánica del torturador. Su maquillaje inmaculado y su belleza artificial se vieron alterados por las profundas raspaduras que le infligía con el cuchillo, manchado de su propia sangre. El yeso de la muñeca se deshacía en polvillo que caía sobre el vestido como un manto de nieve seca.

—¡No llores, puta! ¡No llores, niño cobarde! ¡Mequetrefe! ¡Gordo ridículo! —graznó al tiempo que se laceraba ambos brazos, hasta que se echó a llorar sobre la mesa.

El maniquí lo observaba desde el vacío de su mirada irreal. Él se irguió deshecho, los hombros hundidos, la cabeza baja, la baba colgando, los brazos chorreando sangre. Arrastró los pies por el suelo hasta fundirse con la oscuridad de una habitación. Cerró la puerta tras de sí y ya no

escuchamos nada más.

La barbilla de Isse temblaba, sus dedos agarrotados se aferraron al alféizar.

—Ha sido él, la asesinó —infirió.

—No estoy segura. Al único al que ha asesinado es a sí mismo —aseveré turbada por cuanto había visto y oído—. Creo que hace años que está muerto.

—Aún respira. Voy a poner remedio a ese detalle —musitó antes de intentar colarse por la ventana. La detuve.

—Isse, vámonos. Llamaremos a la policía, necesito que vean esto.

—¡No! Si lo detienen, no podré tocarlo.

—Culpable o no, lo necesito vivo. Tengo que darles a alguien o me comeré el marrón. ¡Se me acaba el tiempo, joder! —exploté—. Mi vida está por encima de tu *vendetta*.

Me taladró con la mirada y, sin contestar ni esperarme, empezó a bajar.

La acompañé después de echar un vistazo al interior del comedor donde el maniquí seguía presidiendo la mesa, insensible a su aspecto: la peluca morena torcida, las pestañas postizas desprendidas, las uñas pintadas de negro desconchadas y la boca destrozada. La anomalía que el lienzo representaba, en su expresión más obscena del arte figurativo, me evocó algo que no pude concretar. ¿A quién simbolizaba la muñeca?

Lo descubrí más tarde, cuando la noche tramposa, ávida de sangre y de misterios sin resolver, se burló de mí dejándome entrever sus cartas marcadas mientras me preparaba otra sorpresa.

Caminamos en silencio hasta el Chevy, Isse tres pasos por delante y ampliando la distancia con su zancada kilométrica. Me urgía un plan de urgencia porque, si la dejaba sola, regresaría para acabar con la vida del viejo. En principio opté por llevarla a mi despacho para vigilarla de cerca y telefonar a Nadine desde allí. Cuanto antes alertara a la policía sobre ese chalado, antes acabarían mis problemas.

Cuando la alcancé, Isse rodeaba el coche formando círculos como una pantera enjaulada.

—¿Qué haces? —No obtuve respuesta—. Si te has cansado de jugar a los detectives, nos podemos ir. —Como si hablara con la pared—. Si prefieres quedarte dando vueltas como una tonta, allá tú. Yo me voy.

Introduje la llave en la cerradura para hacer más creíble mi amenaza, cosa que no la afectó lo más mínimo. Al final, me planté delante de ella con

los brazos en jarra.

—¿Te vienes o no? —Me fulminó con el único ojo que el peinado *peekaboo* no tapaba.

—¿A dónde? —exigió.

—A mi casa. No me fío de ti. A la que me dé la vuelta, le das puerta — sostuve.

La mujer levantó la ceja, desconcertada.

—Gracias por la confianza.

—Ninguna, como ves.

—Has dicho que lo necesitas vivo y lo respeto, aunque pienso que te equivocas. ¿Crees que lo arrestarán por romper un maniquí? ¿Y si tu plan no funciona?

—Entonces podrás ajusticiarlo y a mí me llevarás bombones a la cárcel —concluí, metiéndome en el coche.

Era tarde y quería llegar a casa. Guardé los prismáticos en la guantera con tanta torpeza que el dossier se cayó al suelo. Los papeles del orfelinato se desparramaron. Isse se apresuró a recogerlos sin mediar palabra, a pesar de que vio perfectamente de qué trataban. Yo no supe dónde meterme, me sentí profundamente avergonzada.

Con parsimonia estudiada, colocó una a una cada página y cada fotografía en la carpeta. Se detuvo unos segundos a mirar los retratos antiguos sin ninguna emoción, como si aquellas chiquillas no tuvieran nada que ver con ella. Hasta que una imagen la hizo reaccionar: la instantánea policial del cuerpo de Violet.

La cogió como si se tratara de una reliquia. Intenté quitársela, pero ella apartó mi mano. La cartulina tembló en las suyas.

—Dime que no es... ¿Violet? —preguntó mirándome a los ojos con un dolor tan grande que me pareció cruel decirle que sí—. ¿Por qué no me habías dicho...?

En la academia nos habían enseñado a disparar, a comprar favores, a movernos entre la chusma, pero nunca nos enseñaron a notificar una mala noticia. Era el trabajo que nadie quería. Porque ¿cómo se explica lo absurdo, lo inconcebible, la aberración? Podría haberlo introducido citando el significado que el diccionario da a esas palabras. Podría haber escrito una tesis filosófica sobre lo pequeño que es nuestro cerebro como para albergar la magnitud de los significados. O podría haberle enseñado la fotografía que ahora sostenía y así habría entendido por qué me callé. Entonces ya era

tarde.

—No era necesario que vieras eso —declaré.

—¿No era necesario? —preguntó con la voz rota, incapaz de apartar la vista de la imagen—. Morir así no era necesario. Vivir como vivió no era necesario. —Levantó el rostro hacia mí y vi una mujer desgarrada por la impotencia—. Decirme la verdad ¡sí que lo era!

—Callar no es mentir. ¿Qué querías, si creías que la había matado yo? —dije casi molesta.

Ella ladeó la cabeza; el cabello le cubrió la cara. Se lo aparté con delicadeza y no rechazó mi contacto, por lo que me acerqué más. Le acaricié la mejilla y dejó de temblar. Le acaricié el mentón y se inclinó hacia mí. Le acaricié la nuca y rozó sus labios contra los míos. Iba a seguir acariciándola cuando se apartó de mí con brusquedad, señalando hacia algún lugar de la calle. Por el retrovisor advertí que Bloch se acercaba arrastrando una maleta de viaje de gran tamaño. Nos agachamos para que no nos viera al pasar junto a nosotras. Caminó hacia el Hudson, que estaba aparcado varios metros delante de nosotros. ¿Pretendía deshacerse del maniquí o planeaba huir de la ciudad?

Con la respiración alterada todavía por la intimidad compartida con Isse, lo seguimos a través de las calles poco transitadas, ansiosas por saber qué tramaba. Ninguna de las dos habló, quizá para prolongar de alguna manera la magia que había surgido entre nosotras y que, poco a poco, se fue evaporando como el agua hirviendo.

Bloch giró hacia el este, por la W 5th St. En esa dirección estaba el puente de la E 1st St. que cruzaba Los Ángeles River hasta el otro lado de la ciudad. Sin apenas circulación, no tardamos en llegar. Recorrió unos cien metros del puente antes de parar el vehículo. Nosotras nos detuvimos al principio, con los focos apagados.

Dejó el motor encendido, se apeó, cogió la maleta y la lanzó con fuerza hacia el río. La maleta trazó en el aire un arco de 180 grados; en lugar de caer al agua, su trayectoria se desvió y aterrizó en el canal. Desde la distancia pude ver la reacción contrariada de Bloch; intranquilo, se llevó las manos a la cabeza, mirando a uno y otro lado por si alguien lo había visto. Luego corrió hasta el coche, dio media vuelta y se fue. Ya no conducía a diez kilómetros por hora.

En lugar de seguirlo, preferí ver lo que había tirado con tan poco tino. En caso de querer localizarlo más tarde, sabía dónde vivía. Conduje hasta el

punto donde había aterrizado la maleta. Las vías del ferrocarril discurrían paralelas al canal, y tanto Isse como yo tuvimos que atravesarlas a pie.

Lo primero que encontré fue la maleta abierta. Al estamparse contra el cemento se rompió, expulsando y esparciendo su contenido por doquier: brazos rotos, cabezas cortadas, cuerpos seccionados por la mitad de varios maniqués. Un macabro contenido que, inexorablemente, recordaba al más espeluznante capítulo de la crónica negra de Los Ángeles.

—¡Dios mío! ¡Ahora sé a qué me recordaba el maniquí! —exclamé conmovida.

Durante años, la brigada de homicidios estuvo barajando conjeturas sobre quién había asesinado a la Dalia Negra, sin ningún resultado. Como es lógico, investigaron a los allegados de la víctima, al novio, a sus amantes, pero nunca previeron que un hombrecillo gris, rechoncho y enfermo mental, estuviera secretamente enamorado de ella y la torturara así, como su madre lo había torturado a él.

Apresado por sus delirios, Bloch reproducía el ritual del crimen una y otra vez. Conté el número de maniqués; al menos lo había repetido en tres ocasiones desde entonces, aunque me olía que en el fondo del río habría más muñecos destrozados.

A no ser que confesara, las figuras de yeso nunca demostrarían que era el homicida de Elisabeth Short, de Violet Grant y de las otras chicas, pero serían suficientes para rebajar la presión mediática.

El ruido de un motor al alejarse me hizo reaccionar.

—¡Isse! —Demasiado tarde. Mi compañera me había dejado tirada.

Después de maldecir, patear y soltar toda clase de palabrotas, busqué ayuda. Llegué a la E 1st St. sudando. Intenté detener a un par de coches sin éxito. Al final me cansé y desenfundé el 38. El siguiente coche paró en seco cuando me vio armada. El pobre conductor palideció cuando me senté a su lado y vio de cerca el Colt.

—No se asuste, solo es un persuasivo. Necesito ayuda, es un caso de vida o muerte.

Yo creí que con eso se calmaría y se sentiría feliz por auxiliar a alguien en peligro, pero se largó pitando. Al menos dejó las llaves puestas.

Apenas diez minutos más tarde, llegué al bloque donde vivía Norman Bloch. Subí a su piso por las escaleras de incendio. Rompí la ventana para colarme en el interior.

—¡Norman! —lo llamé, rezando por equivocarme. Vivo era más útil—.

¡Isse, no hagas tonterías, por favor!

Nadie contestó. En la mesa seguían los platos con los restos de tarta. Inspeccioné el apartamento, dos dormitorios vacíos sin signos de lucha. ¿Dónde estaba Bloch?

Busqué el teléfono y llamé a homicidios. La rutinaria voz de la operadora me invitó a explicarle mi problema; solicité hablar con Nadine.

—La agente Benton no ha venido hoy.

«¿Dónde narices te metes, rubia? No hay manera de localizarte», rumié molesta.

Desalentada, probé con Fish. Aunque la idea no me sedujera, no era momento para andarme con remilgos.

—¿Qué quieres? —rugió.

—¿Dónde demonios se ha metido Benton?

—Y yo qué sé. No soy su niñera.

—Eso dijo Caín de Abel... No te la habrás cargado, ¿verdad, Oso?

—Vete a la mierda —exclamó con la intención de colgar el aparato.

—Espera, espera, Fisher. Esto es importante.

—¿Ahora me llamas Fisher? Qué detalle —replicó sarcástico.

—Se trata del caso.

—¿Vas a confesar? —Me lo imaginé masticando una sonrisa burlona.

—Déjate de gilipolleces y escucha. He seguido a Norman Bloch.

—¿El chalado?

—No sabes cuánto... Ha cenado con un maniquí. Lo trataba como si fuera una cita.

—¡Joder! ¡Cómo está el personal!

—Luego le ha acuchillado la cara, lo ha metido en una maleta y lo ha lanzado al canal.

—¿Y eso qué tiene que ver con la investigación, Bladovich?

—¿Eres corto o qué? Es un sospechoso. Tenéis que ver lo que ha hecho.

—¿Lo detengo por machacar a una muñeca?

«Sa Re Sa Sa, Sa Re Sa Sa, Sa Re Sa Sa», repetí cinco veces para calmarme. Lo que había entre el Oso y yo no tenía remedio.

—¡Sí! O por tirar basura al canal, como gustes. Lo había vestido y maquillado como a la Dalia Negra. —Al otro lado de la línea se hizo el silencio—. ¿Capto ya tu interés?

—¿Por qué nunca vas al grano, jodida rusa? ¡Habla!

—Podría haberla matado a ella, a Violet Grant y a las otras.

—¿Cómo sabes lo de las otras chicas? —preguntó con suspicacia.

—Eso no importa. Hay que detenerlo cuanto antes.

—¿Dónde estás?

—En su apartamento, pero él no está.

—No habrás entrado ilegalmente, ¿verdad?

—Oso, deja de tocarme las narices y localiza a Benton.

—¿Tiene algún vehículo para dar el aviso de busca y captura?

—Conduce un coche que ha cogido de... ¡el almacén! ¡Estará allí!

Mi instinto me dijo que lo encontraría en El Mundo del Automóvil. Probablemente habría vuelto para limpiar el Hudson y dejarlo en su sitio, sin adivinar que Isse iba a por él.

—¿Segura?

—No, pero es lo único que se me ocurre. Envía una patrulla a la tienda.

—¿Por qué tanta prisa?

—Porque lo van a ejecutar. Así que mueve tu seboso culo. Yo voy para allá.

Colgué. Confiaba en los restos de la profesionalidad que Fisher tuvo un día, antes de convertirse en un cabrón.

Una vez alertados los buenos, me fui pitando. Me salté unos cuantos semáforos, un delito menor comparado con el allanamiento de morada, la intimidación y el robo a punta de pistola. ¿Qué importaba uno más? Batí todos los récords en plantarme en la tienda. La frenada dejó huellas en el asfalto, el tufo a goma quemada flotó en el aire. El alarido del neumático alertaría al vigilante del polígono. No me importó.

Como me olía, Bloch había ido allí. El Hudson estaba aparcado frente a la entrada y la puerta abierta de par en par. La tienda permanecía a oscuras, pero en la oficina del fondo había luz. La historia se repetía de nuevo. Esperaba que no fuera tarde. Isse había prometido respetar mis deseos, pero eso fue antes de ver el rostro destrozado de su amiga.

Antes de entrar, me detuvo un mal presagio. En el local, los coches alineados como pelotones de hierro lacado eran testigos inmutables de mi pavor. Un ruido sordo me sobresaltó. Provenía del despacho.

—¡Norman! —llamé.

El eco resonó en el hangar sin que se produjera ninguna respuesta. Saqué el revólver y avancé con el vello erizado y la sensación de que algo iba mal, muy mal.

—¿Isse?

Noté la boca reseca al mencionar su nombre, el zumbido del horror martilleó mis tímpanos. Bloch era un tarado, ¿y si le había hecho daño a mi amante?

Sudoración es el acto de secretar sudor de forma más o menos copiosa cuando se ha hecho un esfuerzo físico o se siente pánico. Yo estaba cagada de miedo, así que, consecuentemente, empecé a sudar cuando escuché otro ruido sin identificar.

—Sé que estás ahí, hermana —sostuve con la duda afilando mi voz—. Voy armada. ¡Sal con las manos en alto!

Me pegué a la pared, junto a la puerta que daba al distribuidor. Noté una capa de sudor que cubría mi espalda. Si alguno de los dos se había cargado al otro, podría atacarme también, por lo que opté por tirarme al suelo y reptar. Al tercer impacto, me propulsé para rodar hasta el cuartucho.

Lo primero que vi fue una mano tendida en el suelo. El susto me hizo retroceder de un salto. Me apoyé en la pared apuntando con el arma hacia cualquier lugar susceptible de ser un escondrijo. Allí no había nadie. ¿Y los golpes?

Me fijé en el desorden del escritorio, los montículos organizados eran una erupción de folios diseminados por el suelo. También corroboré que aquella mano regordeta era la de Norman.

El escritorio tapaba el cuerpo. Por debajo, una mancha de sangre se extendía hacia mí. La toqué con la yema de los dedos, aún estaba caliente. Su olor metálico se mezclaba con el de la naftalina del traje del vendedor y la colonia apestosa que usaba; reprimí una arcada.

El cadáver estaba tendido sobre un colchón de papeles ensangrentados. A su lado, las gafas de pasta pisoteadas y las huellas de un zapato femenino que huía.

«Isse, has dejado tu huella», rumié entristecida. Un fogonazo de imágenes inconexas acudió a mi memoria.

Grosella manchándolo todo, una risa desquiciada, una sombra huyendo deprisa, tacones... tacones que se alejan en la oscuridad, un foco alumbrando.

Mi sueño... Y en mi sueño no estaba Isse. Al menos, no en ese.

Unos golpes secos me asustaron; la pierna de Bloch chocaba contra la mesa. ¡Estaba vivo!

Lo giré con urgencia. A la altura del estómago tenía un boquete del tamaño de un puño del que salían chorros de sangre revueltos con los restos de la cena. Sofoqué una arcada.

—Be... —susurró escupiendo sangre.

—Aguanta, Norman. Llamaré a la ambulancia —lo animé, aun a sabiendas de que el viejo tenía la batalla perdida.

—Be... on... —repitió agonizante.

—¿Besson? ¿Ha sido Besson?

—El...a... ella... —Inspiró aire para decir algo que no capté.

—No te entiendo.

Casi sin fuerzas, indicó la mesa con la máquina de escribir, los papeles revueltos y el portarretratos con la foto del matrimonio hecho añicos. Exploré debajo de la mesa: la agenda de Grant había desaparecido.

—¿Qué significa esto?

—Grant... —gimió—. Grant...

—¿Grant? ¿Qué pasa con él?

El sonido de una sirena se acercaba. Los chicos de azul entraban en escena, tan discretos como siempre.

—No te entiendo, Norman. ¿Qué has dicho de Grant?

La estridencia de la sirena ahogó el último gorgoteo que salió de su cuerpo.

—¡Mierda! —exclamé—. ¡Mierda, Isse! ¿Por qué has tenido que hacerlo?

Un frenazo, o varios. La voz de Fisher sobresalió entre el jaleo repentino. Los agentes tomaron posiciones en la calle.

—¡Bladovich! —me llamó desde fuera.

Ignoro qué me empujó a cubrir las pisadas de mi amante con los folios.

—Aquí —contesté alejándome del cuerpo. Varios pasos se acercaron con prudencia—. ¡Está despejado!

Me guardé el arma en la cintura del pantalón. Encontrarme en la escena del crimen con ella en la mano no me favorecía en absoluto. Y menos mal porque, cuando el Oso vio el panorama, me apuntó a la cabeza con una semiautomática.

—Pon las manos donde pueda verlas, jodida rusa.

—¿De qué va esto, Fisher? —pregunté obedeciendo—. Te he llamado yo, ¿recuerdas?

—Es el protocolo, lo sabes —contestó con media sonrisa—. ¿Qué ha pasado aquí?

Sin esperar respuesta, me empujó contra la pared para cachearme. «Lo que me faltaba, que me manoseara», pensé.

—No te pases ni un pelo —lo amenacé apartando sus manazas de mis

tetas.

Se echó a reír. Parecía de buen humor el muy...

—¿Y esto? —preguntó cogiendo mi revólver.

—Es un Colt del 38 Special —me burlé—. No es tan grande como la tuya pero también hace pupa.

—¿Y ese? —Señaló al muerto—. ¿Está fiambre?

—Nuestro hombre. Y a no ser que pueda respirar por el boquete del estómago, diría que sí.

Fisher pegó su nariz a la mía, aprovechando que nadie nos veía.

—Se te va a caer el pelo, zorra.

—Venga, amigo. Sabes que no he sido yo, déjate de tonterías.

—Es la segunda vez que te encontramos en el escenario de un crimen — argumentó.

—Lo que significa que hago bien mi trabajo.

—¿Y yo no?

—Fisher, no es momento para esto, enterremos el hacha de guerra.

—Ni de coña, so guarra. Te dije que te hundiría.

—Te estoy entregando al asesino de la Dalia y tal vez de esas chicas. ¿En serio quieres seguir jodiéndome?

—¡Fisher! —bramó Nadine desde la puerta.

El inspector se apartó de mí inmediatamente.

—Rubia, por fin, ¿por qué has tardado tanto?

Mi amiga miró de reojo a su compañero, visiblemente enojada.

—Eso mismo me digo yo. ¿Por qué nadie me ha avisado hasta hace unos minutos?

—Eh, no me eches la caballería encima, guapita de cara. Eres tú la que desaparece sin decir adónde vas. Estoy harto de que me trates como si fueras alguien, zorra. ¿Te crees que porque te dejamos llevar placa eres como nosotros? ¡Chúpamela!

Sin previo aviso, Nadine lo agarró de sus partes y se las retorció. El Oso se dobló de dolor.

—Si vuelves a hablarme así, te juro que te arrepentirás —recalcó con una frialdad insultante. Jamás la había visto así.

—De acuerdo, compañera... Lo capto... Vamos... vamos a trabajar —bufó.

Lo soltó sin mirarlo y se dirigió a mí, malhumorada.

—¿Qué tienes que decir?

Resumí lo que había descubierto en las últimas horas sobre el vendedor

bajo las miradas de perplejidad de los agentes. Tomando la iniciativa, Fisher se ajustó los pantalones y llamó a un oficial uniformado, al que dio instrucciones para que varias patrullas fueran a la vivienda del difunto y al canal. Luego se volvió a nosotras con entusiasmo mal disimulado.

—Tanto tiempo trabajando en el caso de la Dalia... Y va esta maldita rusa y lo resuelve con un maldito golpe de suerte. ¡Maldita seas, Bladovich!

—Dejaré que os llevéis el mérito, tranquilo —me mofé—. Pero tienes algo que es mío.

Me devolvió el Colt con una sonrisa socarrona. Me lo tomé como una tregua en nuestra particular cruzada. Pocos minutos después, el forense y otros agentes hicieron acto de presencia, por lo que Nadine me arrastró a la calle cogiéndome del brazo.

Había refrescado, o eso me pareció. Siempre tengo frío en la escena de un crimen.

—Esto va de mal en peor, Bladovich.

—¿Qué quieres decir? Os he ayudado a cerrar un caso importante. No hay razón para que el fiscal vaya a por mí ahora...

—¿Crees que será suficiente? Es raro que el tío aparezca convenientemente muerto. ¡Qué pena! No podrá defenderse de tus acusaciones.

—Nadine, ¿qué insinúas?

—No insinúo nada, es un hecho —adujo—. ¿Quién lo ha matado, Sopletes? —Me encogí de hombros—. Vamos, compañera, me lo estás poniendo muy difícil... —La rubia hizo una pausa intencionada antes de seguir—: Todos los que se acercan a ti, mueren. Eres un pájaro de mal agüero. Ya sabes lo de Bigmouth, ¿no? —Asentí—. Y ahora ese de ahí... Si alguien testifica que has estado merodeando en su casa, también te acusarán de esto. ¿Qué quieres que haga? O me dices quién ha sido o...

Benton me conocía bastante bien: a esas alturas ya sabía que ocultaba cosas. Se mantuvo firme, esperando una respuesta. Pero contarle la verdad significaba entregarle a Isse, y no estaba dispuesta a hacerlo sin hablar antes con ella.

—¿A quién estás protegiendo, Sopletes?

¿Estaba protegiendo a una asesina? Las últimas palabras del viejo, «Besson» y «ella», sugerían a Isse como culpable. Pero ¿cómo sabía él que Isse Dubois era —o había sido alguna vez— Lou Besson?

—Antes de palmarla, el viejo ha dicho «Besson».

Violet solo le había explicado cuentos para no dormir para intimidarlo. No tenía sentido.

—¿Estás segura? ¿Ha dicho «Besson»? ¿Entonces ha sido él? —insistió.

De hecho, el único que conocía la verdadera identidad del Fantasma era Paul Grant. El resto creían que era un hombre.

—También ha repetido el nombre de «Grant». Varias veces.

—¿Por qué? ¿Estaba él aquí?

¡Dios mío! ¡Claro! ¡Grant! ¿Qué podía hacer Grant allí? ¿Recoger la agenda?

—Su agenda ha desaparecido —exclamé con un subidón de adrenalina—. Habrá venido a recogerla y se ha encontrado con el vendedor que devolvía el coche...

—¿Qué agenda?

—Donde anota las citas con el repugnante club de apestosos pederastas al que pertenece.

Durante días tuve la impresión de que alguien me seguía. ¿Y si había sido mi cliente? ¿Y si fue él todo el tiempo? La premisa de que todo era un plan maquiavélico, urdido por él desde el principio, cobró de pronto nuevas dimensiones.

—Bladovich, ¿de qué estás hablando?

Tanto las huellas de los zapatos como las últimas palabras de Bloch delataban la presencia de Isse en la tienda. ¿Lo habría visto matar a su empleado?

—Sopletes.

De repente, tuve una revelación tan clara, tan lógica que creí que me estallaría el corazón.

—¿Hay alguien ahí dentro? —preguntó mi amiga, propinándome irritantes capones.

—Rubia, tenemos que ir a la mansión de los Grant.

Mi amiga me miró con extrañeza.

—¿Por qué?

—Es él, ¡es él! Es lo que Bloch quería decir..

—¿No decías que era Besson?

—Quizá quería decir que también iba a matar a... Besson. —A Isse, estuve a punto de decir—. ¡Yo qué sé!

—¿Es una de tus corazonadas? —preguntó con un desagradable tono de burla.

—Rubia, hazme caso. Es él.

—Aunque quisiera, no puedo. Mira el marrón que tengo aquí.

—Nadine.

—Sabes cómo funciona esto, colega, tenemos un fiambre y los maniqués. Vamos a recabar pruebas para relacionarlo con el caso de la Dalia. Y de paso, para salvar tu trasero. Tengo por delante una larga noche.

—Que Fisher se encargue de eso. Ven conmigo a cazar a Grant. Tú y un par de agentes.

—No voy a movilizar a nadie por una intuición, Sopletes. Y menos a molestar a un tío influyente a las tantas de la noche.

—Pues me marchó, no pinto nada aquí —aseguré con decisión.

—Quédate. Tienes que dar algunas respuestas.

—¿Vas a detenerme? —Ella negó con la cabeza—. Entonces adiós. Si mañana no tienes noticias mías, busca mi cadáver en la mansión del «tío influyente».

—¡Sopletes, vuelve!

Antes de meterme en el coche, me volví para despedirme. En sus ojos añiles destelló algo profundo que ya había visto antes: el día que salí de su casa y de su vida. Ella se quedó plantada en el umbral, dejándome marchar. Me lo dijo todo con aquella mirada: el amor estéril, la decepción, el adiós. Y ahora, ¿qué me estaba diciendo?

—Ve con ojo, Sopletes.

Hubo algo fatídico en aquella frase. Me sentí intranquila.

—Lo haré. Ya verás, mañana me besaréis el culo.

Todo iba demasiado rápido. Las cosas se precipitaban a mi alrededor, y no era la velocidad excesiva. Me sentía atrapada en un torbellino que prometía engullirlo todo. Los hechos se habían sucedido uno tras otro, en un orden tan improvisado como lógico. Era como si una mano caprichosa hubiera estado manejando los hilos, divirtiéndose con los trances que proponía y disponía a su antojo. Había sido como una marioneta en manos de un niño cruel. Pero, por fin, lo entendía.

Grant lo había planeado todo para asesinar a su esposa y salir impune. ¿Por qué la quería muerta? La respuesta era tan simple que me avergoncé por no haberme dado cuenta antes. Hacía años que Grant era un pederasta asiduo a reuniones donde se lo pasaban en grande con crías. Probablemente se había encaprichado de alguna, como lo hizo de Violet. Ya tenía el nuevo trofeo del que seguir abusando bajo la bendición del matrimonio. Pero no podía divorciarse sin arriesgarse a que Violet hablara. Si salían a la luz sus depravados gustos estaría jodido. Iría a prisión y su esposa se quedaría con todo lo que tanto le había costado conseguir. No podía consentirlo, era preciso que se deshiciera de ella. El problema era que alguien más sabía su secreto: Isse Dubois. Aunque ella no lo había conocido en el pasado, sabía demasiado y no pararía hasta desenmascararlo como lo que realmente era, un asesino degenerado. Tenía que matarla también, pero Isse estaba bien protegida, en el *Breathless* era intocable... Y aquí fue donde entré yo. La llevé hasta él.

Acorralada por la culpa, conduje hacia la mansión dominada por un terror irracional. Entre semáforo y semáforo, fui vagamente consciente de que en todos los momentos importantes de la vida me había sentido igual, con unas ganas locas de escurrir el bulto y dejar que otros arreglaran las cosas por mí. Ya lo había hecho antes, cuando era poli. Me di cuenta entonces de que hacerme investigadora privada y vigilar a maridos infieles o encontrar gatitos perdidos no había sido más que una forma de escaquearme de los problemas graves. Nadine tenía razón al odiarme.

Pero esta vez ni podía ni quería abandonar. Isse corría peligro. Me necesitaba.

Un giro forzado devolvió mi atención a la carretera. Estaba a punto de salir de la ciudad dirección a Mulholland Drive. El retrovisor reflejó el

Monte Lee y el letrero de cuarenta metros de altura de Hollywood. Cambié a una marcha más larga y apreté el acelerador. Aquel tramo estaba asfaltado y podía correr. Crucé los dedos para que los patrulleros no me detuvieran.

Imaginé qué había pasado en la tienda. Probablemente Grant habría pillado *in fraganti* a Bloch devolviendo el coche. El viejo estaba muy alterado después de su experiencia con el maniquí. Discutieron, puede que Grant hasta descubriera el tejemaneje de su empleado. Puede que hasta lo matara accidentalmente. Si Isse estaba allí, lo presenciaria. Por fin cara a cara con su odiado Paul Grant. ¿Le habría hecho daño? Al contrario que su esposa, Isse era una mujer alta y fuerte, pero él seguía siendo un hombre mucho más corpulento. Puede que huyera: las huellas de sangre apuntaban hacia la salida. Mi Chevy no estaba en la tienda. ¿La habría alcanzado Grant? ¿O fue ella quien lo persiguió? Como fuera, el único sitio donde podían estar era en la mansión.

Giré a la derecha en el punto que ya conocía y dejé atrás Mulholland Drive para adentrarme en una carretera secundaria sin asfaltar que, a esas horas de la noche, parecía un sendero a ningún lugar. El paisaje cambió, los árboles frondosos delimitaban un camino más estrecho. Aunque ya había recorrido aquel camino en otras dos ocasiones, de noche tenía un aura tenebrosa que las curvas cerradas tampoco ayudaban a mitigar. Apreté el acelerador. Ya estaba muy cerca. El ruido ensordecedor del motor se hizo uno con mis latidos disonantes.

En medio de la carretera, a menos de cien metros, los faros del coche alumbraron el Chevrolet parado. Abrí mucho los ojos, como si hubiera visto un espíritu a la orilla del camino. Y probablemente así fue, el mío. Hundí el freno hasta el fondo, las ruedas se bloquearon y perdí el control. Tras un volantazo, el coche cayó por el terraplén, dirigiéndose hacia los árboles a gran velocidad. Por puro instinto, abrí la portezuela y salté. Mi cuerpo reaccionó como si supiera exactamente lo que tenía que hacer; me encogí sobre mí misma y rodé por la ladera, intentando alejarme todo lo posible de la dirección que llevaba la máquina descontrolada. Pocos segundos después, el coche se estrelló.

Yo seguí rodando, sentí la tierra en mi espalda, las ramas me arañaron y un árbol detuvo por fin la caída con un impacto seco. Desprovista de aire, levanté la cabeza boqueando. El trompazo me había dejado los pulmones encogidos y la cabeza embotada.

Hice acopio de fuerzas y me levanté, agarrándome al árbol que me había parado. Me dolía todo el cuerpo, lo que indicaba solo una cosa: estaba viva. Y más viva que me sentí cuando el coche explotó. Empezaba a creer que tenía tantas vidas como un gato. «Orlando, te debo una», le dije a mi ángel de la guarda.

Mientras subía por la ladera, escuché el crepitar de las llamas y el pánico de algunos animales que huían del incendio. Avancé dolorosamente lo más rápido que pude: el humo empezaba a expandirse y no quería verme en medio.

En las cercanías, había varias viviendas. Avisarían a los bomberos y a la policía. Me di prisa por llegar a la mansión de los Grant. Al pasar junto al Chevrolet me planteé por qué Isse lo habría abandonado en medio de la carretera.

Empezaba a despuntar el alba cuando crucé el vasto jardín que rodeaba la casa. Delante de la fachada principal había un Ford negro con el capó abollado y sangre seca. ¿De Bigmouth?

En el piso superior, una bombilla proyectaba un punto de luz de baja intensidad. En la ventana me pareció ver a alguien. «Isse», susurré, yendo lo más rápido que el dolor de espalda me permitía. Desenfundé el 38 antes de entrar. La puerta no estaba cerrada por dentro. Con un exceso de sigilo, me asomé al enorme vestíbulo. A la izquierda, un arco sostenido por unas columnas ostentosas era la entrada a la estancia principal de la casa, un salón amplio y acristalado que ocupaba gran parte de la planta, con una enorme chimenea un tanto recargada.

Subí la escalinata, tan barroca como la chimenea. Varias habitaciones se repartían a ambos lados del espacioso pasillo. Salvo una, todas las puertas estaban cerradas.

Me detuve en el umbral. El dormitorio era tan grande como mi oficina-hogar. Estaba decorado con gusto, a pesar de la cama gigante con dosel. En un rincón, una lámpara de pie facilitaba una iluminación escasa. Parte de la pared frontal la abarcaba un ventanal con vistas al jardín y a la carretera, y a través del cual se veía el humo del accidente. Por encima de los árboles, el alba despuntaba.

Frente al ventanal, una figura lánguida se reclinaba en un sillón orejero que me impedía distinguir su identidad. Su brazo delgado, apoyado con dejadez en el reposabrazos, me indicó que era una mujer.

—¿Isse? —la llamé.

Ninguna respuesta. ¿Y si Grant le había hecho daño? Me acerqué temerosa. Ella ignoró mi presencia. Me mordí el labio preparándome para lo peor. Con el corazón encogido, le aparté el pelo azabache. El terror de encontrarla desfigurada dominaba mi razón. Apenas contuve el alivio al comprobar que su precioso perfil seguía intacto. Salvo por su expresión vacía, parecía encontrarse bien.

Contuve el irrefrenable deseo de abrazarla, pues era urgente conocer el paradero de Grant. Guardé el revólver para no violentarla y me agaché a su altura. Parecía en estado catatónico: ningún indicio de que me viera o supiera que estaba allí.

—Isse, ¿qué ha pasado? —pregunté con calma—. Mírame, preciosa.

Le agarré el rostro, desencajado y húmedo. Había estado llorando.

—Isse, por favor. ¿Qué te sucede? ¿Qué tienes?

—Duele. Duele... —balbuceó a nadie en concreto.

—¿Estás herida? ¿Te ha hecho daño? ¿Qué te ha hecho ese cabrón?
¿Dónde está Grant?

Al escuchar el nombre, reaccionó. Su mirada, normalmente mordaz e inteligente, estaba desprovista de emoción. Era como si su cuerpo fuera una cáscara seca y sin fruto, un caparazón sin alma. ¿Qué había pasado?

—Márchate —me pidió sin energía.

—Me estás asustando. ¿Y Paul Grant?

La traicionó un leve movimiento de pupilas que apuntó hacia el rincón junto a la cama con dosel.

Alertada, me erguí recuperando el sentido común y el olfato. Tenía que haberme dado cuenta de que en la atmósfera del dormitorio flotaba ese penetrante y empalagoso tufo que revuelve tripas y retuerce temores. El aroma inefable de la muerte.

Inspeccioné la alcoba como habría hecho de no haber estado tan preocupada por Isse. Enseguida vi el cuerpo en el suelo. Me acerqué a las sombras que masticaban el bulto, olisqueando el hedor de la carroña. Los tañidos de mi corazón ensordecían mis pisadas. Supe que iba a encontrarme cara a cara con lo infame, pero una nunca está lo suficientemente preparada para el horror. Paul Grant se exponía en una postura antinatural, los brazos descoyuntados por encima de la cabeza, como protegiéndose del depravado ataque del que había sido víctima.

Aquello era mucho más que el resultado de una pelea, incluso más que un asesinato vengativo. Representaba una exhibición de poder, de locura y de

monstruosidad ilimitada. De la boca sobresalía un trozo de carne que no era la lengua. Me fijé bien: era su pene. A juzgar por la cantidad de sangre que había entre sus piernas, Grant vivía cuando lo castró. Después le había aplastado el cráneo, quizás con el atizador de la chimenea. Los sesos rezumaban por las brechas abiertas. El atractivo hombre había sido reducido a un amasijo de pelo, carne y huesos rotos.

Me eché a un lado con arcadas. Más que la escena en sí, me asqueaba la voluntad manifiesta de impartir dolor. En el suelo, junto a la pata de la cama, encontré la agenda desaparecida.

Corrí hacia mi amante, que ya no era Isse sino Besson, ese monstruo repugnante e impasible del que tanto había oído hablar. Si su sed de venganza estaba satisfecha, no lo demostró.

—Ojo por ojo. —No contestó—. ¿Te sientes mejor? ¿Le has devuelto la vida a tu amiga? —Su silencio me sacó de mis casillas. La cogí por la solapa y la zarandé para que reaccionara—. ¡Animal! ¿Qué has hecho? ¿Te has vuelto loca?

Como si me viera por primera vez, me miró. El desconcierto, disuelto en el azul imposible de sus ojos, la dotó del matiz angelical de una niña perdida. Tuve ganas de atizarle. ¿Cómo se atrevía a ser tan bella siendo un monstruo?

—¿No te bastaba con matarlo? Tenías que ensañarte así. ¡Tenías que joderlo todo! —Le di una bofetada. Luego otra. Y no se quejó. Ni se disculpó. Ni se defendió.

Por chocante que parezca, me sentí decepcionada y furiosa. Había descubierto en ella las emociones que nos hacen humanos; incluso cuando me torturaba o cuando hablaba de venganza, estaban allí. Confiaba en que, llegado el momento, no sería capaz. Aun así, la habría disculpado porque la entendía... Pero esa salvajada era injustificable. Ni siquiera podía alegar autodefensa. Aquel era el acto de un engendro irreverente y sin respeto por la vida. Y yo me había enamorado. ¿Cómo podría amarla después de aquello?

A pesar de que no movía ni un músculo, la encañoné decidida. Las manos me temblaban sin control. Necesitaba alejarme de ella y caminé de espaldas hacia la puerta, sin perderla de vista. Los colores del amanecer recortaban su silueta y colmaban la escena de una atmósfera espectral.

—La policía no tardará en llegar. El fuego del accidente los habrá alertado. Esperaremos fuera. Vamos, levántate despacio.

Me miró con una expresión de derrota absoluta, como una mártir a punto de ser ejecutada. Me sentí tan rabiosa e impotente que deseé humillarla.

—¿A qué esperas? ¡Muévete, asesina!

—Vete, Rachel. Yo me quedo aquí —habló por fin.

Su voz sonó apagada, como si viniera del fondo de un pozo profundo del que no hay salida. Era el sonido de quien se ha rendido, del que se abandona tras cumplir una misión. Era un fantasma.

—Te vienes conmigo.

—No voy a huir. Pero tú espera abajo.

Su actitud benevolente me chirrió como el tenedor en un plato. Algo no estaba bien.

—Ve al jardín, ponte a salvo. Te prometo que no me iré. No tengo adonde ir.

Es curioso cómo las ideas se manifiestan en nuestra mente. En ocasiones, una se pasa días y días meditando, probando a encajar las piezas de un puzle, dando vueltas tratando de entender y, sin saber por qué, un ráfaga de imágenes se arremolina en la conciencia ofreciendo la solución. Así fue cómo acabé de comprenderlo.

—¿Cómo es que Norman Bloch sabía que tú eras Lou Besson?

Esbozó una débil sonrisa en su rostro demacrado.

—Él no lo sabía.

—Antes de morir, dijo... dijo...: «*Be... on... El...a... ella...*».

Saqué el sobre vacío que Jimmy me envió. Ya no había vuelto a pensar en ello. A Isse se le ocurrió que el mensaje era la frase.

Bladovich: leer EN caso de †defunciÓN.

Como en las sopas de letras, uní por orden las letras que más destacaban, las mayúsculas: ENON. La cruz era una clave. Probé de nuevo: ENTON. ¿Enton? ¿Qué significaba? Me di cuenta de que me faltaba otra mayúscula, demasiado obvia como para haberme fijado: la B de mi apellido. El resultado tuvo sentido: BENTON. ¿Benton?

No tenía pinta de poli. Una rubia muy guapa y bien vestida.

¿Nadine Benton? ¿Mi compañera?

Tengo un confidente que sabe algo...

¿Mi amiga?

Trabajé para tu colega en una ocasión. En dos...

¿Mi antigua amante?

¿Quién le había hablado a Bigmouth sobre Besson?

—Rachel, nos han utilizado —musitó—. Ahora, vete. Antes de que sea demasiado tarde.

Su debilidad, su amargura, su rendición...

—¿Tarde para qué? Quiero la verdad.

—Te dije que la verdad es cruel, puede matarte. Hazme caso, Rach, por favor.

—¿Qué pinta Benton en todo esto?

—No seas tan tozuda —suplicó—. Olvida lo que ha pasado aquí.

—¿Olvidarlo? ¿Estás loca?

—Ve a buscar a los tuyos, pero márchate. No voy a huir, lo juro. Tendrán a una culpable y tú estarás a salvo. —Se irguió lentamente, con las manos blancas extendidas hacia delante.

—¿A salvo de quién? ¿De ti?

—Rach... —Quitó el seguro del arma y le apunté entre ceja y ceja—. Sé que me odias. —Entre esos preciosos ojos que me habían robado el alma... Las manos blancas extendidas, el rostro pálido y ojeroso... Siguió avanzando hacia mí—. Estás decepcionada y lo entiendo. Entre tú y yo podría... podría haber estado tan bien... —Hacia mí, demacrada, rendida, ausente—. Esto ya no te concierne, nena. Es asunto mío. —Ningún signo de lucha ni salpicadura de sangre en la ropa—. Márchate. Hazme ese favor.

Se detuvo a tres pasos de mí, sin temor, sin nada que perder, con la idea fija de que me marchara. Le apunté al corazón. Lo tenía tan roto como el mío. Un disparo no podría rompérselo más.

—Isse, por favor, por favor, por favor... Necesito la verdad. ¿Quién ha hecho eso?

El hilo de voz traicionero surgió de aquel rinconcito velado en el que la esperanza seguía clamando por su inocencia. Deseaba verla como una persona, no como a un monstruo.

—Dime qué ha pasado.

La verdad, que había estado delante de mis narices cubierta por la roña de las falacias, se manifestó demasiado tarde.

—Yo he pasado —anunció alguien a mi espalda.

—¡No! —chilló Isse mientras se abalanzaba sobre mí con el rostro dislocado por el terror.

Antes de sentir un crac dentro de mi cabeza, el arma se disparó. Un quejido ahogado me avisó de que el tiro había alcanzado el blanco.

Las manos acarician mi cara con una dulzura fuera de lugar. ¿Qué están haciendo? Un cachete remueve las precarias neuronas que me quedan. Entorno los párpados. La rubia borrosa se ríe de todo, de mí incluida. Me repugna el olor a hierro que me baña, me provoca convulsiones difíciles de contener. Otro cachete me tumba de nuevo, lo que me da a entender que, en algún momento, me he levantado.

—Estate quietecita, guapa —me ordena la voz antipática. Unos lazos inflexibles atan mis brazos en cruz.

La cama da vueltas como la balsa de un náufrago atrapada en un remolino, en un mar de sangre. Me ahogo en ese mar, me hundo en una fosa pestilente y húmeda. Me resisto aferrándome al saliente de la cama. Los sesos se escurren por la cabeza reventada de Grant, que me mira horrorizado. Grito, soltándolo, huyendo lejos. Lejos. A un pasado reciente. A una verdad cruel...

Un grupo de sombras me rodea danzando en círculos a mi alrededor, jugando a un cruel juego de traición y mentiras hilvanadas desde el principio de los tiempos. ¡Que paren esto! ¡Quiero bajarme! Sus risas son contagiosas y, a pesar de que tengo ganas de llorar, carcajeo como una condenada que nada tiene por perder. ¡Qué estúpida!

Un coche surge de las sombras a la velocidad de la luz. Las sombras se dispersan riendo, el fuego abrasa mi piel, los besos de Isse escuecen allí donde me rozan. Nadine mira desde un punto entre el cielo y el infierno con cara de pocos amigos, y niega con la cabeza, enfurruñada. Violet se enrosca a sus pies, se relame las garras ensangrentadas, maúlla de placer satisfecho, ronronea mientras una mano gigante mueve unos hilos y le hace cosquillas. De pronto, se revuelve contra la mano y se la come también. La carcajada estridente rasga el velo de mis ojos y veo a Isse en el

suelo, desangrándose, muriendo por mi culpa, mientras Violet danza a la luz de la luna un baile arrítmico que me desespera.

«¡Ayúdala! ¡Ayúdala!», reclamo, pero ella no me escucha. Se sienta sobre Isse metiendo el dedo en sus llagas. Ver para creer... Si yo hubiera visto las señales... «Pero las cosas nunca salen como planeo», me digo. Los planes se tuercen como Isse en el suelo, que se retuerce de tanto que le duele el alma. Una mata de pelo rubio sobrevuela por encima de mí. Nadine me mira jocosa: «¿otra vez así?, ¿cuántas veces este mes?».

El rostro de la rubia se transforma y ya no es ella, es la Tierney. Cámara, luces, ¡acción! «Se busca joven actriz, con parecido razonable a Gene Tierney y a Maureen O'Hara. Interesadas presentarse el viernes 23 de junio en...» El veintitrés de junio, mal día para morir. Las luces de un faro iluminan la escena. Y no es Violet la que está en el descapotable. Los tacones se alejan riendo, purgando la sangre del sueño de una muchacha que ni siquiera quería ser actriz. La Tierney gira sobre sí misma como un huracán y, cuando se detiene, es Violet que ha resucitado. Ha vuelto de la ultratumba con un rictus diabólico y la mirada encendida por un fuego que no es de este mundo, un fuego que es pura locura.

Parpadeo. Tomo conciencia. Estoy atada a la cama con dosel. Tengo un ojo hinchado por la caída contra el suelo. Aun así, veo el Colt sobre la puñetera mesilla de noche, a cien kilómetros de mí. La veo mientras la realidad me envuelve como el frío de la madrugada. Estoy jodida. Estoy jodida y desnuda.

—Se supone que debía ser rápido y discreto. Esto es una carnicería, joder. ¡Menudo desastre! —Enfurrugada, Nadine Benton da vueltas por la habitación.

Siempre hay una mujer detrás de todo. Y esa mujer es Nadine. La poli que una vez me prometió amor eterno, quince meses de amor eterno.

—Me estoy cansando de arreglar tus chapuzas. Se te ha ido de las manos. Este no era el plan, joder —manifiesta cabreada.

Apenas la veo con el párpado cerrado y la penumbra que la envuelve, pero da un paso hacia la luz sangrante del amanecer y allí está. Esta vez no ha sido un error. Nadine, Nadine, Nadine... La insidia no tiene límites. No tengo voz para maldecir, no tengo flema para expresar lo que siento, no soporto el lastre del alma traicionada.

—Los bomberos están de camino. Y la policía. No hay tiempo que perder.

—Deja a Rachel —implora mi amante, que se desangra en el suelo con una pena que pesa más que el mundo. Me protege a pesar de que he

desconfiado de ella—. No sabe nada.

—¡Ya lo sé! No se ha enterado de lo que iba la película hasta el final. ¿Por qué crees que la elegí?

—¡El mejor *casting* de todos! —exclama una voz que surge de las sombras.

Hay alguien más aquí, sentado en el sillón orejero, a contraluz del nuevo día. No puedo distinguir quién es. Se ríe. ¿O está llorando? No lo sé, es una de esas voces que siempre parecen a punto de quebrarse.

—Ha tenido la verdad delante de las narices todo el tiempo, sin olerse nada —añade la agente—. Bladovich va de chica dura, pero en realidad es una romántica empedernida, piensa más con el corazón que con la cabeza.

Duele. El orgullo duele porque tiene razón. Nadine me conoce mejor que yo misma. Soy una blandengue, una incompetente.

—Estáis a salvo. Cree que Paul es el culpable y que yo me lo he cargado.

Durante un instante, parece que Nadine se lo piensa. Un segundo. O menos.

—No, es peligroso. Al final lo descubriría. Es cabezota. ¡Jodida Bladovich! Se ha pasado media vida huyendo de los problemas y ha decidido hacerse la heroína precisamente ahora. Casi lo estropea todo.

—¿Cómo lo has adivinado? —pregunta la voz quebradiza de las sombras.

—¿Adivinado? —Isse sonrío de medio lado sin humor—. Creí que era el gordo, hasta que lo he encontrado en un charco de sangre. Luego he venido aquí a buscar a Grant y resulta que lleva tieso varios días. No he adivinado nada, me he encontrado con el pastel.

—Una lástima. Comprenderás que ahora Rachel y tú tenéis que desaparecer —dice Nadine.

—Dejadla vivir. Cargaré yo con las culpas, pero no matéis a otra inocente —suplica Isse.

Mi corazón llora por lo injusta que he sido con ella. Nadie muere por amor, eso quedó relegado al olvido, a tiempos remotos en los que amar entrañaba algo. Pero hoy no, Isse no... Ella es una chica mala y oscura y misteriosa y...

—¿Otra inocente? Paul no era inocente. ¿Sabes cómo trataba a Violet? Díselo, cariño. Dile cómo te trataba.

¿Violet?

—Ya lo sabe, también en el hospicio. Aunque no tuvo que aguantar las palizas, ni esas manos sobre su cuerpo, ni ese pene dentro de ella... Porque

se fue y me dejó allí, a su merced.

¿Violet está viva?

—¿Y el viejo que trabajaba para él? ¿También te maltrataba?

—Ah, Nadine ha tenido que improvisar. Nos pilló en la tienda. ¿Qué haría allí por la noche?

Ahora entiendo lo que Bloch quiso decir: no se refería a Grant, sino a su esposa. Por eso señaló el portarretratos.

—¿Y las chicas? ¿Qué maldad hizo la muchacha que ocupó tu lugar?

—Ay, sí, pobrecitas. —Resopla. Se está cansando de cháchara—. Daños colaterales lo llaman. —Se ríe. La muerte ajena le hace gracia.

—Para que el plan tuviera éxito, debían morir. Un asesino suelto es motivo de alarma social —añade la agente de policía.

—Y yo soy una de las pobres víctimas. Un plan perfecto que casi estropea esa cabeza de chorlito amiga vuestra... No sé qué le veis.

Dioses, ¿cómo he podido equivocarme tanto? ¡Qué estúpida he sido!

—No empieces con eso —le contesta Nadine con cierta molestia—. Te dije que no era buena idea mezclarlo con la historia de Lou Besson. Se empecinó en descubrir quién era.

—Para eso la contrató Paul, querida... ¡Era el *MacGuffin*!¹¹ Estuvo muy entretenida mientras todo pasaba delante de sus narices. Pero la dejaste llegar muy lejos, amor.

—No me culpes, Violet. También tú has ido demasiado lejos. Teníamos que pillar la pasta y desaparecer, no empezar a machacar cráneos. ¿Cómo lo arreglaremos ahora?

Nadine se está revelando contra su amante. Tengo que aprovecharlo y liberarme. Necesito lo único que no tengo: tiempo.

—Todo tiene arreglo, querida. La policía ha oído del temible Lou Besson. Y Lou Besson está aquí... un fantasma del pasado dispuesto a cargar con todas las muertes —ronronea en la oreja de Isse, como una gata traidora.

Isse se aparta asqueada. Su mirada ensombrecida se cruza con la mía. Sabe que estoy despierta. Hace una seña desesperada, me pide que calle. Siento que me derrito por dentro. Quiere salvarme a toda costa. Y yo, ¿qué le he dado a cambio? La convicción de que era un monstruo. Si pudiera coger el revólver...

—¿Por qué todo esto, Vi? Estaba dispuesta a ayudarte.

—¿Igual que cuando me ayudaste a salir de aquel infierno? —le recrimina al borde del paroxismo. Es como una olla a presión a punto de

estallar. Debo apresurarme con las ataduras—. No, querida, a Paul Grant nadie lo abandona. Hubiera revuelto cielo y mar hasta encontrarme. Y yo no estoy dispuesta a vivir debajo de un puente. —Una sutil sonrisa suaviza sus rasgos—. Es mejor así. Gracias a vosotros, tengo unos ahorrillos.

Desencajada, Isse aprieta los labios con rabia. La han usado como a un accesorio. Y a mí.

—¿La extorsión? —murmura con languidez—. Si me lo hubieras pedido, te habría dado todo cuanto poseo.

No decaigas, Isse, no decaigas. Estoy a punto de conseguirlo...

—¿Y perderme la diversión? ¡No fastidies! Me he reído de todos, querida: de ti, de Grant, de Bloch, de esa payasa... Soy más lista que nadie. — Extiende los brazos en cruz mientras, riendo con coquetería, recibe la ovación de un público ficticio que existe en su cerebro enfermo.

—Éramos... amigas... —Gime débilmente, haciendo un esfuerzo por entretenerla el mayor tiempo posible. Consigo soltar un brazo. Mi ángel de la guarda existe. Estiro la mano, mis dedos rozan el 38.

—Y lo somos, querida —enfatisa con un ademán exageradamente teatral—. Por eso no te haremos sufrir. ¿Verdad que seremos buenas con ella, amor mío? —La agarra violentamente del pelo y le acaricia la cicatriz del rostro—. Pobrecita, ¿recuerdas cómo te dolió?

—Violet, no lo hagas...

—Créeme, no quería llegar a esto, querida. Pero no pudiste dejarme descansar en paz. ¿Sabes lo que me costó fingir mi propia muerte? ¿Las horas que me pasé planeando cada detalle?

—Tú no eras así. —Solloza. Está llorando. Y yo con ella—. Eras soñadora, sensible...

La intenta tocar, pero no puede mover el brazo. El disparo en el pecho le ha hecho perder mucha sangre, se está yendo. Me remuerde la conciencia verla así.

—Sí, me suena la niña de la que hablas. Murió en el hospicio cuando te fuiste.

—Bueno, basta de cháchara, Violet —la apremia Benton.

El nudo del otro brazo se me resiste, pero estiro el cuerpo todo lo que puedo, estoy a punto de alcanzar el Colt. Un poco más y será mío.

—Qué impaciente eres, mi amor.

—Es que parece que te cuesta acabar con ella —se queja Nadine, que nunca fue celosa.

Casi tengo el arma, estoy rozando la culata.

—No digas tonterías —susurra igual que esas malas actrices a las que no se les entiende al hablar. Pero a la agente le gusta que susurre, aunque le mienta—. Acabé con ella hace años. ¿No me digas que tienes celos?

Violet le da un beso íntimo, profundo, violento. Creo que si siguen besándose, vomitaré de nuevo. Las imagino haciendo el amor sobre nuestros cadáveres, excitándose con nuestra sangre, danzando en este aquelarre maldito. ¡Puaj!

—Ve al vestidor y busca un vestido bien bonito para tu amiga, tendrá más o menos mi talla. Va a ser la última víctima de Lou Besson —dice mirando a Isse.

—Pero las otras son pelirrojas —expone la agente.

—¿A quién le importará? El caso estará resuelto —contesta Violet. De alguna parte saca un atizador que hace girar como las *majorettes* del desfile del Cuatro de Julio—. Cuando la policía llegue, encontrará a Lou Besson, también conocida como el Fantasma, desangrada por un disparo. Su última víctima intentó defenderse... Y ya nadie hará más preguntas.

Violet ríe, ríe, no se cansa de reír con estridencia, como una hiena. Nadine sale de la habitación para buscar el vestido. Lo tienen todo previsto, pero no se lo voy a permitir. Aprieto la cara contra la almohada para ahogar un quejido y me disloco el pulgar para deshacerme de la atadura.

Con lágrimas en los ojos, descubro a Violet mirándome. Me ha oído. Levanta con furia el atizador y corre hacia mí, con la mandíbula desencajada en un alarido inhumano que me pone los pelos de punta. Ahora ya no es Violet, la bella Violet, la delicada Violet. Su rostro se ha transformado en una exagerada y terrorífica máscara griega. Ahora es un engendro repulsivo, una medusa sanguinaria cuyo único afán es destruir la vida que la rodea.

Con los restos de su férrea voluntad, Isse golpea sus piernas y la hace caer. Una lucha encarnizada se da en el suelo, a un escaso metro de mí. Dos arpías luchando cuerpo a cuerpo, arrancándose los ojos, haciendo trizas la carne, despojándose de cualquier humanidad que las haga vulnerables.

La pelirroja tiene las de ganar. Isse está débil. La herida del pecho no le permite pelear bien. Violet se hace con el control, le agarra la cabeza y la aplasta contra el suelo para romper los sesos, encharcar la memoria, desparramar los sueños que cobija.

Me levanto con paso inestable, me duele el dedo roto, y el ojo cerrado, y

el alma. Pero no es momento de quejarse. Haré las cosas bien de una puñetera vez. Alzo el arma con mano trémula, encañono a la bruja.

—¡Para! ¡Para! —chillo.

Ella no se detiene. Le golpeo la cara con el revólver y cae hacia atrás.

Un disparo me pasa rozando la oreja. Me agacho. Entonces aparece Nadine, empuñando una semiautomática, y se interpone entre su amante y mi arma. Intenta mantener la calma, habla pausadamente, como si aún fuéramos amigas. Como si yo fuera la idiota que dice que soy.

—Rachel Calamidad, estás hecha un asco, colega.

—Para variar —respondo enmascarando el pánico con mi habitual sarcasmo—. ¿Por qué?

Se encoge de hombros y de pronto me parece una adolescente atolondrada. Hay cosas para las que no hay una respuesta llana y esta debe ser una.

—A veces aparece alguien en tu vida y te la cambia.

Intenta despistarme, que baje la guardia. Conozco todas las artimañas, fui la primera de la promoción de mujeres policía. Nadine y yo íbamos a hacer historia.

—La conocí cuando compré el buga que tanto te gusta. Tenías razón, no hay coches así en cualquier tienda. Tampoco mujeres como Violet... Nunca creí que sería capaz de sentir algo tan fuerte, Sopletes. Me llamaste frígida emocional y era verdad, hasta que la conocí.

Me envuelve con la suave cadencia de su voz, busca mi empatía, mi complicidad, mi perdón.

—Esto no tenía que ocurrir, Sopletes. He intentado que no vinieras aquí esta noche. He intentado que dejaras el caso... Te metí miedo, te mentí para que te largaras... ¿Es que no te gusta México o qué?

—Joder, rubia, qué detallista eres.

—Me dijiste que tirabas la toalla, estúpida.

—Ya ves, soy incorregible. *Si la cabeza dice una cosa y la vida dice otra, la cabeza siempre pierde...*

—Esa frase es de Bogart, yo también vi la película.

—Entonces ya sabes cómo acaba: los malos pierden.

—Pero esto no es una película de las que tanto te gustan, pequeña. Hoy pierdes tú.

Lo dice mirándome a la cara, con frialdad. Es ella, Nadine; sin embargo, no la reconozco. Su mano se mantiene firme mientras me amenaza, la mía

tiembla como cuando me pinto las pestañas... Pero la supervivencia es más fuerte que cualquier otro deseo y yo quiero vivir.

—Escucha, es una psicópata, te está utilizando, te arrastrará en su mierda. Y cuando se canse de ti, te dejará y encontrará a alguien que se encargue de ti.

—¡Mátala, Nadine! ¡Acaba con ella! —le ordena su amante desde el suelo.

—Tú sí que estás en la mierda, Bladovich. En ese cuchitril, creyéndote mejor que nadie. La mujer emancipada y profesional. No lo eres, Bladovich. La vida te viene grande.

Un golpe bajo. Lo encajo, no es momento de flaquezas. Levanto el martillo del percutor.

—No hagas estupideces. —Su tono es amenazador. Avanza hacia mí con una sonrisa amigable, susurrando promesas que sabe que no va a cumplir —. Dame el arma, pequeña. Cargaremos a Bloch con la culpa. Total, es un maldito asesino de mujeres. Os podréis marchar.

El revólver está cargado. Y falta una bala, la que Isse tiene incrustada en el pecho.

—Sabes que no tienes escapatoria. ¿Cuántas balas te quedan?

—Las suficientes —contesto retrocediendo.

—Estás acojonada. Eres tan transparente, Sopletes...

Sabe que aborrezco que me llame Sopletes. Ella es la única que me llama así. La que había amado. La que ahora avanza hacia mí con intenciones turbias. Una voz lejana, que me recuerda a la mía, le pide que se detenga, que todo ha acabado. Pero Nadine se ríe de mí.

—Rachel, tú y yo sabemos que en tu vida has matado a nadie. Te falta valor, pequeña. —Está a dos pasos. Y no dejo de temblar y de implorarle que no avance más.

—¡Mátala, mi amor! Es la única que puede echarlo todo a rodar —exige la pelirroja con esa voz quebrada de llorica y los ojos inyectados en sangre. Se me antoja un cocodrilo, llorando mientras mastica a su víctima.

—Nadine... no me obligues —le imploro.

—Ahora vas a darme el arma, ¿verdad, Sopletes? —No le importa que le diga que no, ignora mis súplicas, sortea mis lágrimas... No atiende a razones. Tiene las suyas propias y su razón es Violet. Y la de Violet, la muerte.

Agarra la 38, me la quita de las manos con esa sonrisa que siglos atrás me encandiló. La punta de sus dedos roza la piel de mi mano. Yo cierro los

ojos. No quiero ver su expresión de sorpresa cuando aprieto el gatillo. No me ha dejado otra alternativa. Necesito vivir, a pesar de todo.

A bocajarro. Y luego el golpe sordo del cuerpo que cae al suelo. Evito mirarla cuando su mano me agarra mientras nota que la vida se le escapa.

El gañido desarticulado y estridente de un animal herido viene hacia mí con violencia desmedida. Veo el contorno de Violet recortado por un sol perezoso que apenas ilumina el atizador que está a punto de incrustarme en el cráneo.

Lo hago sin pensar. Focalizo la mueca inhumana y... un tiro. Dos... tres... Pierdo la cuenta. Hasta que solo oigo el chasquido del percutor martilleando mi cerebro con un eco extinto. Sigo apretando el gatillo insistentemente, como un autómatas. Sigo matando al aire que ha dejado Violet tras de sí después de su caída.

Está inmóvil, tirada sobre Isse, quieta, blanda.

Las he matado. A ambas.

Es la primera vez que mato a alguien. Y me da miedo lo que siento. Me da miedo descubrir lo fácil que ha sido. Temo la certeza de que nada será lo mismo a partir de ahora.

He matado a Benton... Mi Nadine, mi examante, mi socia, mi amiga, mi gran desconocida. Y a Violet, la mujer de la foto en blanco y negro, la mujer elegante e inaccesible que una vez quise proteger, la pelirroja que podía hacer perder la cabeza a cualquiera.

La foto. Todavía la llevo encima, manchada con una gotita de sangre, lo único que le da color. Una gotita de sangre en medio de la cara. El destino se ríe de mí, para variar.

Una queja. Isse yace debajo del cadáver. Aparto el cuerpo flácido. Qué poco pesa. ¿Cómo puede pesar tan poco la maldad?

Isse está hecha polvo, para el arrastre diría yo. Por una vez, no soy la única que acaba mal. La abrazo. He deseado abrazarla así desde que la conozco, ahora me doy cuenta. La abrazo y siento que el mundo tiene sentido. Ella resuella, empachada de dolor.

—Isse, ahora sí, todo ha acabado —susurro con la esperanza de que me oiga. No abre los ojos, esos ojos preciosos que me han dado la vida—. ¿Me oyes?

Me siento tan culpable que me cambiaría por ella, pero solo puedo llorar.

—Perdóname.

He vaciado todo mi odio, cuatro pequeños odios de 38 mm sobre la otra

mujer. Para esta solo me quedan palabras amables, dulzuras que no sé pronunciar porque nunca antes las he dicho. Pero quiero aprender. No quiero morir sin decir te quiero alguna vez.

—Ven conmigo, abre los ojos. Déjame disfrutar de tu sonrisa...

Como si mis palabras fueran un unguento sanador, Isse los abre, pero no es alivio lo que veo en su mirada.

—¿Me crees ahora?

Sigo abrazándola con una fuerza que desconocía. Así descubro que ni puedo ni quiero separarme de ella. Adiós a mi fama de chica dura.

La banda sonora de la escena no la pone ni Fitzgerald ni Holliday ni la música romántica del final de los melodramas, sino el gañido de las sirenas de la pasma que no tardará en aparecer con su particular escándalo y las armas desenfundadas. Una vez más, tarde.

—Te creo, te creo, te creo... —La creí mil veces más—. Y creo en los milagros. Y que todo puede salir bien a partir de ahora.

—¿Te parezco atractiva? —jadea, con el pelo pegado al rostro y la cicatriz que parece sonreír.

Me río bajo las lágrimas porque siento que se va.

—Desde la primera vez que te vi —le contesto la verdad, una verdad que se me hace repentinamente palpable.

Se me está escapando. La oportunidad de descubrir que el amor eterno dura más de quince meses se me escapa de las manos. ¿Qué puedo hacer por retenerla?

—No he sobrevivido a estas semanas para que ahora te mueras...

—Esto se... acaba aquí. —Le cuesta respirar.

—No digas tonterías. ¡Lucha por vivir! —le pido agarrándola de la solapa. Gime—. Lo siento, lo siento, lo siento, no quería... Isse, no te mueras. No ahora que te he encontrado. No por esa de ahí...

—Nada me retiene...

—¡Yo te retengo! Me he equivocado contigo, lo reconozco. Pero te compensaré. ¡Te compensaré! Joder, no me lo pongas tan difícil, Isse. ¿No ves que estoy loca por ti? —No responde. Le toco el pulso en el cuello. Es muy débil—. ¡Isse! ¡Mierda! No puedes hacerme esto, nena... Quédate conmigo. No me dejes tú también...

Le doy mi respiración, mi oxígeno, mi aliento. Y más que le daría si pudiera. Hago lo único que funciona en los cuentos de hadas para traerla de nuevo conmigo. La beso.

Me reitero. Los milagros existen. Como si hubiera estado sumergida en una bañera repleta de agua, mi bella durmiente toma una violenta bocanada de aire. Ha vuelto a nacer.

—Isse —digo su nombre emocionada.

Me acaricia el mentón, aparta de mi ojo hinchado un mechón de pelo ensangrentado, toca mis labios con suavidad. No dejo de sorprenderme de la ternura que es capaz de expresar con un único gesto.

—Tenemos un trato, Bladovich.

—¿Cuál?

Acaba de resucitar y ya está haciendo tratos. Esta mujer está hecha para mí.

—Vas a tener que compensarme. Muchas veces.

Sonrío feliz. Hace mucho que no sonreía por ello.

Aunque sea patética investigando, tengo delante de mí un futuro prometedor con una mujer sacada de una película en technicolor, a la que voy a pasarme la vida compensando. Estoy deseando enseñarle lo que tengo en mente.

—Joder, vas a ver la cara de Chelsey cuando le cuente esta historia.

Agotada pero sonriente, me tumbo junto a ella, desnuda, como mi madre me parió. La luz del alba baña la escena de ocre y poco a poco va despejando el resto de los colores. La penumbra y el blanco y negro son cosa del pasado.

Ahora, a esperar que la policía haga su entrada triunfal. Ya los escucho abajo. El Oso los encabeza, ¿cómo no? Cuando vea el panorama querrá patearme el hígado. ¡Eso es vida!

Suspiro. Al fin y al cabo, Nadine tenía razón. No puedo quejarme.

Soy una chica afortunada.

Notas de la autora y curiosidades

Esta es una novela de ficción situada en Los Ángeles en 1950. A pesar de que he insertado retazos de realidad y he jugado tanto con hechos como con nombres de personajes reales, he manipulado la historia a mi conveniencia. Para empezar, la protagonista es una grandísima licencia de autor, ya que en 1950 no existían las mujeres policía tal cual las pinto, pero eso es lo bueno de escribir, que una se inventa un universo en el que sucede lo que le da la gana.

Para hacer un poco de historia, te diré que en los EE.UU. era común que las mujeres formaran parte de la policía en la década de 1840, aunque su función era más bien de agentes sociales para tratar con menores y delincuentes femeninas. Hasta 1908 no prestó juramento oficial la primera mujer (Lola Baldwin), aunque sus deberes siguieron siendo las labores sociales, la prevención del delito y trabajos auxiliares. En 1915 se fundó la Asociación Internacional de Mujeres Policía y en 1918 ya se impartían cursos en el Departamento de Criminología de la Universidad de California. Sin embargo, las mujeres policía no pudieron ejercer la labor policial de sus homónimos masculinos hasta finales de los sesenta —con los condicionantes correspondientes, claro—. Y, desde luego, no he hallado constancia de que existieran detectives ni en el cuerpo policial ni como profesión independiente.

Entonces, ¿por qué he situado la historia en el 50 y no años más tarde? Primero, porque esta es una novela negra de ficción, no un libro de historia. Segundo, porque hago múltiples referencias a uno de los crímenes más horripilantes y mediáticos de la historia americana, el de la Dalia Negra, acontecido en 1947, y me apetecía situar la acción alrededor de ese año. Y tercero, creo que da mucho de sí esa etapa oscura, convulsa y ambivalente de la década de los cuarenta, tan cerca aún de las consecuencias de la II Guerra Mundial, el principio de la Guerra Fría..., al margen de que fue una época dorada del cine, tan presente a lo largo del relato.

Como curiosidad, algunos de los datos históricos que aparecen referenciados en la novela son:

–Existió un William H. Parker, nombrado jefe de la policía de Los Ángeles (LAPD) en 1950 para profesionalizar una policía con fama de corrupta y

tácticas extremadamente violentas, en la que muchos de los agentes, contratados durante la guerra, no tenían formación.

–También existió William Heirens, conocido como *el asesino del lápiz labial* por dejar mensajes escritos con lápiz de labios, que entre el 45 y el 46 asesinó a dos mujeres y a una niña de seis años, a la que descuartizó. La terminología «asesino en serie» no se utilizó hasta la década de los setenta.

–J. Edgar Hoover, primer director del FBI, se dice que fue el hombre más poderoso de EE.UU., temido incluso por presidentes a causa de la información que almacenaba. Se le acusó de extralimitarse para conseguir los trapos sucios de personalidades relacionadas tanto con el ámbito cultural y cinematográfico como de la política. Durante la presidencia de Harry S. Truman —marcada por una política anticomunista con la que dio comienzo a la Guerra Fría y puso en práctica el Plan Marshall, la Doctrina Truman, entre un largo etcétera—, se unió a su lucha contra el comunismo iniciando una caza de brujas contra cualquiera que considerase una amenaza.

–La lobotomía, técnica quirúrgica que nos suena a Edad Media, se practicó en EE.UU. entre 1936 y los años cincuenta, en los pacientes mentales que sufrían trastornos de neurosis, esquizofrenia, ansiedad, etc. También en los gais, ya que la homosexualidad era considerada un desequilibrio neurótico. Cabe añadir que esta práctica se dio también en España.

–A pesar de la represión, existieron bares de gais y lesbianas entre los años treinta y cincuenta. En Los Ángeles, el Lakeshore Bar —orientado a lesbianas *butch*— y el Party Pad, entre otros.

–Aunque se quedó en rumorología, se habla de la existencia del prostíbulo T&M Studio, donde las prostitutas eran dobles de las actrices más cotizadas de la época. El actor Mickey Rooney lo menciona en su autobiografía. Otro rumor apuntaba a un local llamado Mae's, donde la *madame* iba vestida como Mae West.

–Hablar de clases de yoga en 1950 suena a desfase temporal, pero si buscas el nombre de Indra Devi descubrirás que fue una reconocida profesora de yoga. En 1948 abrió su propio estudio de yoga en Hollywood. Greta Garbo y Marilyn Monroe fueron sus alumnas.

Me lo he pasado genial con los homenajes a la literatura y al Séptimo Arte, sin los cuales probablemente esta novela no existiría. Por ejemplo, tengo que decir que no soy la primera autora que convierte en detective a

una mujer en aquella época. El mundo de la literatura y del cine tiene varios ejemplos:

–Nick y Nora Charles, acompañados de su perro Asta, son una pareja de detectives adinerados, creados por el escritor Dashiell Hammett en su novela *The Thin Man*. Se adaptó al cine con tanto éxito que se rodó una serie de cinco películas. Y miss Marple, personaje creado por Agatha Christie, es una detective aficionada y poco convencional; sus andanzas literarias se remontan al año 1928.

–A modo de anecdotario. Las primeras investigadoras de la literatura fueron escritas por autores masculinos ingleses, a finales del XIX: en 1860, Wilkie Collins escribió *La mujer de blanco*, en la que Anne Rodway es la primera mujer que practica la investigación policial; y W. S. Hayward crea el personaje Mrs. Paschal en *Revelations of a Lady Detective*. En 1864, Andrew Forrester escribe la novela de narraciones breves, *The female detective*, donde Mrs. Gladden es la primera detective profesional literaria y, además, nos deja el primer alegato en defensa de las mujeres detective. En 1888, Leonard Merrick escribe *Mr. Bazalgette's Agent*, en la que Miriam Lea muestra una actitud profesional, valiente y, además, viaja sola a cualquier parte del mundo.

Mi personaje principal es una rebelde y, como ella se define, una adelantada a su época. A pesar de ello, el feminismo no es el alma del mismo. No obstante, no he podido resistirme a vestirlo de ciertos matices culturales. Así, bautiza a su ángel de la guardia —asexuado por definición— como Orlando, el personaje de la novela de Virginia Woolf (1928), donde la autora trata temas tabúes como el rol social de la mujer, la sexualidad femenina, la homosexualidad, etc. También menciona el libro de Simone de Beauvoir *Le Deuxième Sexe* (El segundo sexo, 1949), considerada una de las obras filosóficas más relevantes del siglo XX.

Una curiosidad. La idea del alias Fantasma surgió al concretar que el mafioso sería un enigmático asesino sin rostro definido; sin embargo, buscando información encontré la película de misterio *Phantom Killer*, dirigida por William Beaudine en 1942.

Créditos

© Prado G. Velázquez, 2017

© Editorial EGALES, S.L., 2018

Cervantes, 2. 08002 Barcelona. Tel.: 93 412 52 61

Hortaleza, 62. 28004 Madrid. Tel.: 91 522 55 99

www.editorialegales.com/

ISBN: 978-84-17319-23-6

© Imagen de portada: Stephanie Frey, Arcangel Images

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro español de derechos reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Notas

[←1]

Breathless: en inglés, *breath* significa 'aliento' y la preposición *less*, 'sin'. Se puede traducir como 'muerto', 'sin aliento', 'jadeante', 'intenso' y 'expectante'.

[←2]

Slacks: pantalones. El término y la categoría *slacks* fue creado por Joseph Haggard en 1938 y se referían al pantalón que podría ser usado fuera del trabajo o durante el «tiempo muerto» o *slack time*. Katharine Hepburn era asidua al uso de *slacks*.

[←3]

Bonnie Parker: conocida fugitiva y ladrona junto a su pareja, Clyde Barrow. El cine los inmortalizó en varias películas, la más popular, *Bonnie & Clyde*.

[←4]

Chevy: forma familiar de llamar a la famosa marca americana Chevrolet.

[←5]

Hace referencia a Edward Wood Jr., «el peor director de cine de la historia», famoso por la película *Ed Wood*, de Tim Burton.

[←6]

Pulp: novelas baratas impresas en papel reciclado y de mala calidad, para el consumo popular. Habitualmente, de género policíaco o el subgénero *hardboiled*. Intervienen componentes de violencia extrema, asesinatos y distintos contextos eróticos que suelen derivar en sexo explícito.

[←7]

O'Neill: Eugene Gladstone O'Neill (1888-1953), dramaturgo estadounidense galardonado con el Premio Nobel y ganador, en cuatro ocasiones, del Premio Pulitzer. Con su obra intentó definir los problemas fundamentales del ser humano. *El mono peludo* e *Informe para una Academia* son dos de sus obras más representadas.

[←8]

Peek-a-boo-bang: en inglés ‘cucú’ o ‘espiar por la mirilla’. Icónico peinado que Veronica Lake puso de moda en los años cuarenta y que cubría un ojo y parte de su rostro con una gran onda de cabello.

[←9]

«*No existen mujeres feas, solo mujeres que no saben arreglarse*»: en realidad es una frase de Coco Chanel.

[←10]

El personaje hace una referencia maliciosa al «Círculo de Costura» (*The Sewing Circles*), un grupo privado de mujeres homosexuales y bisexuales de Hollywood. El grupo existió durante las décadas de 1920 a 1950 y estaba integrado por ídolos del cine.

[← 11]

MacGuffin: expresión acuñada por Alfred Hitchcock y que designa una excusa argumental que motiva a los personajes y al desarrollo de una historia, y que en realidad carece de relevancia por sí misma.